

Menos que uno, primera recopilación de ensayos de Joseph Brodsky, muestra la gama completa de sus intereses: poéticos, literarios, políticos e históricos. Menos que uno es, en el sentido más amplio de la expresión, una magnífica autobiografía intelectual. Estos ensayos escogidos conforman también una memoria personal. El que da título al libro («Menos que uno») y el que le pone fin ("En una habitación y media") son elogios de Brodsky a su ciudad natal y a la memoria de sus padres.

JOSEPH BRODSKY

MENOS QUE UNO

Epílogo Antoni Munné

Título de la edición original: *Less than One Selected Essays*

Traducción del inglés: Roser Berdagué Costa (*Menos que uno, El hijo de la civilización, Nadeyda Mandelstam, En una habitación y media*) y Esteban Riambau Sauri (*Guía para una ciudad rebautizada, Complacer a una sombra, Fuga de Bizancio*)

Diseño de la sobrecubierta: Emil Troger

En memoria de mi madre y mi padre

En memoria de Cari Ray Proffer

«Y el corazón no muere cuando uno cree que debería.»

Czeslaw Milosz, Elegía para N.N.

MENOS QUE UNO

1

Puestos a hablar de fracasos, querer rememorar el pasado es como tratar de entender el significado de la existencia. Ambas cosas le hacen sentir a uno como el niño que quiere agarrar una pelota de baloncesto y se le escapa una y otra vez de las manos.

Recuerdo poco de mi vida y lo que recuerdo tiene escasa importancia. La mayoría de las ideas que me interesaron y que conservo en la memoria deben su significación a la época en que surgieron. Las que no recuerdo, sin duda han sido expresadas mucho mejor por otro. La biografía de un escritor radica en la tergiversación del lenguaje que emplea. Recuerdo, por ejemplo, que cuando yo tenía unos diez u once años se me ocurrió que la máxima de Marx que afirma que «la existencia condiciona la conciencia» sólo era verdad durante el tiempo que la conciencia tarda en dominar el arte del extrañamiento; a partir de entonces, la conciencia es independiente y tanto puede condicionar como ignorar la existencia. A esa edad, seguramente se trató de un descubrimiento, pero apenas digno de ser registrado, aparte de que es probable que hubiera sido mejor expresado por otros. ¿Importa realmente saber quién fue el primero en descifrar este cuneiforme jeroglífico mental del que la máxima «la existencia condiciona la conciencia» constituye un ejemplo perfecto?

De modo que, si escribo todo esto, no es para que conste en acta y que quede bien sentado (esta clase de «actas» precisas no existe y, de existir, son insignificantes y, por lo tanto, nadie se molestó aún en alterarlas), sino principalmente por la razón habitual que impulsa a un escritor a escribir: para dar un impulso a la lengua o para obtenerlo de ella, en la ocasión presente una lengua extranjera. Lo poco que recuerdo todavía se reduce más al evocarlo en inglés.

Por lo que se refiere al principio de mi existencia, debo confiar en mi partida de nacimiento, que declara que nací el 24 de mayo de 1940, en Leningrado, Rusia, por más que aborrezco ese nombre dado a la ciudad que hace mucho tiempo el pueblo llano apodaba simplemente «Peter», de Petersburgo, o Petrogrado. Hay un

antiguo pareado que dice: Rasca el viejo Pedro los costados del pueblo.

En el marco de la experiencia nacional, la ciudad es definitivamente Leningrado; en el marco de la creciente vulgaridad de su contenido, cada día es más Leningrado. Por otra parte, como palabra, «Leningrado» suena tan neutra para el oído ruso como la palabra «construcción» o la palabra «salchicha». Yo prefiero llamarla «Peter», porque recuerdo esta ciudad en unos tiempos en los que no parecía «Leningrado», justo después de la guerra: fachadas grises o verde pálido, con huecos de balas y metralla; calles desiertas e interminables, con escasos transeúntes y poco tráfico; casi un semblante hambriento y, por ello, de rasgos más definidos y, si se quiere, más nobles; un semblante descarnado y duro con el abstracto resplandor de su río reflejado en los ojos de sus ventanas huecas. A un superviviente no se le puede dar el nombre de Lenin.

Aquellas magníficas fachadas picadas de viruela detrás de las cuales, entre viejos pianos, gastadas alfombras, polvorientas pinturas con gruesos marcos de bronce, restos de mobiliario (las sillas eran lo más escaso) consumido por las estufas de hierro durante el asedio..., la vida empezaba a vislumbrarse débilmente. Y me acuerdo de que, pasando ante aquellas fachadas camino de la escuela, me sentía completamente absorto al imaginar lo que pudo haber ocurrido en aquellas habitaciones en las que el papel de las paredes, avejentado, se caía a tiras. Debo decir que de esas fachadas y pórticos, clásicos, modernos, eclécticos, con sus columnas, sus pilastras y sus cabezas de yeso que representaban seres humanos o animales míticos, de sus ornamentos y de sus cariátides que sostenían los balcones, de los torsos de las hornacinas en sus entradas, aprendí más sobre la historia del mundo que más tarde en cualquier libro. Grecia, Roma, Egipto..., todos estaban allí, todos fueron desportillados por la artillería durante los bombardeos. Y del río gris, de aguas reverberantes, que discurría hacia el Báltico, con algún que otro remolcador que, en medio de él, luchaba contra la corriente, aprendí más sobre el infinito y sobre el estoicismo que en las matemáticas y en Zenón.

Todo eso tenía muy poco que ver con Lenin, al que supongo empecé a despreciar cuando yo cursaba el primer grado, no tanto por su filosofía o su práctica política, acerca de las cuales a la edad de siete años sabía bien poco, sino por sus omnipresentes imágenes, que infestaban casi todos los libros de texto, todas las paredes de las aulas, los sellos de correos, los billetes y tantas otras cosas, reproduciendo a ese hombre en diferentes edades y estadios de su vida. Había el Lenin niño, querubín de dorados rizos; había el Lenin con veintitantos y treinta y

tantos años, calvo y hermético, con aquella expresión vacía en su rostro, que podía tomarse por cualquier cosa, preferiblemente por una actitud de determinación. Es el rostro que de algún modo persigue a todo ruso y le sugiere una especie de patrón para el aspecto humano porque denota una manifiesta ausencia de carácter. (Tal vez porque en ese rostro no hay nada que sea específico, sugiera tantas posibilidades.) Había después un Lenin más viejo, más calvo, con su barba en forma de cuña, su traje oscuro de tres piezas, a veces sonriendo, pero más a menudo arengando a las «masas» desde lo alto de un carro blindado o desde el podio en algún congreso del partido, con una mano extendida en el aire.

Había también variantes: Lenin con gorra de obrero y clavel en la solapa; con chaleco y sentado en su despacho, escribiendo o leyendo; sentado en un tronco, a orillas de un lago, garrapateando sus *Tesis de Abril* o algún otro dislate, al fresco. Finalmente, Lenin vestido con una chaqueta paramilitar, en un banco de jardín junto a Stalin, el único en sobrepasar a Lenin en cuanto a ubicuidad de imágenes impresas. Pero Stalin entonces estaba vivo, mientras que Lenin estaba muerto y, aunque sólo fuera por esto, era «bueno» porque pertenecía al pasado, es decir, estaba auspiciado por la historia y por la naturaleza, mientras que Stalin sólo estaba auspiciado por la naturaleza, o al revés.

Me parece que llegar a ignorar aquellas fotografías fue mi primera lección de desconexión, mi primer intento de extrañamiento. Habría más; de hecho, cabe considerar el resto de mi vida como una constante evitación de sus aspectos más importunos. Debo admitir que llegué muy lejos por este camino; tal vez demasiado: todo aquello que sugiriese reiteración quedaba condenado o sujeto a eliminación. Y ello incluía frases, árboles, ciertos tipos de personas, a veces incluso el dolor físico... y afectó a muchas de mis relaciones. En cierto modo, estoy en deuda con Lenin. Todo lo que se me presentara con profusión, lo veía yo como una especie de propaganda. Esta actitud, supongo, contribuyó a una terrible aceleración a través de la selva de los hechos, acompañada por la superficialidad.

No creo ni por un momento que todas las claves de la personalidad deban encontrarse en la infancia. Durante tres generaciones, aproximadamente, los rusos han vivido en apartamentos comunitarios y habitaciones estrechas. Nuestros padres hacían el amor mientras nosotros simulábamos dormir. Después hubo una guerra, hambre, padres ausentes o lisiados, madres que perdían su pudor, mentiras oficiales en la escuela y no oficiales en casa, inviernos rigurosos, indumentarias horribles, exhibición pública de nuestras sábanas mojadas en campamentos de verano y comentarios sobre estas cuestiones delante de extraños. Después, la bandera roja ondearía en el mástil del campamento. ¿Y qué? Toda esa militarización

de la infancia, toda esa amenazadora majadería, la tensión erótica (a los diez años todos deseábamos a nuestras maestras) no habían afectado mucho a nuestra ética ni a nuestra estética, como tampoco nuestra capacidad para amar y sufrir. Recuerdo esas cosas no porque piense que son las claves del subconsciente ni tampoco, desde Luego, por nostalgia de mi infancia, las recuerdo porque nunca lo he hecho antes, porque quiero que algunas permanezcan..., por lo menos en el papel. Y también porque mirar hacia atrás es más remunerador que lo contrario. Mañana es mucho menos atractivo que ayer. Por alguna razón, el pasado no irradia la inmensa monotonía del futuro. Debido a su profusión, el futuro es propaganda. Lo mismo que la hierba.

La verdadera historia de la conciencia se inicia con la primera mentira. Resulta que yo recuerdo la mía. Fue en la biblioteca de la escuela, al llenar la solicitud de lector. El quinto espacio en blanco hacía referencia, como es lógico, a la «nacionalidad». Yo tenía siete años y sabía muy bien que era judío, pero dije a la empleada que no lo sabía. Con un turbio regocijo me aconsejó que me fuera a casa y se lo preguntara a mis padres. No volví nunca más a aquella biblioteca, pese a lo cual me hice socio de muchas otras en las que había que rellenar la misma solicitud. Ni estaba avergonzado de ser judío ni tenía miedo de admitirlo. En el libro de la clase estaban registrados con todo detalle nuestros nombres, los nombres de nuestros padres, las señas de los hogares y la nacionalidad. De vez en cuando un maestro «olvidaba» el libro sobre la mesa durante el recreo y entonces, como buitres, nos lanzábamos sobre sus páginas. Todos los de la clase sabían que yo era judío, pero los niños de siete años no son buenos antisemitas. Además, yo era muy fuerte para mi edad y lo que más contaba entonces eran los puños. Lo que a mí me avergonzaba era la palabra «judío» en sí —en ruso «*yevrei*»—, cualesquiera que fuesen sus connotaciones.

El destino de una palabra depende de la variedad de sus contextos, de la frecuencia de su uso. En el ruso impreso, «*yevrei*» aparece tan raramente como, por ejemplo, «mediastino» o «dondequiera» en castellano. En realidad, tiene también algo de la condición de un sonoro taco o del nombre que sirve para designar una enfermedad venérea. Cuando uno tiene siete años, su vocabulario demuestra ser suficiente para detectar la rareza de esta palabra y es sumamente desagradable identificarse con ella; en cierto modo, va contra el sentido que uno tiene de la prosodia. Recuerdo que siempre me sentía más a gusto con un equivalente ruso de «*kike*» (judío), «*yid*» (pronunciado como André Gide): era claramente ofensivo y, por ello, carente de sentido, exento de alusiones. Las palabras de una sola sílaba no pesan mucho en ruso, pero en cuanto se les aplican sufijos, terminaciones o prefijos, entonces se arma la de San Quintín. Esto no quiere decir que sufrí como judío en

aquella tierna edad, sino simplemente que mi primera mentira tuvo que ver con mi identidad.

No fue un mal comienzo. En cuanto al antisemitismo como tal, no me preocupaba demasiado, puesto que procedía en gran medida de los maestros: parecía innato en su participación negativa en nuestras vidas y debía ser aceptado con resignación, al igual que las malas notas. De haber sido católico, habría deseado verlos a todos en el infierno. A decir verdad, algunos maestros eran mejores que otros, pero, supuesto que todos eran dueños de nuestras vidas inmediatas, no nos molestábamos en hacer distinciones. Tampoco ellos trataban de hacerlas entre sus pequeños esclavos y hasta las observaciones antisemíticas más ardientes llevaban el sello de una inercia impersonal. En cualquier caso, yo nunca me tomé en serio la agresión verbal, especialmente si procedía de un grupo con una edad tan diferente de la mía. Supongo que las diatribas que mis padres solían pronunciar contra mí me curtieron perfectamente. Además, había maestros que también eran judíos, y no les temía menos que a los rusos de pura sangre.

Esto es tan sólo un ejemplo del recorte de la personalidad que —junto con el lenguaje en sí, donde verbos y nombres intercambian sus puestos con tanta libertad como uno osa concederles—, engendró en nosotros una sensación de ambivalencia tan abrumadora que, al cabo de diez años, terminamos con una fuerza de voluntad en nada superior a la de un alga marina. Cuatro años en el ejército (donde los hombres eran reclutados a los diecinueve años), coronaban el proceso de rendición total al estado. La obediencia se convertía en primera y segunda naturaleza.

Si uno tenía cerebro, no hay duda de que trataba de burlar el sistema ideando todo tipo de subterfugios, haciendo oscuros tratos con sus superiores, acumulando mentiras y tirando de las cuerdas de las conexiones seminepóticas de cada uno. Esto se convertía en un trabajo de dedicación total, pese a lo cual uno tenía plena conciencia de que la red que había tejido era una red de mentiras y, pese al grado de éxito o al sentido del humor de cada uno, acababa despreciándose. Ese es el triunfo definitivo del sistema: tanto si lo burlas como si te unes a él, te sientes igualmente culpable. La creencia nacional es —como bien dice el proverbio— que no hay mal que por bien no venga, y posiblemente viceversa.

La ambivalencia, creo yo, es la principal característica de mi nación. No hay en Rusia verdugo que no tema convertirse en víctima un día, ni hay víctima, por desgraciada que sea su situación, que no se reconozca (aunque sólo sea en su fuero interno) capacidad mental para convertirse en verdugo. Nuestra historia reciente ha abonado ambas posturas. En todo esto hay una cierta sabiduría, y cabría pensar

incluso que esta ambivalencia es sabiduría, que la propia vida no es ni buena ni mala, sino arbitraria. Quizá nuestra literatura hace tanto hincapié en la causa del bien porque esa causa se ha visto desafiada demasiado a menudo. Si ese hincapié fuera simplemente resultado de una duplicidad de pensamiento, la cosa estaría muy bien, pero exagera los instintos. Este tipo de ambivalencia, creo yo, corresponde precisamente a esas «buenas noticias» que el Este, que tiene poco más que ofrecer, se dispone a imponer al resto del mundo. Y el mundo parece estar maduro para recibir.

Dejando aparte el destino del mundo, el único medio que tenía un niño para luchar contra lo que se le venía encima era salirse del camino trazado, cosa difícil debido a los padres y debido a que el propio niño sentía miedo ante lo desconocido. Sobre todo, porque le diferenciaba de la mayoría, y uno había mamado, junto con la leche materna, la creencia de que la mayoría tiene razón. Se requiere una cierta falta de interés y yo era una persona despreocupada. Que yo recuerde, el hecho de que dejara la escuela a la edad de quince años no obedeció tanto a una elección consciente como a una reacción visceral.

Simplemente, no podía soportar determinados rostros de la clase: los de algunos de mis compañeros, pero principalmente de mis profesores. Así es que una mañana de invierno, sin razón aparente, me levanté en plena clase y protagonicé una melodramática salida por la puerta de la escuela, sabiendo positivamente que nunca más volvería a entrar por ella. De las emociones que me invadieron en aquel momento, la única que recuerdo es el disgusto generalizado que me producía mi persona por el hecho de ser excesivamente joven y dejar que me dominaran tantas cosas a mi alrededor. Por otra parte, subsistía también una sensación de huida difusa, pero feliz, como una calle llena de sol que no tuviera final.

Creo que lo más importante fue el cambio de exteriores. En un estado centralizado todas las habitaciones tienen el mismo aspecto: el despacho del director de la escuela era una réplica exacta de las cámaras para interrogatorios que empecé a frecuentar al cabo de cinco años: los mismos paneles de madera, las mismas mesas, las mismas sillas..., un paraíso para los carpinteros. También los mismos retratos de nuestros fundadores: Lenin, Stalin, miembros del Politburó y Maksim Gorki (el fundador de la literatura soviética), en caso de tratarse de una escuela, o Félix Dzerzinski (el fundador de la policía secreta soviética), si el lugar era una cámara para interrogatorios.

Con todo, era frecuente que Dzerzinski —«Félix de hierro» o el «Caballero de la Revolución», como lo llamaba la propaganda— decorase también las paredes del

despacho del director, debido a que el hombre se había deslizado en el sistema educativo desde las alturas de la KGB, al igual que aquellas paredes estucadas de las clases, con su raya horizontal azul a la altura de los ojos que corría indefectiblemente a través del país entero, como la raya de un común denominador infinito: en ayuntamientos, hospitales, fábricas, cárceles y corredores de los apartamentos comunitarios. El único sitio donde no la encontré fue en las barracas de madera de los campesinos.

Esa decoración era tan exasperante como omnipresente y en múltiples ocasiones de mi vida me quedé absorto con la mirada clavada en aquella franja azul de cinco centímetros de anchura, confundida a veces con un horizonte marino y otras como la representación de la misma nada. Era demasiado abstracta para representar nada: desde el suelo hasta el nivel de los ojos, una pared cubierta de pintura color gris rata o verdoso y esa franja azul como remate; por encima de ella, estuco de un blanco virginal. Nadie se había preguntado en la vida qué hacía allí aquella raya, y nadie habría podido contestar, pero allí estaba: una línea fronteriza, una divisoria entre el gris y el blanco, abajo y arriba. No se trataba de colores sino de sugerencias de colores, que sólo podían estar interrumpidos por manchas alternativas de color marrón: las puertas. Cerradas o entornadas. A través de las puertas entornadas podía verse otra habitación con la misma distribución de gris y blanco separados por la raya azul. Aparte de un retrato de Lenin y de un mapamundi.

Fue hermoso abandonar aquel cosmos kafkiano, aunque ya entonces —o así lo parece— yo sabía, de alguna manera, que cambiaba seis por media docena. Sabía que cualquiera que fuese el edificio donde entrase, tendría el mismo aspecto, puesto que es dentro de edificios donde estamos condenados a hacer todo lo que queramos hacer. Sin embargo, me daba cuenta de que debía irme. La situación financiera de nuestra familia era deplorable: subsistíamos gracias, principalmente, al salario de mi madre, puesto que mi padre, después de haber sido dado de baja en la armada en virtud de alguna norma seráfica según la cual los judíos no podían desempeñar cargos militares relevantes, pasó muy malos momentos buscando trabajo. Por supuesto, mis padres podían arreglárselas sin mi contribución, y habrían preferido que terminase la escuela. Yo lo sabía, pero seguía diciéndome que tenía el deber de ayudar a mi familia. Era casi una mentira, pero de esa manera la cosa tenía mejor aspecto, aparte de que por aquel entonces ya había aprendido a saborear las mentiras precisamente por ese «casi» que afina el perfil de la verdad: después de todo, la verdad termina allí donde empieza la mentira. Eso es lo que aprende un chico en la escuela y a la postre resulta más útil que el álgebra.

Fuese lo que fuese —una mentira, la verdad o, más probablemente, su combinación— lo que me empujó a tomar esa decisión, le estoy inmensamente agradecido por lo que al parecer fue mi primer acto libre. Fue un acto instintivo, una salida, y en él tuvo muy poco que ver la razón. Lo sé porque, desde entonces, y con frecuencia creciente, he hecho otras salidas. Y no necesariamente por aburrimiento o por haber advertido el hueco de la trampa, ya que he salido de situaciones perfectas con no menor frecuencia que de situaciones terribles. Por modesto que sea el lugar que uno ocupe, si tiene el más mínimo sello de decencia, puedes estar seguro de que un día aparecerá alguien que lo reclamará para él o, lo que es peor, te insinuará que debes compartirlo con él. En casos como éste, uno lucha por el puesto o lo abandona. Yo estoy por lo último, y no porque no pueda luchar, sino más bien por una absoluta aversión contra mí, pues arreglárselas para quedarse con algo que atrae a los demás denota una cierta vulgaridad en la elección. Poco importa que uno haya llegado antes, porque esto todavía empeora las cosas, puesto que los que sigan tendrán siempre un apetito más fuerte que el tuyo, en parte satisfecho.

Posteriormente, a menudo lamenté la decisión, sobre todo cuando vi que mis antiguos compañeros se situaban tan bien dentro del sistema. Sin embargo, yo sabía algo que ellos desconocían. En realidad, también yo me había situado bien, aunque en dirección opuesta, a lo largo de la cual había recorrido un tramo más largo. Una cosa de la que estoy especialmente complacido es de que logré atrapar a la «clase trabajadora» en su estadio auténticamente proletario, antes de que iniciara su conversión a la clase media a finales de los años cincuenta. Era un verdadero «proletariat» aquel que yo conocí en la fábrica donde, a los quince años, comencé a trabajar como fresador. Marx lo habría reconocido al instante. Ellos —o, mejor dicho, «nosotros»— vivían en apartamentos comunitarios, cuatro o más personas en una misma habitación, a menudo pertenecientes a tres generaciones distintas, durmiendo por turnos, bebiendo como tiburones, armando camorra entre ellos o con los vecinos en la cocina comunitaria, o en la cola matinal delante del retrete igualmente comunitario, pegando a sus mujeres con agónica determinación, llorando sin recato cuando Stalin cayó muerto, o en el cine, y jurando con tanta frecuencia que hasta una palabra normal como «aeroplano» le sonaba a un viandante casual como algo elaboradamente obsceno..., transformándose en un océano gris e indiferente de cabezas o en un bosque de manos alzadas en las asambleas públicas en favor de este o aquel Egipto.

La fábrica era toda de ladrillo, enorme, salida directamente de la revolución industrial. Había sido construida a finales del siglo diecinueve y la población de «Peter» se refería a ella con el nombre de «el Arsenal», pues la fábrica producía cañones. En la época en que trabajé en ella también producía maquinaria agrícola y compresores de aire. Sin embargo, de acuerdo con los siete velos del secreto que cubre en Rusia casi todas las cosas que tienen que ver con la industria pesada, la fábrica tenía su nombre cifrado: Apartado de Correos 671. Pienso, de todos modos, que el secreto había sido impuesto no tanto para burlar algún servicio secreto extranjero como para mantener un cierto tipo de disciplina paramilitar, único procedimiento para garantizar una estabilidad en la producción. En cualquiera de los dos casos, el fracaso era evidente.

La maquinaria era obsoleta: el noventa por ciento de la misma había sido retirada de Alemania en concepto de reparaciones después de la segunda guerra mundial. Recuerdo aquel zoo de hierro fundido, poblado de criaturas exóticas que llevaban los nombres de Cincinnati, Karlton, Fritz Werner y Siemens & Schuckert. La planificación era odiosa; de vez en cuando, un pedido urgente, que imponía la producción de algo determinado, trastocaba los vacilantes intentos de uno para restablecer un ritmo de trabajo cualquiera, un procedimiento. Hacia el final del trimestre (es decir, cada tres meses), cuando el plan se había quedado en agua de borrajas, la administración dejaba oír el grito de guerra que movilizaba todas las manos en un solo trabajo y el plan quedaba sometido a un ataque masivo. Cuando algo se estropeaba, como no había piezas de repuesto, se llamaba a una cuadrilla de chapuceros, generalmente medio borrachos, para que ejercitaran sus dotes mágicas. El metal llegaría lleno de cráteres, y prácticamente todos tendrían resaca el lunes, ello sin hablar de las mañanas después del día de la paga.

La producción declinaba verticalmente el día después de una derrota del equipo de fútbol de la ciudad o de la nación. Nadie trabajaba y todos se dedicaban a discutir las incidencias del partido o las relativas a los jugadores, puesto que además de los complejos de una nación superior a las demás, Rusia posee el gran complejo de inferioridad de un país pequeño, resultado en parte de la centralización de la vida nacional. De aquí la bobería de signo positivo y «vital» de los periódicos oficiales y de la radio incluso cuando tienen que dar la noticia de un terremoto: nunca se informa acerca de las víctimas, sino que únicamente se entonan alabanzas a las demás ciudades y repúblicas, que han dispensado sus fraternales cuidados proporcionando tiendas y sacos de dormir a la zona afectada. O bien, en el caso de una epidemia de cólera, es muy posible que uno sólo se entere de ella a través de los últimos éxitos de nuestra maravillosa medicina, confirmados con la invención de una nueva vacuna.

Todo habría sido absurdo a no ser por aquellas mañanas a primerísima hora cuando, después de engullir el desayuno a base de té solo, salía corriendo para atrapar el tranvía y, sumándome —un grano de uva más— al montón gris oscuro de racimos humanos que colgaban del estribo, navegaba a través de la ciudad entre rosada y azul, como una acuarela, hasta la perrera de madera que hacía las veces de entrada de la fábrica. Había allí dos guardias que revisaban nuestras credenciales y la fachada estaba decorada con pilastras clásicas revestidas. He tenido ocasión de observar que las entradas de las cárceles, manicomios y campos de concentración están construidas en ese mismo estilo: todas tienen su toque de clasicismo o sus pórticos barrocos. Cual si fueran un eco. Ya en el taller, se entremezclaban bajo el techo matices de gris y las mangueras neumáticas silbaban suavemente en el suelo entre charcos de fuel que centelleaban con todos los colores del arco iris. A las diez, aquella jungla de metal estaba en todo su apogeo, gritando y rugiendo, mientras el cañón de acero de una supuesta ametralladora antiaérea se cernía en el aire como el cuello descoyuntado de una jirafa.

Siempre he envidiado a aquellos personajes del siglo diecinueve que eran capaces de volver la vista atrás y distinguir los hitos que marcaban sus vidas, su desarrollo. Había hechos que marcaban un punto de transición, un estadio diferente. Estoy hablando de escritores, pero en lo que realmente estoy pensando es en la capacidad de ciertas personas para racionalizar sus vidas, para ver las cosas por separado, si no con claridad. Y entiendo que este fenómeno no debería quedar limitado al siglo diecinueve, pese a que en mi vida haya sido representado principalmente por la literatura. Ya sea por algún defecto básico de mi mente, ya sea por la naturaleza fluida y amorfa de la vida misma, nunca he sido capaz de distinguir ningún hito, mucho menos una boyra. Si hay algo que se parezca a un hito, este algo no sabré reconocerlo; me estoy refiriendo a la muerte. En cierto aspecto, en la infancia no hubo nada que se pareciera a esto. A mí esas categorías —infancia, edad adulta, madurez— me parecen muy extrañas y si a veces las empleo en la conversación, las miro siempre mudo cuando se refieren a mí, y las veo como si fueran prestadas.

Supongo que siempre hubo alguna parte de mi «yo» dentro de aquel caparazón, pequeño primero y más grande después, alrededor del cual ocurría «todo». Dentro de ese caparazón, la entidad a la que se da el nombre de «yo» no cambió nunca, ni tampoco dejó de observar lo que ocurría fuera. No quiero dar a entender con estas palabras que dentro encerrara perlas, sino que lo que pretendo decir es que el paso del tiempo no afecta mucho la entidad a la que he hecho referencia. Obtener una calificación baja, hacer funcionar una fresadora, ser derrotado en un interrogatorio o dar una conferencia sobre Calimaco ante una clase

son cosas que esencialmente vienen a ser lo mismo. Esto es lo que hace que uno se sienta un tanto asombrado cuando crece y se encuentra haciendo aquellas cosas que se supone deben hacer las personas adultas. La contrariedad que siente un niño ante el control que ejercen sobre él sus padres y el pánico de un adulto que se enfrenta a una responsabilidad son de la misma naturaleza. Uno no es ninguna de esas cosas; tal vez uno sea menos que «uno».

No hay duda de que se trata de una consecuencia de la profesión que uno ejerce. Si trabaja en un banco o pilota un avión sabe que, cuando haya adquirido una buena experiencia, tiene más o menos garantizado un beneficio o un aterrizaje seguro. En cambio, en el negocio de escribir, no se acumulan experiencias, sino incertidumbres, que no es sino un sinónimo de pericia. En ese campo donde la experiencia invita a la condena, los conceptos de adolescencia y madurez se entremezclan y el pánico pasa a ser el estado más frecuente de la mente. En consecuencia, mentiría si recurriese a la cronología o a cualquier cosa que sugiera un proceso lineal. Una escuela es una fábrica es un poema es una cárcel es una academia es aburrimiento, con destellos de pánico.

Excepto que la fábrica estaba junto a un hospital y el hospital estaba junto a la cárcel más famosa de toda Rusia, llamada Las Cruces. Y el depósito de aquel hospital era el lugar donde iba a trabajar cuando salía del Arsenal, porque tenía en la cabeza la idea de ser médico. Las Cruces me abrió las puertas de su celda cuando cambié mis planes y me puse a escribir poemas. Cuando trabajaba en la fábrica, por encima del muro veía el hospital y, cuando cortaba y cosía cadáveres en el hospital, veía a los prisioneros que se paseaban por el patio de Las Cruces; a veces se las arreglaban para arrojarme cartas por encima de la tapia. Yo las recogía y las enviaba. Debido a lo apretado de su topografía y a lo cerrado del caparazón, todos esos lugares, trabajos, presidiarios, obreros, guardianes y médicos se han mezclado entre sí y ya no sé si recuerdo a una persona por haberla visto paseándose por aquel patio en forma de tabla de planchar en la cárcel de Las Cruces o si soy yo quien se pasea por él. Por otra parte, la fábrica y la cárcel habían sido construidas aproximadamente en la misma época y exteriormente no se distinguían una de otra; parecía como si fuera un ala de ampliación de la otra.

Así es que estaría fuera de lugar que tratara de ser consecutivo al explicarme. La vida nunca me ha parecido constituida por un conjunto de transiciones claramente delimitadas, sino que más bien va creciendo a la manera de una bola de nieve y, cuanto más crece, más se parece un lugar a otro o una época a otra. Recuerdo, por ejemplo, que en 1945 mi madre y yo estábamos esperando un tren en una estación cercana a Leningrado. La guerra acababa de terminar, veinte millones

de rusos estaban pudriéndose en sepulturas provisionales en todo el continente, mientras el resto, dispersados por la guerra, volvían a sus casas o a lo que quedaba de sus casas. La estación de ferrocarril era como una estampa del caos primigenio. La gente sitiaba los trenes de ganado como insectos enloquecidos: trepaban al techo de los vagones, se comprimían unos a otros, etcétera. Por alguna razón, observé a un viejo lisiado y calvo, con una pierna de palo, que trataba de montarse en el tren y que iba recorriendo vagón tras vagón, constantemente expulsado de ellos por los que ya iban colgados de los estribos. El tren comenzó a moverse y el viejo seguía saltando a lo largo del tren. De pronto consiguió asirse a la manija de uno de los vagones y en ese punto vi a una mujer que estaba en la puerta y que, levantando en el aire un puchero, arrojó encima de la coronilla del viejo un chorro de agua hirviendo. El hombre se cayó y el movimiento browniano de mil piernas lo engulló y lo perdí de vista.

Fue algo cruel, sí, pero este ejemplo de crueldad se mezcla a su vez en mi mente con una historia ocurrida hace veinte años, al ser descubierta una banda de antiguos colaboradores con las fuerzas alemanas de ocupación, los llamados *Polizei*. La noticia salió en los periódicos. Eran seis o siete viejos y, como es natural, el nombre del jefe era Gurewicz o Ginzburg, lo que quiere decir que era judío, por inconcebible que parezca que un judío pueda colaborar con los nazis. Los sentenciaron a diversas penas y, como es lógico, al judío le correspondió la pena capital. Me contaron que la mañana en que debía ser ejecutado, al salir de la celda y ser conducido al patio de la cárcel donde le estaba aguardando el pelotón de fusilamiento, el oficial que estaba al mando de los guardianes de la cárcel le preguntó:

—¡Ah!, a propósito, Gurewicz [o Ginzburg], ¿cuál es tu último deseo?

A lo que el hombre respondió:

—¿Mi último deseo? Pues, no sé... me gustaría mear...

Y entonces el oficial replicó:

—Bien, ya mearás después.

Para mí las dos historias son iguales y todavía sería peor que la segunda historia fuera puro folklore, aunque creo que no es el caso. Historietas de esas las conozco a centenares, pero están todas mezcladas.

Lo que hacía que mi fábrica fuese diferente de mi escuela no era lo que yo

podiera hacer dentro, ni lo que hubiera podido pensar en los respectivos períodos, sino el aspecto de las fachadas, las cosas que yo veía camino de clase o camino del taller. En último análisis, el aspecto lo es todo. Millones y millones tienen el mismo sino idiota. La existencia como tal, monótona de por sí, ha quedado reducida, por el estado centralizado, a una uniforme rigidez. Lo que quedaba por observar eran rostros, el tiempo que hacía, los edificios, y también la lengua que usaba la gente.

Tenía un tío que pertenecía al Partido y que, según he podido comprobar después, era un ingeniero extraordinariamente apto. Durante la guerra construyó refugios para protegerse contra las bombas los *Genossen* del Partido; antes y después de la misma, construyó puentes. Unos y otros siguen en pie. Mi padre siempre se burlaba de él cuando se peleaba con mi madre por cuestiones de dinero, debido a que ella ponía a su hermano ingeniero como ejemplo de situación sólida y estable, mientras que yo lo despreciaba de una manera más o menos automática. Con todo, poseía una magnífica biblioteca. No leía mucho, supongo, pero entre la clase media soviética era, y sigue siendo, señal de buen tono suscribirse a nuevas ediciones de enciclopedias, clásicos y libros por el estilo. Yo le tenía una envidia loca. Recuerdo que una vez, de pie detrás de su asiento, mientras le escrutaba el cogote, iba pensando que, si lo mataba, todos sus libros pasarían a ser de mi propiedad, puesto que entonces el hombre era soltero y no tenía hijos. Solía sustraerle libros, que cogía de los estantes e incluso llegué a hacerme una llave de un gran armario acristalado, detrás de cuya puerta había cuatro volúmenes de una edición prerrevolucionaria de *Hombre y mujer*.

Se trataba de una enciclopedia profusamente ilustrada, de la que sigo considerándome deudor por mis conocimientos básicos acerca de cómo sabe el fruto prohibido. Si, en general, la pornografía consiste en un objeto inanimado causante de una erección, valdrá la pena subrayar que, en el ambiente puritano de la Rusia de Stalin, uno podía excitarse con la absolutamente inocente pintura perteneciente al realismo socialista y titulada *Admisión en el Komsomol*, profusamente reproducida y que decoraba casi todas las aulas. Entre los personajes que aparecían en la pintura figuraba una joven rubia, sentada en una silla con las piernas cruzadas de tal modo que dejaba ver seis o siete centímetros del muslo. No era tanto el trozo de muslo como su contraste con el vestido marrón oscuro que llevaba lo que me enloquecía y me perseguía en sueños.

Fue entonces cuando aprendí a desconfiar de todo el jaleo en torno al subconsciente. Creo que nunca he soñado a base de símbolos, puesto que he visto siempre la cosa en sí: pechos, caderas, ropa interior de mujer. En cuanto a esta última, tenía un extraño sentido para nosotros, los chicos, en aquel tiempo.

Recuerdo que, durante una clase, uno de nosotros fue a rastras por debajo de las hileras de bancos hasta el pupitre de la maestra con un único propósito: mirar por debajo de su vestido para ver de qué color llevaba las bragas aquel día. Terminada la expedición, anunció con un dramático murmullo al resto de la clase: «Lila».

En resumen, nuestras fantasías nos inquietaban muy poco, porque teníamos demasiadas realidades que asumir. He dicho en otra parte que los rusos —o, por lo menos, mi generación— no recurrían nunca al psiquiatra. En primer lugar, hay pocos y, por otro lado, la psiquiatría es propiedad del estado. Uno sabe que un historial psiquiátrico no es cosa envidiable y que, en el momento más impensado, se puede volver contra uno, pero sea por la razón que fuera, acostumbrábamos resolvernos los problemas y vigilar lo que ocurría en nuestra cabeza sin ayuda ajena. El totalitarismo tiene la ventaja de que indica al individuo una especie de jerarquía vertical propia, con la conciencia situada en el nivel más alto. Estudiamos lo que ocurre dentro de nosotros, hacemos una especie de informe a nuestra conciencia sobre nuestros instintos y nos castigamos nosotros mismos. Cuando nos damos cuenta de que el castigo no es proporcional a la altura del cerdo que hemos descubierto dentro de nosotros, recurrimos al alcohol y perdemos el sentido con la bebida.

Yo considero eficiente ese sistema, aparte de que cuesta menos dinero. No es que piense que la represión es mejor que la libertad, sino que creo simplemente que el mecanismo de la represión es tan innato en la psique humana como el mecanismo de la liberación. Además, considerarse un cerdo demuestra mayor humildad y, al fin y al cabo, es más exacto que considerarse un ángel caído. Tengo motivos sobrados para pensarlo porque, en el país donde pasé treinta y dos años de mi vida, el adulterio y la asistencia a las salas de cine constituyen las únicas formas de empresa libre. Además del Arte.

Pese a todo, me sentía patriótico. Era el patriotismo normal en un niño, un patriotismo con un intenso perfume militar. Admiraba los aeroplanos y los barcos de guerra y para mí no había nada más hermoso que la bandera amarilla y azul de las fuerzas aéreas, que parecía el casquete de un paracaídas abierto, con una hélice en el centro. Me gustaban los aviones y hasta hace muy poco tiempo he seguido muy de cerca los avances de la aviación, pero al llegar los cohetes perdí el interés y el amor se convirtió en nostalgia de las turbohélices. (Sé que no soy el único: mi hijo de nueve años dijo una vez que, cuando fuera mayor, destruiría todos los turborreactores y volvería a introducir los biplanos.) En cuanto a la marina, como digno hijo de mi padre, a los catorce años solicité la admisión en la academia de submarinismo. Aprobé todos los exámenes pero, debido al párrafo quinto —la

nacionalidad—, no fui admitido, y aquel amor irracional que sentía por el abrigo de marino, con su doble hilera de botones dorados, igual que una calle de noche iluminada por los faroles, no fue correspondido.

Me temo que los aspectos visuales de la vida siempre han tenido para mí más peso que el contenido. Por ejemplo, me enamoré de una fotografía de Samuel Beckett mucho antes de leer una sola línea de sus escritos. En lo tocante a lo militar, las cárceles me ahorraron el servicio, por lo que mi amor por los uniformes no pasaría nunca de ser platónico. Desde mi punto de vista, la cárcel es mucho mejor que el ejército. En primer lugar, en la cárcel no hay nadie que te enseñe que hay que odiar a un distante y «potencial» enemigo. El enemigo que tienes en la cárcel no es ninguna abstracción, sino que es concreto y palpable. Mejor dicho, tú eres siempre palpable para tu enemigo. Tal vez «enemigo» sea una palabra demasiado fuerte. En la cárcel se enfrenta uno a un concepto sumamente domesticado de lo que es un enemigo, lo que convierte todo el asunto en algo terrenal y mortal. Después de todo, mis guardianes o mis vecinos no se diferenciaban en nada de mis maestros ni de aquellos trabajadores que me humillaron durante mi aprendizaje en la fábrica.

Mi odio era centro de gravedad; dicho en otras palabras, no se dispersaba en capitalismo extranjero de parte alguna. No era odio siquiera. El maldito rasgo de comprensión que me hacía perdonar a todo el mundo, y que había nacido cuando yo estaba en la escuela, había florecido plenamente en la cárcel. No creo que odiara siquiera a los agentes de la KGB encargados de interrogarme: generalmente los absolvía (es un inútil, tiene una familia que alimentar, etc.). A los únicos que no justificaba en absoluto era a los que llevaban el país, posiblemente porque no había tenido nunca contacto con ellos. En lo que se refiere a enemigos, el más inmediato en una celda es la falta de espacio. La fórmula de toda cárcel es una falta de espacio equilibrada con un exceso de tiempo. Esto es lo que te inquieta realmente, lo que te sientes incapaz de superar. La cárcel es una ausencia de alternativas y la predictibilidad telescópica del futuro es lo que enloquece a quien la sufre. Pese a todo, sigue siendo infinitamente mejor que la solemnidad con que el ejército ataca a la gente situada al otro extremo del globo, o más cerca.

El servicio en el ejército soviético dura de tres a cuatro años y nunca me he encontrado a nadie cuya psique no hubiera quedado mutilada como resultado de la camisa de fuerza mental impuesta por la obediencia, a excepción, quizá, de los músicos que tocan en las bandas militares y de dos conocidos lejanos que se pegaron un tiro en 1956, en Hungría, donde desempeñaban la función de jefes de tanque. Es el ejército el que acaba haciendo de ti un ciudadano; sin él todavía te queda la posibilidad, por remota que sea, de seguir siendo un ser humano. Si hay

razones para que me enorgullezca de mi pasado se basan en que me convertí en presidiario, no en soldado. Si me perdí la jerga militar —que era lo que más me preocupaba—, fui generosamente reembolsado con el argot criminal.

Con todo, los barcos de guerra y los aviones eran bellos y cada año su número iba en aumento. En 1945, las calles se llenaron de camiones y jeeps «Studebeker» con una estrella blanca en las puertas y en el capó: material americano que habíamos obtenido en préstamo y arriendo. En 1972 vendíamos *urbi et orbi* este tipo de cosas. Si durante este período el nivel de vida aumentó de un 15 a un 20 por ciento, el aumento en la producción de armas podría expresarse en decenas de millares por ciento, aumento que seguirá creciendo, puesto que es la única cosa real que tenemos en ese país, el único campo tangible para avanzar, y también porque la extorsión militar, es decir, el aumento constante en la producción de armamento, perfectamente tolerable dentro del marco totalitario, puede debilitar la economía de cualquier adversario democrático que trate de mantener un equilibrio. La acumulación militar no es ninguna locura, sino que es la mejor arma de que uno dispone para condicionar la economía del adversario, cosa de la que se han dado perfecta cuenta en el Kremlin. Cualquiera que tuviera como objetivo el dominio del mundo haría lo mismo. Las alternativas son impracticables (competición de tipo económico) o demasiado alarmantes (el uso real de dispositivos militares).

Por otra parte, el ejército corresponde a la idea que un campesino se hace del orden. No hay nada tan tranquilizador para un hombre medio como la imagen de los soldados desfilando ante los miembros del Politburó, de pie en lo alto del Mausoleo. Supongo que nunca le ha pasado por la cabeza a nadie que hay un cierto matiz de blasfemia en eso de permanecer de pie sobre la tumba de una reliquia sagrada. La idea, supongo, es la de un *continuum*, y lo triste de esas figuras que están en lo alto del Mausoleo es que realmente se unen a la momia en el desafío del tiempo. O se las ve en vivo por televisión o en fotografías de mala calidad, reproducidas por millones, en los periódicos oficiales. Como los antiguos romanos, que se relacionaban con el centro del Imperio haciendo que la vía principal de sus colonias discurriera siempre de norte a sur, los rusos mantienen la estabilidad y el carácter previsible de su existencia a través de estas fotografías.

Cuando trabajaba en la fábrica, almorzábamos en el patio; unos se sentaban y desenvolvían los bocadillos, otros fumaban o jugaban a voleibol. Había allí un pequeño parterre de flores, rodeado por una valla de madera de tipo corriente: una hilera de palos de medio metro de altura, separados por espacios de cinco centímetros y unidos por un listón del mismo material, todo pintado de verde. La

valla estaba cubierta de polvo y hollín, al igual que las flores encogidas y marchitas del parterre cuadrado. Dondequiera que uno fuera dentro de aquel imperio, encontraría siempre aquella misma valla. Está prefabricada, pero, aun en el caso de que la gente tuviera que construirla con sus manos, también seguiría el modelo prescrito. Cierta vez fui al Asia Central, a Samarcanda, donde me sentí enardecido por las cúpulas turquesa y los enigmáticos ornamentos de las madrasas y los minarettes. Todo estaba allí, pero de pronto vi aquella valla, con su ritmo idiota, y sentí que mi corazón se encogía y que el Oriente se desvanecía. La reiteración a pequeña escala, como si de un peine se tratara, de aquellos finos palitos aniquiló inmediatamente el espacio —al igual que el tiempo— existente entre el patio de la fábrica y la antigua sede de Kubilai Jan.

No hay nada más alejado de esos palos que la naturaleza, cuyo verdor imitan estúpidamente con su pintura. Esos palitos, el hierro gubernamental de las barandillas, el caqui inevitable de los uniformes militares en todas las multitudes que pasan por todas las calles de todas las ciudades, las eternas fotografías de las fundiciones de acero en todos los periódicos de la mañana y el eterno Chaikovski por la radio son cosas que enloquecerían a cualquiera si no aprendiera los mecanismos de desconexión. En la televisión soviética no hay publicidad, hay fotografías de Lenin o las llamadas foto-estudio de la «primavera», el «otoño», etc., en los intervalos entre programas, aparte del burbujeo de una música «ligera» que no tiene compositor y que es producto del propio amplificador.

En aquel tiempo no sabía todavía que todo esto era fruto de la edad de la razón y del progreso, de la era de la producción masiva, y lo atribuía al estado y en parte a la propia nación, tenidos por algo que no exige imaginación. De todos modos, creo que no estaba del todo equivocado. ¿No debería ser más fácil ejercer y distribuir la cultura en un estado centralizado? Teóricamente, un gobernante tiene más acceso a la perfección (que en cualquier caso reclama) que un diputado. Rousseau defendía ese punto de vista. ¡Lástima que no hubiera trabajado en Rusia! Ese país, con su lengua magníficamente declinada, capaz de expresar los matices más sutiles de la psique humana, con una increíble sensibilidad ética (fruto positivo de su historia, por otra parte trágica), tenía todos los ingredientes de un paraíso cultural y espiritual, un auténtico receptáculo de civilización. En lugar de ello, se ha convertido en un infierno de monotonía, con un dogma materialista y ruin y de patéticos aspirantes a consumidores.

Sin embargo, mi generación se libró en cierto modo de ese tipo de cosas. Nosotros salimos de debajo de los escombros de la posguerra cuando el estado estaba demasiado atareado, poniéndose parches en la piel, para ocuparse de

nosotros. Ingresamos en la escuela y, por muy excelsa que quisiera ser la basura que allí se nos enseñaba, el sufrimiento y la pobreza eran visibles a nuestro alrededor.

No se puede tapar la ruina con una página de *Pravda*. Las ventanas vacías nos miraban, atónitas, como órbitas de cráneos y, pese a ser unos niños, palpábamos la tragedia. Ciertamente que no podíamos establecer una relación entre nosotros y las ruinas, pero no era necesario: eran lo bastante evidentes como para cortarnos la risa. Después reanudaríamos las risas, de manera absolutamente estúpida..., y todavía habría otra reanudación. En aquellos años de posguerra sentíamos una extraña intensidad en el aire, algo inmaterial, casi fantasmal. Éramos jóvenes, éramos niños. Disponíamos de muy pocas cosas, pero como no habíamos conocido nada más, no nos importaba. Las bicicletas eran viejas, databan de antes de la guerra, y si alguno tenía una pelota de fútbol era considerado un burgués. Las chaquetas y la ropa interior que llevábamos habían sido confeccionadas por nuestras madres con los uniformes y los calzoncillos remendados de nuestros padres: mutis de Sigmund Freud. Debido a esto, no conocíamos el sentido de la posesión. Y las cosas que poseímos después estaban mal hechas y eran feas. En cierto modo, preferíamos las ideas de las cosas a las cosas mismas, pese a que no nos gustaba lo que veíamos en el espejo cuando nos mirábamos en él.

No tuvimos nunca una habitación propia para atraer hasta ella a las chicas, y las chicas con las que íbamos tampoco tenían habitación propia. Nuestras relaciones amorosas se reducían principalmente a pasear o a hablar; tendríamos que pagar una suma astronómica si nos cobraran los kilómetros recorridos. Viejos almacenes, terraplenes junto al río en los barrios industriales, bancos desapacibles en húmedos parques, frías entradas de edificios oficiales... éste fue el telón de fondo habitual de nuestros primeros arrobamientos neumáticos. No tuvimos nunca lo que se ha dado en llamar «estímulos materiales». En cuanto a los ideológicos, habrían sido cosa de risa hasta para niños de parvulario. Si alguien se vendía, no era para comprar cosas o comodidades, puesto que no las había, sino que se vendía obedeciendo a un deseo íntimo y esto era algo que sabía. No había mercancías y la demanda era total.

Si tomábamos opciones éticas, no estaban basadas tanto en la realidad inmediata como en unas normas morales derivadas de la literatura. Éramos ávidos lectores y establecíamos una dependencia con lo que leíamos. Los libros, tal vez por su elemento formal de irrevocabilidad, ejercían sobre nosotros un poder absoluto. Dickens era más real que Stalin o que Beria. Más que ninguna otra cosa, las novelas afectaban nuestras formas de conducta y nuestras conversaciones, aparte de que el noventa por ciento de nuestras conversaciones giraban alrededor de novelas. Había acabado por convertirse en un círculo vicioso, pero no queríamos salir de él.

En lo tocante a su ética, esta generación se cuenta entre las más librescas de la historia de Rusia y hay que dar gracias a Dios por ello. Podía romperse una relación para siempre como resultado de unas preferencias por Hemingway sobre Faulkner. La jerarquía de ese panteón era nuestro verdadero Comité Central. Empezó como una acumulación corriente de conocimientos, pero muy pronto pasó a convertirse en nuestra ocupación más importante, a la que podía sacrificarse cualquier cosa. Los libros se convirtieron en la primera y única realidad, en tanto que la realidad era vista como una necedad o como un fastidio. Comparados con otros, estábamos malgastando o torciendo nuestras vidas de manera ostensible, pero habíamos llegado a la conclusión de que la existencia que ignora las normas planteadas en la literatura es inferior e indigna del esfuerzo de vivirla. Así es que nosotros pensábamos y yo pienso que estábamos en lo cierto.

La preferencia instintiva era leer antes que actuar. No es de extrañar que nuestras vidas reales fueran más o menos un lío. Incluso aquellos de entre nosotros que supieron abrirse paso a través del espeso bosque de la «educación superior», con toda su inevitable coba verbal —y de otro tipo— al sistema, finalmente cayeron víctimas de escrúpulos impuestos por la literatura y no pudieron seguir adelante. Todos terminamos haciendo trabajos rarísimos, rastrosos o editoriales o... cosas estúpidas, como grabar inscripciones en lápidas funerarias, hacer copias de planos, traducir textos técnicos, llevar contabilidades, encuadernar libros, revelar placas de rayos X. De vez en cuando aparecíamos inesperadamente en la puerta de la casa de un compañero, con una botella en una mano y pasteles o flores o comida en la otra, y pasábamos la velada charlando, cotilleando, quejándonos de la imbecilidad de los funcionarios que vivían más arriba, haciendo cábalas sobre quién de nosotros moriría primero. Y al llegar aquí tengo que abandonar ya el pronombre «nosotros».

Nadie conocía la literatura y la historia mejor que esas gentes, nadie escribía en ruso mejor que ellos, nadie despreciaba más profundamente nuestra época. Para esas personas la civilización era algo más que el pan de cada día y un abrazo por la noche. No era ésta, como pudiera parecer, otra generación perdida, sino la única generación de rusos que se había encontrado a sí misma, y para ella Giotto y Mandelstam eran más imperativos que los destinos de sus individuos. Pobremente vestidos pero en cierto modo elegantes, revueltos por las manos silenciosas de sus amos más inmediatos, huyendo como conejos de los ubicuos galgos del estado y de sus zorros, más ubicuos aún, destrozados, cada día más viejos, seguían alimentando su amor hacia esa cosa que no existía (o que existía únicamente en sus cabezas, de día en día más calvas) llamada «civilización». Amputados sin remedio del resto del mundo, creían que aquel mundo, por lo menos, era como ellos mismos; ahora saben que es como los demás, pero que va mejor vestido. Mientras escribo

todo esto, cierro los ojos y casi me parece verlos en sus desmanteladas cocinas, con un vaso en la mano, haciendo irónicas muecas.

—Eso, eso... —dicen con forzada sonrisa—, *Liberté, Egalité, Fraternité*... ¿Por qué no hay nadie que añada Cultura?

Me parece que la memoria viene a ser un sustituto del rabo que perdimos para siempre durante el feliz proceso de la evolución. Dirige nuestros movimientos, nuestras migraciones incluso. Dejando aparte este aspecto, en el mismo proceso de recordar hay algo que es claramente atávico, aunque sólo sea porque ese proceso no es nunca lineal. Además, cuantas más cosas recuerda uno, más cerca está de la muerte.

De ser así, es bueno que la memoria tropiece. Sin embargo, las más de las veces se retuerce, vuelve a enroscarse, divaga en todas direcciones, exactamente como el rabo; y así tiene que ser también la narración que uno escribe, so pena de resultar inconsecuente y aburrida. Después de todo, el aburrimiento es el rasgo más frecuente de la existencia, y uno se pregunta por qué prosperó tan poco en la prosa del siglo diecinueve, que luchó tanto por ser realista.

Pero pese a que un escritor esté perfectamente equipado para imitar sobre el papel las fluctuaciones más sutiles de la mente, el esfuerzo para reproducir el rabo en todo su esplendor espiral sigue condenado al fracaso, puesto que por algo existió la evolución. La perspectiva de los años endereza las cosas hasta el punto de la extinción completa y no hay nada que pueda hacerlas regresar, ni siquiera las palabras caligrafiadas con letras de lo más retorcido. Este esfuerzo todavía está más condenado si resulta que el rabo se queda rezagado en algún lugar de Rusia.

Sin embargo, si la palabra impresa no fuera más que una indicación del olvido, todo sería perfecto, pero la triste verdad es que las palabras tampoco reproducen la realidad. Yo, por lo menos, siempre he tenido la sensación de que toda experiencia procedente del reino de Rusia, incluso cuando es descrita con precisión fotográfica, no hace sino rebotar sobre la lengua inglesa sin dejar marca visible en su superficie. Por supuesto que la memoria de una civilización no puede, o quizá no debiera, convertirse en memoria de otra. Pero cuando la lengua no es capaz de reproducir las realidades negativas de otra cultura, el hecho da lugar a tautologías de la peor especie.

La historia, qué duda cabe, está sujeta a repetirse; después de todo, al igual que los hombres, no tiene muchas opciones. Pero por lo menos a uno debería

quedarle el consuelo de ser consciente de aquello que lo ha convertido en víctima al tratar de la peculiar semántica predominante en un reino extranjero como Rusia. Uno queda modelado por sus propios hábitos conceptuales y analíticos, es decir, sirviéndose de la lengua para hacer la disección de la experiencia y despojando con ello a la mente de los beneficios de la intuición, puesto que, pese a su belleza, un concepto preciso significa siempre una reducción del sentido, un recorte de cabos sueltos, mientras que los cabos sueltos son lo que más cuenta en el mundo del fenómeno, debido a que se entretajan.

Esas palabras dan testimonio de que estoy muy lejos de acusar de insuficiencia a la lengua inglesa, del mismo modo que tampoco lamento el estado de letargo en que se encuentra la psique de sus habitantes nativos. Lo que lamento simplemente es el hecho de que un concepto tan avanzado del mal como el que resulta estar en posesión de los rusos haya tenido vedada la entrada en la conciencia amparándose en el hecho de tener una sintaxis complicada. No sé cuántos habrá de entre nosotros que recuerden a un malo dotado de un lenguaje llano que cruza el umbral con estas palabras:

—¡Hola, qué tal, soy el malo! ¿Cómo estáis?

Pero, de todas maneras, si todo esto tiene un aire elegíaco, se debe más al género de la pieza que a su contenido, por lo que la ira sería más apropiada. Por supuesto que ni una cosa ni otra transmiten el sentido del pasado, pero por lo menos la elegía crea una nueva realidad. Poco importa lo elaborada que pueda ser la estructura que uno pueda concebir para agarrarse a su propio rabo, puesto que acabará con la red llena de pescado, pero sin agua. Ello hará que se balancee la barca y le causará mareo, o lo forzarán a recurrir al tono elegíaco. O bien a arrojar el pescado por la borda.

Érase una vez un niño que vivía en el país más injusto de la tierra, gobernado por criaturas que, juzgadas de acuerdo con los cánones humanos, debían ser consideradas como seres degenerados. Pero no fueron tenidas por tales.

Y había una ciudad, la ciudad más hermosa de la tierra, con un río gris inmenso que discurría hacia distantes llanuras, como el inmenso cielo gris que cubría aquel río. A orillas de aquel río había magníficos palacios con fachadas tan bellamente elaboradas que, si el niño se quedaba en la orilla derecha, la izquierda se le antojaba la estampa de un gigantesco molusco llamado civilización. Que ya no existe.

Por la mañana muy temprano, cuando el cielo todavía estaba tachonado de estrellas, el niño se levantaba y, después de tomarse una taza de té y un huevo, acompañados por la voz de la radio que anunciaba un nuevo avance en la fundición de acero, a lo que seguía la voz del coro del ejército cantando un himno al Jefe cuyo retrato estaba clavado en la pared, sobre la cabecera de la cama del niño, todavía caliente, echaba a correr por el malecón de granito, cubierto de nieve, camino de la escuela.

El amplio río, blanco y helado, era como una lengua de tierra a la que se hubiera impuesto silencio, mientras el gran puente se arqueaba sobre el cielo azul como un paladar de hierro. Si el niño disponía de dos minutos sobrantes, se deslizaba sobre el hielo y daba veinte o treinta pasos hasta el centro mientras iba pensando qué hacían los peces bajo aquella gruesa capa de hielo. Después se paraba, daba una vuelta de 180 grados y echaba a correr, sin volver a detenerse, hasta la entrada de la escuela. Irrumpía en el vestíbulo, arrojaba la chaqueta y el gorro en la percha y volaba por las escaleras hasta la clase.

La clase es grande, con tres hileras de pupitres, un retrato del Jefe en la pared detrás de la silla del maestro y un mapa con dos hemisferios, de los que sólo uno es legal. El niño toma asiento, abre la cartera, deja la pluma y la libreta sobre el pupitre, levanta los ojos y se dispone a escuchar bobadas.

(1976)

GUIA PARA UNA CIUDAD REBAUTIZADA

Poseer el mundo en forma de imágenes es, precisamente, reexperimentar la irrealidad la lejanía de lo real. *Susan Sontag, Sobre la fotografía* Delante de la estación de Finlandia, una de las cinco terminales ferroviarias a través de las cuales puede el viajero entrar en esta ciudad o salir de ella, en la misma orilla del río Neva, se alza un monumento a un hombre cuyo nombre ostenta actualmente la ciudad. En realidad, toda estación de Leningrado tiene un monumento a este hombre, ya se trate de una estatua de tamaño natural frente al edificio o de un busto imponente dentro de él. Pero el monumento ante la estación de Finlandia es único. No es la estatua en sí lo que aquí importa, puesto que el camarada Lenin ha sido reproducido al modo usual, casi romántico, con la mano alzada y supuestamente dirigiéndose a las masas; lo que importa es el pedestal, pues el camarada Lenin pronuncia su discurso de pie sobre un vehículo blindado. Pertenece al estilo del constructivismo primerizo, tan popular hoy en Occidente, y en general la misma idea de tallar en piedra un coche blindado denota una cierta aceleración psicológica, un escultor un tanto adelantado respecto a su tiempo. Que yo sepa, éste es el único monumento existente en el mundo dedicado a un hombre sobre un coche blindado. Sólo por este aspecto, es un símbolo de una nueva sociedad. A la antigua sociedad se la solía representar a través de hombres montados a caballo.

Y muy apropiadamente, unos tres kilómetros río abajo, en la orilla opuesta, hay un monumento a un hombre cuyo nombre ostentó esta ciudad desde el día de su fundación: un monumento a Pedro el Grande. Se le conoce universalmente como el «Jinete de Bronce» y su inmovilidad sólo puede parangonarse con la frecuencia con la que ha sido fotografiado. Es un monumento impresionante, de unos seis metros de altura, la mejor obra de Étienne-Maurice Falconnet, el cual fue recomendado a la vez por Diderot y Voltaire a Catalina la Grande, su patrocinadora. Sobre la enorme roca granítica arrastrada hasta aquí desde el Istmo de Carelia, Pedro el Grande se cierne en lo alto, refrenando con la mano izquierda el caballo que se encabrita y que simboliza a Rusia, y extendiendo la diestra hacia el norte.

Puesto que ambos hombres son responsables del nombre del lugar, resulta tentador comparar, no sus monumentos por sí solos, sino también su entorno inmediato. A su izquierda, el hombre sobre el vehículo blindado posee la estructura casi clasicista del Comité del Partido local y de las tristemente célebres «Cruces», la mayor penitenciaría de Rusia. A su derecha se encuentra la Academia de Artillería,

y, si uno sigue la dirección que señala su mano, el edificio posrevolucionario más alto en la orilla izquierda del río: la sede de la KGB de Leningrado. En cuanto al Jinete de Bronce, también éste tiene una institución militar a su derecha: el Almirantazgo; a su izquierda, sin embargo, se encuentra el Senado, hoy Archivo Histórico del Estado, y su mano apunta, a través del río, hacia la Universidad que él construyó y donde más tarde el hombre del coche blindado recibió parte de su educación.

Por lo tanto, esta ciudad, con sus doscientos setenta y cinco años a cuestas, tiene dos nombres, el de soltera y un apodo, y en general sus habitantes tienden a no utilizar ninguno de ellos. Cuando se trata de su correspondencia o de sus documentos de identidad, escriben, desde luego, «Leningrado», pero en una conversación normal prefieren llamarla simplemente «Peter». Esta preferencia por un nombre muy poco tiene que ver con la política; lo cierto es que tanto «Leningrado» como «Petersburgo» resultan un tanto farragosos fonéticamente, y, por otra parte, a la gente le agrada adjudicar un apodo a sus hábitats... es un grado más avanzado de domesticación. Desde luego, «Lenin» no le va, aunque sólo sea porque se trataba del apellido del hombre (además de un apodo), en tanto que «Peter» parece ser la opción más natural. Por una parte, a la ciudad ya se la ha llamado así durante un par de siglos y, por otra, la presencia del espíritu de Pedro I es en ella todavía mucho más palpable que el sabor de la nueva época. Además, puesto que el verdadero nombre del emperador en ruso es Piotr, «Petersburg» sugiere un cierto matiz extranjero y suena bien, ya que en la atmósfera de la ciudad existe un algo claramente extranjero y alienante: sus edificios de aspecto europeo, tal vez su misma ubicación, en el delta de ese río norteño que desemboca en un mar abierto y hostil. En otras palabras, en el borde de un mundo tan familiar.

Rusia es un país muy continental; su masa terrestre constituye una sexta parte del firmamento mundial. La idea de construir una ciudad al borde de la tierra, y para colmo proclamarla como capital de la nación, fue considerada por los contemporáneos de Pedro I como desdichada, por decir lo mínimo. El mundo uterino y claustrofóbico, y tradicional en lo idiosincrático, de la Rusia propiamente dicha tiritaba bajo el viento frío y penetrante del Báltico. La oposición a las reformas de Pedro fue formidable, sobre todo porque las tierras del delta del Neva eran verdaderamente adversas. Eran tierras bajas y marismas, y para construir sobre ellas era necesario reforzar el suelo. Había abundancia de madera en los alrededores, pero no voluntarios para cortarla, y mucho menos para clavar los pilares en el suelo.

Pero Pedro I tenía una visión de la ciudad, y de algo más que la ciudad, pues

él veía a Rusia con su rostro vuelto hacia el mundo. En el contexto de su época, esto quería decir hacia Occidente, y la ciudad estaba destinada a convertirse — como dijo un escritor europeo que visitó entonces Rusia— en una ventana hacia Europa. En realidad, Pedro quería una puerta, y la quería entreabierta. A diferencia de sus antecesores y también de sus sucesores en el trono de Rusia, ese monarca, con su estatura de un metro noventa y cinco, no padecía la tradicional dolencia rusa: un complejo de inferioridad respecto a Europa. Él no quería imitar a Europa: quería que Rusia *fuese* Europa, tal como él era, al menos en parte, un europeo. Desde su infancia, muchos de sus íntimos amigos y compañeros, así como los principales enemigos con los que guerreaba, eran europeos, y había pasado más de un año trabajando, viajando y literalmente viviendo en Europa, a la que después visitaría con frecuencia. Para él, Occidente no era tierra incógnita. Hombre de mente sobria, aunque tremendamente inclinado a la bebida, contemplaba cada país en el que había puesto el pie —incluido el suyo— como una mera continuación del espacio. En cierto modo, la geografía era para él mucho más real que la historia, y sus direcciones predilectas eran el norte y el oeste.

En general, estaba enamorado del espacio, y del mar en particular. Quería que Rusia poseyera una marina de guerra, y con sus propias manos ese «zar carpintero», como le llamaban sus contemporáneos, construyó su primera embarcación (que hoy se exhibe en el Museo de la Marina), empleando los conocimientos que había adquirido mientras trabajaba en los astilleros holandeses y británicos. Por consiguiente, su visión de esta ciudad era bastante particular. El quería que fuese un puerto para la marina rusa, una fortaleza contra los suecos, que durante siglos habían asediado esas costas, y el baluarte septentrional de su nación. Al propio tiempo, pensaba en que esta ciudad llegara a convertirse en el centro espiritual de la nueva Rusia: el centro de la razón, de las ciencias, de la educación y de los conocimientos. Para él, éstos eran los elementos de la visión y los objetivos conscientes, no los productos secundarios del impulso militar de las épocas subsiguientes.

Cuando un visionario es al mismo tiempo emperador, actúa de una manera implacable. Los métodos a los que recurrió Pedro I, para llevar a cabo su proyecto, podrían definirse, en el mejor de los casos, como un reclutamiento obligatorio. Aplicó impuestos a todo y a todos con tal de obligar a sus súbditos a luchar con la tierra. Durante el reinado de Pedro, un súbdito de la corona rusa tenía una opción más que limitada entre incorporarse al ejército o ser enviado a construir San Petersburgo, y es difícil decir cuál de las dos alternativas era peor. Decenas de millares de hombres encontraron un final anónimo en las marismas del delta del Neva, cuyas islas gozaban de una reputación similar a la de un gulag actual. Con la

excepción de que, en el siglo XVIII, uno sabía lo que estaba construyendo y tenía además la posibilidad de recibir al final los últimos sacramentos y tener una cruz de madera sobre su tumba.

Quizá Pedro no tuviera otra manera de asegurar la ejecución de su proyecto. Con la excepción de las guerras, hasta su reinado Rusia apenas había conocido la centralización y nunca había actuado como una entidad todopoderosa. La coerción universal ejercida por el futuro Jinete de Bronce para completar su proyecto unió a la nación por primera vez y originó el totalitarismo ruso, cuyos frutos no saben mejor de lo que sabían sus semillas. La masa había invitado a una solución masiva, y ni por su educación ni por la propia historia de Rusia estaba Pedro preparado para otra cosa. Trataba al pueblo exactamente como trataba a la tierra donde se alzaría su futura capital. Carpintero y navegante, este gobernante reglamentador utilizó un solo instrumento para diseñar su ciudad: una regla. El espacio que se extendía ante él era totalmente plano, horizontal, y no le faltaban razones para tratarlo como un mapa, donde una línea recta basta. Si algo se curva en esta ciudad, ello no se debe a una planificación específica, sino a que él era un dibujante torpe cuyo dedo se escapaba a veces del borde de la regla, y el lápiz seguía este desliz. Y lo mismo hacían sus aterrorizados subordinados.

En realidad, la ciudad descansa sobre los huesos de sus constructores, tanto como sobre los pilares de madera que éstos clavaron en el suelo. Lo mismo ocurre, hasta cierto punto, en gran parte del Viejo Mundo, pero la historia sabe poner a buen recaudo los recuerdos desagradables. Ocurre que San Petersburgo es demasiado joven para albergar mitologías, y cada vez que se produce un desastre natural o premeditado, cabe detectar entre la multitud una cara pálida, algo demacrada, carente de edad y con unos ojos hundidos, blancos y de mirada fija, y oír en un murmullo: «¡Os digo que este lugar está maldito!». Uno se estremece, pero momentos después, al tratar de echar otra ojeada al que ha hablado, el rostro ha desaparecido. En vano los ojos recorren el lento curso de las multitudes y el tráfico que fluye trabajosamente a su lado, pues nada se ve, excepto los indiferentes transeúntes y, a través del velo oblicuo de la lluvia, los rasgos magníficos de los grandes edificios imperiales. La geometría de las perspectivas arquitectónicas de esta ciudad es perfecta para perder las cosas definitivamente.

Pero, en conjunto, el sentimiento de una naturaleza que regrese un día para reclamar su propiedad usurpada, cedida una vez ante el asalto humano, tiene aquí su lógica. Procede del largo historial de inundaciones que han asolado esta ciudad, de la proximidad física, palpable, de la ciudad respecto al mar. Aunque el trastorno nunca llegue más allá de un Neva que se desprende de su granítica camisa de

fuerza, la mera visión de aquellos enormes y plomizos nubarrones que, procedentes del Báltico, se abalanzan sobre la ciudad, hace que sus habitantes tiemblen con unas ansiedades que, por otra parte, siempre están presentes. A veces, sobre todo a fines del otoño, este clima, con sus vientos húmedos, sus lluvias a cántaros y el Neva que desborda su cauce, dura semanas. Aunque nada cambie, el mero factor tiempo obliga a pensar que la situación está empeorando. En tales días, uno recuerda que no hay diques alrededor de la ciudad y que uno se encuentra literalmente rodeado por esa quinta columna de canales y tributarios; que uno vive prácticamente en una isla, una de las 101 existentes; que uno vio en aquella película —¿o fue en un sueño?— aquella ola gigantesca que..., un largo etcétera, y entonces uno pone la radio para oír la siguiente previsión meteorológica. Y ésta suele ser positiva y optimista.

Pero el motivo principal de este sentimiento es el propio mar. Curiosamente, pese a todo el poderío naval amasado hoy por Rusia, la idea del mar todavía le resulta más bien extraña a la población en general. Tanto el folklore como la propaganda oficial tratan este tema de un modo romántico, vago aunque positivo. Para la persona corriente, el mar se asocia sobre todo con el Mar Negro, las vacaciones, el sur, centros turísticos, y tal vez palmeras. Los epítetos más frecuentes que se encuentran en canciones y poemas son «amplio», «azul» y «bello». A veces se oye un «alborotado», pero esto no afecta al resto del contexto. Las nociones de libertad, de espacio abierto, de largarse de aquí, son instintivamente suprimidas y por consiguiente afloran en las formas inversas de miedo al agua y miedo a ahogarse. En este aspecto por sí solo, la ciudad situada en el delta del Neva es un reto para la psique nacional y con justicia lleva el nombre de «extranjera en su patria», que le adjudicó Nikolai Gogol. Si no un extranjero, sí por lo menos un marino. En cierto modo, Pedro I consiguió su objetivo, pues esta ciudad se convirtió en un puerto, y no sólo en el aspecto literal, sino también metafísicamente. No hay ningún otro lugar en Rusia donde los pensamientos se alejen tan libremente de la realidad, y con la aparición de San Petersburgo se inició la existencia de la literatura rusa.

Por cierto que pueda ser que Pedro planeara tener una nueva Amsterdam, el resultado tiene tan poco en común con esta ciudad holandesa como pueda tenerlo su ex homónima a orillas del Hudson. Pero lo que, en la última, escaló las alturas, en la primera se extendió horizontalmente, aunque el programa fuera el mismo. Y es que, por sí sola, la anchura del río exigía una escala arquitectónica diferente.

En las épocas posteriores a la de Pedro se empezaron a construir, no edificios separados, sino conjuntos arquitectónicos completos o, para ser más precisos,

paisajes arquitectónicos. Intacta hasta entonces en lo referente a estilos de arquitectura europeos, Rusia abrió las compuertas y el barroco y el clasicismo irrumpieron e inundaron las calles y los terraplenes de San Petersburgo. Se alzaron, parecidos a tubos de órgano, bosques de altas columnas que flanquearon *ad infinitum* las fachadas de los palacios en un triunfo euclidiano de kilómetros de longitud. Durante la segunda mitad del siglo XVIII y el primer cuarto del XIX, esta ciudad se convirtió en un auténtico safari para los mejores arquitectos, escultores y decoradores italianos y franceses. Al adquirir su aspecto imperial, la ciudad se mostró escrupulosa hasta en el último detalle, y el revestimiento de granito de ríos y canales, y las elaboradas características de cada voluta en sus verjas de hierro forjado, hablan por sí mismos. Lo mismo cabe decir acerca de la decoración de los aposentos interiores en los palacios y las residencias campestres de la familia del zar y de la nobleza, una decoración cuya variedad y exquisitez lindan en la obscenidad. Y no obstante, tomaran lo que tomaran los arquitectos como patrón en su trabajo —Versalles, Fontainebleau, etcétera—, el resultado siempre era inconfundiblemente ruso, porque lo que dictaba al constructor lo que poner en otra ala, y con qué estilo debía hacerse, era más la superabundancia de espacio que la voluntad caprichosa de su cliente, a menudo ignorante pero inmensamente rico. Cuando se contempla el panorama del Neva abriéndose desde el bastión Trubetzkoy en la fortaleza de Pedro y Pablo, la Gran Cascada junto al golfo de Finlandia, se tiene la extraña sensación de que no es Rusia tratando de ponerse a la altura de la civilización europea lo que allí hace acto de presencia, sino una proyección ampliada de ésta a través de una linterna mágica y sobre una enorme pantalla de espacio y aguas.

En último análisis, el rápido crecimiento de la ciudad y de su esplendor debería ser atribuido en primer lugar a la presencia ubicua del agua. Los veinte kilómetros del Neva ramificándose en pleno centro de la ciudad, con sus veinticinco canales serpenteantes, grandes y pequeños, proporcionan a esta ciudad tal cantidad de espejos que el narcisismo resulta inevitable. Reflejada a cada segundo por miles de palmos cuadrados de amalgama de plata líquida, es como si la ciudad fuese filmada constantemente por su río, que descarga su caudal en el golfo de Finlandia, el cual, en un día soleado, parece un depósito de estas imágenes cegadoras. No es extraño que a veces esta ciudad dé la impresión de ser egoísta, preocupada tan sólo por su propio aspecto. Es verdad que en tales lugares se presta más atención a las fachadas que a las caras, pero la piedra es incapaz de procrear. La inagotable y enloquecedora multiplicación de todas estas pilastras, columnatas y pórticos sugiere la naturaleza de este narcisismo urbano, sugiere la posibilidad de que, al menos en el mundo inanimado, el agua puede ser considerada como una forma condensada del tiempo.

Pero tal vez más que en sus canales y ríos, esta extremadamente «premeditada ciudad», como la calificó Dostoievski, se ha visto reflejada en la literatura de Rusia, pues el agua sólo puede hablar de superficies, y además superficies expuestas. La descripción del interior, tanto real como mental, de la ciudad, de su impacto en las gentes y en su mundo interno, se convirtió en el tema principal de la literatura rusa casi desde el día de la fundación de esta urbe. Técnicamente hablando, la literatura rusa nació en ella, a orillas del Neva. Si, como suele decirse, todos los escritores rusos «salieron de *El capote* de Gogol», vale la pena recordar que este capote fue arrebatado de los hombros de aquel pobre funcionario nada menos que en San Petersburgo, muy al principio del siglo XIX. El tono, sin embargo, fue fijado por *El jinete de bronce* de Pushkin, cuyo protagonista, un escribiente de cualquier departamento, después de perder a su amada en una inundación, acusa a la estatua ecuestre del emperador de negligencia (no hay diques) y enloquece cuando ve al enfurecido Pedro, jinete en su caballo, saltar del pedestal y lanzarse en su persecución para aplastarlo bajo sus cascos, por insolente. (Esto podría ser, desde luego, un simple cuento sobre la rebelión de un hombrecillo contra el poder arbitrario, o acerca de la manía persecutoria, subconsciente contra superego, y así sucesivamente, de no ser por la magnificencia de los versos, los mejores nunca escritos en alabanza de esta ciudad, con la excepción de los de Osip Mandelstam, que fue literalmente estigmatizado en el territorio del imperio un siglo después de que Pushkin muriera en un duelo.)

Sea como fuere, a principios del siglo XIX San Petersburgo era ya la capital de las letras rusas, hecho que bien poco tenía que ver con la presencia allí de la corte. Al fin y al cabo, la corte se alojó en Moscú durante siglos y, a pesar de ello, casi nada salió de allí. El motivo de esta súbita explosión de poder creativo fue, también, y sobre todo, geográfico. En el contexto de la vida rusa en aquellos tiempos, la aparición de San Petersburgo fue similar al descubrimiento del Nuevo Mundo, pues ofreció a los pensadores de la época una oportunidad para mirarse a sí mismos y a la nación como si lo hicieran desde el exterior. En otras palabras, esta ciudad les brindó la posibilidad de objetivar el país. La noción de que la crítica es más válida cuando es efectuada desde fuera todavía hoy goza de considerable popularidad. Entonces, realizada por el carácter utópico alternativo —al menos visualmente— de la ciudad, instiló en aquellos que eran los primeros en tomar la pluma el sentimiento de la casi incuestionable autoridad de sus manifestaciones. Si es cierto que cada escritor debe distanciarse de su experiencia para ser capaz de comentarla, entonces la ciudad, al prestar este servicio alienante, les ahorró el viaje.

Procedentes de la nobleza, de familias terratenientes o del clero, todos estos escritores pertenecían, utilizando una estratificación económica, a la clase media, la

clase que es casi la única responsable de la existencia de literatura en cualquier parte. Con dos o tres excepciones, todos ellos vivían de la pluma, es decir, con la suficiente estrechez para comprender, sin exégesis ni perplejidad, el malestar de los peor dotados, así como el esplendor de los que ocupaban la cima. Estos últimos no atraían su atención de una manera tan importante, aunque sólo fuera porque las posibilidades de ascender eran mucho más reducidas. Por consiguiente, disponemos de un retrato muy completo, casi estereoscópico, del San Petersburgo interior, real, ya que es el pobre el que constituye la parte principal de la realidad; el hombrecillo es casi universal. Además, cuanto más perfecto su entorno inmediato, más discordante e incongruente resulta él. Nada tiene de extraño que todos ellos —los oficiales retirados, las viudas empobrecidas, los funcionarios esquilados, los periodistas hambrientos, los oficinistas humillados, los estudiantes tuberculosos y tantos otros—, vistos ante el impecable y utópico telón de fondo de los pórticos clasicistas, excitaran la imaginación de los escritores e inundaran los primerísimos capítulos de la prosa rusa.

Tal era la frecuencia con la que estos personajes aparecían sobre el papel y tal era el número de personas que los situaban allí, tal era su dominio sobre su material y tal era el propio material —palabras—, que al poco tiempo algo extraño empezó a ocurrir en la ciudad. El proceso de reconocer estas reflexiones incurablemente semánticas, llenas de juicios morales, convirtiéndose en un proceso de identificación con ellas. Tal como a menudo le ocurre a un hombre frente al espejo, la ciudad empezó a caer en la dependencia respecto a la imagen tridimensional proporcionada por la literatura. No se trataba de que los ajustes que ésta introducía no fueran suficientes —que no lo eran— sino de que, con la inseguridad innata de todo narcisista, la ciudad comenzaba a mirar con una intensidad cada vez mayor a ese espejo que los escritores rusos transportaban —parafraseando a Stendhal— a través de las calles, patios interiores y míseros apartamentos de su población. En ocasiones, lo reflejado trataba incluso de corregir o simplemente romper el reflejo, lo cual era tanto más fácil de realizar cuanto que casi todos los autores residían en la ciudad. A mediados del siglo XIX, estas dos cosas se fusionaron, pues la literatura rusa captaba la realidad hasta el punto de que hoy, cuando uno piensa en San Petersburgo, no le es posible distinguir la ficción de la realidad, lo que no deja de ser bastante raro para un lugar que sólo cuenta doscientos setenta y seis años de antigüedad. El guía enseñará hoy el edificio de la Tercera Sección de la policía, donde Dostoievski fue juzgado, así como la casa donde su personaje Raskolnikov mató con un hacha a aquella vieja usurera.

El papel de la literatura del siglo XIX en la configuración de la imagen de la ciudad fue tanto más crucial porque éste fue el siglo en que los palacios y

embajadas de San Petersburgo pasaron a convertirse en el centro burocrático, político, financiero, militar y finalmente industrial de Rusia. La arquitectura empezó a perder su perfecto —hasta el punto de ser absurdo— carácter abstracto y empeoró con cada nuevo edificio. Esto fue dictado tanto por el viraje hacia el funcionalismo (que no es sino un nombre noble para la consecución de beneficios) como por la degradación estética general. Con la excepción de Catalina la Grande, los sucesores de Pedro poca visión tuvieron y, por otra parte, no compartieron la de éste. Cada uno de ellos trató de promulgar su versión de Europa, y lo hizo a conciencia, pero en el siglo XIX Europa no merecía ser imitada. De un reinado a otro, el declive era cada vez más evidente y la única cosa que salvaba la faz a las nuevas aventuras era la necesidad de ajustarlas a las de los grandes predecesores. Hoy, desde luego, incluso el estilo cuartelero de la época de Nicolás I podría penetrar en un acogedor corazón de esteta, puesto que refleja acertadamente el espíritu del tiempo, pero en resumidas cuentas esta ejecución rusa del ideal militar prusiano de sociedad, junto con los engorrosos edificios de apartamentos estrujados entre los conjuntos clásicos, produce más bien un efecto desalentador. Vinieron después los pasteles nupciales y las carrozas funerarias victorianas, y en el último cuarto de siglo esa ciudad que había comenzado como un salto desde la historia hacia el futuro empezó a adquirir, en algunas partes, el aspecto de un burgués corriente de la Europa septentrional.

Y por ahí andaba el juego. Si el crítico literario Belinski exclamaba en la tercera década del siglo pasado: «Petersburgo es más original que todas las ciudades americanas, porque es una ciudad nueva en un país viejo; por consiguiente, es una nueva esperanza, ¡el maravilloso futuro de este país!», un cuarto de siglo más tarde Dostoievski pudo replicar sarcásticamente: «He aquí la arquitectura de un enorme hotel moderno: su eficiencia ya encarnada, su americanismo, cientos de habitaciones; está bien claro que también nosotros tenemos ferrocarriles, que también nosotros nos hemos convertido de repente en un pueblo activo y emprendedor.»

«Americanismo», como epíteto aplicado a la era capitalista en la historia de San Petersburgo, tal vez resulte un tanto desmesurado, pero la similitud visual con Europa era de hecho muy impresionante. Y no eran tan sólo las fachadas de los bancos y de las sociedades anónimas las que se asemejaban en su elefantina solidez a sus contrapartidas en Berlín y Londres, sino que la decoración interior de un lugar como la tienda de comestibles de los hermanos Eliseev (que sigue intacta y funciona bien, aunque sólo sea porque hoy no hay mucho que desplegar en ella) podía sostener airoosamente la comparación con Fauchon en París. Lo cierto es que cada «ismo» opera a una escala masiva que se sustrae a la identidad nacional, y el

capitalismo no era una excepción. La ciudad estaba en pleno auge, llegaba mano de obra desde todos los rincones del imperio, la población masculina doblaba la femenina, la prostitución medraba, los orfanatos estaban repletos, y las aguas del puerto hervían con los buques que exportaban el grano ruso, como hierven hoy con los barcos que traen a Rusia grano procedente del extranjero. Era una ciudad internacional, con grandes colonias francesa, alemana, holandesa y británica, y sin hablar de los diplomáticos y los comerciantes. La profecía de Pushkin, puesta en boca de su Jinete de Bronce —«¡Todas las banderas vendrán hacia nosotros como huéspedes!»— obtenía su encarnación literal. Si en el siglo XVIII la imitación de Occidente no iba más allá del maquillaje y las modas de la aristocracia («¡Esos monos rusos! —exclamó un noble francés tras asistir a un baile en el Palacio de Invierno—. ¡Con qué rapidez se han adaptado! ¡Están superando a nuestra corte!»), el San Petersburgo del siglo XIX, con su burguesía *nouveau riche*, su alta sociedad, su *démi-monde*, etc., se volvió lo bastante occidental como para permitirse incluso un cierto grado de menosprecio respecto a Europa.

Sin embargo, este menosprecio, exhibido sobre todo en la literatura, tenía muy poco que ver con la tradicional xenofobia rusa, a menudo manifestada en forma de un argumento como la superioridad de la ortodoxia sobre el catolicismo. Era más bien una reacción de la ciudad ante sí misma, una reacción de ideales profesados ante la realidad mercantil, del esteta ante el burgués. En cuanto a esa cuestión de la ortodoxia contra el cristianismo occidental, nunca llegó muy lejos, puesto que las catedrales y las iglesias estaban diseñadas por los mismos arquitectos que construían los palacios. Por consiguiente, a menos que uno se adentre bajo sus bóvedas, no hay manera de determinar a qué denominación pertenecen estas casas de oración, a no ser que se preste atención a la forma de la cruz en la cúpula, y en esta ciudad no hay, prácticamente, cúpulas en forma de cebolla. No obstante, en ese menosprecio había un algo de índole religiosa.

Toda crítica de la condición humana sugiere el conocimiento, por parte del crítico, de un plano más alto de apreciación, de un orden mejor. Tal era la historia de la estética rusa que los conjuntos arquitectónicos de San Petersburgo, iglesias incluidas, eran —y siguen siendo todavía— percibidos como la encarnación más cercana posible de semejante orden. En cualquier caso, el hombre que ha vivido el tiempo suficiente en esta ciudad tiende a asociar virtud con proporción. Esta es una antigua idea griega, pero, plasmada bajo el cielo septentrional, adquiere la autoridad peculiar de un espíritu bien fortificado y, como mínimo, hace que un artista sea muy consciente de la forma. Esta clase de influencia es especialmente clara en el caso de la poesía rusa o, para nombrarla de acuerdo con su lugar natal, la poesía petersburguesa. Durante dos siglos y medio, esta escuela, desde Lomonosov

y Deryavin hasta Pushkin y su pléyade (Baratinski, Vyazemski, Delvig), hasta los acmeístas —Ajmatova y Mandelstam en este siglo—, ha existido bajo el mismo signo bajo el cual fue concebida: el signo del clasicismo. Sin embargo, menos de cincuenta años separan el pean de Pushkin a la ciudad en *El jinete de bronce* y la declaración de Dostoievski en *Apuntes del subsuelo*: «Es una desdicha habitar Petersburgo, el lugar más abstracto y premeditado del mundo». La brevedad de este intervalo de tiempo sólo puede explicarse por el hecho de que el ritmo del desarrollo de esta ciudad no fue en realidad un ritmo: fue, desde un buen principio, una aceleración. El lugar, cuya población en 1700 era igual a cero, había llegado al millón y medio de habitantes en 1900. Lo que en cualquier otra parte hubiera exigido un siglo, comprimióse aquí en unas décadas. El tiempo adquirió una cualidad mítica porque el mito era el de la creación. La industria estaba en pleno auge y alrededor de la ciudad se alzaban chimeneas humeantes como un eco en ladrillo de sus columnatas. El Ballet Ruso Imperial, bajo la dirección de Petipa, lanzó a Anna Pavlova, y en dos décadas escasas su concepto del ballet evolucionó como una estructura sinfónica, un concepto destinado a conquistar el mundo. Unos tres mil buques que enarbolaban banderas extranjeras y rusas utilizaban anualmente el puerto de San Petersburgo, y más de una docena de partidos políticos convergerían en 1906 en el recinto del frustrado parlamento ruso llamado la Duma, que en ruso significa «pensamiento» (vistos retrospectivamente, sus logros hacen que su sonido en inglés —«Dooma»— parezca particularmente ominoso) [En inglés, «doom» significa ruina, perdición, condena. (*N. del T.*)]. El prefijo «San» estaba desapareciendo —gradual pero justamente— del nombre de la ciudad, y al estallar la primera guerra mundial, debido al sentimiento antialemán, el propio nombre fue rusificado y «Petersburgo» se convirtió en «Petrogrado». La idea de la ciudad, antes perfectamente captable, brillaba cada vez menos a través de la telaraña, cada día más espesa, de la economía y de las demagogias cívicas. En otras palabras, la ciudad del Jinete de Bronce galopaba hacia su futuro como metrópolis regular con zancadas gigantescas, pisándoles los talones a sus hombrecillos e impulsándolos hacia adelante. Y un día llegó un tren a la estación de Finlandia y un hombrecillo se apeó del vagón y trepó a lo alto de un vehículo blindado.

Esta llegada fue un desastre para la nación, pero la salvación para la ciudad, ya que su desarrollo se detuvo en seco, así como la vida económica de todo el país. Esta ciudad se congeló como sumida en un aturdimiento mudo y total ante la era inminente, negándose a asistir a ella. Por lo menos, el camarada Lenin merece sus monumentos aquí por haberle ahorrado a San Petersburgo tanto la innoble pertenencia a la aldea global como la vergüenza de convertirse en la sede de su gobierno, ya que en 1918 él volvió a trasladar la capital de Rusia a Moscú.

El significado de este gesto, por sí solo, podría igualar a Lenin con Pedro. Sin embargo, el propio Lenin difícilmente aprobaría el hecho de dar su nombre a la ciudad, aunque sólo fuera porque todo el tiempo que pasó en ella sumó unos dos años. De haber dependido de él, habría preferido Moscú o cualquier otro lugar en la Rusia propiamente dicha, pues él era hombre de tierra firme, y además un habitante de ciudad. Y si en Petrogrado se sentía incómodo, debíase en parte al mar, aunque no eran las inundaciones lo que le preocupaba, sino la flota británica.

Tal vez había sólo dos cosas que tuviera en común con Pedro I: conocimiento de Europa e inhumanidad, pero en tanto que Pedro, con su variedad de intereses, su tumultuosa energía y su torpeza de aficionado en los grandes designios, era una versión, en unos aspectos al día y en otros desfasada, de un hombre del Renacimiento, Lenin era de pies a cabeza un producto de su tiempo: un revolucionario de miras estrechas, con un típico deseo *petit bourgeois*, monomaniaco, de poder, lo que es en sí un concepto extremadamente burgués.

Por tanto, Lenin fue a Petersburgo porque allí era donde creía que se encontraba el poder, como hubiera ido a cualquier otro lugar de haber pensado que se encontraba allí (y de hecho así lo hizo, pues mientras vivía en Suiza intentó lo mismo en Zurich). Era, en resumen, uno de los primeros hombres para los que la geografía es una ciencia política. Pero lo cierto es que Petersburgo nunca fue, ni siquiera durante su período más reaccionario bajo Nicolás I, un centro de poder. Toda monarquía se asienta sobre el tradicional principio feudal de la complaciente sumisión o resignación al gobierno de uno solo, respaldado por la Iglesia. Después de todo, cualquiera de las dos —sumisión o resignación— es un acto voluntario, tanto como el de depositar un voto. En cambio, la idea principal de Lenin era la manipulación de la propia voluntad, el control de las mentes, y esto era nuevo para Petersburgo, ya que Petersburgo era meramente la sede del mando imperial, y no el *locus* mental o político de la nación, toda vez que la voluntad nacional no puede localizarse por definición. Como entidad orgánica, la sociedad genera las formas de su organización tal como los árboles generan sus distancias entre sí, y el que pasa por allí llama a esto «bosque». El concepto del poder, alias control estatal sobre el tejido social, es una contradicción de términos y revela un leñador. La propia mezcla, en la ciudad, de grandeza arquitectónica con una tradición burocrática semejante a una telaraña, burlaba la idea de poder. Lo cierto acerca de los palacios, en especial los de invierno, es que no todas sus habitaciones están ocupadas. De haberse quedado Lenin más tiempo en esta ciudad, sus ideas como estadista tal vez hubieran sido un poco más humildes, pero desde la edad de treinta años vivió casi dieciséis años en el extranjero, sobre todo en Alemania y Suiza, nutriendo sus teorías políticas. Sólo una vez, en 1905, regresó a Petersburgo, donde se quedó tres

meses intentando organizar a los trabajadores contra el gobierno zarista, pero pronto se vio obligado a volver al extranjero, para reanudar sus politiqueros de café, sus partidas de ajedrez y sus lecturas de Marx. Esto no podía ayudarle a ser menos idiosincrático, pues el fracaso rara vez amplía las perspectivas.

En 1917, al enterarse en Suiza, a través de un transeúnte, de la abdicación del zar, Lenin, junto con un grupo de sus seguidores, abordó un tren que, con los vagones sellados, había facilitado el Estado Mayor alemán, que confiaba en ellos para que organizaran tareas de quinta columna detrás de las líneas rusas, y se dirigió a Petersburgo. El hombre que se apeó del tren en 1917, en la estación de Finlandia, contaba cuarenta y siete años, y ésta era, presumiblemente, su última jugada: tenía que ganar o hacer frente a la acusación de traición. Aparte de 12 millones de marcos alemanes, su único equipaje era el sueño de la revolución socialista mundial, que, una vez iniciada en Rusia, había de producir una reacción en cadena, y otro sueño que era el de convertirse en jefe del estado ruso a fin de ejecutar el primero. En aquel largo y traqueteante viaje de dieciséis años hasta la estación de Finlandia, ambos sueños se habían fusionado en un concepto de poder un tanto semejante a una pesadilla, pero, al trepar a aquel vehículo blindado, él no sabía que sólo una de estas cosas estaba destinada a convertirse en realidad.

Por consiguiente, no era tanto su ida a Petersburgo para hacerse con el poder como la idea de poder que se había adueñado de él mucho tiempo antes, lo que llevaba ahora a Lenin a Petersburgo. Lo que se describe en los libros de historia como la gran revolución socialista de Octubre fue, de hecho, un mero golpe de estado, y además incruento. Obedeciendo a la señal —un disparo de salva del cañón de proa del crucero *Aurora*—, un destacamento de la recientemente formada Guardia Roja entró en el Palacio de Invierno y arrestó a un puñado de ministros del Gobierno Provisional que mataban allí el tiempo, tratando en vano de ocuparse de Rusia después de la abdicación del zar. Los Guardias Rojos no encontraron ninguna resistencia, violaron a la mitad de las componentes de la unidad femenina que custodiaban el palacio, y saquearon los aposentos del mismo. En esta operación, dos Guardias Rojos fueron alcanzados por disparos y uno se ahogó en las bodegas donde se guardaba el vino. El único tiroteo que tuvo lugar en la Plaza del Palacio, con cuerpos desplomándose y el haz de un reflector surcando el cielo, fue el de Sergei Eisenstein.

Tal vez como referencia a la modestia de los hechos en aquella noche del 25 de octubre, la ciudad ha sido denominada en la propaganda oficial como «la cuna de la Revolución». Y cuna siguió siendo, una cuna vacía, y bien que le agradó ese *status*. Hasta cierto punto, la ciudad escapó a la carnicería revolucionaria. «No

permita Dios —dijo Pushkin— que veamos el desastre ruso, insensato e inmisericorde», y Petersburgo no lo vio. La guerra civil ardió a su alrededor y en todo el país, y una grieta horrible traspasó la nación, escindiéndola en dos campos mutuamente hostiles, pero aquí, a orillas del Neva, por primera vez en dos siglos reinó la calma y la hierba empezó a brotar entre los adoquines de las plazas vacías y las losas de pizarra de las aceras. El hambre se cobró su factura y también la Cheka (el nombre de soltera de la KGB), pero, esto aparte, la ciudad se sumió en sí misma y en sus reflexiones.

Mientras el país, con su capital de nuevo en Moscú, se replegaba a su condición uterina, claustrofóbica y xenofóbica, Petersburgo, sin ningún lugar al que retirarse, hizo una pausa... como si la hubieran fotografiado en su postura del siglo XIX. Las décadas que siguieron a la guerra civil en poco la cambiaron: había nuevos edificios pero situados en su mayoría en los suburbios industriales. Además, la política general respecto a la vivienda era la de la llamada condensación, es decir, la de juntar a los desposeídos con los bienestantes. Así, cuando una familia tenía para sí todo un apartamento de tres habitaciones, 182 tenía que apiñarse en una de ellas para permitir que otras familias se acomodaran en las demás. Con ello, los interiores de la ciudad adquirieron un aspecto más a lo Dostoievski que nunca, mientras las fachadas se desconchaban y absorbían el polvo, ese bronceado de las épocas.

Quieta, inmovilizada, la ciudad seguía contemplando el paso de las estaciones. En Petersburgo, todo puede cambiar excepto su tiempo meteorológico. Y su luz. Es la luz septentrional, pálida y difusa, una luz en la que tanto la memoria como el ojo actúan con inusual nitidez. Bajo esta luz, y gracias a la rectitud y longitud de las calles, los pensamientos del caminante viajan más allá de su destino, y un hombre con visión normal puede distinguir a más de un kilómetro de distancia el número del autobús que se acerca o la edad del individuo que le viene siguiendo los pasos. En su juventud al menos, el hombre nacido en esta ciudad pasa tanto tiempo caminando como cualquier buen beduino. Y ello no se debe a la escasez o el precio de los vehículos (hay un excelente sistema de transporte público), ni a las colas de un kilómetro ante las tiendas de comestibles. Se debe a que andar bajo este cielo, a lo largo de los terraplenes de granito pardo de ese inmenso río gris, es en sí una prolongación de la vida y una escuela de visión lejana. Hay algo en la textura granular del pavimento de granito junto al curso constante de las aguas que se alejan, que instila en las suelas de cualquiera un deseo casi sensual de caminar. El viento procedente del mar, con su olor a algas, ha curado aquí muchos corazones sobresaturados de mentiras, desesperación e impotencia. Si esto es lo que conspira para esclavizar, el esclavo puede tener excusa.

Esta es la ciudad donde resulta algo más fácil soportar la soledad en comparación con cualquier otro lugar, porque la misma ciudad está solitaria. Proporciona un extraño consuelo la noción de que estas piedras nada tienen que ver con el presente y todavía menos con el futuro. Cuanto más se adentran las fachadas en el siglo XX, más desdeñosas parecen, ignorantes de estos nuevos tiempos y sus preocupaciones. La única cosa que las aviene con el presente es el clima, y se sienten más a sus anchas con el mal tiempo de finales de octubre o de una primavera prematura con sus chaparrones mezclados con nieve y sus aguaceros impetuosos y desorientados. O bien... en lo más muerto del invierno, cuando palacios y mansiones se ciernen sobre el río helado, con sus gruesos flecos y bufandas de nieve, como antiguos dignatarios imperiales envueltos hasta las cejas en sus suntuosos abrigos de pieles. Cuando la bola carmesí del sol poniente de enero pinta sus altas ventanas venecianas con oro líquido, el hombre aterido que cruza el puente a pie ve de pronto lo que Pedro veía en su mente cuando erigió esos muros: un espejo gigantesco para un planeta solitario. Y, mientras exhala vapor, casi se compadece de esas columnas desnudas con sus peinados dóricos, capturadas como si las hubieran plantado en ese frío implacable, en esa nieve que llega hasta las rodillas.

Cuanto más baja el termómetro, más abstracto es el aspecto de la ciudad. Veinticinco grados bajo cero ya es lo bastante fría, pero la temperatura sigue bajando como si, prescindiendo ya de gentes, río y edificios, buscara ideas, conceptos abstractos. Con el humo blanco flotando sobre los tejados, los edificios a lo largo de los terraplenes se parecen cada vez más a un tren parado que tuviera como destino la eternidad. En los parques y jardines públicos, los árboles parecen diagramas escolares de los pulmones humanos, con las negras cavernas de los nidos de cuervos. Y siempre a lo lejos, la dorada aguja de la cúspide del Almirantazgo trata, como una raya invertida, de anestesiarse el contenido de las nubes. Y no hay manera de decir qué parece más incongruente ante semejante telón de fondo: si los hombrecillos de hoy o sus poderosos amos que circulan en negras limusinas atiborradas de guardaespaldas. Lo menos que puede decirse es que unos y otros se sienten bastante incómodos.

Ni siquiera a fines de los años treinta, cuando las industrias locales empezaron a alcanzar el nivel de producción anterior a la revolución, la población se había incrementado suficientemente, y estaba fluctuando más o menos cerca de la cifra de los dos millones. De hecho, el porcentaje de familias de antigua residencia (las que habían vivido en Petersburgo durante dos generaciones más) descendía constantemente a causa de la guerra civil, la emigración en los años veinte, y las «purgas» en los treinta. Vino después la segunda guerra mundial con los novecientos días de asedio, que se cobraron casi un millón de vidas, tanto por

los bombardeos como por el hambre. El asedio es la página más trágica en la historia de la ciudad, y pienso que fue entonces cuando el nombre de «Leningrado» fue aceptado finalmente por los habitantes que sobrevivieron, casi como un tributo a los muertos; es difícil discutir con inscripciones en las lápidas de las tumbas. Súbitamente, la ciudad pareció mucho más vieja; era como si la Historia hubiese reconocido finalmente su existencia y decidido ponerse al día con este lugar a su morbosa manera: amontonando cadáveres. Hoy, treinta y tres años más tarde, pese a haber sido repintados y estucados, los techos y las fachadas de esta ciudad inconquistada todavía parecen conservar, semejantes a manchas, las huellas de los últimos jadeos y las últimas miradas de sus habitantes. O tal vez se trate, simplemente, de mala pintura y mal estuco.

Hoy, la población de esta ciudad linda en los cinco millones, y a las ocho de la mañana los abarrotados tranvías, autobuses y trolebuses cruzan con estrépito los numerosos puentes, trasladando sus percebes humanos a sus fábricas y oficinas. La política de la vivienda ha pasado de la «condensación» a la construcción de nuevas estructuras en las afueras, cuyo estilo se parece a todo lo demás que se encuentra en el mundo y es conocido popularmente como «*barrackko*». Es un gran mérito de los padres de la ciudad actual el haber conservado virtualmente intacto el núcleo principal de la misma. No hay aquí rascacielos ni bucles de autopistas. Rusia tiene un motivo arquitectónico para agradecer la existencia del Telón de Acero, ya que éste la ayudó a retener una identidad visual. Hoy en día, cuando uno recibe una tarjeta postal, necesita un buen rato para averiguar si ha sido enviada desde Caracas, en Venezuela, o desde Varsovia, en Polonia.

No es que a los padres de la ciudad no les agradaría immortalizarse a sí mismos en vidrio y hormigón, pero en cierto modo no se atreven. Cualquiera que sea su valía, también ellos caen bajo el hechizo de la ciudad, y sólo osan, como máximo, erigir aquí o allá un hotel moderno donde todo es obra de constructores extranjeros (finlandeses)..., con la excepción, claro está, de la instalación telefónica y la eléctrica, ya que éstas sólo obedecen al *know-how* ruso. En general, estos hoteles están destinados a atender tan sólo a turistas extranjeros, a menudo los propios finlandeses, debido a la proximidad de su país con Leningrado.

La población se divierte en casi un centenar de cines y una docena de teatros de comedia, ópera y ballet; hay también dos enormes estadios de fútbol y la ciudad sostiene dos equipos profesionales de fútbol y uno de hockey sobre hielo. En general, los deportes cuentan con un importante apoyo oficial, y aquí se sabe que el más entusiasta de los forofos del hockey sobre hielo vive en el Kremlin. Sin embargo, en Leningrado, como en toda Rusia, el pasatiempo principal es «la

botella». En lo que se refiere a consumo de alcohol, esta ciudad es ciertamente la ventana sobre Rusia, y a fe que está abierta de par en par. A las nueve de la mañana, es más frecuente ver un borracho que un taxi. En la sección de vinos de las tiendas de comestibles, siempre cabe encontrar un par de hombres con la misma expresión vacua pero inquisidora en sus caras: están buscando «un tercero» con el que compartir el precio y el contenido de una botella. El precio se comparte ante la cajera y el contenido... en el umbral más cercano. En la semioscuridad de esas entradas reina, en su más alta manifestación, el arte de dividir medio litro de vodka en tres partes iguales sin que sobre ni una gota. Allí se originan amistades extrañas e inesperadas, pero a veces imperecederas, así como los crímenes más sórdidos. Y aunque la propaganda condena el alcoholismo, verbalmente y en letra impresa, el estado continúa vendiendo vodka e incrementando los precios, porque «la botella» es la fuente de los mayores ingresos del estado: su costo es de cinco kopecks y se vende a la población por cinco rublos, lo que equivale a un beneficio del 9.900 por ciento.

Pero el hábito de la bebida no es una rareza entre los que viven junto al mar. Los rasgos más característicos de los leningradenses son: mala dentadura (debido a la falta de vitaminas durante el asedio), claridad en la pronunciación de las sibilantes, aptitud para reírse de sí mismos, y un cierto grado de altivez respecto al resto del país. Mentalmente, esta ciudad es todavía la capital, y es a Moscú lo que Florencia es a Roma o lo que Boston es a Washington. Como algunos de los personajes de Dostoievski, Leningrado siente orgullo y un placer casi sensual al verse «inidentificado», rechazado, y sin embargo sabe perfectamente que, para todo aquél cuya lengua materna sea el ruso, la ciudad es más real que cualquier otro lugar en el mundo donde se oiga este idioma.

Y es que existe el segundo Petersburgo, el que está hecho de versos y de prosa rusa. Esa prosa es leída y releída y los versos se aprenden de memoria, aunque sólo sea porque en las escuelas soviéticas se obliga a los niños a memorizarlos si quieren aprobar sus cursos. Y es esta memorización lo que asegura el *status* de la ciudad y su lugar en el futuro —mientras exista este lenguaje—, y transforma a los escolares soviéticos en el pueblo ruso.

El año escolar suele concluir a fines de mayo, cuando llegan a esta ciudad las Noches Blancas, para quedarse durante todo el mes de junio. Una noche blanca es una noche en la que el sol abandona el cielo apenas un par de horas, un fenómeno muy familiar en las latitudes septentrionales. Es la época más mágica en la ciudad, cuando se puede escribir o leer sin lámpara a las dos de la madrugada, y cuando los edificios, exentos de sombras y con sus tejados perfilados en oro, parecen piezas de

frágil porcelana. Hay tanto silencio en derredor que casi puede oírse el tintineo de una cuchara que se caiga en Finlandia. El matiz rosado y transparente del cielo es tan tenue que el azul pálido de acuarela del río casi no logra reflejarlo. Y los puentes están alzados, como si las islas del delta se hubieran soltado las manos y empezado lentamente a derivar, dando vueltas en la corriente principal, hacia el Báltico. En estas noches, cuesta dormirse, porque hay demasiada luz y porque cualquier sueño será inferior a su realidad. Allí donde un hombre no proyecta sombra, como el agua.

(1979)

EL HIJO DE LA CIVILIZACIÓN

Por alguna extraña razón, la expresión «muerte de un poeta» suena siempre de manera algo más concreta que «vida de un poeta», quizá porque «vida» y «poeta», como palabras, son casi sinónimas en su positiva vaguedad, en tanto que «muerte» —incluso como palabra— es aproximadamente tan definida como la propia producción de un poeta, es decir, un poema, el rasgo principal del cual es su último verso. Sea lo que fuere una obra de arte, propende a su final, que contribuye a su forma y niega la resurrección. Después del último verso de un poema no hay nada, salvo la crítica literaria. Así pues, cuando leemos a un poeta, participamos en su muerte o en la muerte de sus obras. En el caso de Mandelstam, participamos en ambas cosas.

Una obra de arte está destinada siempre a sobrevivir a su creador. Parafraseando al filósofo, se podría decir que escribir poesía es también ejercitarse en morir. Pero dejando aparte la pura necesidad lingüística, lo que le hace escribir a uno no es tanto una preocupación por la condición percedera de la propia carne como la urgencia imperiosa de preservar ciertas cosas del mundo de uno, de la civilización personal de uno, de la propia continuidad no semántica de uno. El arte no es una existencia mejor, sino alternativa; no es un intento de escapar a la realidad, sino lo contrario, un intento de animarla. Es un espíritu que busca carne, pero que encuentra palabras. En el caso de Mandelstam, resulta ser que las palabras pertenecen a la lengua rusa.

Posiblemente, para un espíritu, la solución no podía ser mejor: el ruso es una lengua sujeta a múltiples inflexiones, lo que quiere decir que puede ocurrir muy bien que el nombre vaya al final de la frase y que la terminación de ese nombre (o adjetivo o verbo) varíe según el género, el número y el caso. Todo esto aporta a una verbalización dada la calidad estereoscópica de la percepción en sí y (a veces) agudiza y desarrolla esta última. Lo que mejor ilustra este aspecto es el manejo que hace Mandelstam de uno de los temas principales de su poesía: el tema del tiempo.

Nada hay más extraño que aplicar un dispositivo analítico a un fenómeno sintético: por ejemplo, escribir en inglés sobre un poeta ruso. Sin embargo, en el caso de Mandelstam, tampoco sería mucho más fácil aplicar el dispositivo mencionado en ruso. La poesía es el resultado supremo de toda la lengua y analizarlo no es otra cosa que hacer difuso el foco. Esto es tanto más verdad en el

caso de Mandelstam, figura extremadamente solitaria en el contexto de la poesía rusa, y lo que explica su aislamiento es precisamente la densidad de su foco. La crítica literaria es sensata únicamente cuando el crítico opera en el mismo plano tanto de la referencia lingüística como psicológica. Dada su actual situación, Mandelstam está destinado a una crítica que venga estrictamente «de abajo» en cualquiera de las dos lenguas.

La inferioridad del análisis parte de la misma noción del tema, ya sea el tema el tiempo, el amor o la muerte. La poesía es, antes que nada, un arte de referencias, alusiones, paralelos lingüísticos y figurativos. Existe una inmensa sima entre el *Homo sapiens* y el *Homo scribens*, puesto que, para el escritor, el concepto de tema aparece como resultado de combinar las técnicas y dispositivos antes mencionados, en el supuesto de que aparezca. Escribir es literalmente un proceso existencial: se sirve del pensamiento para sus propios fines y consume nociones, temas y cosas parecidas, no lo contrario. La que dicta un poema es la lengua, y la voz de la lengua es lo que conocemos con los apodosos de Musa o de Inspiración. Mejor será, pues, que no hablemos del tema del tiempo en la poesía de Mandelstam, sino de la presencia del tiempo en sí, como entidad y como tema, aunque sólo sea porque el tiempo tiene su puesto dentro de un poema y es una cesura.

Porque sabemos perfectamente bien que Mandelstam, a diferencia de Goethe, en ningún momento exclama: «¡Oh, momento, detente! ¡Eres tan hermoso!», sino que trata simplemente de ampliar su cesura. Y lo que es más, no lo hace tanto por la particular belleza o ausencia de belleza de ese momento; su preocupación (y posteriormente su técnica) es totalmente diferente. Lo que el joven Mandelstam estaba tratando de transmitir en sus dos primeras recopilaciones era la sensación de una existencia sobresaturada, para lo cual escogió como medio la representación de un tiempo sobrecargado. Sirviéndose de todo el poder fonético y alusivo de las palabras, la poesía de Mandelstam expresa en este período la dilación, la sensación viscosa del paso del tiempo. Y puesto que lo consigue (como siempre), el efecto es que el lector se da cuenta de que las palabras, las letras incluso —y de manera especial las vocales—, son casi palpables vasijas de tiempo.

Por otra parte, su actitud no es la de búsqueda de los días pasados, con su escudriñamiento obsesivo para recuperar y reconsiderar el pasado. Mandelstam rara vez vuelve la vista atrás en un poema; él está totalmente en el presente, en ese mismo momento, que hace continuo y que dilata más allá de su límite natural. El pasado, ya sea personal o histórico, está en la misma etimología de las palabras. Pero, por muy antiproustiano que sea su tratamiento del tiempo, la densidad de su poesía tiene afinidades con la gran prosa del francés. En cierto modo, es la misma

guerra total, el mismo ataque frontal pero, en este caso, un ataque al presente y con recursos de diferente naturaleza. Tiene una extrema importancia observar, por ejemplo, que en casi todos los casos, cuando Mandelstam trata este tema del tiempo, recurre a un verso fuertemente cesurado, que tiene resonancias del hexámetro tanto en su ritmo como en su contenido. Se trata generalmente de un pentámetro yámbico, que se desliza en el verso alejandrino, y siempre hay una paráfrasis o una referencia directa a alguna producción épica de Hornero. Este tipo de poema se desarrolla, por norma, en algún sitio próximo al mar, lo que directa o indirectamente evoca el ambiente de la Grecia antigua. Esto es así, en parte, por la consideración tradicional de la poesía rusa de que Crimea y el Mar Negro constituyen la única aproximación a mano del mundo griego, del que aquellos lugares —Táurida y Ponto Euxino— eran los arrabales. Tómense, por ejemplo, poemas como *El río de miel dorada fluía tan lento...*, *Insomnio. Hornero. Velas hinchadas y tensas...* y *Hay oropéndolas en bosques y duradera longitud de vocales*, donde aparecen estos versos:

...Pero la naturaleza una vez al año
se baña en la amplitud como en los metros homéricos,
igual que una cesura, bostezo del día.

La importancia de esta resonancia griega es múltiple. Podría tratarse de un problema puramente técnico, pero el hecho es que el verso alejandrino es extremadamente afín al hexámetro, la madre de todas las Musas fue Mnemosina, la Musa de la Memoria, y para que un poema (ya se trate de una poesía breve o de un poema épico) pueda sobrevivir, tiene que ser memorizado. El hexámetro constituía un excelente procedimiento mnemotécnico, aunque sólo fuera porque era tan pesado y tan diferente del habla coloquial de cualquier público, incluida la de Hornero. Así es que, haciendo referencia a este vehículo de la memoria dentro de otro —es decir, dentro del verso alejandrino—, Mandelstam, al mismo tiempo que produce una sensación casi física de túnel del tiempo, crea el efecto de un movimiento dentro de otro, de una cesura dentro de una cesura, de una pausa dentro de una pausa, lo que, después de todo, es una forma de tiempo, por no decir su significado: si esto no consigue detener el tiempo, por lo menos lo enfoca.

No es que Mandelstam haga esto de una manera consciente, deliberada, ni que éste sea su propósito básico al escribir un poema, sino que lo hace de una forma espontánea, en las oraciones subordinadas, mientras escribe (a menudo acerca de otra cosa), *nunca* escribiendo para sentar este principio. La suya no es una poesía tópica. La poesía rusa no es, en conjunto, excesivamente tópica. Su técnica básica consiste en dar un rodeo, en enfocar el tema partiendo de diferentes ángulos. El

tratamiento escueto del tema, tan característico de la poesía en inglés, por lo general se ejercita en uno u otro verso, después de lo cual un poeta pasa a ocuparse de otra cosa; rara vez persiste en todo un poema. Los tópicos y conceptos, prescindiendo de la importancia que puedan tener, no son sino material, como palabras, y están siempre presentes. La lengua tiene nombres para todos ellos y el poeta, ya se sabe, domina la lengua. Grecia estuvo siempre presente, al igual que Roma, la Judea bíblica y la Cristiandad. Las piedras angulares de nuestra civilización son vistas en la poesía de Mandelstam aproximadamente de la misma manera que las ha tratado el tiempo: como una unidad y *dentro* de su unidad. Declarar a Mandelstam adepto de cualquiera de estas ideologías (y de manera especial de la última) no sólo es reducirlo a miniatura sino distorsionar su perspectiva histórica o, mejor, su paisaje histórico. Desde el punto de vista temático, la poesía de Mandelstam repite el desarrollo de nuestra civilización: fluye hacia el norte, pero desde su mismo inicio hay en esta corriente ríos paralelos que mezclan sus aguas. Hacia los años veinte, los temas romanos van sustituyendo las referencias griegas y bíblicas, en gran medida como resultado de la creciente identificación del poeta con el predicamento arquetípico de «un poeta contra un imperio». Sin embargo, lo que dio origen a este tipo de actitud, dejando aparte los aspectos puramente políticos de la situación que reinaba en Rusia en aquella época, fue la estimación que hizo Mandelstam de la relación entre su propia obra y el resto de la literatura contemporánea, así como con el ambiente moral y las preocupaciones intelectuales del resto de la nación. La degradación moral y mental de esta última fue lo que dio pie a ese propósito imperial. Y en cambio sólo fue una manera de dar alcance a algo, nunca una ocupación del poder. Incluso en *Tristia*, el más romano de sus poemas, donde el autor bebe evidentemente del exiliado Ovidio, se puede descubrir una cierta nota patriarcal hesiódica, dando a entender que toda la empresa es vista a través de un prisma griego.

TRISTIA

I've mastered the great craft of separation
amidst the bare unbrained pleas of night,
those lingerings while oxen chew their radon,
the watchful town's last eyelid's shutting tight.
And I reveré that midnight rooster's descant
when shouldering the wayfarer's sack of wrong
eyes stained with tears were peering at the distance
and women's wailings were the Muses' song.

Who is to tell when hearing «separation»

what kind of parting this may resánate,
foreshadowed hy a rooster's exclamation
as canales twist the temple's colonnade;
why at the dawn of some new Ufe, new era
when oxen chew their ration in the stall
that wakeful rooster, a new life's towncner,
flaps its torn wings atop the city wall.

And I adore the worsted yarn's behavior:
the shuttle bustles and the spindle hums;
look how young Delia, barefooted, braver
than down of swans, glides straight into your arms!
Oh, our Ufe 's lamentable coarse fabric,
how poor the language of our joy indeed.
What happened once, becomes a. worn-out matnx.
Yet, recognition is intensely sweet!

So be it thus: a small translucent figure
spreads like a squirrel pelt across a clean
clay piate; a girl bends over it, her eager
gaze scrutinizes what the wax may mean.
To ponder Erebus, that's not for our acumen.
To women, wax is as to men steel's shine.
Our lot is drawn only in war; to women
it's given to meet death while they divine. ¹

(Traducido al inglés por Joseph Brodsky)

1. «He dominado el gran arte de la separación / entre las desnudas y destrenzadas súplicas nocturnas, / persistentes mientras los bueyes mascan su ración, / y el último párpado de la ciudad desvelada se cierra hermético. / Y reverencio el canto del gallo en mitad de la noche / cuando llevaba en hombros el caminante el saco de erróneos / ojos manchados de lágrimas que miraban fijos a distancia / y los lamentos de las mujeres eran la canción de las Musas. / Quién puede decir al oír «separación» / qué desprendimiento puede significar / anunciado por el grito de un gallo / como los cirios tuercen la columnata del templo; por qué en el alba de una nueva vida, una nueva era / cuando los bueyes mascan su ración en el establo / aquel gallo insomne, pregonero de una nueva vida, / agita sus alas rotas sobre los muros de la ciudad. / Y adoro el proceder de la hebra de estambre: / la lanzadera va y viene y el huso zumba. / mira la joven Delia, descalza, más

espléndida / que el plumón del cisne, corre a deslizarse en tus brazos. / Oh, la lamentable y burda tela de nuestra vida, / qué pobre es la lengua de nuestra alegría. / Lo que ocurrió una vez se transforma en matriz gastada. / ¡Pero el reconocimiento es intensamente dulce! / Que sea así, pues: una figurilla translúcida / se despliega como la piel de una ardilla sobre una limpia bandeja de greda; / una muchacha se inclina sobre ella, su ávida / mirada escudriña qué puede significar la cera. / ¡Meditar sobre Erebo no es para nuestro ingenio! / Para las mujeres, la cera es lo que a los hombres el brillo del acero. / Lo nuestro sólo es desenvainado en tiempo de guerra; las mujeres / lo reciben para encontrar a la muerte mientras hacen presagios.»

Más adelante, en los años treinta, durante el período conocido con el nombre de Voronezh, cuando todas esas cuestiones —incluida Roma y la Cristiandad— debían ceder el paso a la «cuestión» del horror existencial desnudo y de una aterradora aceleración espiritual, la pauta de la interacción, de la interdependencia de aquellos dos reinos todavía se hace más obvia y más densa.

No es que Mandelstam fuera un poeta «civilizado», sino más bien que era un poeta de la civilización y para la civilización. En cierta ocasión, al serle preguntado que definiera el acmeísmo —movimiento literario al que pertenecía—, respondió: «nostalgia de una cultura mundial». Ese concepto de una cultura mundial es marcadamente ruso. Debido a su situación (ni Oriente ni Occidente) y a lo imperfecto de su historia, Rusia ha padecido siempre una sensación de inferioridad cultural, por lo menos en relación con Occidente. De esa inferioridad surgió el ideal de una cierta unidad cultural y una posterior voracidad intelectual frente a todo lo que procediera de aquella dirección. En cierto sentido, es una versión rusa del helenismo y, en este sentido, la observación de Mandelstam con respecto a la «palidez helenista» de Pushkin no es ociosa.

El mediastino de este helenismo ruso fue San Petersburgo. Tal vez el mejor emblema de la actitud de Mandelstam frente a esa llamada cultura mundial podría ser aquel pórtico estrictamente clásico del Almirantazgo de San Petersburgo decorado con relieves de ángeles con sus trompetas y coronado por una aguja dorada con la silueta de un velero en su extremo. Para entender mejor su poesía, el lector extranjero quizá debería tener presente que Mandelstam era judío y que vivía en la capital de la Rusia Imperial, cuya religión dominante era la ortodoxa, cuya estructura política era esencialmente bizantina y cuyo alfabeto fue concebido por dos monjes griegos. Hablando desde el punto de vista histórico, donde se dejaba sentir con más fuerza esta mezcla orgánica era en San Petersburgo, que se convirtió en hornacina escatológica de Mandelstam, «tan familiar como las lágrimas», para el

resto de su no muy larga vida.

Pero lo suficientemente larga para inmortalizar ese lugar y, si su poesía ha sido calificada a veces de «petersburguiana», existe más de una razón para considerar esa definición exacta y elogiosa. Exacta porque, aparte de ser la capital administrativa del imperio, San Petersburgo era también el centro espiritual del mismo y, a principios de siglo, allí confluían los ramales de aquella corriente, de la misma manera que confluyen en los poemas de Mandelstam. Elogiosa porque tanto el poeta como la ciudad se aprovecharon, en cuanto a significado, de esta confrontación. Si Occidente era Atenas, en los años diez del presente siglo San Petersburgo era Alejandría. Aquella «ventana de Europa», tal como fue llamada por algunas almas amables de la Ilustración, aquella «ciudad en gran parte inventada», como la llamaría más tarde Dostoievski, situada en la misma latitud de Vancouver, en la desembocadura de un río tan ancho como el Hudson entre Manhattan y Nueva Jersey, era y es hermosa, y posee aquella belleza fruto de la locura o que intenta ocultar esa locura. El clasicismo no tuvo nunca mucho espacio en ella y los arquitectos italianos que fueron invitados a la ciudad por los sucesivos monarcas rusos lo entendieron demasiado bien. La multitud de columnas gigantes, infinitas, verticales, blancas, de las fachadas de aquellos palacios que bordean el río y que pertenecían al zar, a su familia, a la aristocracia, a las embajadas y a los *nouveaux nches*, quedaban reflejadas en las aguas hasta el Báltico. En la principal avenida del imperio —la Perspectiva Nevski— había iglesias de todos los credos. Las calles, amplias e interminables, estaban llenas de cabriolés, de automóviles recién introducidos, de multitudes ociosas y bien vestidas, de tiendas de gran categoría, de pastelerías, etc. Había plazas inmensas, con estatuas ecuestres que representaban a antiguos gobernantes y con columnas triunfales más altas que la de Nelson. Eran innumerables las editoriales, las revistas, los periódicos, los partidos políticos (en mayor número que en la América actual), los teatros, los restaurantes, gentes de raza gitana. Todo aquello estaba rodeado por el ladrillo Birnam Wood de las chimeneas de las fábricas y cubierto por la diseminada capa húmeda y gris del cielo del hemisferio norte. Se había perdido una guerra, otra-una guerra mundial— estaba al caer y tú eras un niño judío con un corazón lleno de pentámetros yámbicos rusos.

En esta encarnación a escala gigantesca del perfecto orden, el latido yámbico es tan natural como los cantos rodados. San Petersburgo es la cuna de la poesía rusa y, lo que es más, de su prosodia. La idea de una estructura noble, prescindiendo de la calidad de su contenido (a veces precisamente *contra* su calidad, que crea una aterradora sensación de disparidad, que no indica tanto la evaluación del fenómeno descrito por parte del autor, sino la de su propio verso), es francamente local. Todo

empezó hace un siglo y el uso que hace Mandelstam de los metros estrictos en su primer libro, *Piedra*, recuerda claramente a Pushkin y a su pléyade. Y una vez más, no es el resultado de una elección consciente, como tampoco es un signo indicador de que el estilo de Mandelstam se encuentre predeterminado por los procesos precedentes o contemporáneos de la poesía rusa.

La presencia de un eco constituye el rasgo básico de cualquier acústica que se precie de buena y Mandelstam se limitó a hacer de gran cúpula para sus predecesores. Las voces más distinguidas que se escucharon en ella pertenecen a Deryavin, a Baratinski y a Batiushkov, pero él actuaba en gran medida por cuenta propia, pese a cualquier tipo de expresión existente, de manera especial la contemporánea. Tenía demasiadas cosas que decir para preocuparse por un exclusivismo estilístico. Sin embargo, era esa calidad sobrecargada de su verso, por otra parte regular, lo que hacía que fuera único.

Aparentemente, sus poemas no se diferenciaban tanto de la obra de los simbolistas, que dominaban entonces el escenario literario: se servía de rimas perfectamente regulares, obedecía a un esquema regido por estrofas de tipo corriente y la longitud de sus poemas correspondía a los usos comunes, es decir, era de dieciséis a veinticuatro versos. Sin embargo, al servirse de tan humildes medios de transporte, llevaba a su lector mucho más lejos que aquellos metafísicos, afables por el hecho de ser vagos, que se daban a sí mismos el nombre de simbolistas rusos. Como movimiento, es evidente que el simbolismo fue el último importante (y no sólo en Rusia), si bien la poesía es un arte extremadamente individualista, puesto que acusa los ismos. La producción poética del simbolismo fue tan cuantiosa y seráfica como el empadronamiento y los postulados de este movimiento. Aquel encumbramiento estaba tan falto de base que los estudiantes diplomados, los cadetes militares y los empleados se dejaron tentar y, en el momento del cambio de siglo, el género se encontraba comprometido hasta el punto de la inflación verbal, situación bastante parecida a la que hoy atraviesa América con el verso libre. Más tarde, como no podía ser menos, surgió la devaluación como reacción, con los nombres de futurismo, constructivismo, imaginismo, etcétera. Pero se trataba de ismos contra ismos, de dispositivos en guerra con dispositivos. Sólo hubo dos poetas, Mandelstam y Tsvetaeva, que presentaron un contenido cualitativamente nuevo, y su hado reflejaba, a su manera terrible, la medida de su autonomía espiritual.

En poesía, como en cualquier otro campo, la superioridad espiritual se disputa siempre a un nivel físico. Uno no puede por menos de pensar que fue precisamente la desavenencia con los simbolistas (no totalmente desprovista de

alusiones antisemíticas) lo que contenía los gérmenes del futuro de Mandelstam. No me estoy refiriendo tanto a las mofas, a cargo de Georgi Ivanov, del poema de Mandelstam, en 1917, con sus resonancias en el ostracismo oficial de los años treinta, como a la creciente desvinculación por parte de Mandelstam de toda forma de producción masiva, especialmente lingüística y psicológica. El resultado fue un efecto en el que, cuanto más clara es una voz, más disonante suena. No hay coro al que le guste, y su aislamiento estético adquiere dimensiones físicas. Cuando un hombre crea un mundo propio, se convierte en un cuerpo extraño contra el que apuntan todas las leyes: gravedad, comprensión, repudiación, aniquilación.

El mundo de Mandelstam era lo suficientemente grande para concitarlas a todas. Yo no creo que, si Rusia hubiera escogido un camino histórico diferente, su destino hubiese sido muy diferente. Su mundo era demasiado autónomo para fusionarse. Por otra parte, Rusia siguió su camino y, para Mandelstam, cuyo desarrollo poético era rápido de por sí, aquella dirección sólo podía comportar una cosa: una aceleración aterradora, aceleración que afectó, antes que otra cosa, al carácter de sus versos. Su flujo sublime, meditativo, cesurado, se tornó movimiento rápido, abrupto, ritmado. La suya se convirtió en una poesía de alta velocidad y de nervios expuestos, a veces críptica, con numerosos saltos sobre lo evidente y con una sintaxis abreviada. Y sin embargo, esto hizo que se convirtiera más en canción que en ningún otro momento, no en el canto de un bardo sino en canto de pájaro, con sus sesgos y elevaciones marcadas e impredecibles, algo así como el trémolo de un jilguero.

Y al igual que éste, se convirtió en blanco de toda clase de piedras, arrojadas contra él a manos llenas por su madre patria. No es que Mandelstam se opusiera a los cambios políticos que se estaban operando en Rusia, pero su sentido de la medida y su ironía bastaban para reconocer la calidad épica de toda la empresa. Por otra parte, era una persona paganamente animada y, por otra parte, los tonos quejumbrosos habían sido completamente usurpados por el movimiento simbolista. Desde principios de siglo, además, el aire se había llenado de rumores acerca de una redistribución del mundo, por lo que cuando se produjo la Revolución, casi todo el mundo tomó lo ocurrido por lo deseado. Quizá la de Mandelstam fue la única respuesta sobria a los acontecimientos que estremecieron al mundo e hicieron bailar la cabeza a más de uno:

Bien, intentemos el incómodo, el inconveniente,
el chirriante giro del timón...

(de El crepúsculo de la libertad)

Pero las piedras ya volaban y también el pájaro. Sus trayectorias mutuas están totalmente registradas en las memorias de la viuda del poeta y ocupan dos volúmenes. Son libros que no son sólo una guía de sus versos, aunque también lo sean, pero todo poeta, en todo lo que escribe, expresa en sus versos, física o estadísticamente hablando, por lo menos la décima parte de la realidad de su vida. El resto queda normalmente velado por la oscuridad y, aunque perviva algún testimonio de sus contemporáneos, contiene vacíos abismales, por no hablar además de los diversos ángulos de visión que distorsionan el objeto.

Las memorias de la viuda de Osip Mandelstam se ocupan precisamente de esto: de las nueve décimas partes. Iluminan la oscuridad, llenan los vacíos, eliminan la distorsión. El resultado neto está próximo a una resurrección, salvo que todo lo que mató al hombre, le sobrevivió y sigue existiendo y ganando popularidad y es también reencarnado y revalidado en estas páginas. Debido al poder letal del material, la viuda del poeta recrea estos elementos con la misma precaución que se emplea para poner una bomba. Debido a esta precisión y debido al hecho de que a través de sus versos, de los actos de su vida y de la calidad de su muerte alguien generó una gran prosa, habría que comprender al momento —incluso sin conocer un solo verso de Mandelstam— que ése al que se recuerda en estas páginas es, efectivamente, un gran poeta, dada la cantidad y la energía de los males dirigidos contra él.

Con todo, es importante observar que la actitud de Mandelstam frente a una nueva situación histórica no era de franca hostilidad. En conjunto la consideraba una forma más acerba de realidad existencial, un reto cualitativamente nuevo. A partir de entonces, los románticos hemos tenido este concepto del poeta que arroja el guante al tirano. Ahora bien, suponiendo que este momento haya existido alguna vez, se trata de un acto que hoy está totalmente desprovisto de sentido: los tiranos ya no se ponen a tiro para este género de enfrentamientos. La distancia existente entre nosotros y nuestros amos sólo puede ser reducida por estos últimos y éste es un hecho que ocurre raras veces. El poeta se mete en líos como resultado de su superioridad lingüística y por inferencia psicológica más que por su actitud política. Una canción es una forma de desobediencia política y el son de la misma proyecta dudas sobre más gente que un sistema político concreto, porque pone en entredicho todo el orden existencial. Y, además, el número de sus adversarios crece proporcionalmente.

Supondría una simplificación pensar que fue el poema contra Stalin lo que precipitó la ruina de Mandelstam. Aquel poema, pese a su poder destructivo, no fue sino un producto secundario del tratamiento que hace Mandelstam del tema de esa

era no tan nueva. En lo tocante a ese punto, había un verso mucho más desolador en el poema titulado *Ariosto* escrito en un momento anterior de aquel mismo año (1933): «El poder es repulsivo como los dedos del barbero...». Y había muchos más, pese a lo cual pienso que, por sí solos, aquellos comentarios negativos no invitarían a poner en marcha la ley de la aniquilación. La escoba de hierro que estaba moviéndose sobre Rusia no podía haberlo descuidado de haber sido simplemente un poeta político o un poeta lírico que, de manera esporádica, deja oír su voz en política. Al fin y al cabo, fue amonestado y, al igual que otros muchos, habría podido hacer caso de la advertencia. Pese a ello, no lo hizo, porque su instinto de conservación hacía mucho tiempo que había cedido ante su estética. Fue la intensidad inmensa de lirismo en la poesía de Mandelstam lo que hizo que se situara al margen de sus contemporáneos y lo que hizo de él un huérfano de su época, «sin casa a escala pansoviética», puesto que el lirismo es la ética del lenguaje y la superioridad de este lirismo sobre cualquier otra cosa que pueda ser alcanzada dentro de la interacción humana, cualquiera que sea su denominación, es lo que hace la obra de arte y lo que permite que sobreviva. Esta es la razón de que la escoba de hierro, cuyo propósito era la castración espiritual de toda la población, no pudiera pasarlo por alto.

Se trataba de un caso de pura polarización. Después de todo, la canción es tiempo reestructurado, hacia el cual el espacio mudo es inherentemente hostil. El primero ha sido representado por Mandelstam, el segundo escogió al estado como arma. Hay una cierta lógica aterradora en la ubicación de aquel campo de concentración donde murió Osip Mandelstam en 1938: cerca de Vladivostok, en las mismas entrañas del espacio de propiedad estatal. Es, más o menos, el punto más lejano al que se puede llegar desde Petersburgo en dirección hacia el interior de Rusia. Y ésta es también la altura a la que se puede llegar en poesía en materia de lirismo (el poema es en memoria de una mujer, Olga Vaksel, que según se dice murió en Suecia, y fue escrito mientras Mandelstam vivía en Voronezh, lugar al que había sido trasladado desde su anterior residencia de exilio, cerca de los Montes Urales, después de una crisis nerviosa). Simplemente cuatro versos:

...Y	envaradas	golondrinas	de	redondas	cejas	(a)
volaron	(b)	desde	la	tumba	hasta	mí
para	decirme	que	bastante	han	descansado	en su
fría	cama		de	Estocolmo		(b)

Imagínese un anfibraco con rima alterna (*aba b*).

La estrofa es una apoteosis de la reestructuración del tiempo. Por algo la

lengua es de por sí un producto del pasado. El retorno de esas envaradas golondrinas implica tanto el carácter recurrente de su presencia como el del propio símil, ya sea como pensamiento íntimo, ya como una frase hablada. También, «volaron... hacia mí» sugiere la idea de primavera, del retorno de las estaciones. «Para decirme que bastante han descansado» sugiere también el pasado: el pasado imperfecto, puesto que no va acompañado. Y después, el último verso hace un círculo completo, porque «de Estocolmo» (en ruso es un adjetivo) presenta la alusión velada a Hans Christian Andersen y a su cuento infantil sobre la golondrina herida que pasa el invierno en la madriguera del topo y que, una vez curada, vuela a casa. Todos los niños de Rusia conocen el cuento. El proceso consciente de recordar resulta estar profundamente arraigado en la memoria subconsciente y crea una sensación de tristeza tan penetrante que es como si a quien escucháramos no fuera un hombre que sufre la voz misma de su psique herida. Es evidente que este género de voz choca con todo, incluso con la vida del instrumento, es decir, del poeta. Es como Ulises atándose al mástil para resistirse a la llamada de su propia alma; ésta —y no sólo el hecho de que Mandelstam estuviera casado— es la razón de que se muestre aquí tan elíptico.

Trabajó en poesía rusa durante treinta años y lo que realizó pervivirá mientras exista la lengua rusa. No cabe duda de que sobrevivirá al régimen actual de aquel país y a cualquiera que le pueda seguir, tanto por su lirismo como por su profundidad. Hablando con toda franqueza, yo no conozco nada en la poesía mundial que pueda compararse a la calidad reveladora de esos cuatro versos de su poema *Versos del soldado desconocido*, escrito un año antes de su muerte:

Un desorden arábigo, una confusión,
 la luz de las velocidades afilada en un haz,
 y con sus oblicuas suelas
 un rayo permanece en equilibrio en mi retina.

Aquí apenas hay gramática, pero no se trata de un modelo modernista, sino que es el fruto de una increíble aceleración psíquica que en otros tiempos fue la responsable de las brechas abiertas por Job y Jeremías. Ese afilar las velocidades es tanto un autorretrato como una increíble penetración en la astrofísica. Lo que él oyó a sus espaldas «apresurándose cerca» no era ningún «carro con alas» sino su «siglo perro-lobo» y él corrió mientras hubo espacio. Cuando el espacio acabó, se lanzó al tiempo.

Lo que también significa contra nosotros. Y este pronombre no sólo representa a los lectores de habla rusa. Casi con seguridad, más que ningún otro

poeta de este siglo, fue poeta de la civilización y contribuyó a aquello que había sido motivo de su inspiración. Cabría incluso decir que pasó a formar parte de esto antes de ir al encuentro de la muerte. Por supuesto que era ruso, pero tampoco era más ruso que Giotto era italiano. La civilización es la suma total de diferentes culturas, animadas por un numerador espiritual común, y su vehículo principal —hablando tanto desde un punto de vista metafórico como literal— es la traducción. El extravío de un pórtico griego en la latitud de la tundra es la traducción.

Su vida, al igual que su muerte, fue resultado de esa civilización. Con un poeta, la postura ética de uno, hasta el mismo temperamento de uno, están determinados y conformados por la estética de uno. Esto es lo que explica que los poetas se encuentren invariablemente enfrentados con la realidad social y que su índice de mortalidad indique la distancia que establece esta realidad entre ella misma y la civilización. Lo mismo ocurre con la calidad de la traducción.

Un hijo de la civilización debería basarse en el principio del orden y del sacrificio. Mandelstam encarnaba ambos y cabe esperar de sus traductores que den por lo menos una semblanza de paridad. Los rigores implícitos en la producción de un eco, por formidables que puedan parecer, son en sí un homenaje a aquella nostalgia de una cultura mundial que impulsó y conformó el original. Los aspectos formales de la poesía de Mandelstam no son el producto de una poética atrasada sino que son, en realidad, las columnas de aquel pórtico al que hacíamos referencia anteriormente. Eliminarlas no sólo equivaldría a reducir la propia «arquitectura» a montones de escombros y a meras barracas, sino que sería mentir en relación con todo aquello por lo cual el poeta vivió y murió.

La traducción es una búsqueda de un equivalente, no un sustituto. Exige una estilística, si no psicológica, por lo menos afín. Por ejemplo, el idioma estilístico que podría usarse para traducir a Mandelstam al inglés sería el del último Yeats (con quien tiene tanto en común desde el punto de vista temático), pero el inconveniente estriba en que la persona que dominase este idioma —suponiendo que tal persona existiera— seguramente preferiría escribir sus propios versos en lugar de devanarse los sesos haciendo la traducción (que, por otra parte, tampoco compensa). Pero, dejando aparte las habilidades técnicas e incluso la afinidad psicológica, la cualidad más básica que debería poseer un traductor de Mandelstam debería ser poseer o, en caso contrario, desarrollar un sentimiento de características parecidas en relación con la civilización.

Mandelstam es un poeta formal en el sentido más elevado de la palabra. Para

él un poema empieza con un sonido, con «una conformación de la forma moldeada y hermanada», según él mismo decía. La ausencia de este criterio reduce incluso la versión más exacta de su imaginería a una lectura apenas estimulante. «Yo, solo, trabajo en Rusia a partir de la voz, en tanto a mi alrededor garrapatea la chusma total», dice Mandelstam, refiriéndose a sí mismo, en su *Cuarta prosa*, hablando con una furia y una dignidad propias de un poeta que se da cuenta de que la fuente de su creatividad condiciona su método.

Sería fútil y estaría fuera de razón esperar de un traductor que hiciera lo mismo: la voz a partir de la cual y por la cual uno trabaja es, inevitablemente, única, pese a lo cual cabe la posibilidad de aproximarse al timbre, al tono y al ritmo reflejados en el metro del verso. Convendría tener presente que los metros de versificación son en sí magnitudes espirituales que no pueden ser sustituidas por nada. Ni siquiera pueden ser reemplazados entre sí y, en menor medida todavía, por el verso libre. Las diferencias de metro son diferencias de aliento y de latido, las diferencias del esquema de la rima son las de las funciones cerebrales, el tratamiento despreocupado de cualquiera de las dos cosas es, en el mejor de los casos, un sacrilegio y, en el peor, una mutilación o un asesinato. En cualquier caso, es un crimen de la mente que el que lo perpetra —sobre todo si no es atrapado— paga con su progresiva degradación intelectual y, en cuanto a los lectores, compran una mentira.

De todos modos, los rigores involucrados en la producción de un eco decente son muy graves porque traban excesivamente la individualidad. Las llamadas a favor del uso de un «instrumento de poesía en nuestro propio tiempo» son excesivamente estridentes y los traductores se precipitan a encontrar sustitutos. Esto sucede primordialmente porque esos traductores son generalmente poetas y lo que más cuenta para ellos es su propia individualidad. Su concepción de la individualidad no hace sino impedir la posibilidad del sacrificio, que es el rasgo básico de la individualidad madura (y también la exigencia básica de toda traducción, incluso técnica). El resultado efectivo es que un poema de Mandelstam, tanto desde el aspecto visual, como desde el de su textura, parece más bien una insípida poesía de Neruda o un poema escrito en urdu o en swahili. En el caso de que sobreviva, el hecho obedece a la rareza de sus imágenes o a su intensidad, que hacen que el poema adquiera a ojos del lector un cierto carácter etnográfico. El difunto W. H. Auden dijo: «No veo por qué se considera a Mandelstam un gran poeta. Las traducciones que he visto de él no me convencen de que lo sea.»

No nos sorprende. En las versiones existentes, se ofrece un producto absolutamente impersonal, una especie de común denominador del arte verbal

moderno. Si se tratase simplemente de malas traducciones, el desaguisado no sería tan grande, porque las malas traducciones, precisamente por su mala calidad, estimulan la imaginación del lector y provocan en él el deseo de ir más allá del texto o de abstraerse de él, y constituyen un acicate para su intuición. Pero en los ejemplos que se tienen a mano esta posibilidad queda prácticamente eliminada: son versiones que llevan el sello de un provincianismo estilístico seguro de sí mismo y, por ello, insufrible, y la única observación optimista que puede hacerse con respecto a las mismas es que un arte de calidad tan baja como el que evidencian constituye un signo indiscutible de una cultura extremadamente distante de la decadencia.

La poesía rusa en conjunto, y Mandelstam en particular, no merece ser tratada como un pariente pobre. La lengua y la literatura compuesta en la misma, de manera especial la poesía, son lo mejor que posee el país. Pese a todo, no es la inquietud por el prestigio de Mandelstam o por el prestigio de Rusia lo que le hace estremecerse a uno viendo lo que se ha hecho con sus versos vertidos al inglés, sino más bien la sensación de expoliación de la cultura en lengua inglesa, de degradación de sus propios criterios, de regateo del reto espiritual. «De acuerdo —podría decir un joven poeta americano o un lector de poesía después de leer esos volúmenes—, lo mismo ocurre en Rusia.» Pero lo que ocurre en Rusia no es lo mismo. Dejando aparte sus metáforas, la poesía rusa ha dado un ejemplo de pureza y firmeza moral que han quedado reflejadas en gran parte en la preservación de formas llamadas clásicas sin que ello afecte en nada a su contenido. En esto estriba precisamente su distinción de sus hermanas occidentales, aún cuando esto no permita presumir de manera alguna que se pueda juzgar a cuál favorece más esta distinción. Sin embargo, es una distinción y, aunque sólo sea por razones puramente etnográficas, esta cualidad debería quedar preservada en la traducción en lugar de ser introducida a la fuerza en algún tipo de molde común.

Un poema es el resultado de una cierta necesidad: es inevitable, al igual que lo es su forma. Según dice la viuda del poeta, Nadeyda Mandelstam, en su *Mozart y Salieri* (obra obligada para todo aquél que se interese por la psicología de la creatividad), «la necesidad no es una coacción ni es la maldición del determinismo, sino que es un vínculo entre épocas, siempre que la antorcha heredada de los antepasados no sea pisoteada». Las necesidades, por supuesto, no pueden ser reproducidas como un eco, pero la indiferencia de un traductor ante formas que están iluminadas y consagradas por el tiempo no es otra cosa que pisotear aquella antorcha. La única cosa de bueno que tienen las teorías presentadas para justificar esta práctica es que sus autores quedan compensados manifestando sus opiniones en letra impresa.

Como si fuera consciente de la fragilidad y perfidia de las facultades y sentidos del hombre, el poema apunta a la memoria humana. A este fin, utiliza una forma que es esencialmente un procedimiento mnemotécnico, permitiendo que el cerebro de un individuo retenga una palabra —y simplificando la labor de retenerla— cuando se ha renunciado a todo el resto. La memoria suele ser lo que resiste hasta el final, como si tratara de batir una marca de permanencia. Puede ocurrir, pues, que un poema sea lo último en abandonar los babeantes labios de un moribundo. Nadie esperaría de un inglés nativo que, en un momento así, musitara los versos de un poeta ruso, pero si lo que murmurara fuera algo escrito por Auden o Yeats o Frost, se encontraría más próximo a los originales de Mandelstam que los traductores actuales.

Dicho en otras palabras, el mundo de habla inglesa todavía no ha oído esa voz nerviosa, pura, aguda, empapada de amor, de terror, de memoria, de cultura, de fe... una voz que acaso tiemble como la llama de una cerilla azotada por el viento, pero que es decididamente inextinguible. La voz que permanece cuando se ha ido quien la tuvo. Uno siente la tentación de decir que fue un Orfeo moderno: enviado al infierno, jamás volvió, mientras su viuda huyó a través de la sexta parte de la superficie de la tierra, aferrada a su cacerola con las canciones de él en su interior memorizándolas por la noche por si las Furias las encontraban tras una orden de registro. Éstas son nuestras metamorfosis, nuestros mitos.

(1977)

NADEYDA MANDELSTAM (1899-1980). UNA NECROLÓGICA

De los ochenta y un años de su vida, Nadeyda Mandelstam pasó diecinueve como esposa del poeta ruso más grande de este siglo, Osip Mandelstam, y cuarenta y dos como su viuda. Los demás son infancia y juventud. En los círculos eruditos, y de manera especial en los literarios, ser la viuda de un gran hombre es algo que basta para conferir una identidad. Esto es así especialmente en Rusia, donde en los años treinta y cuarenta el régimen produjo viudas de escritores con tal eficiencia que a mediados de los años sesenta las había en número suficiente para poder organizar un sindicato.

«Nadia es una viuda con suerte», solía decir Anna Ajmatova, refiriéndose al reconocimiento universal que en aquellos tiempos se tributaba a Osip Mandelstam. El objeto de esta observación era, lógicamente, su colega poeta y, tuviera o no razón, ésta era también la opinión del mundo exterior. Cuando este reconocimiento comenzó a hacerse patente, la señora Mandelstam tenía ya sesenta y tantos años, su salud era sumamente precaria y sus medios de subsistencia escasos. Por otra parte, pese a la universalidad del reconocimiento a que hacíamos referencia, no participaba de él la legendaria «sexta parte del planeta», es decir, la propia Rusia. Detrás de aquella viuda había ya dos decenios de viudedad, de francas privaciones, la Gran Guerra (que obliteraba cualquier pérdida personal) y el temor diario de ser encerrada en la cárcel por los agentes de la Seguridad Estatal como esposa de un enemigo del pueblo. Dejando aparte la muerte, cualquier cosa que pudiera seguir sólo podía significar la suspensión temporal de la pena.

Yo la conocí precisamente entonces, en el invierno de 1962, en la ciudad de Pskov, a la que me había trasladado con un par de amigos para echar una ojeada a las iglesias locales (en mi opinión, las más bellas del imperio). Habiéndose enterado de nuestras intenciones de viajar a aquella ciudad, Anna Ajmatova me sugirió que visitara a Nadeyda Mandelstam, que era profesora de inglés en el instituto pedagógico local, y nos dio varios libros para ella. Aquella fue la primera vez que oí su nombre, puesto que no sabía siquiera que existiese.

Vivía en un pequeño apartamento comunitario compuesto de dos habitaciones. La primera habitación estaba ocupada por una mujer cuyo nombre, por una ironía del destino, era Nietsvetaeva (literalmente: No-Tsvetaeva), la

segunda era la de la señora Mandelstam. La habitación tenía ocho metros cuadrados de superficie, las dimensiones de un cuarto de baño americano de tipo corriente. La mayor parte del espacio estaba ocupada por una cama doble de hierro fundido y, además, había dos sillas de mimbre, un armario ropero con un pequeño espejo y una mesilla de noche destinada a múltiples usos, sobre la que había platos con restos de la cena y, junto a los platos, un libro en rústica abierto de *El erizo y la zorra*, de Isaiah Berlin. La presencia de aquel libro de tapas rojas en aquella minúscula celda y el hecho de que no lo escondiera debajo de la almohada al oír el timbre de la puerta, significaba precisamente esto: el comienzo de la suspensión temporal de la pena.

Resultó ser que el libro le había sido enviado por Anna Ajmatova, que, por espacio de casi medio siglo, fue la mejor amiga de los Mandelstam: primeramente de los dos, más adelante sólo de Nadeyda. Ajmatova, viuda por dos veces (su primer marido, el poeta Nikolai Gumiliov, fue fusilado en 1921 por la Cheka, nombre de soltera de la KGB; el segundo, el historiador del arte Nikolai Punin, que murió en un campo de concentración perteneciente a la misma institución), ayudó a Nadeyda Mandelstam en todo lo que pudo y, durante los años de guerra, salvó literalmente su vida, raptando a Nadeyda y llevándosela a Tashkent, donde habían sido evacuados algunos escritores, y compartiendo con ella sus raciones diarias. Pese a que sus dos maridos habían sido eliminados por el régimen y a que su hijo estuvo dieciocho años languideciendo en campos de concentración, Ajmatova estaba en una situación algo mejor que Nadeyda Mandelstam, aunque sólo fuera por el hecho de gozar del reconocimiento, otorgado a regañadientes, de escritora, circunstancia que le permitía vivir en Leningrado y en Moscú. Para la esposa de un enemigo del pueblo, las grandes ciudades estaban fuera de los límites permitidos.

Por espacio de varios decenios, esta mujer estuvo huyendo constantemente, nadando a contracorriente y moviéndose por las capitales de provincia del imperio: afincándose en un sitio nuevo sólo para huir de él a la primera señal de peligro. Gradualmente el estatuto de no-persona pasó a convertirse en su segunda naturaleza. Era una mujer bajita, de complexión delgada y, con el paso de los años, su figura todavía fue reduciéndose más, como si tratara de transformarse en un ser ingrávido, en algo que podía guardarse fácilmente en el bolsillo en el momento de la huida. Por la misma razón, no poseía prácticamente nada: ni muebles, ni objetos artísticos, ni biblioteca. Los libros, incluso los extranjeros, rara vez permanecían mucho tiempo en sus manos: después de leídos u hojeados, pasaban en seguida a manos de otra persona..., tal como debería hacerse siempre con los libros. En los años de su máxima opulencia, a finales de los sesenta y principios de los setenta, el elemento más caro de su apartamento de una sola habitación, en las afueras de

Moscú, era un reloj de cuco en la pared de la cocina. Un ladrón habría salido de su casa profundamente desilusionado, al igual que quien se hubiera presentado en ella con una orden de registro.

En aquellos años de «opulencia» que siguieron a la publicación en Occidente de sus dos volúmenes de memorias, aquella cocina se convirtió en meta de auténticas peregrinaciones.

Una noche sí y otra también, lo mejor de lo que había sobrevivido a la era posterior a Stalin, o de lo que había surgido en ella, se reunía alrededor de la larga mesa de madera, diez veces más grande que aquella cama de Pskov. No parecía sino que aquella mujer quería compensar todas aquellas décadas de paria. Dudo, sin embargo, que lo lograra, y en cierto modo la recuerdo mejor en aquella pequeña habitación de Pskov o sentada al borde de un diván en la casa de Leningrado de Ajma-tova, a la que de vez en cuando acudía ilegalmente desde Pskov, o surgiendo de las profundidades del corredor en el apartamento de Shklovski en Moscú, donde residía antes de contar con un alojamiento propio. Quizá la recuerdo allí con más nitidez porque allí estaba más a sus anchas como la expatriada que era, la fugitiva, «la mendiga amiga», como la llamaba Osip Mandelstam en uno de sus poemas, que fue lo que siguió siendo durante todo el resto de su vida.

Deja literalmente sin aliento comprobar que escribió sus dos volúmenes a la edad de sesenta y cinco años. En la familia Mandelstam, el escritor era Osip, no ella. Si escribió alguna cosa con anterioridad fueron las cartas dirigidas a sus amigos o las apelaciones formuladas al Tribunal Supremo. Tampoco era el suyo el caso de una persona que pasa revista, desde la tranquilidad de su retiro, a una vida larga y plagada de hechos memorables, puesto que aquellos sesenta y cinco años no habían sido para ella exactamente lo que se dice normales. No es porque sí que en el sistema penal soviético hay una cláusula que especifica que, en ciertos campos, un año de reclusión cuenta por tres. En virtud de esto, las vidas de muchos rusos de este siglo casi igualan en longitud a las de los patriarcas de la Biblia, con los que comparten además otra cosa: su devoción por la justicia.

Pero no fue únicamente esa devoción por la justicia lo que la empujó a sentarse, a los sesenta y cinco años, y a emplear el tiempo de suspensión temporal de la sentencia para escribir aquellos libros. Lo que les dio existencia fue una recapitulación, a escala individual, del mismo proceso que ya había tenido lugar una vez en la historia de la literatura rusa. Y cuando digo esto recuerdo la aparición de la gran prosa rusa de la segunda mitad del siglo diecinueve. Aquella prosa que parece salida de ninguna parte, como un efecto sin causas detectables, no fue sino

fruto de la poesía rusa del siglo diecinueve. Marcó el tono de todo lo que se escribiría después en ruso y lo mejor de la literatura rusa puede considerarse un eco distante y una elaboración meticulosa de la sutileza psicológica y léxica ofrecida por la poesía rusa del primer cuarto de aquel siglo. «La mayoría de los personajes de Dostoievski son héroes de Pushkin más viejos, Oneguins y otros por el estilo», solía decir Anna Ajmatova.

La poesía precede siempre a la prosa y así fue también en la vida de Nadeyda Mandelstam en más de un aspecto. Como escritora, al mismo tiempo que como persona, ella es una creación de dos poetas a los que su vida estuvo inexorablemente atada: Osip Mandelstam y Anna Ajmatova, y ello no tan sólo por el hecho de que el primero era su marido y la segunda su amiga de toda la vida. Después de todo, cuarenta años de viudedad podrían oscurecer los recuerdos más felices (y en el caso de su matrimonio, fueron pocos y distanciados, aunque sólo fuera por el hecho de que el matrimonio coincidió con la ruina económica del país, causada por la revolución, la guerra civil y los primeros planes quinquenales). Por otra parte, hubo años enteros en los que no vio para nada a Ajmatova y una carta habría sido lo último en lo que poder confiar. El papel era, en general, peligroso. Lo que reforzó el vínculo de aquel matrimonio, así como el de aquella amistad, fue la tecnicidad: la necesidad de confiar a la memoria lo que no se podía confiar al papel, es decir, los poemas de ambos autores.

Nadeyda Mandelstam no era ciertamente la única que lo hacía en aquella «época anterior a Gutenberg», para decirlo con palabras de Ajmatova. No obstante, el hecho de repetir noche y día las palabras de su esposo difunto no sólo estaba indudablemente relacionado con la circunstancia de entenderlas cada vez más, sino con la de resucitar la voz de él, aquellas entonaciones que sólo eran peculiares de él, junto con la sensación, por efímera que fuese, de su presencia y con la comprobación de que él mantenía su participación en aquel acuerdo de «para lo mejor y para lo peor» y, de manera especial, de su segundo término. Lo mismo ocurrió con los poemas de la amiga físicamente ausente, Ajmatova, puesto que, una vez en marcha, aquel mecanismo de la memorización ya no conoció freno. E igual sucedió con otros autores, otras ideas, otros principios éticos..., todo cuanto no podía sobrevivir de otra manera.

Aquellas cosas fueron creciendo gradualmente dentro de ella. Si hay un sustituto del amor, se llama memoria. Recordar de memoria es, pues, restablecer la intimidad. Gradualmente, los versos de aquellos poetas se convirtieron en su mentalidad, en su identidad. No sólo le aportaron el plano visual o ángulo de visión sino que —lo cual es más importante— se convirtieron en su norma lingüística. Así

que, cuando se puso a escribir sus libros, estaba en condiciones de evaluar las oraciones que escribía-en aquel tiempo de una manera inconsciente, instintiva— por comparación con las de ellos. La claridad y ausencia de remordimiento de sus páginas, al mismo tiempo que reflejan su actitud mental, son también consecuencias estilísticas inevitables de la poesía que había conformado aquella mente. Tanto en su estilo como en su contenido, sus libros no son sino una postdata de la versión suprema del lenguaje que es esencialmente la poesía y que pasó a convertirse en su propia carne al aprender de memoria los versos de su marido.

Tomando en préstamo una frase de W. H. Auden, la gran poesía la «hirió» en prosa. Y realmente fue así, puesto que el patrimonio de aquellos dos poetas únicamente podía ser desarrollado o elaborado a través de la prosa. En poesía sólo podían ser seguidos por los epígonos, como ocurrió realmente. Dicho en otras palabras, la prosa de Nadeyda Mandelstam era el único medio disponible que tenía la lengua para evitar el estancamiento. De la misma manera, era el único medio disponible para la psique creada por el uso que hacían del lenguaje aquellos poetas. Así pues, sus libros no fueron tanto memorias y guías para las vidas de dos grandes poetas, por muy exquisitamente que llevaran a cabo esta función, sino que sirvieron para establecer la conciencia de la nación. Para que así, por lo menos, tuvieran un modelo.

No ha de sorprendernos, pues, que su postura se resolviera en una acusación del sistema. Esos dos volúmenes de la señora Mandelstam equivalen, de hecho, a un Día del Juicio sobre la tierra para la época y para su literatura, un juicio administrado de una manera perfectamente correcta, puesto que esta época fue la que emprendió la construcción del paraíso terrenal. Y todavía ha de sorprendernos menos que esas memorias, y de manera especial el segundo volumen de las mismas, no fueran del gusto de ninguno de los bandos situados a ambos lados de la muralla del Kremlin. Debo decir que las autoridades se mostraron más honradas en su reacción que la intelectualidad: se limitaron a catalogar la posesión de esos libros como una ofensa punible por la ley. En cuanto a la intelectualidad, y de manera especial la de Moscú, sufrió una auténtica conmoción como resultado de las acusaciones de Nadeyda Mandelstam contra muchos de sus ilustres y no tan ilustres miembros, a los que echó en cara una casi complicidad con el régimen, como resultado de lo cual la oleada humana que antes invadía su cocina disminuyó considerablemente.

Hubo cartas abiertas y semiabiertas, indignadas resoluciones de no estrechar la mano, amistades y matrimonios que se rompieron a la hora de dilucidar si tenía o no razón al considerar a ésta o a aquella persona un informador. Un destacado

disidente decía, mientras se acariciaba la barba: «ha presidido toda nuestra generación», en tanto que otros corrían a sus dachas, se encerraban en ellas y se ponían a mecanografiar las contramemorias. Esto era ya a principios de los años setenta y unos seis años más tarde estas mismas personas quedarían igualmente divididas frente a la actitud de Soljenitsin en relación con los judíos.

Hay algo en la conciencia de los literatos que no puede soportar el concepto de la autoridad moral de alguien. Se someten ante la existencia de un Primer Secretario del Partido o de un Führer como ante un mal necesario, pero se lanzarían ávidamente a poner en tela de juicio a un profeta. Y presumiblemente es así, porque decirle a uno que es un esclavo es menos desalentador que si le dicen que, desde el punto de vista moral, es un cero. Después de todo, no hay por qué pegarle un puntapié al perro caído, pese a que el profeta da un puntapié al perro caído no para acabar con él sino para que le siga sus pasos. La resistencia a esos puntapiés, el poner en entredicho las afirmaciones y acusaciones de un escritor, no proviene de un ansia de verdad sino de la presunción intelectual de esclavitud. Peor aún para los literatos cuando la autoridad no sólo es moral sino también cultural, como lo fue en el caso de Nadeyda Mandelstam.

Quisiera avanzar todavía un paso más. La realidad por sí misma no vale un comino. Es la percepción lo que eleva la realidad a significado. Entre las percepciones (y, correspondientemente, entre los significados) hay una jerarquía, en la que las adquiridas a través de los prismas más refinados y sensitivos se sitúan en el punto más alto. El refinamiento y la sensibilidad están repartidos en este prisma por la única fuente que los proporciona: la cultura, la civilización, cuya herramienta principal es el lenguaje. La evaluación de la realidad realizada a través de ese prisma —la adquisición de lo que constituye un objetivo de la especie— es, por tanto, la más precisa, quizá incluso la más justa. (Los gritos de «¡Injusto!» y «¡Elitista!» que pueden seguir a lo antedicho desde, entre todos los lugares posibles, los campus locales deben quedar desatendidos, puesto que la cultura es «elitista» por definición y la aplicación de los principios, democráticos a la esfera del conocimiento lleva a equiparar la sabiduría con la idiotez.)

Es la posesión de ese prisma, que le fue suministrado por la mejor poesía rusa del siglo veinte, y no la unicidad en la dimensión de su desgracia, lo que hizo indisputable la declaración de Nadeyda Mandelstam acerca de su espacio de realidad. Es una abominable falacia la que afirma que el sufrimiento explica la grandeza del arte. El sufrimiento ciega, deja sordo, arruina y a menudo mata.

Osip Mandelstam fue un gran poeta *antes* de la revolución. Como lo fueron

igualmente Anna Ajmatova y Marina Tsvetaeva. Todos ellos habrían sido los que fueron en realidad aunque no hubiera ocurrido ninguno de los hechos históricos que vivió Rusia durante el presente siglo. Y fue así porque estaban *dotados*, puesto que el talento no necesita para nada de la historia.

¿Habría sido Nadeyda Mandelstam lo que fue realmente de no haber sido por la Revolución y las demás cosas que la siguieron? Probablemente no, puesto que conoció a su futuro marido en 1919. Pero la pregunta es en sí banal, puesto que nos conduce a los lóbregos dominios de la ley de la probabilidad y del determinismo histórico. Después de todo, se convirtió en lo que se convirtió realmente no por lo que ocurrió en Rusia durante el presente siglo, sino más bien a pesar de ello. Un dedo casuístico seguramente señalaría que, desde el punto de vista del determinismo histórico, «a pesar de» es sinónimo de «porque». Basta eso, pues, en relación con el determinismo histórico, si se muestra tan atento en cuanto a la semántica de algún «a pesar de» humano.

Aunque es por una buena razón. Puesto que una frágil mujer de sesenta y cinco años resulta ser capaz de aminorar, por no decir evitar, a la larga, la desintegración cultural de toda una nación. Sus memorias son algo más que un testimonio de su época: son una visión de la historia a la luz de la conciencia y de la cultura. Ante esta luz la historia se estremece y el individuo hace su elección: entre buscar la fuente de aquella luz y cometer un crimen antropológico contra sí mismo.

No se había propuesto ser tan preeminente, ni trataba simplemente de vengarse del sistema. Para ella era una cuestión privada, algo que pertenecía a su temperamento, a su identidad y a lo que había conformado aquella identidad. Para decirlo de alguna manera, su identidad había sido conformada por la cultura, por sus mejores productos: los poemas de su marido. Eran éstos, no el recuerdo de su persona, lo que ella trataba de mantener vivo. Era de ellos, no de él, de quien enviudó durante aquellos cuarenta y dos años. Por supuesto que lo amaba, pero el amor es la más elitista de las pasiones. Adquiere su sustancia estereoscópica y su perspectiva sólo dentro del contexto de la cultura, puesto que ocupa más espacio en la mente que en la cama. Fuera de este marco, fracasa y se convierte en ficción unidimensional. Ella era una viuda de la cultura y creo que amaba más a su marido al final de su vida que el día en que se casaron. Probablemente ésta sea la razón de que los lectores de sus libros los encuentren tan turbadores. Por esto y porque el estado del mundo moderno en relación con la civilización puede ser también definido como viudedad.

Si le faltaba algo, era humildad. En este aspecto era totalmente diferente de

sus dos poetas. Pero ellos tenían su arte, y la calidad de sus logros les proporcionaba satisfacción bastante para ser, o pretender ser, humildes. Pero ella era terriblemente terca, categórica, lunática, desagradable, idiosincrásica; muchas de sus ideas eran absurdas o habían sido elaboradas de oídas. En resumen, en ella había mucho de formación de mujer, cosa que no sorprende dada la dimensión de las figuras que trató en la realidad y más tarde en la imaginación. Al final, su intolerancia alejó de su lado a muchos, cosa que de hecho no le importaba, porque empezaba a cansarse de la adulación, de ser objeto de los gustos de Robert McNamara y de Willy Fisher (el verdadero nombre del coronel Rudolf Abel). Todo lo que quería era morir en su cama y, en cierto modo, esperaba la muerte, porque «allí arriba volveré a estar con Osip», pese a que Ajmatova, al oírle estas palabras, le replicó: «No, estás completamente equivocada. Allí arriba seré yo quién estará con Osip.»

Su deseo se hizo realidad y murió en su cama, cosa nada insignificante para una rusa de su generación. Los habrá que dirán que no entendió su época, que perdió el tren de la historia que viajaba hacia el futuro. Pues bien, como casi todos los demás rusos de su generación, aprendió demasiado bien que aquel tren que se dirigía al futuro se para en el campo de concentración o en la cámara de gas. Tuvo la suerte de eludirlos y nosotros hemos tenido la suerte de que nos hablara del viaje. La última vez que la vi fue el 30 de marzo de 1972, en la cocina de su casa, en Moscú. Era a última hora de la tarde y ella estaba sentada, fumando en un rincón, sumida en la sombra proyectada sobre la pared por el alto armario. Aquella sombra era tan oscura que lo único que permitía ver era el débil destello del cigarrillo y sus ojos penetrantes. Lo demás —su cuerpo macilento y encogido bajo el chal, sus manos, el óvalo de su rostro lívido, su cabello gris, ceniciento— habían sido engullidos por la oscuridad. Parecía el residuo de una inmensa hoguera, una brasa que quemaría si uno la tocase.

(1981)

COMPLACER A UNA SOMBRA

1

Cuando un escritor recurre a un idioma que no es el suyo materno, o bien lo hace por necesidad, como Conrad, o debido a una ardiente ambición, como Nabokov, o en aras de un mayor distanciamiento, como Beckett. Perteneciente yo a diferente asociación, en el verano de 1977 y en Nueva York, cuando ya llevaba cinco años viviendo en el país, compré en una tiendecilla de máquinas de escribir, en la Sexta Avenida, una «Lettera 22» portátil y empecé a escribir en inglés (ensayos, traducciones, y de vez en cuando algún poema) por una razón que muy poco tenía que ver con lo antedicho. Mi único propósito entonces, como ahora, era aproximarme al hombre al que yo consideraba como la mente más privilegiada del siglo XX: Wystan Hugh Auden.

Desde luego, conocía perfectamente la futilidad de mi empresa, no tanto por haber nacido yo en Rusia y bajo los auspicios de su idioma (que nunca he de abandonar... y espero que por su parte también sea así) como por la inteligencia de este poeta, que en mi opinión no tiene igual. Conocía la futilidad de este esfuerzo, además, porque Auden había muerto hacía ya cuatro años. Sin embargo, para mí, escribir en inglés era la mejor manera de acercarme a él, de trabajar según sus normas, de ser juzgado, si no por su código de conciencia, al menos por lo que en el idioma inglés, sea lo que fuere, hizo posible este código de conciencia.

Estas palabras, la propia estructura de estas frases, muestran a cualquiera que haya leído una sola estrofa o un solo párrafo de Auden, cómo fallo yo. Para mí, no obstante, un fallo según los patrones de él es preferible a un éxito medido por los de otros. Además, desde un buen principio supe que estaba abocado al fracaso, y lo que ya no puedo decir es si esta especie de sobriedad era cosa mía o procedía de sus escritos. Todo lo que espero mientras escribo en su lengua es que no rebaje su nivel de operación mental, su plano de contemplación. Esto es todo cuanto uno puede hacer por un hombre mejor: continuar en su vena, y esto, creo yo, es en lo que consisten todas las civilizaciones.

Sabía que, por temperamento y otras cosas, yo era un hombre diferente y que,

en el mejor de los casos, sería visto como su imitador. No obstante, ello sería para mí un cumplido. También contaba con una segunda línea defensiva: siempre podía volver a mis escritos en ruso, en los que tenía plena confianza y que incluso a él, de haber conocido el idioma, probablemente le habrían gustado. Mi deseo de escribir en inglés no tenía nada que ver con cualquier sensación de confianza, satisfacción o comodidad; se trataba, simplemente, del deseo de complacer a una sombra. Desde luego, allí donde él se encontraba entonces difícilmente podían importar las barreras lingüísticas, pero de algún modo yo pensaba que a él podría agradaarle más que me expresara ante él en inglés. (Aunque, cuando lo intenté, en los verdes prados de Kirchstetten, hace ahora once años, la cosa no funcionó; mi inglés de entonces era mejor para leer y escuchar que para hablar. Y tal vez fuera mejor así.)

Para plantearlo de manera distinta, incapaz de devolver todo lo que se le ha dado, uno trata de pagar al menos en la misma moneda. Después de todo, él mismo lo hizo, al tomar la métrica de *Don Juan* para su *Carta a Lord Byron* o el hexámetro para su *Escudo de Aquiles*. Cortejar siempre exige un nivel de autosacrificio y asimilación, sobre todo si uno está cortejando a un espíritu puro. En vida, este hombre hizo tanto que la creencia en la inmortalidad de su alma resulta casi inevitable. Lo que nos dejó equivale a un evangelio a la vez aportado y llenado por un amor que lo es todo menos finito, es decir, con un amor que en modo alguno puede alojarse en carne humana y que, por consiguiente, necesita palabras. Si no hubiera iglesias, fácilmente se hubiera podido construir una sobre este poeta, y su precepto principal diría más o menos aquello suyo de

	If	equal	affection	cannot	be,	
Let	the	more	loving	one	be	me

«Si no puede haber un afecto igual / Deja que el más amante sea yo.»

Si un poeta tiene una obligación respecto a la sociedad, es la de escribir bien. Al formar parte de la minoría, no tiene otra opción. Si deja de cumplir este deber, se sume en el olvido. La sociedad, en cambio, no tiene obligaciones respecto al poeta. Mayoría por definición, la sociedad se considera poseedora de otras opciones distintas que la de leer versos, por más bien escritos que éstos puedan estar. Al no hacerlo, el resultado es el de sumirse en ese nivel de locución en el que la sociedad es presa fácil de un demagogo o de un tirano. Tal es el equivalente del olvido para

la sociedad, y un tirano puede, claro está, tratar de salvar a sus súbditos de éste mediante algún espectacular baño de sangre.

Leí a Auden por primera vez en Rusia, hace veinte años, en unas traducciones más bien flojas y descuidadas que encontré en una antología de poesía inglesa contemporánea, subtitulada *De Browning a nuestros días*. «Nuestros días» eran los del año 1937, cuando fue publicado el volumen. Es innecesario añadir que casi todo el equipo de traductores, junto con su editor, M. Gutner, fueron detenidos poco después, y muchos de ellos perecieron. Innecesario añadirlo, ya que durante los cuarenta años siguientes no se publicó en Rusia ninguna otra antología de poesía inglesa contemporánea, y el volumen citado se convirtió casi en un ejemplar de coleccionista.

Un verso de Auden en esta antología captó, sin embargo, mi atención. Pertenece, como supe después, a la última estrofa de uno de sus primeros poemas, *No Change of Place*, que describía un paisaje un tanto claustrofóbico donde «*no one goes / further than railhead or the ends of piers, I Will neither go nor send his son...*» [«Nadie va / más allá del final de las vías o el extremo de los muelles / no irá ni enviará allí a su hijo...»]. Este último fragmento del poema, «*will neither go nor send his son*», me impresionó por su mezcla de extensión negativa y sentido común. Por haber seguido una esencialmente enfática y sustanciosa dieta de verso ruso, en seguida registré esta receta, cuyo ingrediente principal era la autocontención. Sin embargo, los versos poéticos tienen el don de escapar del contexto para adquirir un significado universal, y el toque amenazador de absurdo contenido en «*will neither go nor send his son*» empezaría a vibrar en el fondo de mi cabeza cada vez que empezara a hacer algo sobre papel.

Esto es, supongo, lo que llaman una influencia, salvo que el sentido del absurdo nunca es invención del poeta, sino un reflejo de la realidad; las invenciones rara vez son reconocibles. Lo que aquí se le puede deber al poeta no es el sentimiento en sí, sino su tratamiento: discreto, sin ningún énfasis y sin ningún toque de pedal, casi *en passant*. Este tratamiento era especialmente significativo para mí, precisamente porque topé con esta línea a principios de los años sesenta, cuando el teatro del absurdo estaba en pleno auge. Dado este antecedente, el tratamiento de este tema por Auden destacaba, no sólo porque él se hubiera adelantado a muchos, sino debido a un mensaje ético considerablemente distinto. Su manera de tratar ese verso decía, al menos para mí, algo así como «No grites que viene el lobo», aunque el lobo se encuentre ante la puerta. (Aunque, añadiría, tenga exactamente el mismo aspecto que tú. Especialmente por esto, no des el grito de alarma.)

Aunque, para un escritor, mencionar sus experiencias carcelarias —o cualquier otro tipo de penalidad— es como para la gente normal citar los nombres de amigos importantes, resulta que mi siguiente oportunidad para echar un vistazo más a fondo a Auden se produjo cuando yo estaba cumpliendo mi condena en el Norte, en un pueblecillo perdido entre pantanos y bosques, cerca del círculo polar. Esta vez, la antología que tenía estaba en inglés y me la había enviado un amigo desde Moscú. Contenía abundantes textos de Yeats, al que entonces yo encontraba quizá demasiado retórico y chapucero con la métrica, y de Eliot, que en aquellos días reinaba con carácter supremo en la Europa del Este. Me había propuesto leer a Eliot.

Sin embargo, por pura casualidad, el libro se abrió en la página de *In Memory of W. B. Yeats*, de Auden. Yo era joven entonces y, por consiguiente, particularmente aficionado al género elegíaco, ya que a nadie tenía cerca y muriéndose para escribirle una. Por lo tanto, las leía tal vez con avidez mayor que todo lo demás, y con frecuencia pensaba que la característica más importante del género eran los esfuerzos inconscientes de los autores para trazar su autorretrato, de los que casi todo poema *in memoriam* está salpicado... o manchado. Por comprensible que sea esta tendencia, a menudo convierte uno de estos poemas en las elucubraciones del autor sobre el tema de la muerte, a partir de las cuales acabamos por saber más acerca de él que acerca del difunto. El poema de Auden no presentaba nada de esto y, lo que es más, pronto advertí que incluso su estructura iba destinada a rendir tributo al poeta muerto, imitando en orden inverso las etapas de evolución estilística del gran irlandés, siguiendo hasta llegar a su primera: los tetrámetros de la tercera y última parte del poema.

Gracias a estos tetrámetros, y en particular a los ocho versos de esta tercera parte, comprendí a qué clase de poeta estaba yo leyendo. Estos versos me eclipsaron aquella asombrosa descripción del «día frío y oscuro», última de Yeats, con su estremecedor

The mercury sank in the mouth of the dying day

«El mercurio se hundía en la boca del agonizante día.»

Eclipsaron aquella inolvidable representación del cuerpo herido por la muerte como una ciudad cuyos suburbios y plazas se vacían gradualmente, como después de una rebelión aplastada. Incluso eclipsaban aquella manifestación de la

época:

...poetry makes nothing happen..

«... la poesía no hace que ocurra nada...»

Aquellos ocho versos en tetrámetro que conseguían que esa tercera parte del poema sonara como un cruce entre un himno del Ejército de Salvación, un canto fúnebre y una nana para dormir a los niños, decían lo siguiente:

Time that is intolerant
Of the brave and innocent,
And indifferent in a week
To a beautiful physique,

Worships language and forgives
Everyone by whom it Uves;
Pardons cowardice, conceit,
Lays its honours at their feet.

«Tiempo que es intolerante / con los bravos e inocentes, / e indiferente en una semana / a un físico hermoso, / adora al lenguaje y perdona / a todo junto al cual viva; / perdona la cobardía y la vanidad, / deposita honores a sus pies.»

Me recuerdo a mí mismo, sentado en la pequeña barraca de madera, atisbando desde la cuadrada ventana cuyo tamaño era el de una tronera, la húmeda y fangosa carretera sin asfaltar, recorrida por unas cuantas gallinas dispersas, medio creyendo lo que acababa de leer y medio preguntándome si mis nociones de inglés no me estarían gastando una broma. Tenía allí un diccionario inglés-ruso que era un verdadero mamotreto, y recorrí sus páginas una y otra vez, verificando cada palabra y cada alusión, con la esperanza de que pudieran evitarme el significado que me miraba fijamente desde la página. Supongo que simplemente me negaba a creer que en un lejano 1939 un poeta inglés hubiese dicho: «*Time... worships language*», y que el mundo en derredor se encontrara todavía donde estaba.

Pero por una vez el diccionario no me derrotó. Auden había dicho esa vez que «*time* (no "*the time*") *worships language*», y el tren de pensamiento que esta afirmación puso en marcha en mí todavía sigue rodando hoy. Y es que *worship*,

«adoración», es una actitud del inferior frente al superior. Si «tiempo adora al lenguaje», ello significa que el lenguaje es superior, o más antiguo que el tiempo, el cual es, a su vez, más antiguo y mayor que el espacio. Así me lo enseñaron, y efectivamente así lo admitía yo. Por lo tanto, si el tiempo —que es sinónimo de la deidad... no, que incluso absorbe a la deidad— adora al lenguaje, ¿de dónde procede entonces éste? Pues el donativo es siempre más pequeño que el donante. Y además, ¿no es el lenguaje un depósito de tiempo? ¿Y no es ésta la razón de que el tiempo lo adore? ¿Y no es una canción, o un poema, o incluso un discurso, con sus cesuras, pausas, espondeos, etcétera, un juego que el lenguaje practica para reestructurar el tiempo? ¿Y no son aquellos junto a los cuales «vive» el lenguaje los mismos junto a los cuales vive también el tiempo? Y si el tiempo les «perdona», ¿lo hace por generosidad o por necesidad? ¿Y no es, por otra parte, una necesidad la generosidad?

Por cortos y horizontales que fuesen estos versos, a mí me parecieron increíblemente verticales. Eran también muy improvisados, casi elementales: metafísica disfrazada de sentido común, sentido común disfrazado de pareados de nana infantil. Por sí solas, estas capas de disfraz me decían a mí lo que es el lenguaje, y comprendí que estaba leyendo a un poeta que decía la verdad..., o a través del cual la verdad se hacía oír. Al menos, aquello se acercaba más a la verdad que cualquier otra cosa que yo lograra sacar de aquella antología. Y tal vez diera esta sensación precisamente por el toque de irrelevancia que yo notaba en la entonación declinante de «*forgives / Everyone by whom it lives; / Pardons cowardice, conceit, / Lays its honours at their feet*». Estas palabras estaban allí, pensé, simplemente para equilibrar la ascendente gravedad de «*Time... worships language*».

Podría seguir extendiéndome acerca de estos versos, pero sólo podría hacerlo ahora. Entonces y allí quedé simplemente estupefacto. Entre otras cosas, lo que me resultaba claro era que convenía estar ojo avizor al hacer Auden sus agudos comentarios y observaciones, manteniendo la vista fija en la civilización cualquiera que sea el tema inmediato (o condición) de él. Pensé habérmelas con una nueva especie de poeta metafísico, un hombre de asombrosas dotes líricas, que se disfrazaba como observador de costumbres públicas. Y mi sospecha era la de que esta elección de máscara, la elección de este idioma, tenía menos que ver con cuestiones de estilo y tradición que con la humildad personal que le era impuesta, no tanto por un credo particular como por su sentido de la naturaleza del lenguaje. La humildad nunca es elegida.

Todavía tenía que leer mucho de Auden. No obstante, después de *In Memory of W. B. Yeats*, sabía que me encontraba ante un autor más humilde que Yeats o Eliot,

con un alma menos petulante que cualquiera de los dos, y al propio tiempo —me temía— no menos trágica. Con la ayuda de la percepción retroactiva, puedo decir ahora que yo no andaba del todo equivocado, y que si alguna vez hubo drama en la voz de Auden, no fue su propio drama personal, sino un drama público o existencial. El jamás se había situado en el centro del cuadro trágico; como máximo, reconocía su presencia en la escena. Todavía tenía yo que oír de su propia boca que «J. S. Bach fue enormemente afortunado. Cuando quería alabar al Señor, escribía una coral o una cantata dirigiéndose al Todopoderoso directamente. Hoy, si un poeta desea hacer lo mismo, ha de emplear un discurso indirecto». Lo mismo, presumiblemente, se aplicaría a la plegaría.

3

Mientras escribo estas notas, advierto que la primera persona del singular asoma su fea cabeza con alarmante frecuencia. Pero un hombre es lo que lee; en otras palabras, al atisbar este pronombre, detecto a Auden más que a cualquier otro: la aberración refleja simplemente la proporción de mi lectura de este poeta. Los perros viejos, desde luego, no aprenden trucos nuevos, pero los amos de perros acaban por parecerse a sus canes. Los críticos, y en especial los biógrafos, de escritores con un estilo distintivo adoptan con frecuencia, por más que sea inconscientemente, la modalidad de expresión de sus sujetos. Para exponerlo con sencillez, a uno le cambia lo que ama, hasta el punto de perder toda su identidad. No trato de decir que esto fue lo que me ocurrió a mí; lo único que pretendo sugerir es que esos por otra parte chillones «yo» y «mí» son, a su vez, formas de un discurso indirecto cuyo objeto es Auden.

Para aquellos de mi generación a los que les interesaba la poesía en inglés —y no puedo decir que fueran muchos— los sesenta fueron la era de las antologías. Al regresar a sus casas, los estudiantes y eruditos extranjeros que venían a Rusia a través de programas de intercambio académico trataban lógicamente de desprenderse de peso adicional, y los libros de poesía eran los primeros en desaparecer. Los vendían, casi por nada, a librerías de ocasión, que después pedían por ellos cantidades extraordinarias si uno quería comprarlos. La razón oculta tras estos precios era bien sencilla: disuadir a la población local de adquirir estos artículos occidentales; en cuanto al extranjero en sí, éste se había marchado ya, claro, y no podía observar esta disparidad.

Sin embargo, si uno conocía a un vendedor o vendedora, como le ocurre

inevitablemente a todo el que frecuenta una tienda, es posible conseguir el tipo de acuerdo con el que todo cazador de libros está familiarizado: cambiar una cosa por otra, o dos o tres libros por uno, o comprar un libro, leerlo, devolverlo a la tienda y recuperar el dinero. Además, cuando me soltaron y regresé a mi ciudad natal, yo ya me había creado una cierta reputación y en varias librerías me trataron con gran amabilidad. Debido a esta reputación, a veces me visitaban estudiantes de los programas de intercambio y, como se supone que uno no debe cruzar el umbral de un extraño con las manos vacías, me traían libros. Con algunos de estos visitantes establecí estrechas amistades, a consecuencia de las cuales mis estanterías para libros se ampliaron considerablemente.

Me gustaban mucho esas antologías, y no sólo por su contenido, sino también por el olor dulzón de sus encuadernaciones y por los cantos amarillos de sus páginas. Tenían un aspecto muy americano y eran además de tamaño de bolsillo. Uno podía sacarlas del bolsillo en un tranvía o en un jardín público, y aunque sólo una mitad o un tercio de su texto resultara comprensible, borraban al instante la realidad local. Mis predilectas, sin embargo, eran las de Louis Untermeyer y de Osear Williams..., porque contenían fotos de sus participantes que excitaban la imaginación tanto como los propios versos. Durante horas seguidas, me dedicaba a escrutar un recuadro más bien pequeño, en blanco y negro, con las facciones de tal o cual poeta, tratando de imaginar qué clase de persona era, tratando de animarlo, de hacer coincidir la cara con sus versos entendidos sólo a medias o en una tercera parte. Más tarde, en compañía de amigos, intercambiábamos nuestras aventuradas suposiciones y los retazos de habladorías que de vez en cuando llegaban hasta nosotros y, tras haber sentado un denominador común, pronunciábamos nuestro veredicto. De nuevo con el beneficio de mirar hacia atrás, debo decir que, con frecuencia, nuestras suposiciones no quedaban demasiado lejanas de la realidad.

Así fue como vi por primera vez el rostro de Auden. Era una fotografía tremendamente reducida, un tanto estudiada y con un manejo de la sombra excesivamente didáctico; decía más acerca del fotógrafo que de su modelo. A juzgar por aquella foto, había que concluir que el primero era un esteta ingenuo o bien que las facciones del segundo eran demasiado neutras para su profesión. Preferí la segunda versión, en parte porque la neutralidad del tono era una característica muy sobresaliente en la poesía de Auden, y en parte porque la postura antiheroica era la *idée fixe* de nuestra generación. La idea consistía en ofrecer el aspecto de todos los demás: zapatos sencillos, gorra de obrero, chaqueta y corbata, preferiblemente grises, y ausencia de barbas y bigotes. Wystan era identificable.

Tan identificables hasta el punto de causar escalofríos eran los versos de *September 1, 1939*, que explicaban ostensiblemente los orígenes de la guerra que había acunado a mi generación, pero que en realidad describían igualmente nuestras propias personas, como pudiera hacerlo una instantánea en blanco y negro.

I	and	the	public	know
What	all	schoolchildren		learn,
Those	to	whom	evil	is
Do	evil	in		return

«Yo y el público sabemos / Lo que todo escolar aprende, / Aquellos a quien se hace daño / Hacen daño a cambio.»

De hecho, esta cuarteta se salía del contexto, al igualar a los vencedores con las víctimas, y creo que el gobierno federal debería hacerla tatuar en el pecho de cada recién nacido, no a causa del mensaje en sí, sino debido a su entonación. El único argumento aceptable contra semejante procedimiento sería el de que hay mejores versos de Auden. ¿Qué haría el lector con éstos?

Faces	along	the	bar
Cling	to	their	average
The	lights	must	never
The	music	must	always
All	the	conventions	conspire
To	make	this	fort
The	furniture	of	borne;
Lest	we	should	see
Lost	in	a	haunted
Children	afraid	of	the
Who	have	never	been
		happy	or
			good.

«Caras a lo largo del bar / se aferran a su día promedio: / las luces nunca deben apagarse, / la música siempre ha de sonar, / todas las convenciones conspiran / para que esta fortaleza asuma / el mobiliario de un hogar; / no fuera que viéramos donde estamos, / perdidos en un bosque encantado / niños temerosos de la noche / que nunca han sido felices o buenos.»

O si cree que esto es demasiado Nueva York, demasiado norteamericano, veamos qué le parece este pareado de *The Shield of Achules*, que, al menos para mí,

suenan un tanto como un epitafio dantesco para varias naciones de la Europa oriental:

...they lost their pride
And died as men before their bodies died.

«... perdieron su orgullo / y murieron como hombres antes de morir sus cuerpos.»

O, si uno está todavía en contra de semejante barbaridad, si quiere ahorrar esta herida a la tierna piel, hay otros siete versos en el mismo poema que deberían grabarse en las puertas de todo estado existente, y de hecho en las puertas de todo nuestro mundo:

A ragged urchin, aimless and alone,
Loitered about that vacancy, a bird
Flew up to safety from this well-aimed stone:
That girl are raped, that two boys knife a third,
Were axioms to him, who'd never heard
Of any world where promises were kept.
Or one could weep because another wept.

«Un andrajoso golfillo, sin objetivo y solo, / vagaba por aquel lugar vacío; un ave / voló a resguardarse de su bien apuntada piedra: / que las muchachas sean violadas, que dos muchachos apuñalen a un tercero, / eran axiomas para él, que jamás había oído / hablar de ningún mundo en el que las promesas se cumplieran, / o en el que uno pudiera sollozar porque sollozara otra persona.»

De este modo, el recién llegado no se engañaría en cuanto a la naturaleza de este mundo; de este modo, el residente en el mundo no tomaría a los demagogos por semidioses.

No es necesario ser gitano ni un Lombroso para creer en la relación entre la apariencia de un individuo y sus actos, pues al fin y al cabo en esto se basa nuestro sentido de la belleza. No obstante, cabe preguntarse cuál sería el aspecto de un poeta que escribiera:

Altogether elsewhere, vast
Herds of reindeer move across
Miles and miles of golden moss,
Silently and very fast.

«Juntos y por doquier, vastos / rebaños de renos avanzan a través / de millas y millas de musgo dorado, / en silencio y con gran rapidez.»

¿Qué aspecto tendría un hombre tan aficionado a traducir verdades metafísicas a lo más vulgar del sentido común, como a detectar las primeras en el segundo? ¿Qué aspecto tendría el que, profundizando concienzudamente en la creación, le hable a uno más del Creador que cualquier atleta en busca de atajos a través de las esferas? ¿No debería una sensibilidad única en su combinación de sinceridad, desprendimiento clínico y lirismo controlado dar como resultado, si no una distribución única de los rasgos faciales, sí al menos una expresión específica, no común? ¿Y podrían tales facciones o esta expresión ser captadas por un pincel? ¿Registradas por una cámara?

Me agradaba muchísimo el proceso de extrapolación a partir de aquella foto del tamaño de un sello de correos. Uno siempre pugna por encontrar una cara, uno siempre desea que se materialice un ideal, y Auden estaba entonces muy próximo a equivaler a un ideal. (Otros dos eran Beckett y Frast, pero yo sabía cuál era su aspecto; por más que atemorizadora, la correspondencia entre sus caras y sus logros era obvia.) Más tarde, claro está, vi otras fotografías de Auden: en una revista entrada de contrabando o en otras antologías. No obstante, nada añadían; aquel hombre eludía los objetivos, o éstos remoloneaban tras él. Empecé a preguntarme si una forma de arte era capaz de describir a otra, si lo visual podía aprehender lo semántico.

Y entonces un día —creo que fue en invierno de 1968 o de 1969—, Nadeyda Mandelstam, al visitarla yo en Moscú, me entregó otra antología más de poesía moderna, un libro espléndido, generosamente ilustrado con grandes fotografías en blanco y negro, debidas, si no recuerdo mal, a Rolhe Mc-Kenna. Encontré en él lo que yo estaba buscando. Un par de meses más tarde, alguien me pidió prestado ese libro y nunca más volví a ver la fotografía. Sin embargo, la recuerdo con toda claridad.

La foto había sido tomada, al parecer, en algún lugar de Nueva York, en un paso elevado: o bien el que hay cerca de Grand Central o el de la Columbia University, que cruza Amsterdam Avenue. Auden estaba allí de pie, con el aspecto de haber sido captado desprevenido, de paso, alzadas las cejas con una expresión de desconcierto. Sin embargo, los ojos, penetrantes, mostraban una calma tremenda.

La época era, probablemente, finales de los años cuarenta o principios de los cincuenta, antes de que la famosa etapa de las arrugas —la «cama deshecha»— se

apoderase de sus facciones. Todo, o casi todo, me resultó entonces claro.

El contraste o, mejor dicho, el grado de disparidad entre aquellas cejas alzadas en un asombro formal y lo penetrante de su mirada correspondían directamente, para mí, a los aspectos formales de sus versos (dos cejas enarcadas = dos rimas) y a la cegadora precisión de su contenido. Lo que me contemplaba desde la página era el equivalente facial de un pareado, de una verdad mejor conocida por el corazón. Las facciones eran regulares, incluso vulgares. Nada de específicamente poético había en aquel rostro, nada byroniano, demoníaco, aguileño, aquilino, romántico, herido, etc. Era más bien el rostro de un médico interesado por la historia de su paciente, aunque sabe que éste está enfermo. Un rostro bien preparado para todo, una suma total de un rostro.

Era un resultado. Su mirada profunda era un producto directo de esa proximidad cegadora de la cara al objeto que producía expresiones tales como «gestiones voluntarias», «asesinato necesario», «oscuridad conservadora», «yermo artificial» o «trivialidad de la arena». Causaba la misma impresión que se produce cuando una persona miope se quita las gafas, excepto que la vista penetrante de ese par de ojos nada tenía que ver con la miopía ni con la pequeñez de los objetos, sino con las amenazas hondamente arraigadas en éstos. Era la mirada de un hombre sabedor de que no le sería posible desarraigar esas amenazas y que, sin embargo, estaba dispuesto a describirle a uno los síntomas, así como la propia dolencia. No era esto lo que se llama «crítica social»..., aunque sólo fuera porque la dolencia no era social: era existencial.

En general, creo que a este hombre se le tomaba, de modo terriblemente erróneo, por un comentarista social, o por un diagnosticador, o cualquier cosa por el estilo. La acusación más frecuente que se ha alzado contra él era la de que no ofrecía un remedio. Sospecho que, en cierto modo, él se buscaba tal cosa al recurrir a la terminología freudiana, después marxista y después eclesiástica. El remedio, sin embargo, radicaba precisamente en su empleo de estas terminologías, pues son, simplemente, diferentes dialectos en los que uno puede hablar acerca de una y misma cosa, que es el amor. Lo que cura es la entonación con la que uno le habla al enfermo. Este poeta discurrió entre los casos graves, a veces terminales, del mundo, no como un cirujano sino como una enfermera, y todo paciente sabe que son las enfermeras y no las incisiones las que finalmente le ponen a uno de nuevo en pie. Es la voz de una enfermera, es decir, la del amor, la que se oye en el discurso final de Alonso a Ferdinand, en *The Sea and the Mirror*:

But should you fail to keep your kingdom

And, like your father before you, come
Where thought accuses and feeling mocks,
Believe your pain...

«Pero si acaso no logramos conservar tu reino / Y, al igual que tu padre antes que tú, llegaras / A donde el pensamiento acusa y el sentimiento se mofa, / Cree en tu dolor...»

Ni médico ni ángel, ni-todavía menos— nuestra persona amada o familiar dirá esto en el momento de nuestra derrota final: sólo una enfermera o un poeta, como fruto de la experiencia y del amor.

Y a mí me maravillaba ese amor. Nada sabía yo acerca de la vida de Auden: ni que fuera homosexual ni acerca de su matrimonio de conveniencia (para ella) con Erika Mann, etc. Nada. Una cosa que presentía claramente era que este amor rebasaría su objeto. En mi mente —mejor dicho, en mi imaginación— era amor expandido o acelerado por el lenguaje, por la necesidad de expresarlo; y el lenguaje —esto ya lo sabía yo— tiene su propia dinámica y tiende, especialmente en poesía, a utilizar sus dispositivos auto generados: métricas y estrofas que llevan al poeta mucho más allá de su destino general. Y la otra verdad acerca del amor en poesía que uno capta al leerla, es que los sentimientos de un escritor se subordinan inevitablemente a la progresión lineal y sin retroceso del arte. Este tipo de cosa asegura, en arte, un grado más alto de lirismo, y en la vida un equivalente en aislamiento. Aunque sólo sea por su versatilidad estilística, este hombre debió de haber experimentado un grado poco común de desesperación, como lo demuestra gran parte de su lírica más deliciosa y más hipnotizante. Y es que en arte es más que frecuente que la delicadeza de toque surja de la oscuridad de su propia ausencia.

Y, sin embargo, amor era pese a todo, perpetuado por el lenguaje, olvidando —puesto que el idioma era el inglés— el género, e intensificado por una honda agonía, porque también la agonía puede, al final, tener que ser articulada. El lenguaje, después de todo, es consciente por definición, y desea conocer el *quid* de cada nueva situación. Al contemplar la fotografía tomada por Rollie McKenna, me complació que la cara que había en ella no revelara ni neurosis ni cualquier otra clase de tensión; que fuese pálida y ordinaria, sin expresar, pero en cambio absorbiendo, todo lo que estaba sucediendo frente a sus ojos. Qué maravilloso sería, pensé, tener aquellas facciones, y traté de remedar la mueca ante el espejo. Fracasé, desde luego, pero ya sabía que fracasaría, porque semejante cara estaba destinada a ser única en su especie. No había necesidad de imitarla, pues ya existía en el mundo, y de algún modo el mundo me parecía más digerible porque en alguna parte de él

se encontraba esa cara.

Extraña cosa son las caras de los poetas. En teoría, el aspecto de los autores no debiera tener importancia para sus lectores; leer no es una actividad narcisista, ni tampoco lo es escribir, y, no obstante, apenas a uno le agradan suficientemente los versos de un poeta, empieza a preguntarse cuál debe ser la apariencia del escritor. Probablemente, esto tenga algo que ver con la sospecha que abrigamos de que admirar una obra de arte es reconocer la verdad, o el grado de la misma que el arte expresa.

Inseguros por naturaleza, queremos ver al artista, al que identificamos con su obra, a fin de que la próxima vez podamos saber cuál es, en realidad, el aspecto de la verdad. Sólo los autores de la antigüedad escapan a este escrutinio, y por esto, en parte, se les considera como clásicos, y sus generalizadas facciones de mármol, que llenan hornacinas en las bibliotecas, guardan una relación directa con el significado arquetípico absoluto de su obra. Pero cuando uno lee

...To visit
The grave of a friend, to make an ugly scene,
To count the loves one has grown out of,
Is not nice, but to chirp like a tearless bird,
As though no one dies in particular
And gossip were never true, unthinkable...

«... Visitar / la tumba de un amigo, hacer una fea escena, / contar los amores que uno ha dejado atrás, / no es agradable, pero gorjear como pájaro sin lágrimas, / como si nadie muriera en particular / y los chismes nunca fueran ciertos, es impensable...»

empieza a sentir que detrás de estos versos no hay un autor de carne y hueso, rubio, moreno, pálido, bronceado, arrugado o de lisas mejillas, sino la propia vida, y *eso* uno querría encontrarlo, con *eso* uno querría hallarse en una proximidad humana. Tras este deseo no hay vanidad, sino una cierta física humana que atrae una pequeña partícula hacia un gran imán, aunque uno pueda acabar haciendo eco al propio Auden: «He conocido a tres grandes poetas, cada uno de ellos un verdadero hijo de mala madre». Yo: «¿Quiénes?». El: «Yeats, Frost y Bert Brecht». (Pero con respecto a Brecht se equivocaba: Brecht no era un gran poeta.)

El 6 de junio de 1972, unas cuarenta y ocho horas después de abandonar Rusia tras recibir una orden perentoria al efecto, me encontraba con mi amigo Cari Proffer, profesor de literatura rusa en la Universidad de Michigan (había volado hasta Viena para recibirme), ante la casa veraniega de Auden en el pueblecillo de Kirchstetten, explicando a su propietario las razones de nuestra presencia. Este encuentro estuvo en un tris de no tener lugar.

Hay tres Kirchstetten en el norte de Austria, y habíamos pasado ya por los tres y nos disponíamos a dar media vuelta cuando el coche enfiló un tranquilo y estrecho camino rural y vimos una flecha de madera con el rótulo «Audenstrasse». Lo llamaban anteriormente (si la memoria no me engaña) «Hinterholz», porque por detrás de los bosques el camino conducía al cementerio local. Probablemente, el hecho de rebautizarlo tenía tanto que ver con el deseo de los habitantes de librarse de ese *memento mori*, como con su respeto por el gran poeta que vivía entre ellos. El poeta contemplaba la situación con una mezcla de orgullo y de embarazo. Sin embargo, mostraba un sentimiento más claro respecto al párroco local, cuyo nombre era Schicklgruber, pues Auden no podía resistir el placer de dirigirse a él como «Padre Schicklgruber».

De todo esto me enteraría más tarde. Entretanto, Cari Proffer trataba de explicar los motivos de nuestra presencia allí a un hombre corpulento y sudoroso, con una camisa roja y unos tirantes anchos, la chaqueta al brazo y un montón de libros bajo ella. El hombre acababa de llegar en tren desde Viena y, tras haber ascendido por la colina, respiraba trabajosamente y no se mostraba proclive a la conversación. Estábamos a punto de darnos por vencidos cuando de pronto captó lo que Cari Proffer estaba diciendo, gritó: «¡Imposible!», y nos invitó a entrar en la casa. Era Wystan Auden, y esto ocurría menos de dos años antes de que muriese.

Permítaseme tratar de aclarar cómo llegó a producirse todo esto. En 1969, George L. Kline, profesor de filosofía en Bryn Mawr, me había visitado en Leningrado. El profesor Kline estaba traduciendo mis poemas al inglés para la edición de Penguin y, mientras repasábamos el contenido del futuro libro, me preguntó quién preferiría yo, idealmente, que escribiera la introducción. Sugerí a Auden..., porque Inglaterra y Auden eran entonces sinónimos para mí. Pero en aquel entonces la perspectiva de que mi libro llegara a publicarse en Inglaterra era de lo más irreal. Lo único que impartía una semejanza de realidad a esta aventura era su flagrante ilegalidad bajo la ley soviética.

De todas maneras, la cosa se puso en marcha, Auden recibió el manuscrito para que lo leyera y le gustó lo bastante como para escribir una introducción. Por

tanto, cuando llegué a Viena yo llevaba conmigo las señas de Auden en Kirchstetten Rememorando las conversaciones que sostuvimos durante las tres semanas subsiguientes en Austria y más tarde en Londres y en Oxford, oigo su voz más que la mía, aunque debo reconocer que le acosé implacablemente a preguntas sobre el tema de la poesía contemporánea, en especial acerca de los propios poetas. No obstante, esto era bastante comprensible, porque la única frase en inglés en la que tenía la seguridad de no cometer ningún error, era la de: «Mr. Auden, ¿qué opina usted acerca de...?», y a continuación el nombre.

Y tal vez fuera esto lo conveniente, pues ¿qué podía decirle yo que él no supiera ya por un conducto o por otro? Hubiera podido explicarle, por supuesto, que había traducido al ruso varios poemas suyos y los había entregado a una revista de Moscú, pero aquel año resultó ser 1968, los soviéticos invadieron Checoslovaquia, y una noche la BBC emitió su «El Ogro hace lo que los ogros pueden hacer...» y esto fue el final de esa aventura. (Tal vez esta historia me hubiera dejado en buen lugar ante él, pero por otra parte yo no tenía una opinión muy halagüeña acerca de esas traducciones.) ¿Que nunca había leído una buena traducción de su obra en cualquier idioma del que yo tuviera alguna idea? Esto ya lo sabía él, acaso demasiado. ¿Que me entusiasmó enterarme un día de su devoción por la tríada Kierkegaardiana, que también para muchos de nosotros era la clave de la especie humana? Pero me preocupaba pensar que no sería capaz de articularla.

Era mejor escuchar. Por ser yo ruso, él se extendería sobre escritores rusos. «No me agradaría vivir con Dostoievski bajo un mismo techo», declararía. O bien: «El mejor escritor ruso es Chejov». «¿Por qué?» «Es el único de su gente que tenía sentido común.» O me preguntaría acerca de la cuestión que más parecía intrigarle referente a mi patria: «Me dijeron que los rusos siempre roban los limpiaparabrisas de los coches aparcados. ¿Por qué?». Pero mi respuesta—porque no había piezas de recambio— no le satisfizo; era evidente que él pensaba en una razón más inescrutable y, por haberle leído, casi empecé a ver una por mi cuenta. Después se ofreció para traducir algunos de mis poemas, cosa que me impresionó considerablemente. ¿Quién era yo para ser traducido por Auden? Sabía que, gracias a sus traducciones, algunos de mis compatriotas habían obtenido más provecho del que sus versos merecían, y sin embargo, por alguna razón, no podía permitirme el pensamiento de él trabajando para mí. Por lo tanto, dije: «Mr. Auden, ¿qué opina usted acerca de... Robert Lowell?». «No me gustan los hombres — fue la respuesta— que dejan tras de sí una senda humeante de mujeres llorosas.»

Durante aquellas semanas en Austria, él se ocupó de mis asuntos con la diligencia de la mejor gallina clueca. Para empezar, de manera inexplicable

comenzaron a llegarme telegramas y correspondencia con la indicación «c/o W. H. Auden». Después escribió a la Academia de Poetas Americanos para solicitar que me prestara algún apoyo financiero. Así fue como obtuve mi primer dinero americano —1.000 dólares, para ser exactos—, y me duró hasta mi primer día de paga en la Universidad de Michigan. Me recomendó a su agente, me dio instrucciones acerca de a quién debía conocer y a quién evitar, me presentó amigos, me protegió de los periodistas, y explicó con tristeza que había abandonado su apartamento en St. Mark's Place... como si yo planeara instalarme en Nueva York. «Hubiera sido conveniente para usted. Aunque sólo fuera porque hay una iglesia armenia cerca de él, y la misa es mejor cuando no se entienden las palabras. ¿Usted no habla armenio, verdad?» No lo hablaba.

Después llegó de Londres —c/o W. H. Auden— una invitación para que yo participara en el Congreso «Poetry International», en el Queen Elizabeth Hall, y reservamos el mismo vuelo en la British European Airways. En este momento, surgió la oportunidad para que yo le devolviera en especie parte de mi deuda con él. Ocurrió que durante mi estancia en Viena me había tratado como amigo la familia Rasumovski (descendientes del conde Rasumovski al que están dedicados los Cuartetos de Beethoven). Olga Rasumovski, miembro de esta familia, trabajaba entonces en las líneas aéreas austríacas y, al enterarse de que W. H. Auden y yo efectuábamos el mismo vuelo hacia Londres, telefoneó a la BEA y sugirió que obsequiaran a estos dos pasajeros con el tratamiento propio de la realeza. Y así, efectivamente, fuimos tratados. Auden quedó muy complacido y yo me sentí orgulloso.

En varias ocasiones, durante este tiempo, me pidió que le llamara por su nombre de pila. Naturalmente, yo me resistí a ello, y no sólo por mi opinión sobre él como poeta, sino también a causa de la diferencia de nuestras edades, pues los rusos son terriblemente minuciosos con estas cosas. Finalmente, en Londres me dijo: «No nos entenderemos. O tú me llamas Wystan, o yo tendré que dirigirme a ti como señor Brodsky». Esta perspectiva me pareció tan grotesca que cedí. «Sí, Wystan —dije—. Lo que tú digas, Wystan.» Después, fuimos a la lectura. Se apoyó en el atril y, durante una buena media hora, llenó la sala con los versos que se sabía de memoria. Si alguna vez he deseado que el tiempo se detuviera fue entonces, en aquella sala grande y oscura de la orilla sur del Támesis. Por desgracia, no lo hizo. Aunque un año más tarde, tres meses antes de que él muriese en un hotel austriaco, volvimos a leer juntos otra vez. En la misma sala.

Para entonces, Auden tenía casi sesenta y seis años. «Tuve que trasladarme a Oxford. Mi salud es buena, pero he de tener a alguien que me cuide.» Por lo que pude ver, al visitarle allí en enero de 1973, sólo le cuidaban las cuatro paredes del *cottage* del siglo XVI que le había cedido el colegio, y la sirvienta. En el comedor, los alumnos de la facultad le apartaban a empellones del bufete. Supuse que se trataba tan sólo de modales escolares ingleses, cosa propia de chicos. Sin embargo, al mirarlos no pude dejar de recordar una más de aquellas cegadoras aproximaciones de Wystan: la «trivialidad de la arena».

Esta estupidez era, simplemente, una variación sobre el tema de la sociedad que no tiene obligación alguna respecto a un poeta, en especial un poeta viejo. Es decir, la sociedad escucharía a un político de edad comparable, o incluso más viejo, pero no a un poeta. Hay toda una variedad de motivos para ello, que van desde los antropológicos hasta los sicofánticos, pero la conclusión es evidente e inevitable: la sociedad no tiene derecho a quejarse si un político la perjudica, pues, como Auden dijo en su *Rimbaud*:

But in that child the rhetorician's lie
Burst like a pipe: the cold bad made a poet.

«Pero en ese muchacho la mentira del retórico / reventó como una cañería: el frío había creado un poeta.»

Y si la mentira explota así en ese «muchacho», ¿qué le ocurre en el anciano que siente el frío con mayor intensidad? Por presuntuoso que ello pueda parecer al proceder de un extranjero, el trágico logro de Auden como poeta fue, precisamente, el haber deshidratado su verso de toda clase de engaño, tanto si era el de un retórico como el de un bardo. Este tipo de cosa le aliena a uno, no sólo de los miembros de la facultad, sino también de sus propios compañeros en su actividad, ya que en cada uno de nosotros existe aquel jovenzuelo con granos en la cara y sediento de la incoherencia de la elevación.

Al tornarse crítica, esta apoteosis de los granos contemplaría la ausencia de elevación como flojedad, pereza, charlatanería, declive. No se les ocurriría a los de esta especie que un poeta ya envejecido tiene derecho a escribir peor —si es que efectivamente lo hace— y que nada hay tan desagradable como una vejez indecorosa que «descubra el amor» y los trasplantes de glándulas de mono. Entre el bullicioso y el prudente, el público siempre elegirá al primero (y no porque tal

elección refleje su estructura demográfica o por el hábito «romántico» de los poetas en cuanto a morir jóvenes, sino a causa de la resistencia innata de la especie en lo tocante a pensar en la senectud, y menos en sus consecuencias). Lo triste en este aferrarse a la inmadurez es que, en sí, esta condición dista de ser permanente. ¡Ah, si lo fuera! Entonces, todo podría explicarse a través del temor de la especie a la muerte. Entonces, todas aquellas «Poesías selectas» de tantos poetas serían tan inocuas como los ciudadanos de Kirchstetten al rebautizar su «Hinterholz». Si sólo se tratara del miedo a la muerte, los lectores y en especial los críticos apreciativos deberían haber puesto fin a sus días unos tras otros. Pero esto no ocurre.

La historia real tras el hecho de que nuestra especie se aferre a la inmadurez es mucho más triste. No tiene que ver con la desgana del hombre respecto a conocer la muerte, sino con su negativa a enterarse de la vida. Y sin embargo, la inocencia es la última cosa que cabe sustentar naturalmente. Por esto los poetas —en especial aquellos que vivieron largo tiempo— deben ser leídos en su integridad, no en selecciones. El comienzo sólo tiene sentido mientras haya un final, pues, a diferencia de los escritores de ficción, los poetas nos cuentan toda la historia, y no sólo en función de sus experiencias y sentimientos reales, sino —y esto es lo más pertinente para nosotros— en función del propio lenguaje, en función de las palabras que finalmente escogen.

Un hombre de edad ya proveya, si todavía sostiene una pluma, tiene una opción entre escribir memorias o llevar un diario. Por la misma naturaleza de su oficio, los poetas son escritores de diarios. A menudo contra su propia voluntad, mantienen el camino más sincero de lo que les está ocurriendo (a) a sus almas, ya se trate de una expansión del alma o —con mayor frecuencia— de su encogimiento, y (b) a su sentido del lenguaje, pues ellos son los primeros para los cuales las palabras se tornan comprometidas o devaluadas. Nos agrada o no, estamos aquí para aprender, no sólo lo que el tiempo le hace al hombre, sino lo que el lenguaje le hace al tiempo. Y los poetas, no lo olvidemos, son aquellos «para los cuales él (el lenguaje) vive». Es esta ley la que enseña a un poeta mayor rectitud de lo que puede enseñarle cualquier credo.

Por esta razón es posible edificar mucho sobre W. H. Auden. No sólo porque murió a una edad que doblaba la de Cristo, o a causa del «principio de repetición» de Kierkegaard. Sirvió, simplemente, a una infinitud mayor de la que normalmente reconocemos, y aporta un buen testimonio respecto a su disponibilidad, y, lo que es más, hizo que se mostrara hospitalaria. Para decir lo mínimo, cada individuo debiera conocer al menos a un poeta de una cubierta a otra de libro: si no como guía a través del mundo, sí como vara de medición del lenguaje. W. H. Auden serviría

muy bien en ambos aspectos, aunque sólo fuera por sus respectivas semejanzas con el infierno y el limbo.

Fue un gran poeta (lo único incorrecto en esta frase es su tiempo en pasado, ya que invariablemente la naturaleza del lenguaje pone en presente los logros de uno en él), y me considero inmensamente afortunado por haberle conocido. Pero de no haberle conocido en absoluto, seguiría existiendo la realidad de su obra. Hay que sentirse agradecido al destino por haber estado expuesto a esta realidad, por la esplendidez de estos dones, tanto más valiosos cuanto que no iban destinados a nadie en particular. Cabría llamar a esto generosidad del espíritu, salvo que el espíritu necesita un hombre para su refracción a través de él. No es el hombre el que pasa a ser sagrado debido a esta refracción: es el espíritu el que se torna humano y comprensible. Esto —y el hecho de que los hombres son finitos— basta para que uno adore a este poeta.

Cualesquiera que fueran las razones por las que atravesó el Atlántico y se hizo americano, el resultado fue que fusionó ambos idiomas del inglés y se convirtió —parafraseando uno de sus propios versos— en nuestro Horacio transatlántico. De una manera o de otra, todos los viajes que emprendió —a través de tierras, cuevas de la psique, doctrinas, credos— sirvieron no tanto para mejorar su argumentación como para expandir su dicción. Si la poesía fue alguna vez para él una cuestión de ambición, vivió lo bastante para ella como para que se convirtiera, simplemente, en un medio de existencia. De ahí su autonomía, su cordura, su equilibrio, su ironía, su desprendimiento..., en una palabra, su sabiduría. Sea lo que fuere, leerle es uno de los pocos medios (por no decir el único) disponibles para sentirse decente. Yo me pregunto, no obstante, si era éste su propósito.

Le vi por última vez en julio de 1973, en una cena en casa de Stephen Spender, en Londres. Wystan estaba sentado allí ante la mesa, con un cigarrillo en su mano derecha y un vaso en la izquierda, disertando largamente sobre el tema del salmón frío. Debido a que la silla era demasiado baja, la dueña de la casa había colocado debajo de él dos tomos maltrechos del *Oxford English Dictionary*. Pensé entonces que estaba viendo al único hombre que tenía derecho a utilizar aquellos volúmenes como asiento.

(1983)

FUGA DE BIZANCIO

A Véronique Schiltz 1

Teniendo en cuenta que cada observación se resiente de los rasgos personales del observador —es decir, que harto a menudo refleja su estado psicológico más bien que el de la realidad sometida a observación—, sugiero que lo que sigue sea tratado con la debida dosis de escepticismo, si no de total incredulidad. Lo único que el observador puede alegar, a guisa de justificación, es que también él posee una medida módica de realidad, inferior en amplitud quizá, pero que nada cede en calidad al sujeto sometido a escrutinio. Sin duda, cabría conseguir una semejanza de objetividad, mediante un total conocimiento de la propia persona en el momento de la observación. Yo no creo ser capaz de esto y, por otra parte, no aspiro a serlo. De todos modos, espero que algo de esto llegue a ocurrir.

2

Mi deseo de ir a Estambul nunca fue genuino. Ni siquiera estoy seguro de si esta palabra —«deseo»— debiera utilizarse aquí. Por otro lado, difícilmente cabría calificarlo de mero capricho o de anhelo subconsciente. Dejémoslo como deseo, pues, y señalemos que surgió en parte como resultado de una promesa que me hice en 1972, al abandonar mi ciudad natal, la de Leningrado, para siempre... a fin de circunnavegar el mundo deshabitado a lo largo de la latitud y a lo largo de la longitud (es decir, el meridiano de Pulkovo) en las que Leningrado está situado. Hasta el momento, la latitud ha sido más o menos atendida, pero en cuanto a la longitud la situación dista de ser satisfactoria. Estambul, sin embargo, se encuentra a tan sólo un par de grados al oeste de ese meridiano.

El antes citado motivo es sólo marginalmente más imaginativo que la razón sería —y, en realidad, primordial— acerca de la cual algo diré más adelante, o que un puñado de razones secundarias o terciarias, totalmente frívolas, de las que me ocuparé acto seguido, ya que con tales trivialidades hay que emplear aquello del ahora o nunca: (a) fue en esta ciudad donde mi poeta favorito, Constantin Cavafis,

pasó tres años trascendentales al cambiar el siglo; (b) por alguna razón, siempre he pensado que allí, en viviendas, tiendas y cafés, encontraría intacta una atmósfera que en la actualidad parece haberse desvanecido por completo en cualquier otro lugar; (c) esperaba oír en Estambul, en los arrabales de la historia, aquel «crujido de un colchón turco al otro lado del mar» que yo creí discernir una noche, hace unos veinte años, en Crimea; (d) quería que alguien se me dirigiera con el título de «effendi»; (e)... Pero temo que el alfabeto no sea lo bastante largo para acomodar todas estas nociones ridículas (aunque tal vez sea mejor que a uno lo mueva precisamente una tontería como ésta, ya que con ello la decepción final resulta mucho más soportable). Por tanto, pasemos a la prometida razón «principal», aunque a muchos pueda parecerles merecedora, en el mejor de los casos, de la (f) en mi catálogo de simplezas.

Esta razón «principal» representa la cima de la fantasía. Guarda relación con el hecho de que hace varios años, mientras hablaba con un amigo mío, un bizantinista americano, se me ocurrió que la cruz que Constantino vio en sueños la víspera de su victoria sobre Maxencio —la cruz que ostentaba la leyenda «Con este signo vencerás»— no era en realidad una cruz cristiana, sino urbana, el elemento básico de cualquier asentamiento romano. Según Eusebio y otros, Constantino, inspirado por esta visión, partió inmediatamente hacia Oriente. Primero en Troya y después, tras abandonar bruscamente Troya, en Bizancio, fundó la nueva capital del Imperio Romano, es decir, la Segunda Roma. Las consecuencias de este gesto suyo fueron tan impresionantes que, tuviera yo razón o no, sentía el anhelo de ver ese lugar. Al fin y al cabo, yo había pasado treinta y dos años en lo que se conoce como la Tercera Roma, y alrededor de un año y medio en la Primera. Por consiguiente, necesitaba la Segunda, aunque sólo fuera para mi colección.

Pero vamos a tratar todo esto de una manera ordenada, hasta allí donde sea factible.

3

Llegué a Estambul, y salí de ella, por vía aérea, habiéndola aislado así en mi mente como unos virus bajo un microscopio. Si consideramos la naturaleza infecciosa de cualquier cultivo, la comparación no parece irresponsable. Al escribir esta nota en el Hotel Egeo, en el pequeño lugar llamado Sunion —en la esquina sudeste de Ática y a sesenta y cinco kilómetros de Atenas, donde había aterrizado cuatro horas antes—, me sentí como el portador de una infección específica, a pesar

de las constantes inoculaciones de la «rosa clásica» del difunto Vladislav Jodasevich, a las que me he sometido durante la mayor parte de mi vida. Realmente, me siento febril a causa de lo que he visto, lo que explica una cierta incoherencia en todo lo que viene a continuación. Creo que mi famoso homónimo experimentó algo por el estilo al pugnar por interpretar los sueños del faraón... aunque una cosa es cambiar interpretaciones de signos sagrados cuando la pista está caliente (o más bien tibia) y otra, muy distinta, es hacerlo un milenio y medio más tarde.

4

Hablando de sueños, esta mañana, a primera hora y en el Pera Palace de Estambul, también yo he visto algo..., y algo totalmente monstruoso. La escena tenía lugar en el Departamento de Filología de la Universidad de Leningrado, y yo bajaba por la escalera con alguien al que tomé por el profesor D. E. Maximov, salvo que se parecía más bien a Lee Marvin. No logro recordar de qué estábamos hablando, pero esto no importa. Me llamó la atención una escena de furiosa actividad en un rincón oscuro del pasillo, donde el techo descendía hasta ser extremadamente bajo. Vi allí tres gatos que luchaban contra una rata enorme, casi un gigante al lado de ellos. Mirando por encima del hombro, advertí que uno de los gatos había sido destripado por la rata y se retorció en el suelo con las convulsiones de la agonía. Opté por no presenciar el desenlace de la batalla —recuerdo únicamente que el gato se quedó inmóvil— y, cambiando observaciones con Marvin-Maximov, seguí bajando por la escalera. Desperté antes de llegar al vestíbulo.

En primer lugar diré que adoro a los gatos. Después, hay que añadir que no puedo soportar los techos bajos; que aquel lugar sólo se parecía vagamente al Departamento de Filología, que por otra parte sólo tiene dos pisos; que su color pardo grisáceo sucio era el de las fachadas e interiores de Estambul, especialmente las oficinas que yo había visitado los días anteriores; que allí las calles son retorcidas, sucias, espantosamente pavimentadas, y que en ellas se acumulan las basuras, constantemente registradas por famélicos gatos locales; que la ciudad, y todo lo que hay en ella, huele intensamente a Astracán y Samarcanda, y que la noche anterior yo había tomado la decisión de marcharme... Pero de esto hablaré más adelante. De hecho, había ya lo suficiente como para contaminar el subconsciente.

5

Constantino fue, ante todo, un emperador romano —al frente de la parte occidental del Imperio— y, para él, «Con este signo vencerás» había de significar, por encima de todo, una extensión de su gobierno, de su control sobre todo el imperio. No es ninguna novedad la adivinación del futuro más inmediato a través de las entrañas de unos pollos, ni el hecho de alistar a una deidad como capitán. Y tampoco es tan vasto el trecho entre la ambición absoluta y la más profunda piedad. Pero incluso en el caso de haber sido él un auténtico y celoso creyente (cuestión sobre la que se han proyectado ciertas dudas, especialmente en vista de su conducta con respecto a sus hijos y su familia política), la palabra «conquista» no sólo debía de tener para él un sentido militar, de cruzar las espadas, sino también un sentido administrativo, es decir, el de asentamientos y ciudades. Y el plano de todo asentamiento romano es, precisamente, una cruz: una carretera central que va de norte a sur (como el Corso en Roma) hace intersección con otra similar que va de este a oeste. De Leptis Magna a Castricum, un ciudadano imperial siempre sabía dónde se encontraba en relación con la capital.

Incluso si la cruz de la que Constantino habló a Eusebio era la del Redentor, una parte constituyente de ella en su sueño fue, inconsciente o subconscientemente, el principio de la planificación de asentamientos. Además, en el siglo IV el símbolo del Redentor no era en absoluto la cruz, sino el pez, un acróstico griego del nombre de Cristo. Y en cuanto a la propia Cruz de la Crucifixión, se parecía a la T mayúscula rusa (y latina), más que a lo que Bernini trazó en aquella escalera en San Pedro, o lo que hoy imaginamos que fue. Fuera lo que fuese lo que Constantino pudo o no haber tenido en su mente, la ejecución de las instrucciones que recibió en un sueño cobró la forma, en primer lugar, de una expansión territorial hacia el este, y la aparición de una Segunda Roma fue una consecuencia perfectamente lógica de esta expansión hacia Oriente. Poseedor, según todas las fuentes, de una personalidad dinámica, consideraba perfectamente natural una política expansiva, tanto más si era, efectivamente, un verdadero creyente.

¿Lo era o no lo era? Cualquiera que pueda ser la respuesta, fue el código genético el que se permitió reírse el último, puesto que su sobrino resultó ser nada menos que Juliano el Apóstata.

Todo movimiento a lo largo de una superficie plana que no venga dictado por la necesidad física es una forma espacial de auto afirmación, ya se trate de construcción de imperios o de turismo. En este sentido, mi motivación para ir a Estambul difería sólo ligeramente de la de Constantino. Sobre todo si, efectivamente, éste se convirtió en un cristiano..., o sea, si dejó de ser romano. Cuento, sin embargo, con otras razones para reprocharme la superficialidad, y además los resultados de mis desplazamientos son de consecuencias mucho menores. Ni siquiera dejo detrás de mí fotografías tomadas «delante» de muros, y menos una serie de muros propiamente dichos. En este sentido, incluso soy inferior al promedio de los japoneses. (Nada me horroriza tanto como pensar en el álbum familiar del japonés medio: sonrientes y rechonchos, él/ella/ambos ante un fondo constituido por todo lo que de vertical contiene el mundo: estatuas, fuentes, catedrales, torres, mezquitas, templos antiguos, etc. Y muchísimo menos, supongo, Budas y pagodas.) El *Cogito ergo sum* cede el paso al *Kodak ergo sum*, tal como en su día el *cogito* triunfó sobre el «yo creo» en el sentido de crear. En otras palabras, la naturaleza efímera de mi presencia y mis motivos es no menos absoluta que la tangibilidad física de las actividades de Constantino y sus pensamientos, reales o supuestos.

7

Los poetas elegiacos romanos de fines del siglo I a. C. —en especial Propertio y Ovidio— se mofan abiertamente de su gran contemporáneo Virgilio y su *Eneida*. Esto puede explicarse en función de la rivalidad personal, los celos profesionales o la oposición de su idea de la poesía como arte personal, privado, a una concepción de la misma como algo cívico, como una forma de propaganda estatal. (Esto último puede sonar a verídico, pero en realidad dista mucho de la verdad, puesto que Virgilio no sólo fue el autor de la *Eneida*, sino también de las *Bucólicas* y de las *Geórgicas*.) Puede haber también consideraciones de una naturaleza puramente estilística. Es muy posible que, desde el punto de vista de los elegiacos, la épica —cualquier épica, incluida la de Virgilio— fuese un fenómeno de carácter retrógrado. Los elegiacos, todos ellos, eran discípulos de la escuela alejandrina de poesía, que había engendrado la tradición del verso lírico corto, tal como hoy nos es familiar en la poesía actual. La preferencia alejandrina por la brevedad, la nitidez, la comprensión, la concreción, la erudición, el didacticismo y una preocupación por lo personal fue, al parecer, la reacción del arte griego de las letras contra las formas excedentes de la literatura griega en el período arcaico: contra la épica, el drama; contra la mitologización, por no decir la propia

fabricación de mitos. Una reacción, si uno piensa al respecto —aunque es mejor no hacerlo—, contra Aristóteles. La tradición alejandrina absorbió todas estas cosas y las situó en los confines de la elegía o la égloga: en el diálogo casi jeroglífico en la segunda, y en una función ilustrativa del mito (*exempla*) en la primera. En otras palabras, encontramos una cierta tendencia hacia la miniaturización y la condensación (como medio de supervivencia para la poesía en un mundo cada vez menos inclinado a prestarle atención, a no ser como un medio más directo, más inmediato, para influenciar corazones y mentes de lectores y oyentes) cuando he aquí que aparece Virgilio con sus hexámetros y su gigantesco «orden social».

Añadiría aquí que los elegiacos, casi sin excepción, estaban utilizando el dístico elegíaco, un par de versos que combinaba el hexámetro dactílico y el pentámetro dactílico, y también que ellos, de nuevo casi sin excepción, llegaron a la poesía procedentes de las escuelas de retórica, donde habían sido adiestrados para una profesión jurídica (como abogados: argumentadores en el sentido moderno). Nada corresponde al sistema retórico de pensamiento mejor que el dístico elegíaco, que facilitó un medio para expresar, como mínimo, dos puntos de vista, ello sin mencionar toda una paleta de coloridos de entonación gracias a las métricas contrastantes.

Todo esto, sin embargo, queda entre paréntesis. Más allá de los paréntesis hay los reproches dirigidos por los elegiacos a Virgilio, en un terreno ético más bien que métrico. Especialmente interesante al respecto es Ovidio, en nada inferior al autor de la *Eneida* en habilidades descriptivas, e infinitamente más sutil en el aspecto psicológico. En «Dido a Eneas», una de sus *Heroídas*—una colección de correspondencia imaginaria de heroínas propias de la poesía amorosa con sus amados, ya difuntos o bien infieles— la reina cartaginesa, al reprocharle a Eneas haberla abandonado, lo hace más o menos de la siguiente manera: «Pude haber comprendido que me dejaras porque habías resuelto regresar a tu casa, junto a los tuyos. Pero te marchas a tierras desconocidas, una nueva meta, una ciudad nueva, todavía no fundada, con el objeto, al parecer, de destrozar otro corazón.» Y así sucesivamente. Incluso insinúa que Eneas la deja embarazada y que una de las razones de que ella se suicide es el temor a la infamia. Pero esto no incumbe a la cuestión aquí tratada. Lo que aquí importa es que, a los ojos de Virgilio, Eneas es un héroe, dirigido por los dioses. A los ojos de Ovidio, es un granuja sin principios, que atribuye su modalidad de conducta —su movimiento a lo largo de una superficie plana— a la Divina Providencia. (En cuanto a la Providencia, Dido ofrece también sus explicaciones ideológicas, pero esto tiene escasa consecuencia, como también nuestra suposición, excesivamente ávida, de una postura anticívica en Ovidio.)

La tradición alejandrina era una tradición griega: de orden (el cosmos), de proporción, de armonía, de la tautología de causa y efecto (el ciclo de Edipo), una tradición de simetría y de círculo cerrado, de *retorno al origen*. Y es el concepto de Virgilio respecto al movimiento lineal, su modelo lineal de existencia, lo que los elegiacos encuentran tan exasperante en él. Los griegos no debieran ser idealizados en exceso, pero no se les puede negar su principio cósmico, al informar por igual sobre los cuerpos celestiales y los utensilios de cocina.

Al parecer, Virgilio fue el primero —al menos en literatura— en aplicar el principio lineal: su héroe nunca regresa, siempre parte. Posiblemente, esto era lo corriente, y con toda probabilidad venía dictado por la expansión del Imperio, que había alcanzado una escala en la que el desplazamiento humano había llegado a ser de hecho irreversible. Precisamente por esto, la *Eneida* está inacabada: no debía —en realidad, no podía— ser completada. Y el principio lineal nada tiene que ver con el carácter «femenino» del helenismo o con la «masculinidad» de la cultura romana... ni con las inclinaciones sexuales del propio Virgilio. Lo importante es que el principio lineal, al detectar en sí mismo una cierta irresponsabilidad con respecto al pasado —irresponsabilidad vinculada a la idea lineal de la existencia— tiende a equilibrar esto con una proyección detallada del futuro. El resultado es una «profecía retroactiva», como las conversaciones de Anquises en la *Eneida*, o bien un utopismo social o la idea de la vida eterna, es decir, el cristianismo. No existe una gran diferencia entre éstas. En realidad, es su similaridad, y no la «mesiánica» Cuarta Égloga, lo que nos permite prácticamente considerar a Virgilio como el primer poeta cristiano. De haber escrito yo la *Divina Comedia*, hubiera situado a este romano en el Paraíso, por sus servicios sobresalientes al principio lineal, en su conclusión lógica.

El delirio y el horror de Oriente. La polvorienta catástrofe de Asia. Verde tan sólo en la bandera del Profeta. Nada crece allí, excepto mostachos. Una parte del mundo, de ojos negros, y sin afeitarse antes de sentarse a la mesa. Brasas de hogueras apagadas con orina. ¡Aquel olor! Una mezcla de tabaco hediondo, jabón y sudor, y partes inferiores ceñidas a la cintura como por otro turbante. ¿Racismo? ¿No será,

sin embargo, tan sólo una forma de misantropía? Y ese polvillo ubicuo que se introduce en boca y nariz incluso en la ciudad, que priva a los ojos de la visión..., y uno llega a sentirse agradecido incluso por esto. Un hormigón ubicuo, con la textura de las cagarrutas y el color de una tumba revuelta. ¡Ah, y aquella escoria miope —Le Corbusier, Mondrian, Gropius— que mutilaron al mundo con más eficiencia que cualquier Luftwaffe! ¿Esnobismo? Sólo se trata, no obstante, de una forma de desesperación. La población local, en un estado de estupor total y matando su tiempo en míseros snacks, dirigiendo las cabezas, como en un *namaz* invertido, hacia la pantalla de la televisión, donde alguien, permanentemente, propina una paliza a otro. O bien juegan a los naipes, cuyos valets y nueves son la única abstracción accesible, el único medio de concentración. ¿Misantropía? ¿Desesperación? Y sin embargo, ¿qué más cabría esperar de alguien que ha sobrevivido a la apoteosis del principio lineal? ¿De un hombre que no tiene ningún lugar al que volver? ¿De un gran coprólogo y sacrófago, y posible autor de la *Sadomachia* ?

10

Hijo de su época —es decir, el siglo IV a. C. o, mejor, d. V. (después de Virgilio)—, Constantino, hombre de acción, aunque sólo se debiera al hecho de ser el emperador, podría considerarse a sí mismo, no sólo como la encarnación, sino también como el instrumento del principio lineal de la existencia. Bizancio era para él, y no sólo en el sentido literal sino también en el simbólico, una cruz, una intersección de rutas comerciales, caminos de caravanas, etc., tanto de este a oeste como de norte a sur. Por sí solo, esto pudo haber concentrado la atención en el lugar que había dado al mundo algo que en todas las lenguas significa lo mismo: dinero.

No cabe duda de que el dinero interesaba, y mucho, a Constantino. Si éste alcanzó un nivel de grandeza, con toda la probabilidad fue en el aspecto financiero. Alumno de Diocleciano, aunque no consiguiera aprender de su tutor el arte de delegar la autoridad, no dejó de sobresalir en un arte no menos importante, ya que, para utilizar el término moderno, estabilizó la moneda. El *solidus* romano, introducido durante su reinado, desempeñó el papel de nuestro dólar a lo largo de más de siete siglos. En este sentido, la transferencia de capital a Bizancio era un movimiento desde el banco hacia la fábrica de moneda.

Quizás habría que tener en cuenta que la filantropía de la Iglesia cristiana en aquellos tiempos consistía, si no en una alternativa respecto a la economía estatal, sí

al menos en un recurso para una parte considerable de la población, los desposeídos. En gran parte, la popularidad del cristianismo no se basaba tanto en la idea de la igualdad de las almas ante el Señor, como en los frutos tangibles —para los desposeídos— de un sistema organizado de ayuda mutua. Era, a su manera, una combinación de cupones de racionamiento y de Cruz Roja. Ni el neoplatonismo ni el culto de Isis habían organizado nada semejante. En ello, para hablar con franqueza, radicó su error. Cabe reflexionar prolongadamente acerca de lo que ocurría en el corazón y la mente de Constantino con respecto a la fe cristiana, pero como emperador no podía dejar de apreciar la efectividad organizativa y económica de esta Iglesia en particular. Además, la transferencia del capital a los lindes extremos del Imperio transforma tales lindes en el centro, como si dijéramos, e implica un espacio igualmente extenso al otro lado. Sobre el mapa, esto equivale a la India, objeto de todos los sueños imperiales que conocemos, antes y después del nacimiento de Cristo.

11

¡Polvo! ¡Esa sustancia extraña, que se proyecta contra el rostro! Merece atención y no se la debería ocultar detrás de la palabra «polvo». ¿Es tan sólo suciedad en movimiento, incapaz de encontrar su propio lugar, pero que constituye la quintaesencia de esta parte del mundo? ¿O es la tierra que pugna por alzarse en el aire, desprendiéndose de sí misma, como la mente del cuerpo, como el cuerpo que se ablanda bajo el calor? La lluvia delata la naturaleza de su sustancia cuando regueros pardos o negruzcos de ella serpentean bajo los pies, pisoteados entre las piedras y deslizándose a lo largo de las arterias ondulantes de ese *kulak* primitivo y, con todo, incapaces de acumularse lo bastante como para formar charcos, debido a las salpicaduras de las ruedas incontables, numéricamente superiores a las caras de los habitantes, que arrastran esta sustancia, al son de las estridentes bocinas, a través de los puentes hacia Asia, Anatolia y Jonia, hasta Trebisonda y Esmirna.

Como en todo el Oriente, hay aquí gran número de limpiabotas de todas las edades, con sus exquisitas cajas revestidas de latón que contienen su equipo de cremas para el calzado en redondas cajitas metálicas con tapas en forma de cúpula. Como pequeñas mezquitas sin los minaretes. La ubicuidad de la profesión la explica la suciedad, ese polvo que cubre un zapato reluciente, que sólo cinco minutos antes parecía reflejar todo el universo, con un polvillo gris e impenetrable. Como todos los limpiabotas, esos hombres son grandes filósofos. Por esta razón, no es tan importante que uno sepa el turco.

¿Quién en estos días examina realmente mapas, estudia niveles y calcula distancias? Nadie, excepto tal vez los que disfrutan de unas vacaciones o los conductores de vehículos. Desde la invención de la llave de contacto, ni siquiera los militares lo hacen ya. ¿Quién escribe cartas para relatar las vistas que ha contemplado y analizar los sentimientos que le han invadido mientras lo hacía? ¿Y quién lee tales cartas? Después de nosotros, no quedará nada merecedor del nombre de correspondencia. Incluso los jóvenes, al parecer poseedores de tiempo en abundancia, se las arreglan con postales. Personas de mi edad suelen recurrir a aquéllas ya sea en un momento de desesperación en algún lugar extraño o bien tan sólo para matar el tiempo. Y sin embargo hay lugares cuyo examen sobre un mapa hace que por un breve momento uno se sienta semejante a la Providencia.

Hay lugares en que la historia es insoslayable, como un accidente en la carretera, lugares donde la geografía provoca la historia. Tal es Estambul, alias Constantinopla, alias Bizancio. Un semáforo estropeado, con los tres colores brillando al mismo tiempo. No rojo-ámbar-verde, sino blanco-ámbar-marrón. También, desde luego, azul, por el agua, por el Bósforo-Mármara-Dardanelos, que separa Europa de Asia..., pero ¿los separa? ¡Ah, todas esas fronteras naturales, esos estrechos y Urales nuestros! Qué poco han significado nunca para ejércitos o culturas, y todavía menos para no-culturas... aunque para los nómadas bien pueden haber representado, en realidad, un poquitín más que para los príncipes inspirados por el principio lineal y justificados de antemano por una arrebatadora visión del futuro.

¿Acaso no triunfó la cristiandad precisamente porque proporcionaba un fin que justificaba los medios, porque temporalmente —es decir, durante toda la vida de una persona— la absolvía de responsabilidad? ¿Porque el paso siguiente, cualquier paso, cualquier dirección, se tornaba lógico? ¿No era-la cristiandad, al menos en el sentido espiritual— un eco antropológico de una existencia nómada, su metástasis en la psicología del hombre, el colonizador? O, mejor todavía, ¿no coincidió simplemente con unas necesidades puramente imperiales? Por sí sola, la paga apenas podía bastar para poner en marcha a un legionario (el significado de

cuya carrera radicaba precisamente en una bonificación por un servicio prolongado, la desmovilización y la adquisición de unas tierras de cultivo). Había de tener, además, una inspiración, pues de lo contrario las legiones se transformaban en aquel lobo al que sólo Tiberio podía contener agarrándolo por las orejas.

14

Una consecuencia rara vez puede contemplar su causa con algo semejante a la aprobación. Todavía menos puede sospechar la causa de cualquier cosa. Las relaciones entre efecto y causa carecen, en general, del elemento racional, analítico. Como norma, son tautológicas y, en el mejor de los casos, muestran el entusiasmo incoherente que a la segunda le inspira el primero.

No debería olvidarse, por lo tanto, que el sistema de creencia llamado cristianismo procedió del este y, por la misma razón, no debiera olvidarse que una de las ideas que se apoderaron de Constantino después de la victoria sobre Maxencio y la visión de la cruz, fue el deseo de acercarse más, al menos físicamente, a la fuente de esa victoria y de esa visión: a Oriente. No tengo una noción clara acerca de lo que estaba ocurriendo en Judea en esa época, pero es obvio, como mínimo, que si Constantino se hubiera encaminado hacia allí, por vía terrestre, se habría encontrado con numerosos obstáculos. En cualquier caso, fundar una capital allende los mares habría sido una contradicción respecto al simple sentido común. Asimismo, no debería descartarse un desagrado respecto a los judíos, muy posible por parte de Constantino.

¿Verdad que hay algo divertido, e incluso un tanto alarmante, en la idea de que Oriente es, en realidad, el centro metafísico de la humanidad? El cristianismo había sido tan sólo una en el considerable número de sectas en el seno del Imperio..., aunque, desde luego, la más activa. En el reinado de Constantino, el Imperio Romano, debido en especial a su inmenso tamaño, había sido una auténtica feria o bazar de creencias. Sin embargo, con la excepción de los coptos y del culto de Isis, la fuente de todos los sistemas de creencia en oferta era, de hecho, Oriente.

Occidente no ofrecía nada. Esencialmente, Occidente era un cliente. Tratemos pues a Occidente con ternura, precisamente por su carencia en esta clase de inventiva, que ha pagado tan cara, incluyendo en lo pagado los reproches de racionalidad excesiva que todavía seguimos oyendo. ¿No es así como un vendedor infla el precio de sus artículos? Y adonde irá cuando sus cofres estén rebosantes?

Si los elegiacos romanos reflejaban en cierto modo las opiniones de su público, cabría suponer que en el reinado de Constantino —o sea cuatro siglos después de los elegiacos— argumentos como «La madre patria está en peligro» o «Pax Romana» habían perdido su hechizo y su vigor. Y si las aserciones de Eusebio son correctas, resulta que Constantino fue ni más ni menos que el primer cruzado. No debe perderse de vista el hecho de que la Roma de Constantino ya no era la Roma de Augusto, ni siquiera la de los Antoninos. Hablando en términos generales, ya no era la Roma antigua: era la Roma cristiana. Lo que Constantino llevó a Bizancio ya no denotaba una cultura clásica: era ya la cultura de una nueva época, forjada en el concepto del monoteísmo, que ahora relegaba el politeísmo —es decir, su propio pasado, con todo su espíritu de la ley, y tantas cosas— a la categoría de una idolatría. Esto, ciertamente, era ya un progreso.

Aquí me agradecería admitir que mis ideas en lo tocante a la antigüedad incluso a mí me parecen un tanto alocadas. Comprendo el politeísmo de un modo simple y, por tanto, indudablemente incorrecto. Para mí, es un sistema de existencia espiritual en el que cada forma de actividad humana, desde la pesca hasta la contemplación de las constelaciones, es santificada por unas deidades específicas. El individuo poseedor de una voluntad y una imaginación apropiadas es capaz, por tanto, de discernir en su actividad su vertiente metafísica, infinita. Alternativamente, un dios u otro puede, según se le antoje, aparecerse a un hombre en cualquier momento y poseerlo durante un período. Lo único que se le requería al hombre, en el caso de desear que esto ocurriera, era «purificarse», a fin de que la visita pudiera tener lugar. Este proceso de purificación (catarsis) varía muchísimo y tiene un carácter individual (sacrificio, peregrinación, algún tipo de voto) o público (teatro, competiciones deportivas). El hogar no difiere del anfiteatro, ni el estadio del altar, ni la estatua de la cacerola.

Una visión mundial de esta clase sólo puede existir, supongo, en condiciones prefijadas: cuando el dios conoce las señas de uno. No es sorprendente que la cultura a la que llamamos griega surja en islas. No es sorprendente, tampoco, que sus frutos hipnotizaran durante un milenio a todo el Mediterráneo, incluida Roma.

Y no es sorprendente que, al crecer su Imperio, Roma —que no era una isla— huyera de esa cultura.

La fuga comenzó, de hecho, con los Césares y con la idea del poder absoluto, puesto que en esa esfera intensamente política el politeísmo era sinónimo de democracia. El poder absoluto —autocracia— era sinónimo, por desgracia, del monoteísmo. Si cabe imaginar un hombre sin prejuicios, entonces el politeísmo debe parecerle mucho más atractivo que el monoteísmo, aunque sólo sea por el instinto de autoconservación.

Pero semejante persona no existe, y el propio Diógenes, con su linterna, no sabría encontrarlo a la luz del día. Teniendo en cuenta la cultura a la que denominamos antigua o clásica, más que el instinto de autoconservación, sólo puedo decir que cuanto más vivo más me atrae esta adoración de ídolos, y más peligroso me parece el monoteísmo en su forma pura. De poco sirve, supongo, debatir esta cuestión, llamar a las cosas por su nombre, pero el estado democrático es, de hecho, el triunfo histórico de la idolatría sobre el cristianismo.

17

Naturalmente, Constantino no podía saber esto. Supongo que intuyó que Roma ya no era lo que fue. El cristiano en él se combinó con el gobernante de un modo natural y mucho me temo que profético. En aquel mismo «Con este signo vencerás» suyo, el oído discierne la ambición de poder. Y este «vencerás» fue «conquistarás», mucho más de lo que él imaginara, puesto que en Bizancio la cristiandad se sostuvo durante diez siglos. Pero su victoria, y lamento decirlo, fue pírrica. La índole de esta victoria fue lo que movió a la Iglesia occidental a separarse de la oriental. Es decir, la Roma geográfica de la proyectada, de Bizancio. La Iglesia esposa de Cristo de la Iglesia esposa del estado. Y es muy posible que en su impulso hacia el este, Constantino se viera guiado, de hecho, por el clima político de Oriente..., por su despotismo sin ninguna experiencia en democracia, congénito con sus propias dificultades. De una manera o de otra, la Roma geográfica todavía conservó algunos recuerdos de la misión del senado. Bizancio no tenía tales recuerdos.

18

Hoy tengo cuarenta y cinco años. Estoy sentado, desnudo hasta la cintura, en el Lykabetos Hotel de Atenas, bañado en sudor y absorbiendo grandes cantidades de Coca-Cola. En esta ciudad, no conozco ni una sola alma. Al anoecer, cuando salí en busca de un lugar donde cenar, me encontré en lo más denso de una muchedumbre excitada que gritaba algo ininteligible. Por lo que he podido saber, las elecciones son inminentes. Avanzaba como podía a lo largo de una interminable calle principal bloqueada por gente y vehículos, con las bocinas de los coches atronando en mis oídos, sin comprender una sola palabra, y de pronto se me ocurrió que esto es, esencialmente, la vida posterior..., que la vida había concluido pero el movimiento todavía continuaba; que en esto consiste la eternidad.

Hace cuarenta y cinco años, mi madre me dio la vida. Ella murió hace dos años. El año pasado murió mi padre. Yo, su hijo único, camino al anoecer por las calles de Atenas, unas calles que ellos nunca vieron y nunca verán. Fruto de su amor, su pobreza, su esclavitud en la que vivieron y murieron... su hijo camina en libertad. Puesto que no tropieza con ellos entre la multitud, comprende que está equivocado, que esto no es la eternidad.

19

¿Qué veía y qué no veía Constantino al contemplar el mapa de Bizancio? Veía, para decirlo con benignidad, una *tabula rasa*. Una provincia imperial colonizada por griegos, judíos, persas y otros por el estilo..., una población con la que él estaba acostumbrado a tratar, típicos súbditos de la parte oriental de su imperio. El idioma era el griego, mas para un romano educado era como el francés para un noble ruso del siglo XIX. Constantino vio una ciudad asomada al mar de Mármara, una ciudad que sería fácil defender con tal de circundarla con una muralla. Vio las colinas de esta ciudad, en parte reminiscentes de las de Roma, y si se planteó erigir, pongamos por caso, un palacio o una iglesia, sabía que la vista desde las ventanas sería verdaderamente pasmosa: sobre toda Asia. Y toda Asia contemplaría las cruces que coronarían esa iglesia. También se le puede imaginar jugueteando con la idea de controlar el acceso de aquellos romanos a los que había dejado tras de sí. Se verían obligados a atravesar Ática para llegar allí, o a navegar alrededor del Peloponeso. «A ése lo dejaré entrar, a ese otro no.» Así pensaba, sin duda, sobre su versión del Paraíso terrenal. ¡Ah, esos sueños selectivos del hombre! Y veía también a Bizancio aclamándole como su protector contra los sasánidas y contra nuestros —suyos y míos, señoras y cama-radas— antepasados de ese lado del Danubio. Y veía a Bizancio besando la cruz.

Lo que no veía es que se las había con Oriente. Empezar guerras contra Oriente —o incluso liberar a Oriente— y vivir en realidad en él son cosas muy diferentes. Pese a todo su carácter griego, Bizancio pertenecía a un mundo con ideas totalmente distintas acerca del valor de la existencia humana en comparación con las que imperaban en Occidente: en Roma, por pagana que ésta pudiera ser. Para Bizancio, Persia, por ejemplo, era mucho más real que Helias, aunque sólo fuese en el sentido militar. Y las diferencias de grado en esta realidad no podían dejar de reflejarse en la perspectiva de esos futuros súbditos de su señor cristiano. Aunque en Atenas un Sócrates pudiera ser juzgado ante un tribunal público y pudiera pronunciar discursos completos —¡tres nada menos!— en su defensa, en Isfahan, por ejemplo, o en Bagdad, este Sócrates hubiera sido simplemente empalado en el acto, o azotado, y así hubiera concluido el asunto. No hubieran existido diálogos platónicos, ni neoplatonismo, ni nada, y verdaderamente no los hubo. Sólo hubiera existido el monólogo del Corán, como en realidad lo hubo. Bizancio era un puente hacia Asia, pero a través de él fluía el tráfico en la dirección opuesta. Desde luego, Bizancio aceptó el cristianismo, pero allí esta fe estaba sentenciada a orientalizarse. También en esto, y no en grado menor, hay la raíz de la subsiguiente hostilidad de la Iglesia de Roma con respecto a la Oriental. Ciertamente que el cristianismo duró nominalmente un millar de años en Bizancio, pero qué clase de cristianismo era y qué especie de cristianos eran aquéllos es ya otra cuestión.

Vaya, me temo que voy a decir que todos los escolásticos bizantinos, toda la erudición y el ardor eclesiástico de Bizancio, su cesáreo-papismo, su asertividad teológica y administrativa, todos aquellos triunfos de Focio y sus veinte anatemas... todo ello se debió al complejo de inferioridad del lugar, al patriarcado más joven en pugna con su incoherencia étnica. Lo cual, en el distante extremo en el que yo me encuentro, ha multiplicado su victoria igualizadora y de negros cabellos sobre la increíblemente estridente búsqueda espiritual que tuvo lugar aquí, y la ha reducido a una cuestión de melancólica y, sin embargo, desganada arqueología mental. Y —oh, de nuevo— temo que voy a añadir que por esta razón, y no tan sólo a causa de una memoria mezquina y vengativa, Roma, que por otra parte doctoró la historia de nuestra civilización, borró el milenio bizantino de los registros. Y por esto me encuentro yo aquí, en primer lugar. Y el polvo me taponó las fosas nasales.

¡Aquí, todo está pasado de moda! No es que sea arcaico, viejo, antiguo, ni siquiera anticuado, sino que está pasado de moda. Es aquí donde vienen a morir los

coches viejos, pero lo que hacen es convertirse en *dolmuşlar*, taxis públicos; un recorrido en uno de ellos es barato, traqueteante, y nostálgico hasta el punto de hacerle pensar a uno que avanza en una dirección errónea, inintencionada... en parte, porque los taxistas rara vez hablan inglés. Es de suponer que la base naval estadounidense que hay aquí vendió todos estos Dodges y Plymouths de los cincuenta a algún comerciante local, y ahora pululan por los fangosos caminos de Asia Menor, entre chasquidos, falsas explosiones y toses asmáticas, y una evidente incredulidad ante las imposiciones de esa vida del más allá. ¡Tan lejos del lugar natal, tan lejos del prometido cementerio de chatarra!

21

Y lo que Constantino tampoco vio —o, para ser más exactos, no previó— fue que la impresión que le había producido la ubicación geográfica de Bizancio era natural. Que si los potentados orientales echaban también un vistazo al mapa, lógicamente habrían de sacar de él la misma impresión. Tal como ocurrió —y más de una vez— con unas funestas consecuencias para la cristiandad. Hasta el siglo VII, la fricción entre Oriente y Occidente en Bizancio fue normal y de tipo militar, un «voy a despellejarte vivo», y se resolvió por la fuerza de las armas, generalmente de modo favorable para Occidente. Y si esto no incrementó la popularidad de la cruz en el este, no dejó de inspirar respeto por ella. Sin embargo, llegado el siglo VII, lo que había ascendido por encima de todo el este y comenzaba a dominarlo era la media luna del Islam. A partir de entonces, los encuentros militares entre Oriente y Occidente, cualquiera que fuera su resultado, dieron como resultado una gradual pero continuada erosión de la cruz y un creciente relativismo de la perspectiva bizantina como consecuencia de un contacto demasiado próximo y excesivamente frecuente entre los dos signos sagrados. (¿Quién sabe si la derrota eventual de la iconoclastia no podría explicarse por un sentido de inadecuación de la cruz como símbolo y por la necesidad de una competición visual con el arte antifigurativo del Islam? ¿Y si fue esta trama arábiga de pesadilla lo que espoleó a Juan Damasceno?

Constantino no previó que el antiindividualismo del Islam consideraría el suelo de Bizancio tan acogedor que, en el siglo IX, el cristianismo se mostraría más que dispuesto a huir hacia el norte. Él, desde luego, habría dicho que no se trataba de una huida, sino más bien de la expansión de la cristiandad que él había soñado, al menos en teoría. Y muchos moverían la cabeza en asentimiento: sí, una expansión. Sin embargo, el cristianismo que, procedente de Bizancio, fue recibido por Rus en el siglo IX ya no tenía nada en común con Roma, puesto que, camino de Rus, el

cristianismo dejó detrás de él, no sólo togas y estatuas, sino también el Código Civil de Justiniano. Sin duda, con el objeto de facilitar el viaje.

22

Tras decidir marcharme de Estambul, me dediqué a buscar una compañía de navegación que atendiera la ruta de Estambul a Atenas o, mejor, de Estambul a Venecia. Visité varias oficinas, pero, como siempre ocurre en Oriente, cuanto más se acerca uno a su objetivo, más oscuros se tornan los medios para alcanzarlo. Al final, comprendí que no podía emprender viaje desde Estambul ni desde Esmirna hasta pasadas otras dos semanas, ya fuese en buque de pasaje, en un mercante o en un petrolero. En una de las agencias, una corpulenta turca, cuyo abominable cigarrillo despedía tanto humo como un transatlántico, me aconsejó probar en una compañía que ostentaba el nombre australiano —al menos, así lo imaginé yo al principio— de Boomerang. La Boomerang resultó ser una destartalada oficina que olía a tabaco rancio, con dos mesas, un teléfono, un mapamundi (naturalmente) en la pared, y seis hombres corpulentos, pensativos y de negros cabellos, a los que el ocio había abotargado. Lo único que conseguí extraer de ellos fue que Boomerang se ocupaba de los cruceros soviéticos en el mar Negro y el Mediterráneo, pero que aquella semana no había ninguna salida. Me pregunté de dónde podía proceder aquel joven teniente de la Lubianka que había imaginado un nombre semejante. ¿De Tula? ¿De Cheliabinsk?

23

Aún a riesgo de repetirme, no dejaré de afirmar de nuevo que si el suelo de Bizancio le resultó tan favorable al Islam debióse, con toda probabilidad, a su textura étnica: una mezcla de razas y nacionalidades que no conservaban ningún recuerdo local, ni tampoco general, de cualquier clase de tradición coherente de individualismo. Enemigo de las generalizaciones, añadiré que Oriente significa, en primer lugar, una tradición de obediencia, de jerarquía, de rentabilidad, de comercio y de adaptación, es decir, una tradición drásticamente ajena a los principios de un absoluto moral, cuya misión —me refiero a la intensidad del sentimiento— queda cumplimentada aquí por la idea del parentesco, de la familia. Preveo objeciones, e incluso estoy dispuesto a aceptarlas, en todo o en parte, pero por más extrema que sea la idealización que podamos adjudicarle a Oriente, jamás

podremos adjudicarle la menor semejanza de democracia.

Y aquí hablo de Bizancio antes de la dominación turca: del Bizancio de Constantino, Justiniano y Teodora... del Bizancio cristiano, en una palabra. No obstante, Miguel Psellos, el historiador bizantino del siglo XI, al describir en su *Cbronographia* el reinado de Basilio II, nos habla del primer ministro de Basilio, llamado también Basilio, que era el hermanastro ilegítimo del emperador y que, debido a ello, fue castrado en su infancia para eliminar toda posible pretensión al trono. «Una precaución natural —comenta el historiador—, puesto que, como eunuco, no intentaría usurpar el trono al heredero legítimo.» Y Psellos añade: «Estaba totalmente reconciliado con su sino, y sinceramente dedicado a la casa gobernante. Al fin y al cabo, era su familia». Señalemos que esto fue escrito en la época del reinado de Basilio II (976-1025 d. C.) y que Psellos menciona el incidente muy de pasada, como una cuestión rutinaria —como de hecho lo fue— en la corte bizantina. Y si esto ocurrió después de Cristo, ¿qué pasaría, entonces, antes de Cristo?

24

¿Y cómo medimos una época? ¿Y es susceptible de medición una época? Deberíamos anotar también que lo que Psellos describe tiene lugar antes de la llegada de los turcos. No hay presencia de Bajazets, Mohameds y Solimanes, en absoluto. De momento, todavía estamos interpretando textos sagrados, guerreando contra la herejía, reuniéndonos en concilios universales, erigiendo catedrales y componiendo opúsculos. Ello con una mano. Con la otra, castramos a un bastardo, para que cuando crezca no sea un candidato adicional al trono. Ésta es, en realidad, la actitud oriental respecto a las cosas —respecto al cuerpo humano en particular—, y es irrelevante cuál sea la era o el milenio. Por lo tanto, no es sorprendente que la Iglesia romana le volviera la espalda a Bizancio.

Pero también debe decirse aquí algo sobre esa Iglesia. Era natural que evitara a Bizancio, tanto por las razones antes citadas como porque Bizancio —esa nueva Roma— había abandonado por completo a la Roma propiamente dicha. Con la excepción de los efímeros esfuerzos de Justiniano para restablecer la coherencia imperial, Roma quedó abandonada por completo a sus propios medios y a su destino, lo que quería decir a los visigodos, a los vándalos y a todos aquellos que se sintieran inclinados a saldar deudas antiguas y nuevas con la ex capital. Cabe comprender a Constantino, ya que nació y pasó toda su infancia en el Imperio

oriental, en la corte de Diocleciano. En este sentido, por romano que fuera, no era un occidental, excepto en su designación administrativa o a través de su madre. (Nacida en Gran Bretaña, según se cree, fue la primera en interesarse por el cristianismo, hasta el punto de que posteriormente viajó a Jerusalén y descubrió allí la Vera Cruz. En otras palabras, en aquella familia era mamá la creyente. Y aunque existen amplias razones para considerar a Constantino como auténtico niño mimado por mamá, evitemos la tentación... dejémosla para los psiquiatras, ya que nosotros no estamos doctorados en la materia.) Cabe comprender a Constantino, repitamos.

En lo tocante a la actitud de los subsiguientes emperadores bizantinos con respecto a la Roma genuina, es más compleja y mucho menos explicable. Desde luego, ellos tenían sobrados problemas allí en el este, tanto con sus súbditos como con sus vecinos inmediatos. No obstante, parecería como si el título de emperador romano debiera haber implicado ciertas obligaciones geográficas. Lo importante era, desde luego, que los emperadores romanos posteriores a Justiniano procedían en su mayor parte de provincias cada vez más orientales, de los tradicionales sectores de reclutamiento del Imperio: Siria, Armenia, etcétera. Roma era para ellos, en el mejor de los casos, una idea. Varios de ellos, como la mayoría de sus súbditos, no sabían ni una palabra de latín y jamás habían puesto el pie en la ciudad que incluso entonces tenía mucho de «eterna». Y sin embargo, se consideraban a sí mismos romanos, así se denominaban y firmaban como tales. (Algo por el estilo puede observarse todavía hoy en los numerosos y variados dominios del Imperio Británico, o recordemos —para no tener que revolver en la memoria en busca de ejemplos— a los evenki, que son ciudadanos soviéticos.)

En otras palabras, Roma quedó abandonada a sus medios, al igual que la Iglesia romana. Sería demasiado largo describir las relaciones entre las iglesias de Occidente y de Oriente, pero cabe señalar, sin embargo, que en general el abandono de Roma repercutió hasta cierto punto en ventaja para la Iglesia romana, pero no en una ventaja total.

No esperaba que esta nota sobre mi viaje a Estambul se alargara tanto, y empiezo a sentirme irritado a la vez conmigo y con el texto. Por otra parte, sé que no tendré otra oportunidad para comentar estas cuestiones o, si la tengo, la soslayaré conscientemente. A partir de ahora, me prometo a mí mismo y a todo el

que haya llegado hasta aquí una mayor comprensión... aunque lo que en este momento me agradaría hacer sería dejar de lado toda esta cuestión.

Si uno debe recurrir a la prosa —procedimiento profundamente odiado por el autor de estas líneas, precisamente porque carece de toda forma de disciplina aparte de la generada en el proceso—, si uno debe recurrir a la prosa, repito, sería mejor concentrarse en detalles, descripciones de lugares y personajes, es decir, en aquellas cosas con las que presumiblemente el lector no tendrá la oportunidad de encontrarse. Y es que el grueso de lo dicho hasta el momento, así como todo lo que sigue, más tarde o más temprano se le ha de ocurrir a cualquiera, puesto que todos, de una manera o de otra, dependemos de la historia.

26

La ventaja del aislamiento de la Iglesia de Roma radica, por encima de todo, en los beneficios naturales derivables de cualquier forma de autonomía. No había casi nada ni nadie, con la excepción de la propia Iglesia de Roma, que impidiera su evolución en un sistema definido y fijo. Y esto fue, precisamente, lo que tuvo lugar. La combinación de la ley romana, reconocida con mayor seriedad en Roma que en Bizancio, y la lógica específica del desarrollo interno de la Iglesia romana evolucionó hacia el sistema épico-político que constituye el núcleo de la llamada concepción occidental del estado y del ser individual. Como casi todos los divorcios, el que se produjo entre Bizancio y Roma no fue ni mucho menos total, pues gran parte de la propiedad se mantuvo compartida. Pero en general cabe insistir en que este concepto occidental trazó a su alrededor una especie de círculo que Oriente, en un sentido puramente conceptual, jamás atravesó, y dentro de cuyos amplios límites se elaboró lo que denominamos o entendemos como cristianismo occidental y la visión mundial que éste implica.

El inconveniente de cualquier sistema, incluso del más perfecto, es que es un sistema, o sea que por definición debe excluir ciertas cosas, contemplarlas como ajenas a él, y tanto como sea posible relegarlas a la categoría de lo inexistente. El inconveniente del sistema que fue elaborado en Roma —el inconveniente del cristianismo occidental— fue la inconsciente reducción de sus reducciones del mal. Cualquier noción acerca de cualquier cosa se basa en la experiencia. Para el cristianismo occidental, la experiencia del mal era la experiencia reflejada en la ley romana, con el aditamento de un conocimiento de primera mano de la persecución de los cristianos por los emperadores anteriores a Constantino. Es mucho, desde

luego, pero dista mucho de agotar la realidad del mal. Al divorciarse de Bizancio, el cristianismo occidental relegó a Oriente a la inexistencia, y con ello redujo su propia noción del potencial negativo humano hasta un grado considerable, y tal vez peligroso.

Hoy, si un joven trepa a la torre de una universidad con un fusil automático y empieza a tirotear a los transeúntes, un juez —ello suponiendo, claro está, que el joven haya sido desarmado y comparezca ante un tribunal— lo clasificará como víctima de un trastorno mental y lo recluirá en una institución para enfermos mentales. Y sin embargo, en esencia, la conducta de ese joven no puede distinguirse de la castración del hermanastro real tal como la relata Psellos. Ni tampoco puede diferenciarse de la matanza efectuada por el imán iraní con decenas de miles de sus súbditos, a fin de confirmar su versión de la voluntad del Profeta. O de la máxima de Dzugashvili, enunciada durante el Gran Terror, de que «con nosotros, nadie es insustituible». El denominador común de todos estos hechos es la noción antiindividualista de que la vida humana equivale esencialmente a nada, es decir, la ausencia de la idea de que la vida humana es sagrada, aunque sólo sea porque cada vida es única.

Lejos de mí afirmar que la ausencia de este concepto es un fenómeno puramente oriental; no lo es, y esto es lo que ciertamente resulta inquietante. Pero el cristianismo occidental, además de desarrollar todas sus ideas subsiguientes acerca del mundo, la ley, el orden, las normas de la conducta humana, y así sucesivamente, cometió el error imperdonable de negligir, en aras de su propio crecimiento y eventual triunfo, la experiencia aportada por Bizancio. Después de todo, eso era un atajo. De ahí todos esos sucesos hoy ya cotidianos que tanto nos sorprenden; de ahí esa incapacidad, por parte de estados e individuos, en cuanto a reaccionar adecuadamente ante ellos, lo cual se revela en su costumbre de apodar los fenómenos antes citados como enfermedad mental o fanatismo religioso, y con otros tantos nombres.

En Topkapi, el antiguo palacio de los sultanes, que ha sido convertido en museo, se exhiben hoy en una cámara especial los objetos asociados con la vida del Profeta, los más sagrados para todo corazón musulmán. Unos cofres con exquisitas incrustaciones conservan el diente del Profeta y mechones de la cabeza del Profeta. A los visitantes se les pide silencio, que hablen al menos en voz baja. En derredor

cuelgan espadas de todas clases, dagas, la piel mohosa de algún animal con las letras discernibles de la misiva del Profeta a algún personaje real, junto con otros textos sagrados. Al contemplar todo esto, a uno le entran ganas de dar gracias al hado por su ignorancia del lenguaje. Para mí, pensé, el ruso serviría. En el centro de la sala, dentro de un cubo de cristal con borde de oro, hay un objeto de color pardo oscuro que fui incapaz de identificar sin la ayuda de la placa. Esta, de bronce y grabada, decía en turco y en inglés: «Huella de la pisada del Profeta». El número del calzado era el 62, como mínimo, pensé mientras contemplaba el contenido del cubo. Y entonces me estremecí: ¡el yeti!

28

Bizancio fue rebautizado como Constantinopla en vida de Constantino, si no estoy equivocado. Por lo que se refiere a la simplicidad de vocales y consonantes, es presumible que el nuevo nombre gozara de mayor popularidad que Bizancio entre los turcos seljúcidas. Pero Estambul también suena razonablemente a turco..., al menos para un oído ruso. Lo cierto es, sin embargo, que Estambul es un nombre griego, derivado, como indica cualquier guía turística, del griego *stin poli*, que significa simplemente ciudad. ¿*Stin*? ¿*Poli*? ¿Un oído ruso? ¿Quién, aquí, oye a quién? Aquí, donde *bardak* (burdel en ruso) significa vidrio, donde *durak* (necio) quiere decir parada. *Bir bardak qay*: un vaso de té; *otobüs duragi*: una parada de autobús. Bien por el «*otobüs*»; al menos, sólo es medio griego.

29

Para todo el que padezca un trastorno respiratorio, nada que hacer aquí... a no ser que alquile un taxi para todo el día. Para el que llega a Estambul procedente de Occidente, la ciudad es notablemente barata. Con el precio convertido en dólares, marcos o francos, hay aquí varias cosas que no cuestan prácticamente nada. Aquellos limpiabotas, por ejemplo, o el té. Es una sensación extraña la de contemplar una actividad humana que no tiene expresión monetaria, pues no puede ser devaluada. Parece una especie de cielo, un mundo de Ur, y es probablemente esta sensación de otro mundo lo que constituye esa célebre «fascinación» de Oriente para el Scrooge procedente del norte.

Ah, ese grito de batalla de la rubia ya grisácea: «¡Qué negocio!» ¿No le parece

también gutural este anuncio de ganga, incluso a un oído europeo? Ah, y este «¿Verdad que es bonito, querida?» en un mínimo de tres idiomas europeos, y susurro de unos billetes de banco sin valor bajo el escrutinio de unos ojos oscuros y aprensivos, en otros momentos condenados a la interferencia del televisor y a la voluminosa familia. ¡Ah, esa edad media distribuida en todo el mundo junto a sus repisas de chimenea suburbanas! Y sin embargo, pese a toda su vulgaridad y tosquedad, esta búsqueda es notablemente más inocente, y con mejores consecuencias para los locales, que la de ciertas parisinas charlatanas y presuntuosas, o la del lumpen espiritual fatigado por el yoga, el budismo o Mao, y que ahora excava en las profundidades del Islam «secreto» del Sufí, del Sunni, del Chia, etc. Aquí, desde luego, ningún dinero cambia de manos. Entre el burgués real y el mental, uno se siente más a sus anchas con el primero.

30

Lo que ocurrió después todo el mundo lo sabe, ya que aparecieron los turcos nadie sabe de dónde. Al parecer, no existe una explicación clara acerca de su procedencia real; evidentemente, estaban muy lejos. Tampoco queda excesivamente claro lo que les llevó hasta las orillas del Bósforo. Los caballos, supongo. Los turcos —los *tuyrks* para ser más precisos— eran nómadas, así nos lo enseñaron en la escuela. El Bósforo, claro, se convirtió en un obstáculo y allí, de repente, los turcos decidieron no seguir errando, tal como habían venido, y optaron, en cambio, por quedarse. Todo esto parece muy poco convincente, pero vamos a dejarlo tal como nos lo contaron. Lo que ellos querían de Bizancio-Constantinopla-Estambul resulta, al menos, indiscutible: querían estar en Constantinopla, es decir, más o menos lo que deseaba el propio Constantino. Antes del siglo XI, los turcos no habían compartido ningún símbolo. Apareció entonces y, como sabemos, fue la media luna.

En Constantinopla, empero, había cristianos y las iglesias de la ciudad las coronaba la cruz. El idilio de los *tuyrks* —que gradualmente se convertirían en los turcos— con Bizancio duró aproximadamente tres siglos. La persistencia dio sus frutos, y en el siglo XV la cruz cedió sus cúpulas a la media luna. El resto está bien documentado y no es necesario alargarse al respecto, pero lo que sí vale la pena señalar es la chocante similaridad entre «lo que fue» y «lo que pasó a ser», puesto que el significado de la historia radica en la esencia de las estructuras, y no en las características de la decoración.

¡El significado de la historia! Cómo, de qué modo, puede la pluma arrostrar esta agregación de razas, lenguajes y credos: el paso vegetativo —mejor dicho, zoológico— del derrumbamiento de la Torre de Babel, al finalizar el cual, un buen día, entre las ruinas acumuladas, un individuo se sorprende a sí mismo contemplando, aterrorizado y alienado, su propia mano o su órgano procreador, no a lo Wittgenstein, sino poseído más bien por una sensación de que estas cosas ya no le pertenecen en absoluto, que no son sino componentes de un juguete de los que uno mismo se construye: detalles, fragmentos en un caleidoscopio a través del cual no es la causa la que escudriña el efecto, sino un ciego azar que entrevé la luz del día. Sin que lo oscurezca el polvo agitado por el viento.

La diferencia entre los poderes espiritual y secular en la Bizancio cristiana no era terriblemente acusada. Nominalmente, el emperador estaba obligado a tener en cuenta las opiniones del patriarca, y de hecho ello ocurría a menudo. Por otra parte, era frecuente que el emperador nombrase al patriarca y en ocasiones era, o tenía motivos para creerse serlo, un cristiano superior con respecto al patriarca. Y, desde luego, no es necesario mencionar el concepto del Señor ungido, que de por sí podía relevar al emperador de la necesidad de reconocer la metafísica de cualquier otro. Esto también ocurría, y, junto con ciertas maravillas mecánicas de las que Teófilo estaba sumamente prendado, desempeñó un papel decisivo en la adopción del cristianismo oriental por Rus en el siglo IX. (Incidentalmente, estas maravillas —el trono que ascendía en el aire, el ruiseñor metálico, los leones rugientes del mismo material, y otras— fueron obtenidas por el gobernante bizantino, con pequeñas modificaciones, a partir de sus vecinos persas.)

Algo muy similar ocurrió también con la Sublime Puerta, o sea el Imperio Otomano, alias Bizancio musulmán. Una vez más, tenemos una autocracia, fuertemente militarizada y algo más despótica. El jefe absoluto del estado era el Padisha, o sultán. Junto a él existía, sin embargo, el Gran Mufti, cargo que combinaba —y de hecho igualaba— la autoridad espiritual y la administrativa. Todo el estado era regido por un sistema jerárquico muy complejo, en el que predominaba el elemento religioso, o, para expresarlo de modo más conveniente,

firmemente ideológico.

En términos puramente estructurales, la diferencia entre la Segunda Roma y el Imperio Otomano sólo es accesible en unidades de tiempo. ¿Qué es, pues? ¿El espíritu del lugar? ¿Su genio maligno? ¿El espíritu de los malos hechizos, *porcha* en ruso? A propósito, ¿de dónde hemos sacado esta palabra de *porcha*? ¿No podría derivar de *porte*? No importa. Ya basta con que tanto el cristianismo como *bardak* con *durak* llegaran a nosotros desde este lugar donde la gente se convertía al cristianismo en el siglo V con la misma facilidad con la que se pasaron al Islam en el XV (aunque después de la caída de Constantinopla los turcos no persiguieron en absoluto a los cristianos). La explicación para ambas conversiones fue la misma: pragmatismo. No obstante, esto nada tiene que ver con el lugar; tiene que ver con la especie.

33

Oh, todos esos incontables Osmanes, Mohameds, Murads, Bajazets, Ibrahims, Selims y Solimanos dedicados a la matanza de sus predecesores, rivales, hermanos, padres y la propia prole —en el caso de Murad II, o III (¿qué puede importar?), dieciocho hermanos uno tras otro— con la regularidad del hombre que se afeita frente a un espejo. Oh, todas esas guerras ininterrumpidas, interminables: contra el infiel, contra sus propios musulmanes chiitas, para ampliar el Imperio, para vengar una afrenta, por ninguna razón en absoluto, y en defensa propia. Y... oh, aquellos jenizaros, la élite del ejército, dedicada primero al sultán y después convertida gradualmente en casta separada, pendiente tan sólo de sus propios intereses. ¡Cuan familiar resulta todo, incluidas las matanzas! ¡Todos esos turbantes y barbas, aquel uniforme para cabezas poseídas por una sola idea —la matanza despiadada— y a causa de ella, y no en absoluto debido a la proscripción islámica de reproducir cualquier cosa viviente, totalmente indistinguibles unas de otras! Y tal vez «matanza» precisamente porque todas son tan parecidas que no hay modo de detectar una baja. «Yo mato despiadadamente, luego existo.»

Y, hablando en general, en realidad ¿qué puede estar más próximo al corazón de un nómada de ayer que el principio lineal, que el movimiento a través de una superficie, en cualquier dirección? ¿No dijo uno de ellos, otro Selim, durante la conquista de Egipto, que él, como señor de Constantinopla, era el heredero del Imperio Romano y por tanto tenía derecho a todos los territorios que hubieran formado parte de él? ¿Suenan estas palabras como una justificación o suenan como

una profecía, o como ambas cosas a la vez? ¿Y no sonó la misma nota, cuatrocientos años más tarde, en la voz de Ustryalov y de los eslavófilos de los últimos días de la Tercera Roma, cuya bandera escarlata, semejante a una capa de jenízaro, combinaba claramente una estrella y la media luna del Islam? ¿Y no es una cruz modificada aquel martillo?

Esas guerras milenarias, sin respiro, esos períodos interminables de interpretación escolástica del arte de la traición... ¿no podrían ser responsables del desarrollo, en esta parte del mundo, de una fusión entre ejército y estado, del concepto de la política como la continuación de la guerra por otros medios, y de las fantasmagóricas, aunque balísticamente factibles, fantasías de Konstantin Tsiolkovski, el abuelo del misil?

Un hombre con imaginación, sobre todo si es impaciente, podría sentir la aguda tentación de contestar a estas preguntas con una afirmación. Pero tal vez no convenga precipitarse, tal vez convenga hacer una pausa y darles la oportunidad de convertirse en preguntas «malditas», aunque eso pueda llevar varios siglos. Ah, estos siglos, la unidad favorita de la historia, que eximen al individuo de la necesidad de evaluar personalmente el pasado y que le otorgan la honorable categoría de víctima de la historia.

34

A diferencia de la Era Glacial, las civilizaciones, cualquiera que sea su índole, se mueven de sur a norte, como para llenar el vacío creado por el glaciar en retirada. La selva tropical expulsa gradualmente a las coníferas y al bosque mixto... si no a través del follaje, por medio de la arquitectura. A veces se tiene la sensación de que el barroco, el rococó e incluso el estilo Schinkel son, simplemente, una nostalgia inconsciente de la especie por su pasado ecuatorial. Las pagodas a semejanza de he-lechos también encajan en esta idea.

En cuanto a las latitudes, sólo los nómadas se mueven a lo largo de ellas, y generalmente de este a oeste. La migración nómada sólo tiene sentido en una zona climática distintiva. Los esquimales se deslizan dentro del Círculo Ártico, los tártaros y mongoles en los confines de la zona de la tierra negra. Las cúpulas de yurts y de iglúes, los conos de tiendas y tipis. He visto las mezquitas de Asia Central, de Samarkanda, Bujara y Jiva, auténticas perlas de la arquitectura musulmana. Como no dijo Lenin, no conozco nada mejor que el Shah-i-Zinda, sobre

cuyo suelo pasé varias noches, al no tener ningún otro lugar en el que reposar mi cabeza. Tenía entonces diecinueve años, pero conservo delicados recuerdos de estas mezquitas, aunque no en absoluto por esta razón. Son obras maestras de escala y color, y atestiguan el lirismo del Islam. Su brillo, sus esmeraldas y cobaltos quedan impresos en la retina, y no menos a causa del contraste con los matices amarillos y pardos del paisaje circundante. Este contraste, este recuerdo de una alternativa colorista (por lo menos) respecto al mundo real, puede haber sido también el pretexto principal para su nacimiento. En efecto, uno advierte en ellas una idiosincrasia, una autoabsorción, un afán de logro, de perfeccionarse a sí mismas. Como lámparas en la oscuridad. Mejor: como corales en el desierto.

35

En tanto que las mezquitas de Estambul son el Islam triunfante. No existe mayor contradicción que una iglesia triunfante... ni tampoco mayor carencia de gusto. San Pedro, en Roma, también padece lo mismo. ¡Pero las mezquitas de Estambul! Esos sapos enormes de piedra congelada, agazapados en el suelo, incapaces de moverse. Sólo los minaretes, parecidos, más que a cualquier otra cosa (proféticamente, por desgracia) a baterías tierra-aire... sólo ellos indican la dirección que antaño el alma estaba a punto de tomar. Sus cúpulas bajas, reminiscentes de tapaderas de cacerola o teteras de hierro, son incapaces de concebir lo que han de hacer con el cielo: preservan lo que contienen, en vez de alentar a fijar los ojos en lo alto. ¡Ah, este complejo de tienda, de desparramarse en el suelo, de *namaz*;

Recortada su silueta ante el sol naciente, en las cimas de los montes, crean una impresión poderosa y la mano busca la cámara, como la del espía al descubrir una instalación militar. Hay, desde luego, algo de amenazador en ellas..., algo misterioso, sobrenatural, galáctico, totalmente hermético, como una concha. Y todo ello de un color gris sucio, como la mayoría de los edificios de Estambul, y todo ello situado contra el turquesa del Bósforo.

Y si la pluma no se apresta a reprender a sus innumerables y verdaderamente creyentes constructores por ser estéticamente necios, es porque el tono para estas construcciones acuclilladas en el suelo, semejantes a sapos y cangrejos, quedó fijado por Santa Sofía, un edificio cristiano hasta el más alto grado. Se afirma que Constantino puso los cimientos, pero fue erigido durante el reinado de Justiniano. Desde el exterior, no es posible distinguirlo de las mezquitas, o a éstas de él, ya que el destino le ha gastado una broma cruel (¿fue cruel?) a Santa

Sofía. Bajo el sultán «Cualquiera que fuese su nombre redundante», nuestra Santa Sofía fue convertida en mezquita.

Como transformación, ésta no exigió grandes esfuerzos, pues todo lo que los musulmanes tuvieron que hacer fue alzar cuatro minaretes a cada lado de la catedral. Así lo hicieron, y resultó imposible diferenciar Santa Sofía de una mezquita. Es decir, el patrón arquitectónico de Bizancio fue llevado a su final lógico, ya que fue exactamente la grandeza achaparrada de este santuario cristiano lo que los constructores de Bajazet, Solimán y la Mezquita Azul, ello sin mencionar a sus descendientes menores, trataron de emular. Y no obstante, no debieran ser objeto de reproches por esto, en parte porque cuando ellos llegaron a Constantinopla era Santa Sofía lo que mayor tamaño mostraba en todo el paisaje, pero principalmente porque Santa Sofía en sí no era una creación romana. Era un producto oriental o, para ser más precisos, sasánida. Y, similarmente, tampoco tiene objeto culpar a aquel sultán comoquiera que se llamara —¿no sería Murad?— por convertir una iglesia cristiana en mezquita. Esta transformación reflejó algo que, sin otorgar gran reflexión a la cuestión, sabría tomar por una profunda indiferencia oriental ante problemas de una índole metafísica. En realidad, sin embargo, lo que hubo detrás de ello y que hoy persiste, de manera muy parecida a Santa Sofía, con sus minaretes y su decoración cristiano-musulmana en su interior, es una sensación, instilada a la vez por la historia y por el contexto árabe, de que en esta vida todo se entrelaza... de que en cierto sentido todo no es más que un dibujo en una alfombra. Pisoteada por nuestros pies.

Es una idea monstruosa, pero no del todo carente de verdad. Por lo tanto, tratemos de exponerla. En su origen hay el principio oriental de la ornamentación, cuyo elemento básico es un verso del Corán, una cita del Profeta: cosida, grabada, tallada en piedra o madera, y gráficamente coincidente con este mismo proceso de costura, grabado y talla si uno tiene en cuenta la forma árabe de escribir. En otras palabras, nos las habemos con el aspecto decorativo de la caligrafía, el uso decorativo de frases, palabras y letras... con una actitud puramente visual al respecto. Descartando aquí la inaceptabilidad de esta actitud hacia las palabras (y también las letras), indiquemos tan sólo la inevitabilidad de una percepción literalmente espacial —por ser conducida por medios distintivamente espaciales— de cualquier locución sagrada. Señalemos la dependencia de este ornamento respecto a la longitud de la línea y el carácter didáctico de la locución, a menudo lo

bastante ornamental por sí mismo. Recordemos que la unidad del ornamento oriental es la frase, la palabra, la letra.

La unidad —el elemento principal— de ornamentación que se impuso en Occidente fue la muesca, la talla, que registraba el paso de los días. Este ornamento, en otras palabras, es temporal, de donde su ritmo, su tendencia a la simetría, su carácter esencialmente abstracto, que subordinan la expresión gráfica a un sentido rítmico. Su extremo no-autodidactismo. Su persistencia —por medio del ritmo, o la repetición— en abstraerse a partir de su unidad, a partir de la cual ha sido ya expresado antes. En resumen, su dinamismo.

Yo señalaría también que la unidad de ornamentación —el día o la idea del día— absorbe en sí misma toda experiencia, incluida la de la locución sagrada. De ello se sigue la sugerencia de que la elegante y pequeña cenefa en una urna griega es superior al dibujo de una alfombra. Lo cual, a su vez, nos lleva a considerar quién es más nómada, el que vagabundea por el espacio o el que emigra a tiempo. Por abrumadora que pueda resultar (incluso literalmente) la noción de que todo está entretejido, que todo es meramente un dibujo en una alfombra, a la que pisoteamos, deja paso francamente a la idea de que todo se queda atrás... incluida la alfombra y el pie con que la pisamos.

37

Sí, ¡ya preveo objeciones! Veo a un historiador del arte o a un etnólogo preparándose para librar batalla, con cifras o genealogías en las manos, sobre todo lo antes manifestado. Puedo ver a un individuo con gafas portador de un jarrón indio o chino con un meandro o un epistilo muy semejante a la pequeña y elegante cenefa griega, exclamando: «Y bien, ¿y esto qué? ¿Acaso la India (o China) no forman parte de Oriente?». Todavía peor, ese jarro o plato puede resultar ser de Egipto o de cualquier otro lugar de África, de Patagonia o de América Central, y entonces se producirá un chaparrón de pruebas y de hechos incontrovertibles en demostración de que la cultura preislámica era figurativa y que, por consiguiente, en este aspecto Occidente va simplemente rezagado con respecto a Oriente, que el ornamento es por definición no funcional, y que el espacio es mayor que el tiempo. O que yo, sin duda por razones políticas, sustituyo la historia por la antropología. Algo por el estilo, o peor.

¿Qué puedo responder a ello? ¿Y necesito decir algo? No estoy seguro, pero

de todos modos señalaré que si no hubiera previsto estas objeciones no habría tomado la pluma... que para mí el espacio es, en efecto, a la vez menor y menos caro que el tiempo. No porque sea menor, sino porque es una cosa, en tanto que el tiempo es una idea sobre una cosa. Y al elegir entre una cosa y una idea, siempre hay que preferir la última, según mi opinión.

Y también preveo que no habrá jarrón, ni genealogías, ni plato, ni individuo con gafas. Que no surgirán objeciones, que el silencio reinará con carácter supremo. Menos como signo de asentimiento que como uno de indiferencia. Por lo tanto, afeemos un poco nuestra conclusión y añadamos que una conciencia del tiempo es una profunda experiencia individualista. Que en el transcurso de su vida toda persona se encuentra más tarde o más temprano en la situación de Robinson Crusoe, tallando muescas y tras haber contado por ejemplo siete de ellas, o diez, cruzándolas con una línea. Tal es el origen del ornamento, prescindiendo de civilizaciones precedentes o de aquella a la que pertenezca esta persona dada. Y estas muescas constituyen una actividad profundamente solitaria, que aísla al individuo y le impulsa hacia una comprensión, si no de su unicidad, sí al menos de la autonomía de su existencia en el mundo. Esto es la base de nuestra civilización, y esto es de lo que Constantino se alejó camino de Oriente. De la alfombra.

38

Un día normal de verano en Estambul, caluroso, polvoriento y sudorífico. Además, es domingo. Un rebaño humano merodea bajo las bóvedas de Santa Sofía. Allí, en lo alto, inaccesibles para la vista, hay mosaicos que representan reyes o bien santos. Más abajo, accesibles para la vista pero no para la mente, hay escudos circulares de aspecto metálico con arabescos que son citas del Profeta en oro sobre esmalte verde oscuro. Camafeos monumentales con caracteres serpenteantes que evocan sombras de Jackson Pollock o Kandinsky. Y ahora advierto una viscosidad: la catedral está sudando. No sólo el suelo, sino también el mármol de las paredes. La piedra está sudando. Me informo, y me dicen que es a causa del brusco aumento de la temperatura. Decido que es a causa de mi presencia y me marchó.

39

Para obtener un buen retrato del propio reino natal, uno necesita salir más

allá de sus paredes, o bien extender un mapa. Pero, como ya se ha observado antes, ¿quién mira hoy un mapa?

Si en efecto las civilizaciones —cualquiera que sea su índole— se extienden como la vegetación en dirección opuesta al glaciador, de sur a norte, ¿dónde podría Rus, dada su ubicación geográfica, esconderse lejos de Bizancio? No sólo Rus Kievan, sino también la Rus moscovita, y después todo el resto de ella entre el Dónetz y los Urales. Y, francamente, habría que agradecer a Tamerlán y a Gengis Jan el haber retrasado un tanto el proceso, al congelar un poco —o, mejor dicho, pisotear— las flores de Bizancio. No es cierto que Rus desempeñara un papel de escudo para Europa, amparando a Occidente contra el yugo mongol. Fue Constantinopla, en aquel entonces todavía baluarte de la cristiandad, la que cumplimentó esta misión. (Incidentalmente, en 1402 se creó una situación bajo las murallas de Constantinopla que estuvo a punto de convertirse en catástrofe absoluta para la cristiandad y, de hecho, para todo el mundo entonces conocido: Tamerlán se encontró con Bajazet. Afortunadamente, volvieron sus armas el uno contra el otro, ya que, al parecer, surgió una rivalidad interracial. De haber unido sus fuerzas contra Occidente —o sea en la dirección hacia la que ambos estaban avanzando—, hoy miraríamos el mapa con ojos almendrados, predominantemente marrones.)

No había ningún lugar adonde Rus pudiera ir para alejarse de Bizancio, como tampoco lo había para Occidente en cuanto a alejarse de Roma. Y tal como Occidente, época tras época, se llenó de columnatas y legalidad romanas, Rus pasó a convertirse en la presa geográfica natural de Bizancio. Si en el camino de Roma se alzaban los Alpes, Bizancio no tenía más impedimento que el Mar Negro..., una cosa profunda pero, en resumidas cuentas, plana. Rus recibió, o tomó, de manos bizantinas todas las cosas: no sólo la liturgia cristiana, sino también el sistema cristiano-turco en el arte de gobernar (gradualmente más y más turco, menos vulnerable, más militarmente ideológico), ello sin hablar de una parte importante de su vocabulario. La única cosa de la que Bizancio se desprendió en su camino hacia el norte fue de sus notables herejías —sus monofisitas, sus arríanos, sus neoplatónicos, etcétera—, que habían constituido la quintaesencia de su vida literaria y espiritual. Pero ocurrió que su expansión al norte tuvo lugar en unos tiempos de creciente dominio por parte de la media luna, y el poder puramente físico de la Sublime Puerta hipnotizó al norte en una medida muy superior a las polémicas teológicas de los moribundos escoliastas.

No obstante, al final, el neoplatonismo triunfó en el arte, ¿no es así? Sabemos de dónde proceden nuestros iconos, y lo mismo sabemos acerca de nuestras iglesias

con sus cúpulas en forma de cebolla. También sabemos que nada es más fácil para un estado que adaptar a sus propios fines la máxima de Plotino según la cual la tarea de un artista debe ser la interpretación de ideas antes que la imitación de la naturaleza. Y hablando de ideas, en qué difiere el difunto M. Suslov, o quienquiera que sea el que rebañe hoy el plato ideológico, del Gran Mufti? ¿Qué distingue al Secretario General del Padisha, o incluso del Emperador? ¿Y quién nombra al Patriarca, al Gran Visir, al Mufti o al Califa? ¿Qué distingue al Politburó del Gran Diván? ¿Y acaso no hay un solo paso desde un diván a una otomana?

¿No es ahora mi remo natal un Imperio Otomano... en extensión, en poderío militar, en su amenaza para el mundo occidental? ¿No nos encontramos ahora ante las murallas de Viena? ¿Y no es su amenaza tanto mayor por el hecho de proceder de la orientalizada, hasta el punto de ser irreconocible —¡no, reconocible!— cristiandad? ¿No es mayor por el hecho de ser más seductora? ¿Y qué oímos en aquel aullido del difunto Milyukov bajo la cúpula de la efímera Duma: «¡Los Dar-danelos serán nuestros!», un eco de Catón? ¿La nostalgia de un cristiano por sus santos lugares? ¿O todavía la voz de Bajazet, Tamerlán, Selim o Mohamed? Y llegados a este punto, si estamos citando e interpretando, ¿qué discernimos en aquel falsete de Konstantin Leontiev, el falsete que atravesó el aire precisamente en Estambul, donde él prestaba sus servicios en la embajada zarista: «Rusia debe gobernar desvergonzadamente»? ¿Qué oímos en esa pútrida y profética exclamación? ¿El espíritu de la época? ¿El espíritu de la nación? ¿O el espíritu del lugar?

40

Dios nos libre de profundizar más en el diccionario turco-ruso. Tomemos la palabra «*qay*», que significa «té» en ambos idiomas, cualquiera que sea su origen. En Turquía, el té es maravilloso —mejor que el café— y, como lustrarse los zapatos, apenas cuesta nada en cualquier divisa conocida. Es fuerte, del color de un ladrillo transparente, pero no tiene excesivos efectos estimulantes porque lo sirven en un *bardak*, un vaso de cincuenta centímetros cúbicos, no más. De todas las cosas que encontré en esta mezcla de Astracán y Stalinabad, es el mejor artículo. El té... y la visión de la muralla de Constantino, que yo no hubiera visto de no haber tenido la suerte de topar con un taxista granuja que, en vez de ir directamente a Topkapi, describió una vuelta alrededor de toda la ciudad.

Cabe juzgar la seriedad de las intenciones del constructor por la longitud y la

anchura de la muralla y la calidad de la obra de mampostería. Constantino era pues extremadamente concienzudo, ya que las ruinas donde cabe encontrar gitanos, cabras y adolescentes que comercian con sus partes más delicadas podrían resistir, todavía hoy, a cualquier ejército, en caso de una guerra de posiciones. En cambio, si se otorga a las civilizaciones un carácter vegetativo —en otras palabras, ideológico—, la construcción de la muralla fue pura pérdida de tiempo. Contra el antiindividualismo, para decir lo mínimo, contra el espíritu de relativismo y obediencia, ni muralla ni mar ofrecen protección.

Cuando llegué finalmente a Topkapi y, tras haber examinado buena parte de su contenido —predominantemente los caftanes de los sultanes, que corresponden lingüística y visualmente al guardarropía de los gobernantes moscovitas—, me encaminé hacia el objetivo de mi peregrinación, el serrallo, y fui acogido, tristemente, en la puerta de este establecimiento, el más importante del mundo, por un letrero en turco y en inglés: cerrado por restauración. «¡Oh, si al menos fuera verdad!», exclamé para mis adentros, tratando de dominar mi desilusión.

41

La calidad de la realidad siempre induce a buscar un culpable..., para ser más preciso, un chivo expiatorio, cuyos rebaños pastan en los campos mentales de la historia. Sin embargo, hijo de geógrafo, yo creo que Urania es más vieja que Clio; entre las hijas de Mnemosina, pienso que ella es la más vieja. Por lo tanto, nacido junto al Báltico, en el lugar considerado como una ventana hacia Europa, siempre sentí algo así como un interés investido por esta ventana hacia Asia con la que compartíamos un meridiano. Con motivos tal vez menos que suficientes, nos considerábamos como europeos, y por el mismo rasero yo pensaba en los habitantes de Constantinopla como asiáticos. De estos dos supuestos, sólo el primero demostró ser discutible. Debería admitir, quizá, que Oriente y Occidente corresponderían vagamente en mi cabeza al pasado y al futuro.

A menos que uno haya nacido junto al agua —y en el borde de un imperio por añadidura—, rara vez le inquieta esta clase de distinción. Entre todas las personas, alguien como yo debía ser el primero en contemplar a Constantino como el portador de Occidente a Oriente, como alguien a la par con Pedro el Grande: tal como es considerado por la propia Iglesia. Si me hubiera quedado más tiempo en aquel meridiano, lo habría hecho. Sin embargo, no lo hice, ni lo hago.

Para mí, el esfuerzo de Constantino no es sino un episodio en el impulso general de Oriente hacia el oeste, impulso no motivado por la atracción de una parte del mundo respecto a otra, ni por el deseo del pasado de absorber el futuro... aunque a veces y en algunos lugares, y Estambul es uno de ellos, parezca ser así. Esta atracción, me temo, es magnética, evolutiva; tiene que ver, presumiblemente, con la dirección en la que este planeta gira sobre su eje. Adquiere las formas de una fascinación por un credo, de invasiones nómadas, guerras, migración y la circulación del dinero. El puente de Galata no fue el primero construido sobre el Bósforo, como aseguraría su guía turística; el primero fue construido por Darío. Un nómada siempre cabalga hacia la puesta de sol.

O bien nada. El estrecho tiene un kilómetro y medio de anchura, y lo que pudo hacer una «vaca rubia» al huir de las iras de la esposa de Júpiter, seguramente pudo haberlo resuelto también el moreno hijo de las estepas. O Leandro, enfermo de amor, o lord Byron, harto de amor, chapoteando a través de los Dardanelos. ¡El Bósforo! Una más que usada faja de agua, la única prenda de ropa que es propiedad de Urania, por más que Clio se esfuerce en ponérsela. Permanece arrugada y, especialmente en los días grises, nadie diría que ha sido manchada por la historia. Su corriente superficial se lava ante Constantinopla al norte..., y tal vez por esto a aquel mar lo llaman Negro. Después se remueve hasta el fondo y, en forma de una profunda corriente, escapa de nuevo hasta el Mármara-el Mar de Mármol—, presumiblemente para blanquearse. El resultado neto es ese color verde botella polvoriento: el color del propio tiempo. El hijo del Báltico no puede dejar de reconocerlo, no puede librarse de la vieja sensación de que esta sustancia ondulante, nunca inmóvil, chapaleante, es en sí misma el tiempo o lo que el tiempo parecería ser si fuera condensado o fotografiado. Esto es, piensa, lo que separa Europa y Asia. Y el patriota que hay en él desea que el tramo fuese más ancho.

La hora de hacer las maletas. Como dije, no había vapores desde Estambul o Esmirna. Tomé un avión y, después de apenas dos horas de vuelo sobre el Egeo, a través de un aire que en otro tiempo estuvo no menos habitado que el archipiélago debajo de él, aterricé en Atenas.

A sesenta y cinco kilómetros de Atenas, en Sunion, en lo alto de un acantilado cortado a pico sobre el mar, se alza un templo dedicado a Poseidón, construido casi simultáneamente —una diferencia de unos cincuenta años— con el

Partenón de Atenas. Lleva aquí dos mil quinientos años.

Es diez veces más pequeño que el Partenón. Cuántas veces más bello sería difícil decirlo; no está claro lo que debiera ser considerado como la unidad de perfección. No tiene tejado.

No hay un alma a la vista. Sunion es un pueblo de pescadores, ahora con un par de hoteles modernos, y se encuentra mucho más abajo. Allí, en la cresta del oscuro acantilado, parece desde lejos como si el templo hubiera sido descendido suavemente desde el cielo en vez de alzado sobre la tierra. El mármol tiene más en común con las nubes que con el suelo.

Hay quince columnas blancas unidas por una base de mármol blanco y regularmente espaciadas. Entre ellas y la tierra, entre ellas y el mar, entre ellas y el cielo azul de la Hélade, no hay nada ni nadie.

Como prácticamente en todos los demás lugares de Europa, también aquí Byron grabó su nombre en la base de una de las columnas. Siguiendo sus pisadas, el autocar trae turistas y más tarde se los lleva de nuevo. La erosión que está afectando claramente la superficie de las columnas nada tiene que ver con el paso del tiempo. Es un haz de miradas, objetivos y flashes.

Después desciende el crepúsculo y empieza a oscurecer. Quince columnas, quince cuerpos blancos y verticales regularmente espaciados en la cima del acantilado, reciben a la noche bajo los cielos abiertos.

Si contaban días, debió de haber un millón de tales días. Desde la distancia, en la calma del anochecer, sus cuerpos blancos y verticales se asemejan a un ornamento, gracias a los intervalos iguales entre ellos.

¿Una idea de orden? ¿El principio de simetría? ¿Sentido del ritmo?
¿Idolatría?

Probablemente, hubiera sido más prudente recoger cartas de recomendación, anotar dos o tres números de teléfono por lo menos, antes de ir a Estambul. No lo hice. Probablemente, hubiera tenido sentido trabar amistad con alguien, ponerse en contacto, contemplar la vida del lugar desde el interior, en vez de descartar a la

población local como una multitud alienígena, en vez de mirar a la gente como polvo psicológico introducido en los ojos.

¿Quién sabe? Acaso mi actitud respecto a la gente contenga también, por derecho propio, un toque de Oriente. En resumidas cuentas, ¿de dónde soy yo? Sin embargo, llegado a una cierta edad, el hombre se siente cansado de su propia especie, harto de cargar con su consciente y subconsciente. ¿Una historia más de crueldad, o diez más? ¿Otros diez, o cien, ejemplos de bajeza, estupidez o valor humanos? La misantropía, después de todo, debería tener también sus límites.

Basta, por consiguiente, con echar un vistazo al diccionario y descubrir que *katorga* (trabajo forzado) es también una palabra turca. Y basta con descubrir en un mapa turco, en algún punto de Anatolia, o dejonia, una población denominada Nigde (ningún lugar, en ruso).

44

Yo no soy historiador ni periodista, ni etnógrafo. En el mejor de los casos, soy un viajero, una víctima de la geografía. No de la historia, quede bien entendido, pero sí de la geografía. Esto es lo que todavía me vincula al país donde mi destino quiso que yo naciera, a nuestra famosa Tercera Roma. Por lo tanto, no me interesa particularmente la política de la actual Turquía, ni lo que le ocurrió a Atatürk, cuyo retrato adorna las grasientas paredes de todos los cafés, así como la lira turca, inconvertible y que representa una forma irreal de pago para un trabajo real.

Vine a Estambul para contemplar el pasado, no el futuro... puesto que éste no existe aquí: cualquiera que hubiese se ha marchado también al norte. Aquí hay solamente lo inenvidiable, un presente inferior para la población, industrial pero saqueada por la intensidad de la historia local. Nada ocurrirá aquí nunca más, excepto tal vez disturbios callejeros o un terremoto. O tal vez descubrirán petróleo, pues hay un hedor terrible a anhídrido sulfuroso en el Cuerno de Oro, al atravesar la aceitosa superficie del cual se consigue un panorama espléndido de la ciudad. Sin embargo, es improbable. El hedor procede del petróleo que rezuma de los oxidados, goteantes y casi agujereados buques cisterna que pasan a través del Estrecho. Cualquiera podría ganarse la vida sólo con refinarlo.

Un proyecto como éste, sin embargo, tal vez le chocaría al habitante local como excesivamente atrevido. La población local es más bien conservadora por

naturaleza, aunque se trate de hombres de negocios o de comerciantes; en cuanto a la clase trabajadora, está encerrada, de mala gana pero con firmeza, en una mentalidad conservadora y tradicional por sus míseros salarios. En su propio elemento, el nativo sólo se encuentra dentro de la infinitamente entrecruzada —en dibujos similares a los de la alfombra o de las paredes de la mezquita— telaraña de las galerías abovedadas del bazar local, que es el corazón, la mente y el alma de Estambul. Es una ciudad dentro de la ciudad, y también él está construido para la eternidad. No puede ser transportado al oeste ni al norte, ni siquiera al sur. Los almacenes gum, Bon Marché, Macy's y Harrods reunidos y elevados al cubo no son más que un juego de niños comparados con estas catacumbas. Extrañamente, gracias a las guirnaldas de amarillas bombillas de cien vatios y el interminable caudal de bronce, collares de cuentas, brazaletes, plata y oro bajo cristal, ello sin mencionar las propias alfombras y los iconos, samovares, crucifijos y tantas otras cosas, este bazar de Estambul produce la impresión nada menos que de una iglesia ortodoxa, aunque con tantas volutas y ramificaciones como una cita del Profeta. Una versión de Santa Sofía en plano.

45

Las civilizaciones se mueven a lo largo de meridianos, y los nómadas (incluidos nuestros guerreros modernos, puesto que la guerra es un eco del instinto nómada) a lo largo de latitudes. Esto parece ser otra versión más de la cruz que vio Constantino. Ambos movimientos poseen una lógica natural (vegetal o animal), según la cual uno se encuentra fácilmente en la situación de ser incapaz de reprocharle nada a cualquiera. En el estado conocido como melancolía... o, para ser más exactos, fatalismo. Esto puede achacarse a la edad, o a la influencia de Oriente o, con un esfuerzo de la imaginación, a la humildad cristiana.

Las ventajas de esta condición son obvias, puesto que son interesadas, ya que, como todas las formas de humildad, siempre se logra a expensas de la muda impotencia de las víctimas de la historia, pasada, presente y futura; es un eco de la impotencia de millones. Y si uno no se encuentra en una época en la que pueda desenvainar una espada o trepar a una plataforma para rugir, ante un mar de cabezas, hasta qué punto detesta el pasado, el presente y el porvenir; si no existe esta plataforma o el mar se ha secado, siempre le quedan a uno la cara y los labios, que pueden acomodarse a su leve sonrisa despreciativa, provocada por la vista que se abre a la vez ante su ojo interior y su ojo al descubierto.

Con ella, con esa sonrisa en los labios, uno puede embarcar en el transbordador y partir para tomar una taza de té en Asia. Veinte minutos más tarde, puede desembarcar en Cengelkóy, encontrar un café en la misma orilla del Bósforo, sentarse y pedir té, e, inhalando el olor de las algas putrefactas, observar, sin cambiar la expresión facial antes citada, los portaaviones de la Tercera Roma que navegan lentamente a través de las puertas de la Segunda, camino de la Primera.

(1985)

EN UNA HABITACIÓN Y MEDIA

A L.K. 1

La habitación y media (suponiendo que esa unidad espacial tenga sentido en otra lengua que no sea el ruso) donde vivíamos los tres tenía suelo de madera y mi madre protestaba enérgicamente contra los hombres de la familia, en particular yo, que siempre andaban de acá para allá en calcetines. Insistía en que había que llevar zapatos o zapatillas constantemente. Al tiempo que me amonestaba con respecto a este punto, evocaba una vieja superstición rusa que, según ella, aseguraba que era de mal agüero andar de aquella manera, porque podía acarrear una muerte en la familia.

Es posible, por supuesto, que mi madre tuviese por incivilizada esa costumbre, que la considerase simplemente una falta de educación. Los pies de los hombres huelen y aquella época era anterior a la de los desodorantes. Yo pensaba que, efectivamente, si el parquet estaba pulimentado, era fácil resbalar y caerse, especialmente si los calcetines eran de lana. Y si el que caía era viejo y frágil, las consecuencias podían ser desastrosas. La afinidad del parquet con la madera, la tierra, etc., se extendía en mi mente a todo el terreno que pudiera encontrarse bajo los pies de nuestros parientes próximos y lejanos que vivían en nuestra misma ciudad. La distancia importaba poco, el terreno era el mismo. Tampoco el hecho de vivir al otro lado del río, donde con el tiempo yo alquilaría un apartamento o habitación para mí solo, constituía excusa, ya que en aquella ciudad había abundancia de ríos y canales y, aunque los había lo bastante profundos para que por ellos circularan barcos camino del mar, la muerte, pensaba yo, siempre los encontraría someros o, con su manera subterránea de proceder, podría atravesarlos reptando por debajo de ellos.

Mi madre y mi padre han muerto y yo me encuentro a orillas del Atlántico; hay, pues, mucha agua entre dos tías supervivientes, mis primos y yo: un verdadero abismo, capaz incluso de liar a la misma muerte. Así es que ahora puedo andar a placer en calcetines, ya que no tengo parientes en este continente. La única muerte que puedo provocar en la familia es presumiblemente la mía, aunque esto supondría mezclar transmisor con receptor. Las desigualdades de esta unión son

pequeñas, y esto es lo que distingue la electrónica de la superstición. Con todo, si no piso esos anchos tablones de arce canadiense con mis calcetines no es ni por esa certidumbre ni por instinto de conservación, sino porque sé que mi madre no lo aprobaría. Supongo que quiero dejar las cosas tal como estaban entonces en mi familia, ahora que soy lo único que queda de ella.

2

En aquella habitación y media vivíamos los tres: mi padre, mi madre y yo. La época era después de la guerra y eran muy pocas las personas que podían permitirse tener más de un hijo. Algunas ni siquiera podían permitirse tener el padre vivo o presente: el terror y la guerra se habían cobrado su tributo en las grandes ciudades, y en la mía de manera especial. Así pues, nosotros teníamos motivos particulares para considerarnos afortunados, sobre todo teniendo en cuenta que éramos judíos. Los tres habíamos sobrevivido a la guerra (y digo «los tres» porque yo también había nacido antes de ésta, en 1940); mis padres también habían sobrevivido a los años treinta.

Supongo que se consideraban afortunados, pese a que no lo manifestaron nunca. Por lo general, no tenían excesiva conciencia de su situación, salvo cuando se hicieron más viejos y los achaques empezaron a acosarlos. Pero ni siquiera entonces hablaban de sus cosas ni de la muerte de aquel modo que aterra al que escucha o que lo mueve a compasión. Se limitaban a refunfuñar o a quejarse de una manera impersonal de sus dolencias o a discutir prolijamente algún medicamento. Mi madre, cuando más se aproximó a algo de ese género al que me refiero, fue en cierta ocasión, hablando de un juego de porcelana extremadamente delicado, al decir:

—Será tuyo cuando te cases o cuando...

Pero se interrumpió. Recuerdo también cierta vez que estaba hablando por teléfono con una amiga suya que vivía lejos y acerca de la cual me había dicho que estaba enferma: mi madre salió de la cabina telefónica pública y yo, que la esperaba en la calle, vi en sus ojos tan familiares, detrás de las gafas de montura de concha, una mirada nada familiar. Me incliné hacia ella (yo ya era entonces mucho más alto que ella) y le pregunté qué le había dicho la mujer, a lo que mi madre respondió, con la mirada fija en un punto lejano:

—Sabe que se está muriendo y se ha puesto a llorar por teléfono.

Se tomaban las cosas como acontecimientos normales: el sistema, su impotencia, su pobreza, el hijo descarriado. Lo único que querían era salir lo mejor parados posible: llevar comida a la mesa —y cualquiera que fuese, dar buena cuenta de ella, para conseguir vivir de sus ingresos— y, pese a que siempre vivimos con el dinero justo para subsistir entre los días de pago, incluso poner aparte unos cuantos rublos para que el chico pudiera ir al cine, para las excursiones a los museos, para libros, para golosinas. Los platos, utensilios, vestidos y ropa que teníamos estaban siempre limpios, brillantes, planchados, remendados, almidonados. El mantel no tenía manchas, estaba flamante, la pantalla de la lámpara limpia de polvo, el parquet reluciente y sin una mota.

Lo sorprendente es que ellos no se aburrieran nunca. Estaban cansados, pero no aburridos. Se pasaban la mayor parte del tiempo en casa, siempre de pie: cocinando, lavando, moviéndose entre la cocina comunitaria de nuestro apartamento y nuestra habitación y media, ocupados con una u otra cosa de la casa. Lógicamente, se sentaban para comer, pero si veo a mi madre sentada es sobre todo cuando, inclinada sobre la máquina de coser Singer, manual y con pedal, se dedicaba a remendarnos la ropa, a volver los cuellos del revés, a reparar o adaptar chaquetas viejas. En cuanto a mi padre, las únicas veces que se sentaba era para leer el periódico o para trabajar en su despacho. A veces, por la noche, veían una película o escuchaban un concierto ante el televisor del año 1952. Entonces también estaban sentados... De esa manera, sentado en una silla, en la vacía habitación y media donde vivía, un vecino encontró a mi padre muerto hace un año.

3

Había sobrevivido trece meses a su mujer. De los setenta y ocho años de vida de ella y de los ochenta de él, yo únicamente había vivido treinta y dos con ellos. Apenas sabía nada de sus primeras relaciones, de cómo se conocieron, ni siquiera sé en qué año se casaron. Tampoco sé nada de los once o doce años que vivieron sin mí. Como no lo sabré nunca, mejor será que imagine que la rutina fue la de siempre, que quizá incluso estuvieran mejor sin mí, tanto en el aspecto económico como porque se habían librado de la preocupación de mis continuas detenciones.

Pero no pude ayudarles durante la vejez ni estuve a su lado en la hora de su muerte. Y no lo digo tanto por un sentido de culpabilidad como por ese deseo

ególatra del niño que lo empuja a seguir a sus padres a través de todos los estadios de su vida, puesto que todo niño, de un modo u otro, repite los pasos de sus padres. Podría argumentarlo diciendo que, después de todo, si uno quiere aprender de sus padres cómo será su futuro, cómo va a envejecer, también uno quiere aprender de ellos la última lección: cómo hay que morir. Pese a que uno no lo quiera, sabe que aprende de ellos, aunque sea inconscientemente. «¿También yo seré así cuando sea viejo? ¿Será hereditario ese problema cardíaco (o de otro tipo)?»

No sé ni sabré nunca cómo estuvieron mis padres durante los últimos años de su vida, ni cuántas veces sintieron miedo, ni cuántas veces se sintieron al borde de la muerte, ni si se sentían postergados, ni si esperaban que volviéramos a reunirnos los tres algún día.

—Hijo —me decía mi madre por teléfono—, la única cosa que le pido a la vida es volver a verte. Es lo único que me mantiene.

Y al cabo de un minuto:

—¿Qué estabas haciendo hace cinco minutos, antes de llamar?

—Lavaba los platos.

—¡Ah, eso está muy bien! Es una cosa muy buena eso de lavar platos. A veces es sumamente terapéutico.

4

Nuestra habitación y media formaba parte de una enorme edificación, la tercera parte de un bloque en cuanto a longitud, situada en la zona norte de un edificio de seis pisos que estaba enfrente de tres calles y de una plaza cuadrada. El edificio era uno de esos tremendos pasteles del estilo llamado morisco que en el norte de Europa marcaron el cambio de siglo. Construido en 1903, año del nacimiento de mi padre, constituyó la sensación arquitectónica del San Petersburgo de la época y en cierta ocasión Ajmatova me dijo que sus padres la habían llevado a ver aquella maravilla montada en un cochecito. Por su parte oeste, situada frente a una de las avenidas más famosas de la literatura rusa, la Perspectiva Liteini, Alexander Blok tuvo un apartamento en un momento determinado de su vida. En cuanto a nuestro edificio, vivía en él la pareja que dominó la escena literaria de la Rusia prerrevolucionaria, así como el ambiente intelectual de los emigrantes rusos

en el París de años después, durante los decenios de los años veinte y treinta: Dmitri Mereykovski y Zinaida Gippius. Fue desde el balcón de nuestra habitación y media que Zinka, igual que una larva, lanzó sus denuestos a los marineros revolucionarios.

Después de la Revolución, de acuerdo con la política de «condensar» a la burguesía, el edificio fue dividido en apartamentos, siendo adjudicada una habitación por familia. Se levantaron tabiques entre las habitaciones, que en los primeros tiempos eran de contraplacado. Más adelante, con el paso de los años, tablones, ladrillos y estuco elevaron estas divisorias a la categoría de norma arquitectónica. Si hay un aspecto infinito en el espacio, no es su expansión sino su reducción, aunque sólo sea porque la reducción del espacio, por extraño que parezca, es siempre más coherente, está mejor estructurada y tiene más nombres: celda, armario, tumba. Las ampliaciones tienen únicamente un gesto amplio.

En la U.R.S.S., el espacio vital mínimo por persona es de nueve metros cuadrados. Nosotros habríamos debido considerarnos afortunados porque, debido a la singularidad de la parte que nos correspondía en el edificio, nos tocaron un total de cuarenta metros para los tres. Este exceso tenía algo que ver con el hecho de haber conseguido aquella vivienda porque mis padres habían cedido las dos habitaciones que ocupaban en diferentes partes de la ciudad, donde vivían antes de casarse. Ese concepto del intercambio —o, mejor dicho, del cambalache, dada la finalidad del intercambio— es algo que no hay manera de hacer entender a los extranjeros, a las personas forasteras. Las leyes de la propiedad son un arcano en todo el mundo, pero las hay que son más arcano que otras, especialmente cuando la propiedad corresponde al estado. El dinero no entra para nada en el asunto, por ejemplo, ya que en un estado totalitario los grupos de renta no presentan gran variedad; dicho en otras palabras, todo el mundo es tan pobre como su vecino. Uno no compra la vivienda; a lo más, tiene derecho a la superficie equivalente a la que poseía con anterioridad. Si se trata de dos personas que deciden vivir juntas, tienen derecho al equivalente de la suma de las superficies respectivas de sus residencias anteriores. Los funcionarios de la oficina de la propiedad son los que deciden qué superficie ocupará uno. El soborno no sirve de nada, debido a que la jerarquía de esos funcionarios es, a su vez, terriblemente arcana y el impulso inicial que los mueve es darle a uno el mínimo. El cambalache dura años, durante los cuales el único aliado es la fatiga, es decir, se puede abrigar la esperanza de fatigarlos negándose uno a trasladarse a un lugar cuantitativamente inferior al que ocupaba previamente. Aparte de la pura aritmética, lo que interviene en su decisión es una gran variedad de premisas, no articuladas nunca en leyes, con respecto a la edad de uno, a su nacionalidad, a su raza, a su ocupación, a la edad y sexo de su hijo, a sus

orígenes sociales y territoriales, por no hablar además de la impresión personal que uno pueda causar, etc. Sólo los funcionarios saben lo que hay disponible, sólo ellos arbitran la equivalencia y pueden ceder o sustraer unos cuantos metros cuadrados del sitio que se les antoje. ¡Y vaya diferencia la que pueden determinar esos pocos metros cuadrados! En ellos se puede instalar una librería o, mejor aún, un escritorio.

5

Dejando aparte el exceso de trece metros cuadrados, éramos terriblemente afortunados porque el apartamento comunitario al que nos habíamos trasladado era muy pequeño. Esto quiere decir que la parte del edificio que le correspondía contenía seis habitaciones, distribuidas de tal forma que sólo daban cabida a cuatro familias y sólo estaban ocupadas por once personas, incluidos nosotros. En un apartamento comunitario, es fácil que los ocupantes alcancen la cifra de cien personas, si bien por término medio el número de habitantes está comprendido entre veinticinco y cincuenta. El nuestro era casi minúsculo.

Por supuesto que debíamos compartir un retrete, un cuarto de baño y una cocina, pero la cocina era muy espaciosa y el retrete muy decente y confortable. En cuanto al cuarto de baño, los hábitos higiénicos de los rusos son tales que permiten que once personas puedan servirse del cuarto de baño o lavar su colada básica sin apretujones de ningún tipo. El cuarto de baño estaba situado en los dos pasillos que conectaban las habitaciones con la cocina y todos nos conocíamos de memoria la ropa interior del vecino.

Los ocupantes eran buenos vecinos, tanto en el aspecto de individuos como porque todos trabajaban y estaban ausentes durante la mayor parte de la jornada. Salvo uno, no eran informadores de la policía, lo que era un buen porcentaje tratándose de un apartamento comunitario. La persona a la que me refiero, que era una mujer regordeta y desprovista de cintura, cirujana de una policlínica cercana, también estaba dispuesta a dar un consejo de carácter médico si la ocasión se terciaba, de guardarle la tanda a uno en la cola para conseguir algún alimento escaso o de echar de vez en cuando una mirada a la sopa que hervía en el fuego. ¿Cómo dice aquel verso en *The Star-Splitter* de Frost? ¿«Ser social quiere decir perdonar»?

Pese a todas las facetas despreciables que pueda tener esta forma de existencia, un apartamento comunitario tiene también su aspecto redentor, porque

orienta la vida hacia su esencia básica, la despoja de toda ilusión acerca de la naturaleza humana. Por el volumen del pedo, se sabe quién es el ocupante del retrete y se sabe también qué tomó él o ella para cenar o para desayunar. Se conocen los ruidos que hacen en la cama y cuándo tienen las mujeres el período. A menudo es en ti en quien confía el vecino para confesar sus penas y también es él quien avisa a la ambulancia cuando te da una angina de pecho o algo peor. Y será él quien te encuentre muerto un día, sentado en una silla, si vives solo, o viceversa.

¡Cuántos chistes, cuántos consejos médicos o culinarios, cuántas indicaciones sobre productos que pueden encontrarse de pronto en tal o cual tienda se intercambian en la cocina comunitaria, por las noches, mientras las mujeres preparan la cena! Allí es donde se aprenden las cosas esenciales de la vida, cazadas al vuelo, a través del rabillo del ojo... ¡Qué dramas mudos se despliegan cuando una, súbitamente, deja de hablarse con otra! ¡Qué escuela de mímica! ¡Qué honduras de emoción pueden transmitir el envaramiento de una vértebra ofendida o un perfil glacial! ¡Cuántos perfumes, aromas y olores flotan en el aire alrededor de una lágrima amarilla de cien vatios que cuelga de un cordón eléctrico enmarañado como una trenza! Esa cueva pobremente iluminada tiene algo de tribal, algo primordial, evolutivo, si se quiere, mientras los pucheros y peroles cuelgan sobre los fogones de gas como potenciales tam-tams.

6

Si recuerdo este lugar no es por la nostalgia sino porque es en él donde mi madre pasó una cuarta parte de su vida. Las familias raras veces comen fuera de casa; en Rusia, casi nunca. Yo no recuerdo a mi madre ni a mi padre sentados a la mesa de un restaurante o, lo que es lo mismo, en una cafetería. Mi madre era la mejor cocinera que he conocido, a excepción, quizá, de Chester Kallman, pero él disponía de más ingredientes. La recuerdo sobre todo en la cocina, con su delantal, la cara enrojecida y las gafas algo empañadas, apartándome de los fogones mientras yo trataba de pescar algún bocado. El labio superior le brilla por el sudor y sus cabellos cortos, teñidos de color caoba, que de otro modo serían grises, se rizan desordenadamente.

—¡Vete! —me grita—. ¡Vaya impaciencia!

Ya no la volveré a oír nunca más.

Ni tampoco veré que se abre la puerta (¿cómo se las arreglaba para abrirla llevando una cacerola con las dos manos o dos enormes pucheros?, ¿quizá apoyándolos en el pomo y aplicando su peso al mismo tiempo para hacerlo girar?) y que ella entra con la comida/cena/té/postre. Mi padre seguiría leyendo el periódico y yo no dejaría el libro a menos que me pidieran que lo hiciera. Ella sabía que toda ayuda que pudiera venir de nosotros llegaría con retraso y, en cualquier caso, sería torpe. Pero los hombres de su casa sabían más de cortesía que lo que demostraban. Incluso cuando tenían hambre.

—¿Ya vuelves a leer a Dos Passos? —observaba ella mientras ponía la mesa—. ¡A ver cuando lees a Turgueniev!

—¿Qué quieres? —decía mi padre como un eco, doblando el periódico—. Cuando uno es un haragán...

7

¿Cómo es posible que yo me vea a mí en ese escenario? Y sin embargo es así: me veo tan claramente como los veo a ellos. Vuelvo a decir que no es nostalgia de mi juventud, de mi país, no, sino que es probable que, puesto que ahora han muerto, vea su vida tal como era entonces y entonces en su vida estaba yo. Esto es lo que también ellos recordarían de mí, a menos que posean ahora el don de la omnisciencia y me estén observando en este momento, sentado en la cocina del apartamento que he alquilado a mi escuela, escribiendo todo esto en una lengua que ellos no entendían, aunque ahora quizá sean *panglot*. Ésta es su única posibilidad de verme a mí y de ver América. Y para mí es la única forma de verlos a ellos y de ver nuestra habitación.

8

El techo de nuestra habitación tenía más de cuatro metros de altura y estaba ornamentado con la misma decoración de yeso estilo morisco que, combinada con las grietas y manchas de las tuberías que de vez en cuando estallaban en el piso de arriba, lo habían transformado en el mapa detallado de alguna superpotencia o archipiélago inexistentes. Había tres grandes ventanas arqueadas a través de las cuales lo único que veíamos era el instituto del otro lado de la calle, de no ser por la ventana central, que hacía también las veces de puerta para acceder al balcón.

Desde aquel balcón se divisaba la calle en toda su longitud y su perspectiva impecable, típicamente petersburguesa, quedaba rematada por la silueta de la cúpula de la iglesia de san Panteleimón o —si uno miraba a la derecha— por la gran plaza en cuyo centro se erguía la catedral del Salvador del Batallón de la Transfiguración de Su Majestad Imperial.

En la época en que nos trasladamos a vivir a aquella maravilla morisca, la calle ya llevaba el nombre de Pestel, el líder de los decembristas que murió ejecutado. En sus orígenes, sin embargo, había llevado el nombre de la iglesia que se levantaba en su extremo más alejado y se había llamado Panteleimo-novskaya. Allí, en su extremo más lejano, la calle rodeaba la iglesia y se dirigía hacia el río Fontanka, atravesaba el puente de la Policía y conducía al Jardín de Verano. Pushkin vivió en una época en esa parte de la calle y en alguna parte de una carta dirigida a su esposa le dice que «todas las mañanas, en camisón y zapatillas, atravieso el puente y voy a dar una vuelta por el Jardín de Verano. Todo el Jardín de Verano es mi huerta...». Creo que su casa estaba en el número 11, la nuestra en el número 27, al extremo de la calle, donde desembocaba en la plaza de la catedral. Sin embargo, como el edificio se encontraba en la intersección de la calle con la legendaria Perspectiva Liteini, nuestra dirección postal era: Perspectiva Liteini n.º 24, apto. 28. Allí era donde recibíamos nuestra correspondencia y ésta era la dirección que yo escribía en los sobres que enviaba a mis padres. Si la menciono aquí no es porque tenga ninguna importancia especial sino porque es de presumir que mi pluma ya no volverá a escribirla nunca más.

9

Por extraño que parezca, el mobiliario que poseíamos era acorde tanto con el exterior como con el interior del edificio. Desplegaba tal actividad en las curvas y era tan monumental como las molduras de estuco de la fachada o los paneles y pilastras que formaban el relieve de las paredes interiores, con sus madejas de guirnalda de yeso en las que abundaban geométricos frutos. Tanto la decoración exterior como la interior eran de una tonalidad marrón claro como de cacao con leche. Sin embargo, nuestros dos armarios, enormes como catedrales, eran de roble negro barnizado; con todo, pertenecían a la misma época, que era la del cambio de siglo, al igual que el propio edificio. Posiblemente esto fue lo que predispuso favorablemente a los vecinos desde el principio en relación con nosotros, aunque el hecho demostrara imprudencia por su parte. Y éste fue, quizá, el motivo también de que, apenas después de un año de vivir en el edificio, nos diera la impresión de que

siempre habíamos vivido en él. La sensación de que los armarios habían encontrado su ambiente natural —o viceversa—, nos hizo creer que también nosotros estábamos dónde nos correspondía estar y que ya no íbamos a movernos nunca más de allí.

Aquellos grandes armarios de casi tres metros de altura, compuestos de dos pisos (habría sido preciso desmontar la cornisa de la parte superior del mueble separándola de la inferior, con sus patas de elefante, para cambiarlos de sitio), cobijaban casi todo lo que nuestra familia había ido acumulando en el curso de su existencia. La función que en otras casas cubre el desván o el sótano, corría a cargo de los armarios en la nuestra: las diferentes cámaras fotográficas de mi padre, toda la parafernalia necesaria para revelar y copiar, las mismas fotografías, platos, porcelana, ropa blanca, manteles, cajas de zapatos con los zapatos dentro —demasiado pequeños entonces para mi padre y todavía grandes para mí—, herramientas, baterías, sus viejas blusas de los tiempos de la Marina, prismáticos, álbumes familiares, suplementos ilustrados amarillentos por el paso del tiempo, sombreros y pañuelos de mi madre, unas cuantas navajas de afeitar de plata de Solingen, linternas ya fuera de uso, las condecoraciones militares de mi padre, kimonos abigarrados de mi madre, la correspondencia mutua de los dos, gemelos de teatro, abanicos y otras reliquias..., todo estaba almacenado en las cavernosas profundidades de aquellos armarios que, cuando alguien abría una de sus puertas, despedían un aroma de bolas de naftalina, para proteger el interior contra la polilla, de cuero viejo y de polvo. Sobre el estante de más abajo, como si descansaran en una repisa de chimenea, había dos botellas de cristal que contenían licores, además de una pieza de porcelana vidriada que representaba a dos pescadores chinos borrachos que llevaban a rastras su botín de pescado. Mi madre les sacaba el polvo de encima dos veces por semana.

Si vuelvo la vista atrás, pienso que el contenido de aquellas cómodas podía compararse a nuestro subconsciente común, a nuestro subconsciente colectivo, si bien en aquel tiempo no se me habría ocurrido pensarlo. Todas aquellas cosas eran, en todo caso, parte de la conciencia de mis padres, prendas de sus recuerdos, de lugares y épocas que precedían a mi existencia, de su pasado respectivo y de su pasado común, de su juventud y de su infancia, de una era distinta, casi de un siglo distinto. Y con la ventaja que aporta la mirada retrospectiva, diría incluso: prendas de su libertad, puesto que habían nacido y crecido libres, antes de aquello que la escoria necia llamaba Revolución, pero que para ellos, como para tantas generaciones, significó esclavitud.

Escribo esto en inglés porque quiero concederles un margen de libertad, un margen cuya amplitud depende del número de los que están dispuestos a leerlo. Quiero que Maria Volpert y Alexander Brodski cobren realidad bajo «un código de conciencia extranjero» y quiero que los verbos de movimiento del inglés describan sus movimientos. Esto no servirá para resucitarlos, pero, por lo menos, otras gramáticas pueden demostrar ser mejores rutas de escape de las chimeneas del crematorio estatal que el ruso. Escribir sobre ellos en ruso sería sólo ampliar su cautividad, su reducción a la insignificancia, cuyo resultado no podría ser otro que la aniquilación mecánica. Sé que no habría que comparar el estado con el idioma, pero fue en ruso que dos viejos, que se arrastraron durante doce años por las numerosas cancillerías y ministerios del estado con la esperanza de conseguir un visado para ir al extranjero a ver a su único hijo antes de que les llegara la muerte, oyeron la respuesta que les reveló que el estado consideraba aquella visita «fuera de lugar». En todo caso, hay que admitir que la repetición de una manifestación tal demuestra una cierta familiaridad con la lengua rusa por parte del estado. Por otra parte, si yo hubiera escrito en ruso todas estas cosas, las palabras no hubieran visto nunca la luz del día bajo cielo ruso. ¿Quién iba a leerlas? ¿Un puñado de emigrados cuyos padres han muerto o morirán un día en circunstancias similares? Ya conocen la canción, ya saben qué es no dejar que un hombre vea a sus padres en su lecho de muerte, ya conocen el silencio que sigue a una petición de un visado de emergencia para asistir al entierro de un familiar. Y además, es demasiado tarde: un hombre o una mujer ya han colgado el teléfono y han atravesado la puerta de sus casas para sumirse en la tarde del país extranjero, sintiendo dentro de ellos algo que ninguna lengua sabría expresar, ni ningún lamento reproducir... ¿Qué podría decirles?

¿Cómo podría consolarles? No hay ningún país que domine como Rusia el arte de la destrucción de sus súbditos y un hombre con una pluma en la mano no puede remediar la situación. No, ésta es una labor que debe hacer el Todopoderoso y para ella dispone de todo el tiempo. Que el inglés, pues, sea la lengua que cobije a mis muertos. En ruso leeré, escribiré poemas o cartas, pero para Maria Volpert y Alexander Brodski el inglés ofrece algo más parecido a la vida después de la muerte, tal vez la única que existe, salvo la mía propia. Y en lo que se refiere a esta última, escribir en esta lengua es como lavar platos: es terapéutico.

Mi padre era periodista, fotógrafo para ser más exacto, aunque también escribía artículos. Como la mayoría de las veces escribía para pequeños diarios, que de todos modos nadie leía, sus artículos empezaban generalmente con las palabras: «Nubes densas y cargadas de tormenta se ciernen sobre el Báltico...», como si pensase que el tiempo que hacía en nuestras tierras podía contribuir a que aquel inicio fuera más sensacional o pertinente. Tenía dos títulos superiores: uno de geografía, otorgado por la Universidad de Leningrado, y otro de periodismo, concedido por la Escuela de Periodismo Rojo. Se había matriculado en esta última cuando comprendió que sus posibilidades de viajar, especialmente al extranjero, eran muy improbables: era judío, era hijo del propietario de una imprenta y no pertenecía al Partido.

El periodismo —hasta cierto punto— y la guerra —esencialmente— restablecieron el equilibrio. Tuvo ocasión de visitar la sexta parte de la superficie terrestre (definición cuantitativa estándar del territorio de la URSS) y de navegar por muchas aguas. Aun cuando fue destinado a la Marina, la guerra para él empezó en 1940, en Finlandia, y terminó en 1948, en China, país al que fue enviado junto con un contingente de asesores militares encargados de colaborar con Mao en los esfuerzos que estaba realizando y de donde procedían los pescadores borrachos de porcelana y los juegos, igualmente de porcelana, que mi padre quería que pasaran a mi propiedad cuando me casara. Entre esas dos fechas estuvo escoltando a los PQ aliados en el mar de Barents, defendiendo y perdiendo Sebastopol en el mar Negro y —al ser hundida su torpedera—, uniéndose a los Marines. Durante el asedio de Leningrado fue destinado a ese frente, donde hizo las mejores fotografías que he visto en mi vida de la ciudad sitiada y donde tomó parte en el desmantelamiento del asedio. (Creo que esta fase de la guerra fue la más importante para él por el hecho de encontrarse cerca de su familia, de su casa. Pese a ello y a la proximidad, perdió su casa y a la única hermana que tenía, de las que dieron cuenta las bombas y el hambre.) Más tarde fue enviado de nuevo al mar Negro, desembarcó en la tristemente famosa Malaya Zemlya y la ocupó; después, a medida que el frente avanzaba hacia el oeste, acompañó al primer destacamento de lanchas torpederas a Rumania, desembarcó en el país y, durante un breve espacio de tiempo, llegó incluso a ser gobernador militar de Constanza.

—Nosotros liberamos Rumania —fanfarroneaba a veces, para pasar a contar después sus recuerdos sobre sus encuentros con el rey Miguel.

Aquél fue el único rey que vio en su vida; a Mao, a Chiang Kaishek, por no hablar de Stalin, los tenía por unos advenedizos.

Cualesquiera que fuesen las andanzas que vivió en China, nuestra pequeña despensa, nuestros armarios y nuestras paredes se aprovecharon considerablemente de la situación. Todos los objetos artísticos que exhibían eran de origen chino: las pinturas de corcho y acuarela, las espadas de samurai, las pequeñas pantallas de seda. Los pescadores borrachos eran la última pieza que quedaba de la abundante población de figurillas de porcelana que había traído: muñecas, pingüinos con sombrero y otras que habían ido desfilando gradualmente, víctimas a veces de un gesto impensado o de la necesidad de hacer un regalo de cumpleaños a un familiar cualquiera. Las espadas pasaron a las colecciones del estado, consideradas armas potenciales que un ciudadano consciente no podía tener en su casa, precaución que, dicho sea de paso, denotaba una razonable cautela dadas las posteriores intromisiones de la policía en nuestra habitación y media provocadas por mi presencia. En cuanto a los juegos de porcelana, de una maravillosa exquisitez incluso para mis inexpertos ojos, mi madre no quería oír hablar siquiera de poner un solo plato en nuestra mesa.

—No son cosas para patanes —nos diría, haciendo alarde de paciencia—, y eso es lo que sois vosotros, unos patanes y unos torpes.

Por otra parte, los platos de que nos servíamos normalmente eran suficientemente hermosos y, además, sólidos.

Me acuerdo de una fría y oscura tarde de noviembre de 1948, sentados mi madre y yo en la pequeña habitación de dieciséis metros cuadrados donde pasamos la guerra y la posguerra. Aquel día mi padre regresaba de China. Recuerdo el sonido repentino del timbre, mi madre y yo precipitándonos al rellano débilmente iluminado y, de pronto, negro con los uniformes de los marinos: mi padre, su amigo y compañero, el capitán F.M., y un puñado de marineros que se introducen por el pasillo, cargados con tres enormes cajas, dentro de las cuales están los tesoros chinos, rodeadas por los cuatro costados por gigantescos personajes chinos que parecen pulpos. Y un poco más tarde, el capitán F.M. y yo, sentados a la mesa, mientras mi padre desembala las cajas, mi madre con su vestido amarillo y rosa de crespón, sus zapatos de tacón alto, las manos entrelazadas y exclamando: «*Ahí oh wunderbar!*», así, en alemán, la lengua de su infancia letona y del trabajo que entonces realizaba —intérprete en un campamento de prisioneros de guerra alemanes—, y el capitán F.M., un hombre alto y nervudo, con su blusa de color azul

oscuro sin botones, sirviéndose una copa de una botella y guiñándome el ojo, como si yo fuera una persona mayor. En el alféizar de la ventana están sus cinturones con áncoras en las hebillas y las Parabellums metidas en las fundas, y mi madre lanza un hondo suspiro a la vista de un kimono. La guerra ha terminado, ha llegado la paz..., soy demasiado pequeño para devolver el guiño al capitán.

13

Ahora tengo exactamente la misma edad que tenía mi padre aquella tarde de noviembre: cuarenta y cinco años. Estoy viendo de nuevo la escena con una claridad extraña, como si la contemplara con una lente de alta definición, pese a que todos sus participantes, salvo yo, han muerto. Veo tan perfectamente al capitán F.M. que ahora puedo devolverle el guiño... ¿Debía ser todo así? ¿Hay en esos guiños, hechos a través del espacio de casi cuarenta años, algún sentido, alguna intención que ahora se me escapa? ¿Es así la vida? Y en caso contrario, ¿por qué esta claridad, de qué sirve? La única respuesta que se me ocurre es ésta: para que ese momento exista, para que no sea olvidado cuando los actores hayan desaparecido, incluso yo mismo, y entonces quizá puedas entender cuan preciosa fue la llegada de la paz. En casa de una familia. Y en virtud de la misma razón, para que sepas qué son los momentos, ya se trate de la llegada del padre o de desembalar una caja. De aquí esa claridad hipnótica. O tal vez sea porque tú eres hijo de un fotógrafo y tu memoria no hace sino revelar una película que filmaron tus dos ojos hace casi cuarenta años. Y por esto entonces no pudiste devolver aquel guiño.

14

Mi padre llevó el uniforme de la Marina aproximadamente dos años más. Y fue en ese tiempo cuando mi infancia empezó de verdad. Mi padre era el funcionario encargado del departamento de fotografía del Museo de la Marina, situado en el edificio más hermoso de toda la ciudad. Lo que equivale a decir, de todo el imperio. El edificio había sido en otro tiempo la Bolsa: un edificio mucho más griego que ningún Partenón y, por otra parte, mucho mejor situado, en el extremo de la isla de Basilio, que se proyecta hacia el interior del río Neva en su tramo más ancho.

Algunas tardes, a la salida de la escuela, atravesaba la ciudad hasta el río,

pasaba el puente del Palacio y me iba corriendo hasta el museo para recoger a mi padre y volver a casa con él. Cuando lo pasaba mejor era las veces en que estaba de servicio por la tarde y el museo ya estaba cerrado. Mi padre aparecía por el largo pasillo de mármol y avanzaba hacia mí en todo su esplendor, con el brazal azul-blanco-y-azul de los oficiales de servicio en el brazo izquierdo, la Parabellum enfundada, colgada del cinturón y balanceándose a su derecha, la gorra de la Marina con su visera lacada y su «ensalada» de oro cubriéndole aquella cabeza con su desconcertante calvicie.

—¡Saludos, comandante! —le gritaba yo, puesto que ésta era su graduación.

El sonreía, orgulloso, y como todavía le quedaban una o dos horas de servicio, me dejaba errar solo por el museo.

Estoy plenamente convencido de que, aparte de la literatura de los dos últimos siglos y, quizá, la arquitectura de la antigua capital, la única cosa de la que Rusia puede enorgullecerse es de la historia de su Marina. Y ello no por sus espectaculares victorias, puesto que cuenta con pocas, sino por la nobleza del espíritu que informó su empresa. Llámesele idiosincrasia o incluso psicofantasia, pero este invento del único emperador ruso dotado de imaginación, Pedro el Grande, se me antoja un cruce entre la literatura a la que antes me he referido y la arquitectura. Creada según el modelo de la Marina británica, pero menos funcional que decorativa, más inclinada por el espíritu al gesto heroico y al propio sacrificio que a la supervivencia a toda costa, esa Marina fue ciertamente una creación fantástica: una visión de un orden perfecto, abstracto casi, nacida en las aguas de los océanos del mundo, que no habría podido alcanzarse en ningún otro lugar del suelo ruso.

Un niño es ante todo un esteta: reacciona ante las apariencias, las superficies, las formas y figuraciones. Difícilmente encontraría nada en mi vida que me haya gustado tanto como aquellos almirantes recién afeitados, puestos de frente y de perfil, enmarcados en oro y asomados a un bosque de mástiles, que se erguían sobre maquetas de barcos aspirantes al tamaño natural. Con sus uniformes de los siglos dieciocho y diecinueve, sus chorreras o sus cuellos altos, sus charreteras con flecos como escobones, sus patillas y sus anchas bandas azules atravesadas sobre el pecho, tenían todo el aire de ser los instrumentos de un ideal perfecto y abstracto, en nada menos precisos que los astrolabios montados en bronce, las brújulas, los catalejos y los sextantes que relucían a su alrededor. ¡Sabían calcular la situación de una persona bajo los astros con un margen de error más pequeño que sus amos! Y uno no podía por menos que desear que gobernasen también las aguas humanas:

ponerse a merced de los rigores de su trigonometría antes que de la burda planimetría de los ideólogos, ser una ficción de la visión, tal vez de un espejismo, en lugar de ser parte de la realidad. Estoy convencido de que hoy en día sería mucho mejor para el país que no tuviera como enseña nacional esa obscena ave imperial bicéfala ni esa hoz y ese martillo vagamente masónicos, sino la bandera de la marina rusa: nuestra gloriosa e incomparablemente hermosa bandera de san Andrés, la cruz azul en diagonal sobre fondo blanco virginal.

15

De vuelta a casa, mi padre y yo entrábamos en alguna tienda para comprar comida o material fotográfico (película, productos químicos, papel) o nos deteníamos ante los escaparates. Mientras hacíamos camino en dirección al centro de la ciudad, me hablaba acerca de la historia de ésta o aquella fachada, de lo que había aquí o allí antes de la guerra o del año 1917. Me informaba de quién era el arquitecto, el propietario, el ocupante, de qué había sido de ellos y, en su opinión, por qué habían tenido aquel destino. Aquel comandante de la marina de un metro ochenta de altura sabía un montón de cosas sobre la vida de la ciudad y ocurrió que yo fui viendo gradualmente su uniforme como un disfraz; para decirlo con más exactitud, la idea de la distinción entre forma y contenido había empezado a echar raíces en mi cerebro de colegial. Su uniforme tenía mucho que ver con ese efecto, no menos que el contenido de aquellas fachadas que me iba señalando con el dedo. Por supuesto que, en mi mente de niño, esa disparidad se reflejaría en una invitación a la mentira (no es que la necesitara precisamente), aunque a un nivel profundo me parece que me enseñó el principio de cubrir las apariencias prescindiendo de lo que pudiera ocurrir en el interior.

En Rusia, es raro que los militares cambien el uniforme por el traje civil, ni siquiera en casa. Se trata en parte de una cuestión de armario ropero, que en ningún caso es muy abundante; sin embargo, tiene que ver en gran parte con el concepto de autoridad implícito en el uniforme y, por esa misma vía, con la posición social. Mucho más aún cuando uno es oficial. Hasta los mismos desmovilizados o los militares retirados suelen llevar durante un cierto tiempo, ya sea en casa, ya en público, ésta o aquella prenda perteneciente a su atavío militar: una camisa con hombreras, unas botas altas, una gorra, un capote, como para indicar a los demás (o para recordárselo a sí mismos) el grado de adscripción: aquél que ha servido una vez, servirá siempre. Viene a ser como el clero protestante de estas tierras y, en el caso de los marinos, la similitud todavía es más acusada debido al alzacuello

blanco.

En uno de los cajones del armario guardábamos cuellos a montones, de plástico y de algodón; años más tarde, cuando yo cursaba séptimo grado y fue impuesto uniforme a los colegiales, mi madre los cortó y cosió al cuello fijo de mi blusa color gris rata. Aquel uniforme era también paramilitar: blusa, cinturón con hebilla, pantalones a juego, gorra con visera lacada. Cuanto más pronto empieza uno a identificarse como soldado, mejor para el sistema. A mí no me importaba, pese a que me molestaba el color, que me recordaba la infantería o, peor aún, la policía. De ningún modo podía casar con el capote de mi padre, negro como un pozo, con sus dos hileras de botones amarillos que hacían pensar en una avenida por la noche. Y, cuando se lo desabrochaba, la blusa azul marino debajo, con otra hilera de botones iguales que los otros: una calle de noche, ésta débilmente iluminada. «Una calle dentro de una avenida»... esto es lo que pensaba de mi padre, observándolo de soslayo mientras recorríamos el camino desde el museo a casa.

16

Aquí, en el patio de South Hadley, tengo dos cornejas. Son bastante grandes, casi del tamaño de un cuervo, y son lo primero que veo cuando llego en coche a casa o cuando salgo de ella. Aparecieron por aquí una después de la otra: la primera llegó hace dos años, cuando murió mi padre. O por lo menos fue entonces cuando advertí su presencia. Siempre aparecen o aletean por los alrededores una al lado de la otra y la verdad es que son muy silenciosas para ser cornejas. Yo trato de no mirarlas; o por lo menos trato de no observarlas. Pese a todo, he observado que suelen permanecer en el pequeño pinar que, sobre un terreno ondulado que cubre unos trescientos metros, se extiende desde el patio trasero de mi casa hasta una pradera que bordea un barranco con un par de enormes piedras en el borde. Yo no voy nunca por aquellos alrededores, porque sé que encontraría a las cornejas, dormidas sobre aquellas dos piedras tomando el sol. Tampoco he querido buscar su nido. Son dos pájaros negros, pero he observado que tienen la parte interna de las alas del color de la ceniza. La única vez que no las veo es cuando llueve.

17

Creo que fue en 1950 cuando mi padre fue desmovilizado de acuerdo con

alguna norma del Politburó que decretaba que todo aquel que tuviera orígenes judíos no podía ostentar graduaciones militares elevadas. Si no me equivoco, la ley fue aplicada por Andrei Zdanov, en aquel entonces al mando del control ideológico de las fuerzas armadas. Mi padre tenía entonces cuarenta y siete años y, por así decirlo, tuvo que iniciar una nueva vida. Decidió volver al periodismo y dedicarse de nuevo a hacer reportajes fotográficos. Sin embargo, para ejercer esa profesión debía ser contratado por una revista o un periódico. Pero esto era difícil, porque eran los años cincuenta y corrían malos tiempos para los judíos. La campaña contra los «cosmopolitas sin raíces» arreciaba con todo su empuje. Después, en 1953, se produjo el «caso de los doctores», que si no terminó en el baño de sangre habitual fue únicamente porque su instigador, el propio camarada Stalin, cuando el caso se encontraba en su punto más bajo, estiró repentinamente la pata. Poco tiempo antes, sin embargo, el aire se había llenado de rumores acerca de las represalias que estaba planeando el Politburó contra los judíos y corría la voz de que todas aquellas criaturas del «párrafo cinco» serían confinadas al este de Siberia, a la zona conocida como Birobidyan, junto a la frontera con China. Incluso circulaba una carta, firmada por los individuos más notables del «párrafo cinco» —campeones de ajedrez, compositores y escritores— en la que se imploraba del Comité Central del Partido y del camarada Stalin en persona que permitiera que los judíos pudiéramos redimir con trabajos forzados en remotos lugares del país el daño inmenso que habíamos infligido al pueblo ruso. La carta debía aparecer en *Pravda* a manera de pretexto para la deportación.

Pero lo que apareció en *Pravda* fue la noticia de la muerte de Stalin, si bien por aquel entonces ya estábamos preparándonos para el viaje e incluso habíamos vendido nuestro piano vertical, que de todos modos ningún miembro de la familia sabía tocar (pese al pariente lejano que mi madre invitó para que me enseñara a tocarlo, yo no tenía el más mínimo talento y mucho menos la paciencia necesaria). En cualquier caso, dado el ambiente, las posibilidades que tenía un judío y, por añadidura, una persona ajena al Partido, de ser contratado por una revista o un periódico eran de lo más exiguo, por lo que mi padre se quedó en la calle.

Durante unos años estuvo ofreciéndose como colaborador independiente por todo el país, bajo contrato de la Exposición Sindical Agrícola de Moscú. Esto hacía que de vez en cuando tuviésemos en nuestra mesa maravillas tales como tomates de cuatro libras o híbridos manzana-pera. Sin embargo, la retribución era ridícula y si conseguíamos salir adelante era gracias al sueldo que cobraba mi madre como empleada del consejo de desarrollo del municipio. Aquéllos fueron años de gran escasez y coinciden con la época en que mis padres empezaron a enfermar. Pese a todo, mi padre seguía haciendo honor a su carácter gregario y a

menudo me llevaba a ver a sus antiguos camaradas de la Marina, dedicados entonces a dirigir un club de navegación, a cuidar de los viejos astilleros, a entrenar a los jóvenes. Tenía gran número de amigos y todos, invariablemente, se alegraban de verlo (en toda mi vida nunca he conocido a nadie, hombre ni mujer, que tuviera una queja contra él). Uno de estos amigos, editor en jefe del periódico destinado a la sección regional de la Marina mercante, un judío que tenía un nombre de resonancias rusas, lo contrató finalmente y, hasta que mi padre se jubiló, estuvo trabajando para aquella publicación en el puerto de Leningrado.

Así pues, la mayor parte de su vida se la pasó de pie («los reporteros, como los lobos, viven de sus patas», solía decir), entre barcos, marineros, capitanes, grúas, cargueros. Como telón de fondo siempre tenía detrás de sí la rizada lámina de zinc del agua, los mástiles, el negro casco metálico de la popa de un barco con las primeras o las últimas letras blancas que declaraban su puerto de origen. Salvo en invierno, llevaba siempre la negra gorra de marino con su visera lacada. Le gustaba estar cerca del agua, adoraba el mar. En un país como aquél, es lo que está más cerca de la libertad: basta a veces con mirarlo, cosa que él hacía, y con fotografiarlo, cosa que hizo durante gran parte de su vida.

18

Aunque en grados variables, todos los niños anhelan llegar a mayores y ansian salir de sus casas, abandonar la opresión del nido. ¡Salir! ¡Vivir la verdadera vida! Ir hacia el ancho mundo, hacia la vida siguiendo las propias directrices.

Con el tiempo se acaba haciendo realidad su deseo y, durante un cierto período, se siente absorbido por nuevos panoramas, lanzado a construir su propio nido, a crear su propia realidad.

Pero llega un día en que, dominada, la nueva realidad, implantadas sus propias directrices, se da cuenta de pronto de que su nido ha desaparecido, de que aquellos que le dieron la vida han muerto.

Es un día en que se siente como un efecto que se hubiera quedado repentinamente sin causa. La enormidad de la pérdida la hace incomprensible. Su mente, desnuda de improviso como resultado de la pérdida, se encoge, lo que hace que aumente todavía más la magnitud de aquella pérdida.

Advierte entonces que su búsqueda juvenil de «la verdadera vida», su

abandono del nido, ha dejado indefenso aquel nido. Sin embargo, aunque no está bien, achaca la culpa a la naturaleza.

De lo que no puede culpar a la naturaleza es del descubrimiento de que su obra, la realidad de su hazaña, es menos válida que la realidad del nido que abandonara un día, puesto que si en su vida ha habido algo real es precisamente aquel nido, tan opresivo y sofocante, del que tanto anhelaba huir. Porque estaba construido por *otros*, por aquéllos que le dieron la vida, no por él, que demasiado bien conoce el verdadero valor de sus propios trabajos que, para decirlo de algún modo, no hacen otra cosa que *usar* la vida que se le ha dado.

El sabe con qué voluntad, con qué intención y premeditación ha hecho todo cuanto ha hecho y cómo, al final, todo resulta provisional. Y, aun cuando perdure, el mejor uso que puede darle es el de demostración de su capacidad, para poder fanfarronear.

Pese a todo, por mucha que fuera su capacidad, nunca podrá reconstruir aquel nido tan sólido que tuvo en otro tiempo, en el que se oyó su primer grito de vida, como tampoco podrá reconstruir a aquellos que lo pusieron en él. Es un efecto, pero no puede reconstruir la causa.

19

El elemento más voluminoso de nuestro mobiliario o, por lo menos, el que ocupaba más espacio, era la cama de mis padres, a la que creo que debo la vida. Era una pieza enorme, de tamaño excepcional, cuyos relieves también armonizaban hasta cierto punto con todo lo demás, pese a estar realizados de acuerdo con un estilo más moderno. Estaba presente en ella el mismo motivo vegetal, por supuesto, pero la ejecución oscilaba entre el Art Nouveau y la versión comercial del Constructivismo. Aquella cama era objeto de un especial orgullo por parte de mi madre, ya que la había comprado en 1935, antes de que se casara con mi padre, al descubrirla, junto con un tocador a juego, provisto de tres espejos, en la tienda de un carpintero de segunda fila. La mayor parte de nuestra vida había gravitado alrededor de aquella cama y los momentos más decisivos de nuestra familia se habían ventilado sentados los tres, no alrededor de la mesa, sino en aquella inmensa superficie, yo a los pies y mis padres en la cabecera.

Para la media rusa, aquella cama era un verdadero lujo. Yo había pensado a

menudo que había sido precisamente aquella cama lo que había inducido a mi padre a casarse, pues le gustaba demorarse en ella más que nada en el mundo. Incluso cuando él y mi madre se sumían en la más amarga acrimonia, la mayoría de las veces por culpa del presupuesto familiar («¡Tienes la maldita costumbre de vaciar toda la bolsa en el colmado!», echaba en cara a mi madre la indignada voz de mi padre, que llegaba hasta mi «media habitación» desde su «habitación entera» viajando por encima de las estanterías de libros. «¡Estoy harta, lo que se dice harta después de aguantar treinta años tu tacañería!», le replicaba mi madre), incluso entonces mi padre se mostraba reacio a salir de la cama, especialmente por las mañanas. Había quien nos había ofrecido unos buenos dineros por aquella cama, que en realidad ocupaba demasiado espacio dado lo exiguo de nuestra vivienda, pero pese a lo apurados que pudieran estar, mis padres no habían contemplado nunca aquella posibilidad. La cama era realmente excesiva, pero a mí me parece que a ellos les gustaba precisamente por esto.

Recuerdo verlos dormidos en ella, cada uno en su lado, dándose la espalda y con una cama colmada por mantas arrugadas entre los dos. Los recuerdo leyendo en la cama, hablando, tomándose sus píldoras, luchando con ésta o aquella enfermedad. La cama los enmarcaba para mí en su espacio más seguro y a la vez más indefenso. Esa era su madriguera particular, su última isla, su espacio inviolable —por nadie, salvo por mí— en el universo. Dondequiera que se encuentre en estos momentos, ha quedado reducida a un vacío dentro del orden mundial: un vacío de dos metros por metro y medio. Era de arce marrón claro, estaba barnizada y nunca crujía.

Mi media habitación estaba conectada con la suya por medio de dos grandes arcos que casi llegaban al techo y que yo trataba constantemente de llenar con diversas combinaciones de estanterías y maletas, al objeto de separar mi cuarto del de mis padres y de conseguir una cierta intimidad. Y si digo «cierta» es porque la altura y anchura de aquellos arcos, aparte de la configuración morisca de su borde superior, eliminaban cualquier posibilidad de gozar de la misma, a menos, por supuesto, de haber rellenado el espacio con ladrillos o de cubrirlo con planchas de madera. Pero esto habría sido contrario a la ley, puesto que entonces habríamos tenido dos habitaciones en lugar de la habitación y media que la orden emitida por el instituto de la vivienda nos había concedido. Dejando aparte las frecuentes visitas del inspector de nuestra casa, nuestros vecinos, pese a estar en buenos términos con

nosotros, habrían informado en poco tiempo del hecho a las autoridades pertinentes.

Había que idear un paliativo y a ello me estuve aplicando a partir de los quince años. Discurrí toda suerte de disparatadas soluciones y en cierta ocasión llegué a imaginar la construcción de un acuario de tres metros y medio de altura en el centro del cual habría una puerta que conectaría mi media habitación con su habitación. Ni que decir tiene que tamaña proeza arquitectónica estaba por encima de mis posibilidades. La solución, pues, estribaba en la acumulación de estanterías por el lado que me correspondía y en capas y más capas de cortinas por el de mis padres. Como es lógico pensar, a ellos no les gustaba la solución ni la naturaleza del problema en sí.

Los amigos y amigas, sin embargo, crecían en número más lentamente que los libros, aparte de que estos últimos se quedaban en su sitio. Teníamos dos armarios, provistos de espejos, que cubrían las puertas en toda su altura, y, aparte de este detalle, absolutamente anodinos. Sin embargo, eran bastante altos y solucionaban la mitad del problema. A su alrededor y sobre ellos construí los estantes, dejando una estrecha abertura a través de la cual mis padres podían colarse en mi habitación y viceversa. A mi padre no le gustaba nada el arreglo, sobre todo desde que en el extremo más alejado de mi media habitación se había arreglado una cámara oscura en la que realizaba todos sus trabajos de revelado y copiado, es decir, los trabajos de los que procedían gran parte de los medios para nuestra subsistencia.

En aquel extremo de mi media habitación había una puerta que yo utilizaba para entrar y salir cuando mi padre no trabajaba en su cámara oscura.

—Así no tengo que molestaros —les decía a mis padres, pese a que en realidad lo hacía para evitar su escrutinio y la necesidad de presentarles a mis invitados o éstos a ellos. Para disimular la naturaleza de aquellas visitas, solía hacer funcionar un gramófono eléctrico, causante de que mis padres acabaran con el tiempo por odiar a Bach.

Tiempo después, cuando aumentaron espectacularmente tanto los libros como la necesidad de gozar de intimidad, subdividí mi media habitación ideando una nueva colocación de los armarios y haciendo que separaran mi cama y mi escritorio de la cámara oscura. Introduje entre ellos un tercer armario que teníamos en el corredor sin que desempeñara en él ninguna función particular. Arranqué de él la pieza trasera y dejé intacta la puerta, lo que tuvo por resultado que la persona

que quería entrar en mi *Lebensraum* tuviera que hacerlo a través de dos puertas y una cortina. La primera puerta era la que daba al corredor, después de lo cual uno se situaba en la cámara oscura de mi padre y, levantando una cortina, se encontraba ante la puerta del armario, que debía abrir. En la parte superior de los armarios amontoné todas las maletas que teníamos y, pese a que eran muchas, no alcanzaban el techo. El efecto total era el de una barricada, detrás de la cual, sin embargo, el chico se encontraba seguro y la Mariana de turno podía mostrarle algo más que el pecho.

21

La mala impresión que aquellas transformaciones habían producido en mi padre y mi madre mejoró un tanto cuando empezaron a oír el ruido de la máquina de escribir que llegaba hasta ellos a través del parapeto. La abundancia de cortinajes lo amortiguaba bastante, pero no totalmente. La máquina de escribir, provista de tipos rusos, también formaba parte del lote que mi padre había traído de China, aunque poco podía esperar que sería su hijo quien sacaría partido de ella. La tenía sobre mi mesa, encajada en el rincón formado por la antigua puerta, tapada con ladrillos, que antes conectaba nuestra habitación y media con el resto del edificio. ¡Y aquí es dónde las cosas salieron a la medida de mis deseos! Como mis vecinos tenían un piano colocado al otro lado de esa puerta, fortifiqué contra las escalas de su hijita la parte que correspondía a mi habitación con una pared de estanterías para libros, que descansaban sobre mi escritorio y se amoldaban perfectamente al hueco.

Dos armarios con sus espejos y un paso entre ellos, a un lado; el alto ventanal con su cortina y el alféizar situado medio metro por encima de mi espaciosa cama turca, color marrón oscuro y sin cojines, al otro; el arco, relleno hasta sus bordes moriscos con las estanterías, detrás; la librería que ocupaba el hueco de la puerta y mi escritorio con la Royal Underwood encima, delante de mis narices: esto era mi *Lebensraum*. Mi madre se encargaba de limpiarla, mi padre la atravesaba durante sus idas y venidas a la cámara oscura; y de vez en cuando él o ella acudían a refugiarse en mi sillón gastado, pero cómodo, después de uno de sus altercados. Aparte de esto, aquellos diez metros cuadrados eran míos y fueron los mejores diez metros cuadrados que he conocido en mi vida. Si el espacio tiene mente propia y genera su distribución, existe la posibilidad de que esos metros cuadrados también me recuerden con cariño. Especialmente ahora, bajo diferentes pies.

Estimo que a los rusos nos es más difícil aceptar la ruptura de vínculos que a nadie en el mundo. Después de todo, somos un pueblo muy afincado en nuestra tierra, más incluso que otros habitantes del continente —alemanes, franceses—, que se mueven de aquí para allá mucho más que nosotros, aunque sólo sea por el hecho de que tienen coches y carecen de fronteras propiamente dichas. Para nosotros, un piso es para toda la vida, una ciudad es para toda la vida, un país es para toda la vida. Por consiguiente, los conceptos de permanencia son más fuertes, como también la sensación de pérdida. Con todo, si una nación ha perdido en medio siglo casi sesenta millones de almas por culpa de su carnívoro estado (cifra que incluye los veinte millones que sucumbieron en la guerra) quiere decir que es capaz de superar su sentido de la estabilidad, aunque sólo sea porque esas pérdidas se produjeron debido al statu quo.

Así es que, si uno se demora en estas cosas, no lo hace necesariamente para obrar de acuerdo con la constitución psicológica de su tierra nativa. A lo mejor el responsable de esta efusión es exactamente lo contrario: la incompatibilidad del presente con el material de los recuerdos. Supongo que la memoria refleja la calidad de la propia realidad en no menor grado que el pensamiento utópico. La realidad que afronto no tiene ninguna relación ni correspondencia con la habitación y media ni con sus habitantes, todo ello ubicado al otro lado del océano y, en la actualidad, inexistente. En lo tocante a alternativas, no se me ocurre nada más diametralmente opuesto que lo que ahora tengo. La diferencia es la que existe entre dos hemisferios, entre el día y la noche, entre un paisaje urbano y una panorámica campestre, entre la muerte y la vida. Los únicos puntos en común son mi cuerpo y una máquina de escribir, aunque ésta de diferente factura y con tipos diferentes.

Supongo que, si hubiera vivido cerca de mis padres durante los últimos doce años de su vida, si hubiera estado a su lado en el momento de su muerte, el contraste entre el día y la noche o entre una calle de una ciudad rusa y un callejón de un pueblo americano no sería tan marcado; la acometida de la memoria cedería el paso a la del pensamiento utópico. El paulatino desgaste habría ido adormeciendo los sentidos y me habría hecho ver la tragedia como un hecho natural y que la dejara detrás de mí como un incidente lógico. Pero pocas cosas hay más fútiles que sopesar las opciones que uno ha tenido de manera retrospectiva; lo bueno de una tragedia artificial es que hace que uno preste atención al artificio. Los pobres suelen utilizarlo todo: yo utilizo mi complejo de culpabilidad.

Se trata de un sentimiento fácilmente dominable. Después de todo, todos los hijos se sienten culpables en relación con sus padres, aunque sólo sea porque saben que morirán antes que ellos. En consecuencia, lo único que se necesita para aliviar esta sensación de culpabilidad es que mueran por causas naturales: de una enfermedad, de viejos o de ambas cosas. Pero, ¿puede uno hacer extensiva esta ausencia de compromiso a la muerte de un esclavo? ¿De alguien que nació libre, pero cuya situación de libertad se ha visto alterada?

Restrinjo la definición de esclavo no por razones académicas ni por falta de generosidad, y estoy dispuesto a aceptar que un ser humano nacido en situación de esclavitud sabe de la libertad por razones genéticas o por razones intelectuales, por lecturas o de oídas, pero debo añadir que su ansia genética de libertad es, como todas las ansias, incoherente hasta cierto punto, puesto que no se trata de recuerdo real de su mente ni de sus miembros. De ahí la crueldad y la ciega violencia de tantas revueltas, de ahí también sus derrotas, o sea, sus tiranías. La muerte, para un esclavo de esa condición o para sus parientes próximos, tiene que ser como una liberación (la famosa frase de Martin Luther King Jr.: «¡Libre! ¡Libre! ¡Por fin, libre!»).

¿Qué habría que decir, sin embargo, del que ha nacido libre, pero muere como esclavo? Dejando al margen los conceptos eclesiásticos, ¿pensará también en la muerte como en un alivio? Pues, es posible, pero es más probable que la vea como el insulto final, como el último e irreversible robo de su libertad. Y así es como lo ven sus parientes o como lo ve su hijo, puesto que esto es lo que es: el robo final.

Me acuerdo de que una vez mi madre fue a la estación para comprar un billete en dirección al sur: iba al Sanatorio de Aguas Minerales. Después de dos años de trabajo en la oficina municipal de desarrollo, iba a disfrutar de veintiún días de vacaciones y había proyectado ir al sanatorio para someter a una cura su hígado enfermo (nunca llegó a saber que padecía cáncer). Cuando estaba haciendo la larga cola necesaria para sacar el billete, después de tres horas de espera descubrió que le habían robado el dinero que reservaba para el billete: cuatrocientos rublos. Estaba desconsolada. Volvió a casa y, de pie en la cocina comunitaria, se puso a llorar y a llorar sin parar. Yo la llevé a nuestra habitación y media, se tumbó en la cama y siguió llorando. El motivo de que recuerde este hecho es que ella no lloraba nunca, salvo en los entierros.

Al final, mi padre y yo acudimos con el dinero y pudo ir al sanatorio. Pero no era por el dinero perdido por lo que lloraba... Las lágrimas no eran frecuentes en nuestra familia y la afirmación también es válida, hasta cierto punto, para toda Rusia:

—Guarda las lágrimas para ocasiones más importantes —solía decirme ella cuando yo era pequeño.

Y me temo que he sabido hacerlo más de lo que ella habría deseado.

Me imagino que mi madre tampoco aprobaría que yo escriba esas cosas y, por supuesto, tampoco mi padre. Era un hombre orgulloso. Siempre que se cernía sobre él algo reprobable o temible, su rostro adoptaba una expresión desabrida, pero al mismo tiempo retadora. Como si, ante el umbral de algo que sabía más fuerte que él, dijera:

—¡Inténtalo!

En ocasiones así, solía hacer una observación, observación que iba acompañada de su sometimiento:

—¿Qué se puede esperar de esta gentuza?

No se trataba de ningún tipo de estoicismo: no había sitio para ninguna postura filosófica, por minimalista que fuera, en la realidad de aquel tiempo, que comprometiera cualquier convicción o escrúpulo exigiendo sumisión total a la suma de sus contrarios. (Sólo los que no volvieron de los campos podían alegar intransigencia; los que volvieron eran en todo tan dúctiles como los demás.) Y en cambio, no era cinismo, sí simplemente un intento de mantener alta la cabeza en una situación de total deshonor, de mantener abiertos los ojos. He aquí por qué las lágrimas estaban fuera de lugar.

Los hombres de aquella generación eran los hombres del o esto/o aquello. A

ojos de sus hijos, mucho más versados que ellos en transacciones con la propia conciencia (muy provechosas en ocasiones), aquellos hombres parecían bobalicones. Como he dicho, no tenían mucha conciencia de su propia persona.

Nosotros, sus hijos, fuimos educados —o, mejor, nos educamos a nosotros mismos— en la creencia de la complejidad del mundo, en la importancia del matiz, de las sugerencias, de las zonas grises, de los aspectos psicológicos de las cosas. Ahora, llegados a la edad que nos hace iguales a ellos, adquirida la misma masa física y con vestidos de la misma talla que ellos llevaban, vemos que todo se reduce precisamente al o esto/o aquello, al principio del sí/no. Nos llevó casi una vida entera entender lo que ellos, al parecer, habían sabido desde el principio: que el mundo es un lugar sumamente desapacible y que no merece nada mejor. Aquel «sí» y «no» abarca muy bien, sin dejar nada fuera, toda aquella complejidad que nosotros descubríamos y estructurábamos con tanta fruición y que casi nos costó nuestra voluntad.

26

De haber buscado un lema para su existencia, habrían podido adoptar unos versos de una de las *Elegías del norte*, de Ajmatova:

Como un río, fui desviada por mi poderosa era
Cambiaron mi vida: seguí adelante por un valle distinto, a través de otros paisajes.
Y no conozco mis orillas ni sé dónde están.

Nunca me hablaron mucho de su infancia, ni de sus familias, ni de sus padres, ni de sus abuelos. Lo único que sé es que uno de mis abuelos (por parte de mi madre) era viajante de comercio de la casa Singer de máquinas de coser y que se dedicaba a introducirlas en las provincias bálticas del imperio (Lituania, Letonia, Polonia) y que el otro (el de la familia de mi padre) era propietario de una imprenta en San Petersburgo. Aquella reticencia tenía menos que ver con la amnesia que con la necesidad de ocultar sus orígenes de clase durante aquella poderosa era, con el solo objeto de sobrevivir. El verbo cautivador de mi padre se veía rápidamente interrumpido en sus recuerdos acerca de los esforzados tiempos de sus estudios secundarios por la amonestadora mirada de los ojos grises de mi madre. Y ella, a su vez, no parpadeaba siquiera al escuchar por la calle o de boca de mis amigos una expresión francesa ocasional, pese a que un día la encontré con una edición francesa de mis obras. Nos miramos, volvió a dejar en silencio el libro en el estante y salió de

mi *Lebensraum*.

Un río desviado que corría hacia un estuario ajeno, artificial. ¿Podría alguien atribuir su desaparición a causas naturales? Y en caso afirmativo, ¿qué decir de su curso? ¿Cómo hay que ver el potencial humano, reducido y dirigido erróneamente desde el exterior? ¿Quién podría explicar de dónde ha sido desviado? ¿Hay alguien que pueda? Y mientras hago estas preguntas no pierdo de vista el hecho de que esta vida limitada y mal dirigida puede producir a lo largo de su curso otra vida, la mía por ejemplo, que, a no ser precisamente por esta reducción de opciones, no habría tenido lugar, para empezar, y no se habrían hecho estas preguntas. No, soy consciente de la ley de la probabilidad. No es que desee que mis padres no se hubieran conocido. Hago estas preguntas precisamente porque soy tributario de un río dirigido, desviado. En definitiva, supongo que estoy hablando conmigo mismo.

¿Así que cuándo y dónde, me pregunto, la transición de la libertad a la esclavitud adquiere la condición de inevitabilidad? ¿Cuándo se hace aceptable, sobre todo para un espectador inocente? ¿A qué edad es más perjudicial la intervención en la libertad de una persona? ¿A qué edad deja menos rastro en el recuerdo? ¿A los veinte años? ¿A los quince? ¿A los diez? ¿A los cinco? ¿En el seno materno? Preguntas retóricas éstas, ¿no es verdad? No del todo. Un revolucionario o un conquistador, por lo menos, conocería la respuesta adecuada. Gengis Jan por ejemplo, la sabía: eliminó a todo aquél cuya cabeza sobrepasase el eje de la rueda de su carro. Cinco, entonces. Pero el 25 de octubre de 1917 mi padre ya tenía catorce años y mi madre doce. Ella sabía algo de francés; él conocía el latín. Y ésta es la razón de que me haga estas preguntas. Es la razón de que hable conmigo mismo.

Las tardes de verano teníamos abiertos nuestros tres ventanales y la brisa que venía del río intentaba adquirir la categoría de objeto en las cortinas de tul. El río no estaba lejos, apenas un paseo de diez minutos desde nuestra casa. Nada estaba muy lejos: el Jardín de Verano, el Ermitage, el Campo de Marte. Mis padres rara vez salían a dar un paseo, ni juntos ni separados, ni siquiera cuando eran más jóvenes. Después de pasarse el día entero de pie, a mi padre lo que menos le apetecía era patearse las calles. En cuanto a mi madre, después de pasarse ocho horas en una oficina y del tiempo que pasaba de pie en las colas, estaba con las mismas ganas que él, aparte de que en casa tenía que hacer un montón de cosas. Si me aventuraba a salir, era sobre todo para asistir a alguna reunión familiar (un

cumpleaños, un aniversario de boda) o para ir al cine, rara vez al teatro.

Después de pasar casi toda mi vida a su lado, había perdido la conciencia de su edad. Ahora que mi memoria se mueve como una lanzadera entre diferentes décadas, veo a mi madre asomada al balcón contemplando la figura pesada de su esposo y murmurando como para sus adentros:

—Un verdadero vejestorio, eso es lo que eres: un vejestorio.

Y oigo a mi padre que dice:

—Estás decidida a llevarme a la tumba... —frase con la que se terminaban sus peleas en los años sesenta, en lugar del portazo y del ruido de pasos que se alejaban, típicos de diez años antes.

Cuando me afeito, veo en mi barbilla los pelos entre grises y plateados de la suya.

Si mis pensamientos gravitan ahora en torno a sus imágenes en la vejez, posiblemente el hecho tenga que ver con aquella treta de la memoria que hace que se conserven mejor las últimas impresiones. (Añádase a esto nuestra afición a la lógica lineal, al principio de la evolución, y la invención de la fotografía resulta inevitable.) Pero me parece que mi camino hasta aquí, hasta la vejez, desempeña también una función: es raro que uno sueñe con su infancia, en los tiempos en que, por ejemplo, tenía doce años. Si tengo alguna noción del futuro, es a través de su apariencia que la obtengo, porque ellos son para mí el «Kilroy estuvo aquí» de mi mañana, por lo menos desde el aspecto visual.

Como la mayoría de los hombres, me parezco más a mi padre que a mi madre. Pero cuando era niño pasaba más tiempo con ella, en parte a causa de la guerra y en parte por la vida nómada que mi padre tuvo que llevar después. Ella me enseñó a leer cuando yo tenía cuatro años y presumo que la mayoría de mis gestos, entonaciones de voz y poses son de ella. Y también algunas de sus costumbres, entre ellas la de fumar.

Para la media rusa, era bastante alta, un metro sesenta, rubia y más bien regordeta. Tenía el cabello de una tonalidad rubia oscura y toda su vida lo llevó

corto, y sus ojos eran grises. Se sentía especialmente orgullosa de que yo hubiera heredado su nariz recta, casi romana, en lugar del espléndido pico curvado que mi padre tenía por nariz, que la tenía fascinada.

—¡Ah, ese pico! —decía puntuando con pausas las palabras—. Esos picos... —pausa— se venden en el cielo... —pausa— a seis rublos la pieza.

Pese a su semejanza con uno de los perfiles de los Sforza, pintado por Piero della Francesca, el pico era evidentemente judío, por lo que ella tenía motivos sobrados para estar contenta de que yo no lo tuviera.

Pese a su nombre de soltera (que conservó después de casada), el «párrafo quinto» desempeñó en relación con ella un papel menos importante que de costumbre, y ello debido a su apariencia. Era una mujer positivamente atractiva, del estilo imperante en el norte de Europa, y aún diría mejor, báltico. En cierto sentido, fue una ventaja: no tuvo problemas para encontrar trabajo, por esto tuvo que trabajar toda su vida. Seguramente que, al no haber conseguido disfrazar sus orígenes pequeño-burgueses, tuvo que renunciar a sus esperanzas de cursar estudios superiores, lo que la obligó a pasarse la vida desempeñando distintos oficios, desde secretaria a contable. Pero la guerra trajo consigo un cambio: pudo trabajar como intérprete en un campo de prisioneros de guerra alemanes y obtuvo la graduación de alférez dentro de las fuerzas del Ministerio del Interior. Cuando Alemania firmó la rendición, se le ofreció la posibilidad de promocionarse y de hacer carrera en el ministerio. Pero como no se sentía con deseos de afiliarse al Partido, declinó el ofrecimiento y decidió volver a sus gráficos y a su ábaco.

—En primer lugar, no me apetece tener que saludar militarmente a mi marido —había dicho a su superior—, y no quiero convertir mi armario ropero en un arsenal.

La llamábamos «Marusia», «Mania», «Maneczka», que eran los diminutivos que le daban mi padre y sus hermanas, y «Masia» o «Kisa», que eran invenciones mías. Con el paso de los años, fueron imponiéndose estos últimos, e incluso mi padre se dirigía a ella con esos nombres. A excepción de «Kisa», los demás apodos eran diminutivos de su nombre de pila, María. «Kisa» es un nombre ligeramente cariñoso que suele aplicarse a las gatas y, durante un cierto tiempo, mi madre se

resistió a que le diéramos aquel nombre.

—¡No te atrevas a llamarme así! —gritaba, indignada—. Y deja de una vez de usar todos esos nombres de felinos o acabarás teniendo cerebro de gato.

Esto era un reflejo de mi afición a pronunciar, de niño, ciertas palabras con las vocales adecuadas para ese tratamiento, de la manera que lo haría un gato. «Carne» era una de ellas. Cuando yo tenía quince años, en mi casa los maullidos eran abundantes. Mi padre demostró una susceptibilidad positiva ante esta afición mía y así fue cómo empezamos a interpelarnos mutuamente o a hacer mutua referencia a nuestras respectivas personas con el apelativo de «gato grande» y «gato pequeño». Nuestro espectro emocional quedaba sustancialmente cubierto con maullidos, miasus y mayidos: aprobación, duda, indiferencia, resignación, confianza. Gradualmente también mi madre también empezó a servirse de ellos, si bien lo hacía principalmente para demostrar desinterés.

Pero «Kisa» le quedó adjudicado de manera definitiva, sobre todo cuando se hizo muy vieja. Rotunda, arropada con un par de chales de tonalidad marrón, con aquella expresión de su rostro tan amable y dulce, parecía entonces muy mimosa y, al mismo tiempo, como encerrada en sí misma. Daba la impresión de que, de un momento a otro, se pondría a ronronear, pero en vez de hacerlo, preguntaba a mi padre:

—Sasha, ¿has pagado la electricidad este mes?

O decía, sin dirigirse a nadie en particular:

—La semana que viene nos toca limpiar el apartamento.

Esto quería decir que había que fregar y restregar los suelos de los corredores y de la cocina, así como limpiar el cuarto de baño y el retrete. Si no se dirigía a nadie en particular era porque sabía que le tocaría hacerlo a ella.

Cómo se las arreglaron para llevar a cabo todas aquellas obligaciones, y sobre todo estas limpiezas, durante los doce años en los que no viví con ellos es cosa de la que no tengo la menor idea. Mi salida de casa significaba, naturalmente, una boca menos que alimentar, aparte de que de vez en cuando hubieran podido

también pagar a una persona para que hiciera ese tipo de trabajos. Sin embargo, sabiendo cuál era su presupuesto (dos pensiones exiguas) y conociendo el carácter de mi madre, dudo que lo hicieran. Por otra parte, esta práctica es rara en los apartamentos comunitarios: después de todo, el sadismo natural de los vecinos necesita una cierta satisfacción. Un pariente sería tolerado, no una persona alquilada.

Pese a que con mi salario de la universidad me convertí en un Creso, no querían oír hablar siquiera de cambiar dólares americanos por rublos. Por un lado consideraban un robo el cambio oficial y, por otro, eran un tanto melindrosos o tenían miedo de entablar relaciones con el mercado negro. Tal vez esa última razón fuera la de más peso: se acordaban de que sus pensiones habían sido canceladas en 1964, cuando fue dictada contra mí una sentencia de cinco años, y de que entonces tuvieron que volver a buscar trabajo. Así es que opté por enviarles primordialmente ropas y libros de arte, porque sabía que éstos alcanzaban precios muy elevados entre los bibliófilos.

Las ropas les encantaban, especialmente a mi padre, que fue siempre una persona a la que le gustaba vestir bien y, en cuanto a los libros de arte, se los quedaban para ellos: para contemplarlos a sus setenta y cinco años, después de restregar los suelos comunitarios.

31

Sus gustos en materia de lectura eran muy conservadores y las preferencias de mi madre se inclinaban por los clásicos rusos. Ni ella ni mi padre tenían opiniones definidas sobre literatura, música ni arte, pese a que en su juventud habían conocido personalmente a un gran número de escritores, compositores y pintores de Leningrado (Zoschenko, Zabolotski, Shostakovich, Petrov-Vodkin). Eran simplemente lectores —lectores nocturnos, para ser más preciso— y tenían un gran interés en renovar sus carnets de socios de la biblioteca. Al volver del trabajo, mi madre llevaba siempre en su bolsa de red, llena de patatas o de coles, un libro tomado en préstamo en la biblioteca, envuelto en papel de periódico para evitar que se ensuciase.

Fue ella la que me sugirió, cuando yo tenía dieciséis años y trabajaba en la fábrica, que me inscribiera en la biblioteca pública, y no creo que lo único que tuviera entonces en la cabeza fuera impedir que vagabundeara de noche por las

calles. Por otra parte, tengo entendido que a ella le hubiera gustado que yo fuera pintor. Sea lo que fuere, las salas y corredores de aquel antiguo hospital, enclavado en la orilla derecha del río Fontanka, fueron el principio de mi vocación. Todavía recuerdo cuál fue el primer libro que, por consejo de mi madre, solicité de la biblioteca: *Gulistan* (El jardín de las rosas), del poeta persa Saadi. Descubrí entonces que mi madre era muy aficionada a la poesía persa. El libro siguiente que pedí, éste por cuenta propia, fue *La maison Tellier*, de Maupassant.

32

Lo que tienen en común la memoria y el arte es el don de la selección, el gusto por el detalle. Si la observación puede parecer halagadora para el arte (para la prosa, en particular), resulta insultante para la memoria. Sin embargo, el insulto es merecido, puesto que la memoria presenta detalles, no el cuadro; para decirlo de alguna manera, no realza la totalidad de la representación. El convencimiento de que, en cierto modo, lo recordamos todo de forma universal, el convencimiento mismo que hace que la especie siga adelante en la vida, es infundado. La memoria se parece más que a otra cosa a una biblioteca en desorden alfabético en la que nadie hubiera clasificado los libros.

33

De la misma manera que hay personas que señalan el crecimiento de sus hijos mediante marcas a lápiz en la pared de la cocina, todos los años, el día de mi cumpleaños, mi padre me hacía salir al balcón y me sacaba una foto en el mismo sitio. Como telón de fondo tenía una plazoleta de pavimento empedrado, de medianas dimensiones, en la que se levantaba la Catedral del Salvador del Batallón de la Transfiguración de Su Majestad Imperial. En los años de guerra su cripta fue convertida en refugio contra los bombarderos aéreos y a ella me llevaba mi madre durante las incursiones aéreas, metido en una gran caja vinculada a muchos recuerdos. Esto es algo que debo a la ortodoxia y que tiene relación con la memoria.

La catedral, un edificio clasicista de seis pisos de altura, rodeada por un amplio jardín lleno de robles, tilos y arces, fue escenario de mis juegos en los años de la posguerra y me acuerdo de que mi madre me iba siempre a buscar allí (ella tira de mí, yo escapo y grito: una alegoría de propósitos encontrados) y me llevaba a

rastras a casa para que hiciera los deberes. Con la misma claridad la veo a ella, junto a mi abuelo y a mi padre, en un angosto sendero de ese mismo jardín, tratando de enseñarme a montar en bicicleta (una alegoría de un propósito común o una alegoría del movimiento). En la parte trasera, que era la pared este de la catedral, cubierto con un grueso cristal, había un icono grande y deslustrado que representaba la Transfiguración: Cristo flotando en el aire, sobre un montón de cuerpos reclinados, de seres absolutamente fascinados. Nadie pudo explicarme nunca el significado de aquel cuadro y ni siquiera ahora estoy seguro de haberlo captado totalmente. En el icono había muchas nubes, que yo asociaba al clima local.

34

El jardín estaba rodeado por una verja negra de hierro fundido, sostenida por grupos de cañones situados a distancias iguales y puestos boca abajo, capturados a los británicos por los soldados del Batallón de la Transfiguración durante la guerra de Crimea. Como detalle a añadir a la decoración de la verja, los tubos de los cañones (tres en cada caso, puestos sobre un bloque de granito) estaban unidos por gruesas cadenas de hierro fundido en las que los niños se columpiaban como locos, enardecidos tanto por el peligro que suponía caer sobre las puntas de lanza que tenían debajo como por el estrépito que armaban. Ni que decir tiene que aquel juego estaba estrictamente prohibido y que los guardianes de la catedral no paraban de echarnos del lugar. Y ni que decir tiene también que aquella verja era muchísimo más interesante que el interior de la catedral, con su aroma a incienso y su actividad estática.

—¿Ves eso? —me pregunta mi padre, indicándome con el dedo los pesados eslabones de las cadenas—. ¿Qué te recuerda?

Yo estoy en segundo grado y le digo:

—Son como el número ocho.

—Exacto —me dice—. ¿Y sabes de qué es símbolo el número ocho?

—¿De la serpiente?

—Casi. Es un símbolo del infinito.

—¿Qué es el infinito?

—Eso será mejor que lo preguntes ahí dentro —me dice con una sonrisa irónica, señalando la catedral con el dedo.

35

Sin embargo, fue él quien, habiéndose tropezado conmigo en la calle, en pleno día, en ocasión de haberme fugado de la escuela, y habiéndome pedido una explicación, al contestarle yo que tenía un dolor de muelas insoportable, me llevó derecho a la clínica dental, donde hube de pagar mis mentiras con dos horas de pánico. Pero también fue él quien se puso de mi parte en el Consejo Pedagógico cuando estuve a punto de ser expulsado de la escuela por problemas disciplinarios.

—¡Cómo se atreve! ¡Y vestido con el uniforme del ejército!

—De la marina, señora —dijo mi padre—. Y lo defiendo porque soy su padre. No es extraño. Hasta los animales defienden a sus cachorros. Incluso Brehm lo dice.

—¿Brehm? ¿Brehm? Informaré a la organización del Partido de su respuesta.

Cosa que hizo, efectivamente.

36

—El día de tu cumpleaños y el día de Año Nuevo debes estrenar algo. Aunque sólo sea unos calcetines...

Ésta es la voz de mi madre.

—Come siempre antes de ir a ver a una persona superior a ti: tu jefe o tu oficial. De esta manera le llevarás un poco de ventaja.

(Quien habla es mi padre.)

—Si has salido de casa y tienes que volver a ella porque te has olvidado algo, echa un vistazo al espejo antes de volver a salir. De lo contrario puedes encontrarte en un lío.

(Vuelve a ser ella.)

—No pienses nunca en cuánto has gastado. Piensa en cuánto puedes ganar.

(Éste es él.)

—No salgas nunca a pasear sin chaqueta. Está bien que seas pelirrojo, pese a lo que digan los demás. Yo era morena y las morenas constituyen mejor blanco.

Oigo todas estas admoniciones e instrucciones, pero no son sino fragmentos, detalles. La memoria traiciona a todo el mundo, especialmente a aquellos que mejor conocemos. Es un aliado del olvido, es un aliado de la muerte. Es una red que atrapa pocos peces, y sin agua. No se la puede usar para reconstruir a nadie, ni siquiera sobre el papel. ¿Qué pasa con los millones de células de nuestro cerebro? ¿Qué pasa con el «gran dios del amor, el gran dios de los detalles» de Pasternak? ¿En cuántos detalles debe estar uno preparado para acomodarse?

37

Veo sus rostros, el de él y el de ella, con gran claridad y en toda su variedad de expresiones, pero esto, igualmente, no son sino fragmentos: momentos, ejemplos. Siempre son mejor que las fotografías, con su insoportable sonrisa, pero están tan desperdigados como éstas. A veces empiezo a sospechar que mi mente trata de producir una imagen generalizada y acumulativa de mis padres: un signo, una fórmula, un esbozo reconocible, como si quisiera que me acomodara en ellos. Supongo que podría, y me doy perfecta cuenta de lo absurdos que son los fundamentos de mi resistencia: la falta de *continuum* de estos fragmentos. No habría que pedir tanto a la memoria; no habría que esperar que una película impresionada en la oscuridad revelara nuevas imágenes. Por supuesto que no. Sin embargo, uno le puede reprochar a una película impresionada en pleno día de la vida de uno que no haya registrado ciertas formas.

38

Es de presumir que todo estribe en que no hay *continuum* de nada. Y que los fallos de memoria no sean sino una prueba de la subordinación de un organismo vivo a las leyes de la naturaleza. No hay vida destinada a ser preservada y, a menos

que uno sea faraón, no tiene por qué aspirar a convertirse en momia. Suponiendo que los objetos que forman parte de los recuerdos de uno posean este tipo de sobriedad, el hecho puede reconciliar al interesado con la calidad de su memoria. El hombre normal no se hace ilusiones con respecto a que nada continúe, es decir, no espera continuidad ni siquiera de sí mismo o de sus obras. El hombre normal no recuerda qué ha tomado para desayunar. Aquellas cosas que obedecen a una pauta rutinaria o repetitiva están predestinadas a ser olvidadas. El desayuno es una de ellas, las personas que uno ama son otra. Lo mejor que se puede hacer en estos casos es atribuirlo a la economía del espacio.

Y entonces es posible utilizar aquellas células cerebrales prudentemente salvadas para decidir si los fallos de la memoria no son sino la voz muda de la sospecha de que todos nos somos extraños, de que nuestro sentido de la autonomía es mucho más fuerte que el de la unidad, por no decir de la causalidad, de que un niño no recuerda a sus padres porque está siempre a punto de emprender la marcha, porque está orientado hacia el futuro. Es probable que también él se reserve las células del cerebro para servirse de ellas en el futuro. Cuanto más corta sea tu memoria, más larga será tu vida, dice un proverbio. Alternativamente, cuanto más largo sea tu futuro, más corta será tu memoria. Esta es una de las maneras que existen de determinar las perspectivas de longevidad que uno pueda tener, de decir quién será el futuro patriarca. El inconveniente es, sin embargo, que, patriarcas o no, autónomos o dependientes, somos excesivamente repetitivos y que hay Alguien Grande que guarda en mí las células de Su cerebro.

39

No es aversión a este género de metafísica ni tampoco repudiación del futuro, garantizado evidentemente por la calidad de mi memoria, lo que me incita a reflexionar, pese a los menguados resultados que pueda conseguir. Los autoengaños de un escritor o el miedo a afrontar la acusación de conspirar con las leyes de la naturaleza a expensas de mi padre y de mi madre, también tienen muy poco que ver con el asunto. Yo creo simplemente que las leyes naturales que niegan el *continuum* a cualquiera que se ampare (o se disfrace) en su deficiente memoria sirven los intereses del estado. En lo que a mí se refiere, no estoy dispuesto a trabajar para que prosperen.

Por supuesto que doce años de esperanzas destruidas, renacidas y nuevamente destruidas, que condujeron a una pareja de ancianos a los umbrales de

numerosas oficinas y cancillerías hasta llegar a los crematorios estatales, son repetitivos en sí no sólo si tenemos en cuenta su duración sino también el número de casos similares existentes. Con todo, me preocupa menos ahorrar esa monotonía a las células de mi cerebro que al Ser Supremo las Suyas. Además, las mías están muy contaminadas y, por otra parte, el hecho de recordar meros detalles, fragmentos, por no hablar de recordarlos en inglés, no interesa para nada al estado. Y esto es lo que me mantiene en la brecha.

40

Las dos cornejas se han vuelto muy descaradas. Han aterrizado en el porche de mi casa y han estado remoloneando alrededor del montón de leña que tengo allí hacinada. Son negras como el azabache y, aunque evito mirarlas, he observado que hay una ligera diferencia de dimensiones entre las dos: una es más baja que la otra, más o menos como mi madre respecto a mi padre, al que le llegaba al hombro, pero sus picos son idénticos. No soy ornitólogo, pero tengo entendido que las cornejas viven mucho tiempo, como mínimo tanto como los cuervos. Pese a que no sabría decir qué edad tienen, parecen viejas. Como si hiciesen un viaje de placer. No soy yo quién va a ahuyentarlas, pero tampoco puedo comunicar con ellas de ninguna de las maneras. Por otra parte, me parece recordar que las cornejas no emigran. Si los orígenes de la mitología son el miedo y el aislamiento, me siento totalmente aislado y me pregunto cuántas cosas me recordarán a mis padres de ahora en adelante, lo que equivale a decir que, con esta clase de visitantes, ¿quién necesita tener buena memoria?

41

Un indicio de su deficiencia es que recuerda cosas extrañas, como por ejemplo nuestro primer número de teléfono, en aquel entonces de cinco cifras, que tuvimos justo después de la guerra. Era el 265-39 y me imagino que, si lo recuerdo, es porque en la época en que instalaron el teléfono estaba aprendiendo de memoria la tabla de multiplicar en la escuela. De nada me sirve ya, como tampoco me sirve de nada nuestro último número de teléfono, el de nuestra habitación y media. No recuerdo el último número de teléfono, pese a que durante los doce años últimos llamaba cada semana. Como las cartas no resultaban efectivas, optamos por el teléfono: evidentemente es más fácil controlar una llamada telefónica que estudiar y

mandar una carta. ¡Ay, aquellas llamadas semanales a la URSS! La ITT jamás había hecho tanto bien a nadie.

No se podían decir muchas cosas en aquellas conversaciones por teléfono: había que ser reticente, oblicuo, eufemístico. Hablábamos sobre todo del tiempo, de la salud... no se decían nombres, se daban muchos consejos de carácter dietético. Lo principal era oír las voces, como para asegurarnos de aquella manera animal de nuestras respectivas existencias. Eran en su mayoría conversaciones sin sentido y no ha de sorprender demasiado que no recuerde detalles, salvo la respuesta que me dio mi padre el tercer día de estancia de mi madre en el hospital.

—¿Cómo está Masia? —le pregunté.

—Pues Masia ya no está, ¿sabes? —dijo.

Aquel «¿sabes?» estaba allí porque también en aquella ocasión quería ser eufemístico.

42

O sube hasta la superficie de mi mente una llave: una llave alargada, de acero inoxidable, molesta en el bolsillo, pero que encajaba perfectamente en el bolso de mi madre. Aquella llave abría la puerta blanca y alta de nuestra casa y, en realidad, no sé por qué me acuerdo de ella ahora si aquel sitio ha dejado de existir. Dudo que esté vinculada a algún simbolismo erótico, puesto que los tres teníamos copias. Tampoco entiendo por qué recuerdo las arrugas que mi padre tenía en la frente y debajo de la barba, o la mejilla izquierda de mi madre, enrojecida y ligeramente inflamada (una manifestación a la que ella daba el nombre de «neurosis vegetativa»), puesto que ninguno de esos signos, ni tampoco quienes los padecían, existen ya. Lo único que pervive en mi conciencia son sus voces, tal vez porque la mía es la combinación de las suyas, al igual que los rasgos de mi fisonomía deben ser la combinación de los suyos. Lo demás —su carne, sus ropas, el teléfono, la llave, nuestras pertenencias, los muebles— ha desaparecido y ya nunca más volverá, como si nuestra habitación y media hubiera sido alcanzada por una bomba, aunque no por una bomba de neutrones, que por lo menos deja intacto el mobiliario, sino por una bomba del tiempo, que incluso hace astillas la propia memoria. El edificio sigue en pie, pero nuestra vivienda ha quedado arrasada y nuevos inquilinos, mejor dicho nuevos soldados, la han invadido. Porque así es una bomba de tiempo y

ahora estamos librando una guerra de tiempo.

43

A ellos les gustaban las arias operísticas, los tenores y los artistas de cine de su juventud, no se interesaban demasiado por la pintura, tenían alguna idea del arte «clásico», les encantaban los crucigramas y se sentían desorientados y trastornados ante mis logros literarios. Pensaban que yo estaba equivocado, se preocupaban por el camino que había emprendido, pero trataban de ponerse en mi lugar, porque yo era su hijo. Más adelante, cuando pude arreglármelas para que me imprimieran aquí o allí algunas de mis cosas, se sintieron satisfechos e incluso, a veces, orgullosos de mí, pese a que estoy convencido de que, aunque yo hubiera resultado un grafomaniaco o un fracasado, su actitud conmigo habría sido la misma. Me querían más que a sí mismos y es muy probable que no hubieran comprendido en absoluto mis sentimientos de culpabilidad para con ellos. Las principales cuestiones que les preocupaban eran que hubiera pan en la mesa, que los vestidos estuviesen limpios y que no hubiera problemas de salud. Éstas eran las cosas sinónimas de amor, en realidad mejores que las mías.

En lo que se refiere a aquella guerra del tiempo, la libraron valerosamente. Pese a que sabían que había una bomba que estaba por estallar, no cambiaron nunca su táctica. Mientras pudieron mantener la verticalidad, estuvieron moviéndose de aquí para allá, comprando comida y ofreciéndola a sus amigos y parientes, maniatados a una cama, o facilitándoles vestidos o todo el dinero que podían ahorrar o el refugio que podían brindar a los que de vez en cuando se encontraban en peores condiciones que las suyas. Siempre fueron de esta manera, desde los tiempos hasta los que retrocede mi memoria, y no eran así porque creyeran, en el fondo, que si eran amables con ciertas personas serían catalogados a una cierta altura y algún día serían tratados de la misma suerte. No, su generosidad era la natural, la ajena a todo cálculo, propia de los extrovertidos, que posiblemente se hacía más palpable a los demás ahora que yo, su principal objeto, había desaparecido. Y eso es lo que, en última instancia, puede ayudarme a llegar a un acuerdo con la calidad de mi memoria.

Que quisieran verme de nuevo antes de morir no tiene nada que ver con un deseo o un intento de eludir aquella explosión. Ellos no querían emigrar, no querían vivir los últimos días de su vida en América. Se sentían demasiado viejos para cambiar, y América, a lo sumo, era simplemente el nombre de aquel lugar donde

podían ver a su hijo, un lugar que sólo cobraba realidad en la duda acerca de si serían capaces de hacer el viaje en caso de que se les permitiera hacerlo. Y sin embargo, ¡cuántas tretas estaban dispuestos a hacer con toda la chusma encargada de concederles el permiso aquellos dos pobres y frágiles viejos! Mi madre solicitaría un visado para ella sola, al objeto de indicar que no pretendía huir a los Estados Unidos, que su marido se quedaba como rehén, como garantía de su regreso. Más tarde cambiarían los papeles: estarían algún tiempo sin solicitar permiso, haciendo como que habían perdido interés o pretendiendo demostrar a las autoridades que comprendían cuan difícil debía resultarles tomar una decisión cualquiera dadas las relaciones entonces existentes entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Después solicitarían simplemente una estancia de una semana en los Estados Unidos o un permiso para trasladarse a Finlandia o a Polonia. Después irían a la capital para tener una entrevista con lo que en aquel país se tenía por presidente y llamarían a todas las puertas de los ministerios interiores y exteriores. Pero todo sería en vano: el sistema, desde la cabeza hasta los pies, no cometía nunca una sola falta. En lo que a sistemas se refiere, puede estar orgulloso de sí mismo. La falta de humanidad siempre es más fácil de estructurar que cualquier otra cosa. Rusia no ha tenido que importar nunca las directrices necesarias para imponer esa actitud. De hecho, el único camino que tiene ese país para hacerse rico es exportarla.

44

Y esto es lo que hace, en un volumen que crece de día en día. Con todo, a uno le queda el consuelo, o la esperanza, de que, si no la última carcajada, por lo menos la última palabra, corresponde al código genético de cada cual. Por esto estoy agradecido a mi madre y a mi padre, no sólo por haberme dado la vida, sino también por no haber educado a su hijo como un esclavo. Procuraron lo mejor que supieron —aunque sólo fuera para preservarme contra la realidad social en la que había nacido— hacer de mí una persona fiel y obediente al estado. Que no supieran hacerlo, que tuvieran que pagar con el hecho de que la mano anónima del estado, no la de su hijo, les cerrara los ojos, no da testimonio de su negligencia sino de la calidad de sus genes, cuya fusión engendró a un ser que el sistema encontró suficientemente extraño para expulsarlo. Y ahora que lo pienso, ¿qué otra cosa podía esperarse de su respectiva capacidad de aguante?

Si esto suena a fanfarronada, dejémoslo así. La mezcla de sus genes es digna de cualquier fanfarronada, aunque sólo sea por haber demostrado ser capaz de resistir al estado. Y no un estado cualquiera, sino el Primer Estado Socialista de la

Historia de la Humanidad, como gusta de etiquetarse: el estado específicamente versado en la combinación de genes. Esta es la razón de que sus manos estén siempre mojadas en sangre, debido a sus experimentos en el campo de aislar y paralizar la célula responsable de la fuerza de voluntad del ser humano. Así pues, dado el volumen de exportación del estado, si uno quiere hoy formar una familia, debe pedir algo más que el grupo sanguíneo o las arras a su posible cónyuge: debe pedirle su ADN. Y quizá ésa sea la razón que explique por qué ciertos pueblos miran de reojo los matrimonios mixtos.

Conservo dos fotografías de mis padres tomadas en su juventud, en los años veinte. El está en la cubierta de un buque de vapor: un rostro sonriente, despreocupado, con una chimenea al fondo; ella, en el estribo de un vagón, agitando modestamente su mano enguantada, con los botones del revisor del tren detrás de ella. Ninguno de los dos es consciente de la existencia del otro; ninguno de los dos, por supuesto, soy yo. Por otra parte, es imposible percibir a nadie con una existencia objetiva o física fuera de la propia piel de uno, como parte de ti mismo. Como dice Auden, «... pero mamá y papá / no eran dos personas más». Y aunque no pueda volver a vivir su pasado, ni siquiera la más mínima parte posible de ninguno de los dos, ¿qué puede impedirme, ahora que no existen objetivamente fuera de mi piel, verme como la suma de los dos, como su futuro? Así, por lo menos, son tan libres como cuando nacieron.

¿Debo cobrar ánimo entonces y pensar que estoy abrazando a mi madre y a mi padre? ¿Debo atenerme al contenido de mi cerebro para saber qué ha quedado de ellos en la tierra? Posiblemente. Posiblemente soy capaz de esta proeza solipsista. Y supongo que es posible que no resista la reducción de su alma a las dimensiones de la mía, más pequeña que la suya. Tal vez podría hacerlo. ¿Debería lanzar un maullido para mis adentros después de pronunciar el nombre de «Kisa»? ¿En cuál de las tres habitaciones que actualmente ocupo debería meterme para que ese maullido fuera convincente?

Yo soy ellos, qué duda cabe. Yo soy ahora nuestra familia. Sin embargo, ya que nadie conoce el futuro, dudo que hace cuarenta años, una noche de septiembre de 1939, cruzara su mente la idea de que estaban concibiendo su libertad. Seguramente que, a lo sumo, pensaban en tener un hijo, en fundar una familia. Eran jóvenes, y por añadidura libres, y no sabían que en el país donde habían nacido habría un estado que decidiría qué familia constituirá uno o incluso si iba a constituirlo. Cuando se dieron cuenta de cuál era la situación, ya era demasiado tarde para hacer nada y no quedaba otra cosa que la esperanza. No hicieron otra cosa hasta que murieron: esperar. Puesto que eran personas orientadas hacia la

familia, no podían hacer otra cosa más que esperar, planificar, intentar...

45

Por su propio bien, me gustaría pensar que no dejaron que sus esperanzas rayaran a demasiada altura. Tal vez mi madre cayera en esto pero, si fue así, esta postura tuvo que ver con su propia dulzura, pese a que mi padre no debía perder ocasión para señalárselo. («No hay nada que compense menos, Marusia —solía replicarle—, que hacer proyectos.») En cuanto a él, recuerdo que una tarde soleada fuimos juntos al Jardín de Verano cuando yo tenía ya veinte o quizá diecinueve años. Nos paramos ante la glorieta de madera donde la Banda de la Marina estaba interpretando viejos valsos, puesto que él quería sacar unas cuantas fotografías de la banda. Aquí y allá había estatuas de mármol blanco, sobre las que se proyectaban sombras de dibujos que las situaban entre la cebra y el leopardo, mientras la gente paseaba lentamente sobre la grava que cubría el suelo, los niños gritaban junto al estanque y nosotros hablábamos de la guerra y de los alemanes. Contemplando la banda, me encontré sin saber cómo preguntándole qué campos de concentración eran peores en su opinión, si los nazis o los nuestros.

—En lo que a mí respecta —fue su respuesta—, preferiría ser quemado ahora mismo en la hoguera que morir de una muerte lenta y descubrir un sentido al procedimiento empleado.

Y continuó sacando fotografías.

(1985)

EPILOGO

JOSEPH BRODSKY, EL POETA Y LA ROSA

Por Antoni Munné

Cuando el 22 de octubre de 1987, el tercer jueves, la Academia sueca anunciaba la concesión del Premio Nobel de Literatura al poeta norteamericano de origen ruso Joseph Brodsky «por una producción literaria de excepcional envergadura, provista de valor intelectual e intensidad poética», no sólo premiaba la obra de uno de los más jóvenes galardonados de todos los tiempos (cuarenta y siete años), sino también la de un escritor que lleva inscrita en su biografía una convergencia de dos de las tradiciones culturales más importantes: la rusa y la anglosajona. Porque, si bien es cierto que, como señalaba el comunicado de la Academia Sueca, Brodsky es un escritor «perteneciente a la tradición clásica rusa, cuyos predecesores son Pushkin y Boris Pasternak», no es menos cierto que las peculiares vicisitudes que han conformado su trayectoria vital tenían que redundar beneficiosamente en una ampliación de los registros de su discurso intelectual, al pasar a formar parte de las influencias que se han dejado sentir en su obra las obras de poetas occidentales como Kavafis o Móntale, y sobre todo la riquísima herencia de la lírica anglosajona, entre cuyos máximos mentores deberíamos señalar a Robert Frost y, a un nivel mucho mayor, W. H. Auden.

Pero Brodsky es ante todo un poeta consecuente con el tiempo en el que vive. Lejos de anclarse en el pasado, su obra es un perfecto exponente de la respuesta que la poesía contemporánea ha dado a la pregunta que formulara hace ya un par de siglos el poeta romántico alemán Fnedrich Hólderhn: ¿para qué poetas en tiempos de indigencia? Y ya desde su juventud, y sobre todo en estos últimos años de precoz madurez, toda la obra de Brodsky, su poesía pero también su obra en prosa, su trabajo para conjugar el marco creativo en dos lenguas, se ha visto siempre presidido por el esfuerzo de conciliar los dos elementos que dan sentido a la creación poética en las últimas décadas de este siglo vertiginoso y confuso: la belleza del impulso lírico y la inteligencia de la reflexión sosegada. Brodsky es pues uno de los últimos eslabones de esa noble cadena que ha sabido considerar la poesía como un objeto de conocimiento que ayuda a la comprensión del mundo. De

ahí la grandeza de su obra y la trascendencia de su empresa.

El Brodsky poeta es indisociable del Brodsky que escribe en prosa, del mismo modo que el Brodsky norteamericano no puede separarse del Iosif Brodskij que halla sus raíces en su escindida identidad de ruso y judío. Por ello, no es casual que la concesión de un premio de la categoría del Nobel le llegara al autor un año después de la aparición en los Estados Unidos de su volumen de ensayos, *Menos que uno*, esa especie de «autobiografía intelectual» en la que Brodsky pasa revista a sus más íntimos recuerdos y a sus afinidades culturales, con la inteligencia, ironía y gran estilo de que sólo son capaces los grandes poetas. Fiel, pues, a una corriente poética que ha dado ejemplos tan extraordinarios como Eliot, Pound, Graves o Auden, la llegada de Brodsky a la prosa no era sino la culminación de una de las experiencias intelectuales más apasionantes de este siglo: la de un poeta en busca constante de la libertad dentro de su obra.

En *Menos que uno* se dan cita los grandes temas que conforman la poesía de Brodsky. Si el 22 de octubre de 1987 constituye una fecha crucial en la biografía de Brodsky, otras dos fechas en el tiempo pueden ser significativas para comprender la visión del mundo del poeta ruso. Dos fechas que se instalan como cortes vitales que determinarán el futuro de su producción poética, y que estarán presentes en muchas de las páginas de su volumen en prosa y convenientemente esparcidas en la mayoría de sus poemas. Remontémonos en el tiempo. El 18 de febrero de 1964, un joven pelirrojo, rebelde, con algo de iluminado, comparece ante un tribunal de Leningrado (para él siempre será Petersburgo) acusado de parasitismo social. A su mente acuden los recuerdos de sus conflictos con las autoridades de su país, de su incompreensión ante la situación que le ha tocado vivir. La sombra del camarada Stalin, la inquietante presencia del KGB en la vida cotidiana, la constante negación de su condición de judío, su abandono de la escuela y la formación de su autodidactismo *malgré lui* alternando trabajos manuales con una dedicación completa al oficio poético. El interrogatorio de Brodsky entra ya en los terrenos de la leyenda. Al no pertenecer a la Unión de Escritores, los jueces no pueden admitir que se autodenomine poeta. A la pregunta de quién le ha reconocido como tal, la respuesta de Brodsky es concluyente: «El mismo que me ha hecho miembro de la especie humana». El veredicto no atiende a razones: cinco años de reeducación por el trabajo en Siberia, en un pequeño pueblo aislado de la civilización. Pero la perseverancia, la tozudería incluso, es una de las características de la personalidad del poeta. El silencio no le impide escribir, y su rebeldía le permitirá entrar en contacto con la poetisa más importante de la Unión Soviética, Ana Ajmatova, de la que será considerado delfín. Las dificultades que le surgen al paso no son obstáculo para que clandestinamente su obra sea cada vez más reconocida entre los círculos

más exigentes. El régimen de Breznev tomará dos medidas ante la incomodidad que le genera la creciente popularidad del joven Brodsky.

Llegamos así a la otra fecha crucial en la biografía del poeta, el 4 de junio de 1972. Las autoridades soviéticas le conducen a un avión y lo expulsan del país. Su destino debería ser Israel, pero las inquietudes del escritor van en otra dirección. Desembarca en Viena con un escaso equipaje, un volumen de las obras del poeta inglés John Donne, una máquina de escribir y una botella de vodka destinada al poeta inglés W. H. Auden. El encuentro con Auden es fundamental y determinante en la posterior evolución del poeta. Brodsky sabía que Auden, que vivía en los Estados Unidos, pasaba largas estancias en el pequeño pueblo austríaco de Kirschtetten. La acogida que le tributó no fue un simple gesto protocolario entre colegas, sino el abrazo fraternal entre dos tradiciones que se encontraban. Auden fallecería un año después, pero en ese intervalo fue el mentor de Brodsky y la persona que le ayudó a instalarse en los Estados Unidos.

A partir de esta fecha, la obra de Brodsky adquiere ya esa impronta madura que ha llegado hasta la actualidad. Compagina sus trabajos en universidades norteamericanas con la frecuentación de algunas de las más importantes tribunas intelectuales de su país de adopción y de Europa. La nueva situación le lleva a plantearse la compaginación de los dos idiomas, el ruso, fuente principal de su actividad lírica, y el inglés, con el que desarrolla su actividad en prosa y al que traduce, o colabora en la traducción, de la mayoría de sus poemas. Y de esta dualidad (en la que también se han encontrado, como él mismo señala, grandes escritores como Conrad, Navokov o Beckett) surge la fuerza de la obra de Brodsky: el entronque entre dos culturas que a menudo se han ignorado recíprocamente.

En estos quince años de exilio, que no ha sido una simple operación de nostalgia sino un proceso creativo en desarrollo, Brodsky no ha renunciado a sus orígenes, pero ha sabido conducir su reflexión hacia la exploración consciente de los caminos de la libertad individual que a menudo han estado ausentes de su vida. La publicación en inglés de su libro *A Part of Speech* (1980) dio prestigio a su nombre en las esferas de la intelectualidad de todo el mundo. Pero, paralelamente, su actividad ensayística se enriquecía y era plenamente reconocida con la aparición de su libro de ensayos *Menos que uno*, del que el presente volumen es una antología sustancial.

Con motivo de la concesión del premio Nobel, algunos medios de comunicación desinformados quisieron entender que se otorgaba el premio a la obra de un disidente. Bien al contrario, la obra de Brodsky es la obra de un artista, plenamente comprometido con su época pero muy por encima de la mediocridad

de los que se escudan en su tragedia personal para forjarse una fama de perseguidos y víctimas. Por su juventud, por el excelente momento creativo en que se encuentra y por la solidez de su pensamiento, la obra de Brodsky es, más que nunca, una obra en marcha.

Enero 1988

23/07/2010

Table of Contents

JOSEPH BRODSKY MENOS QUE UNO

MENOS QUE UNO

GUIA PARA UNA CIUDAD REBAUTIZADA

EL HIJO DE LA CIVILIZACIÓN

NADEYDA MANDELSTAM (1899-1980). UNA NECROLÓGICA

COMPLACER A UNA SOMBRA

FUGA DE BIZANCIO

EN UNA HABITACIÓN Y MEDIA

EPILOGO